



Juan A. Ortega y Medina

“México en la conciencia anglosajona”

p. 21-254

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

MÉXICO EN LA CONCIENCIA ANGLOSAJONA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

AMIGOS DE LA HISTORIA
MEXICO EN LA OCCIDENTAL



1

23

Siglos XVI-XVIII



Existe en el hombre hispánico la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de la vida a la cual ha sacrificado mucho; sólo para descubrir al final que la fórmula no sirve.

John Dos Passos, *Rocinante vuelve al camino*



Prólogo

25

Interesada hoy tan seriamente como lo está nuestra cultura en descubrir y valorar la esencia de lo mexicano, no podía faltar en esta corriente actual de pensamiento la historia de la opinión anglosajona viajera sobre México; una opinión cuya importancia radica, entre otras cosas, en que ella transcurre ininterrumpida a lo largo de cuatro siglos, y sin que a la fecha presente síntomas de senectud y apatía. Ésta que bien podríamos llamar historia reflexiva viajera, está por fuerza condicionada por las circunstancias nacionales, políticas, sociales, económicas y religiosas especialmente del sujeto agente viajero, y por las del sujeto paciente receptor y promotor de la curiosidad foránea, en este caso nuestro México. Durante tres siglos (XVI, XVII y XVIII) las opiniones inglesas estuvieron condicionadas y lastradas por lo que ha venido llamándose el diálogo o conflicto histórico inglés-español; o pugna tenaz entre el misoneísmo hispánico-católico y la modernidad anglo-protestante, como convendría mejor apellidarlos.

Existe un vasto género viajero, literario y anglosajón cuya preocupación ha sido y sigue siendo México, y al que han contribuido y contribuyen toda clase de plumas y personas. Este género todavía tan en boga, tiene en nuestra patria una añeja tradición, que se remonta, ahí no es nada, hasta la segunda mitad del siglo XVI. A partir de esta época el género ya no descansa; su crecimiento y robustez resultan inauditos, y salvo el paréntesis de la centuria dé-

cimoctava, menos rica, aunque no totalmente ausente de información viajera, su interés y frondosidad crecen y aumentan conforme se asientan y afirman las responsabilidades nacionales del México independiente. El inconveniente del género es su vastedad, porque ella hace difícil la selección y la organización, en especial las de las obras escritas en el siglo XIX. Por supuesto, y según dijimos, su interés es creciente, y las informaciones que comprende tal clase de literatura abarcan toda suerte de noticias y temas.

Pudiera parecer una empresa absurda el querer descubrirse e interiorizarse mediante textos extraños y casi siempre escritos en circunstancias de encargo o de moda, o bajo la presión de intereses encontrados; no estará, empero, por demás decir que el extraño viene precisamente a poner de manifiesto consciente o inconscientemente su *extrañeza*, la que él experimenta ante el nuevo cosmorama que se presenta ante su vista; viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos; viene, por consiguiente, a descubrirnos perfiles íntimos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo que constituyen el modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el tono nacional, el aire familiar colectivo.

Exigencias de espacio nos obligan a podar el frondoso árbol informativo —a seccionar, por tanto, nuestro estudio, en el cual sólo abordamos por ahora la visión viajera inglesa sobre el México colonial de los siglos XVI y XVII— y a dejar, pues, la del México del XIX aparte y para otra más holgada ocasión. Conviene insistir en que lo que pretendemos o intentamos reconstruir es la visión anglosajona del mundo colonial novohispano; es decir, la toma de contacto del inglés isabelino y anglicano, cromwelliano y puritano, mercader y marinero, con el mundo americano e hispánico. Esta panorámica histórica, adelantémoslo desde ahora, será aprehendida y calificada en términos generales, y desde casi todos los puntos de vista, como corrompida y baja, no salvándose en ella nadie ni nada de la caída, porque aun cuando el mundo hispanoamericano había recibido la luz de la revelación (catolicismo español), había sido viciosamente revelado reengendrado por medio de una religión que aunque cristiana conservaba todavía mucho de soberbia, satanesca; es a saber, de irreformada. La forma como se presenta por primera vez México ante la conciencia anglosajona va a ser negativa; es decir, hispánica y “papista”, y va a condicionar, casi hasta nuestros días, toda visión ulterior: sobre el clisé espiritual por primera vez impresionado se proyectarán, salvo raras excepciones, todas las impresiones futuras.



La toma de contacto con el mundo colonial español. La Nueva España en el pensamiento de los viajeros ingleses

27

América o la posibilidad de la aventura

El siglo XVI es el de la máxima aventura humana, la panorámica histórico-geográfica se dilata sorprendentemente casi tanto, si cabe, como la mental. El hombre eurocristiano, sediento desde la alta Edad Media de nuevos paisajes y cosas, transita regocijado y vigilante, entre sorprendido y desencantado, a través de un cosmorama casi ya pleno de sentido o en vía de completarlo. Hay un sustrato en el alma del hombre occidental que le hace proyectarse, salirse de sus casillas y rastrear con anhelante curiosidad el horizonte en torno. Antes de los grandes viajes transoceánicos este horizonte era fijo y casi seguro; había la posibilidad de hendirlo en todas direcciones porque los límites geográficos clásicos y teológicos, amojonados y precisos impedían el perderse. Empero los descubrimientos evanescerán el contorno hasta hacerlo quimérico, engañoso; ya no sabrá el hombre si se encuentra a las puertas de Catayo o ante las de un existimado y *autorizado* continente. Rehuyendo la aventura, es decir, lo imprevisible e inintencional, el hombre recurrirá a procedimientos jurídicos que le restablezcan la calma para poder declarar tranquilamente que lo im-

previsto y desconcertante no eran legalmente posibles. Es una ingenuidad suponer que Bartolomé Díaz o que Cristóbal Colón fueron en pos de aventuras, puesto que se negaban a admitir el suceso extraño o el acontecimiento imprevisto, no calculado o imaginado. Colón estaba dispuesto o predispuesto a ver hombres con cola o a admirar a las sirenas, e incluso a pescar alguna –pese a su desilusionante fealdad– si venía al caso; su imaginación en punto a anfibenas y vestiglos fabulosos rayaba a la misma altura que la de los imagineros medievales, que con tanta profusión los desparramaron por las catedrales románicas y ojivales; pero la verdadera sorpresa para él comenzó cuando se topó con un mundo no muy distinto del que había dejado tras la estela de las carabelas famosas. Para él aquello fue un desencanto terrible, un desasosiego tremendo, algo así como los que experimentaría un viajero interplanetario que, disparado desde la Tierra, llegase a Marte y se tropezase de buenas a primeras con un marciano que le diese los buenos días en volapuk. Colón no quiso, pues, aventurarse, sólo la distancia histórica y la vulgaridad semasiológica del término son la causa de nuestro daltonismo histórico. El almirante no quiso arribar a nuestra América; no quiso describirla como la veía y era, sino al contrario; no quiso aventurarse por rumbos desconocidos, imprevistos, mentalmente inesperados; por eso su descubrimiento fue contra sus deseos y proyectos, y tanto que se empeñó en morir convencido de la imposibilidad de lo posible: su espíritu rehuía la aventura de la novedad.

Aventurero es en realidad el que llega y actúa en circunstancias por completo nuevas, subitáneas, inopinadas; en este sentido no yerran los que así denominan a los conquistadores españoles, aunque en verdad la calificación va cargada de una significación peyorativa distinta a la poseída originalmente por la palabra: veleidades afectivas de la semántica patriótico-nacionalista.

El descubrimiento de América es el que hizo posible transformar el sustrato andariego del hombre occidental en un auténtico valor de aventura, precisamente porque ésta no se hallaba en la monstruosidad y maravilla previsibles, sino en el polo contrario, en la imprevisible realidad. Para el docto, como ya ha sido dicho por O'Gorman, América fue un problema tremendo y asombroso planteado por la dificultad de situarla en el cuadro mental de la superestructura aristotélico-tomista;¹ para el hombre, sin embargo, que venía

1 *Vid. Fundamentos de historia de América*, México, Imprenta Universitaria, 1942, p. 85-104.

a vivir sus Indias el problema fue ante todo sensorial, un acto posesorio. Si Colón renunció con lógica y formal tenacidad a su papel de aventurero, no ocurrió lo mismo con Vespucio, que sí estaba seguro de la novedad continental y autónoma de las tierras descubiertas. La toponimia americana impuesta por los españoles no sirve solamente, como sostiene Américo Castro de la española, para expresar el *aspecto existencial* o la *situación nominal* del conquistador,² sino que también indica el término de la aventura, el fin del contorno o litoral fluctuantes; en suma señala la necesidad perentoria de identificar la novedad con la tradición, cosa que también harán los ingleses. Hay que hitar el horizonte tránsfuga con nombres familiares para no perderse física y espiritualmente; hay que fumigar o exorcizar las denominaciones diabólicas; de aquí las Granadas, Andalucías, Castillas y Españas nuevas, y las Virginias y nuevas Inglaterra. Había que transformar las fonéticas indígenas henchidas de sonidos extraños, evasivos y satanescos hasta hacerlos más comprensibles, significativos y cristianos: Cuernavaca, Huichilobos, Montezuma. La característica de *nuevo* es la única que hace posible el bautizo y pone, por lo mismo, punto final a la aventura posesoria; pone término a la angustia. Desde los tiempos muy lejanos del oscuro Heráclito no se había vuelto a plantear el terrible dilema de la fuente inseguridad; mas he aquí que la irrupción de América en el sólido y estable sistema de creencias europeo ponía en peligro la firme y tranquila certeza del mismo. El hombre occidental había heredado del griego el horror a lo fuente y movedizo, a lo desencastillado o inestable; por eso se siente comprometido a justificar a América, a ajustarla en el esquema de la tradición para que no le desentone ni le atormente. Los nuevos nombres respondían, pues, a una búsqueda ansiosa de terreno menos tremedosos en que apoyarse para poder reposar tranquilos; se hacía imperioso, so pena de hundirse todo el sistema, identificar la naturaleza del Nuevo Mundo con la del Viejo. La incertidumbre duraba en tanto que no se realizaba la trampa ceremonial de la denominación; mas en acabando ésta el espacio geográfico se acotaba, se cosificaba y adquiría plena significación; se convertía, digamos con la expresión feliz de Cotton Mather, en cristiano-geografía:³ evitada la síncope entre presente y pasado tradicional el hombre se sosegaba y el paisaje se le hacía familiar, íntimo.

2 Vid. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, p. 667.

3 Vid. *Magnalia Christi Americana*, Hartford, Siles Andrus and Son, 1955, *passim*.

El antecedente histórico

Una vez descubierta América y, lo que es muchísimo más decisivo e importante, una vez que fue encajada aunque no muy holgadamente en el esquema tradicional de la cultura cristiana, las naciones europeas, apenas si adolescentes, se lanzaron a la rebatiña conquistadora y colonizadora sin hacer caso de otros argumentos que los eficaces que todas y cada una pudieron atizarse con decidida y contundente reciprocidad. Las famosas líneas de demarcación y reparto fueron una y otra vez violadas, y los derechos acordados pontificalmente valían de poco cuando no iban acompañados por la acción castrense. La Reforma, por otra parte, contribuía a ignorar la autoridad espiritual del papado y la reducía a mera palabrería.

España decretó para América un completo cuanto absurdo monopolio bien difícil de mantener; con el transcurso del tiempo las naciones rivales de España no sólo lograron traspasar las murallas de esta moderna Jericó transmarina, sino incluso aprovecharse de las debilidades políticas hispanas para aposentarse definitivamente a extramuros e intramuros del inmenso perímetro americano. Por supuesto, conviene aclarar que no solamente fueron los ingleses los que tuvieron éxito asentador a costa de España, como tampoco, añadamos, fueron los únicos que alcanzaron a traspasar el coto colonial español; pero ingleses fueron los más de los colonos y viajeros que lo lograron a favor de la coyuntura política (1551-1580); un éxito que con dificultad alcanzaron los franceses, que por aquel entonces constituíanse en el enemigo histórico por excelencia de aquella época eminentemente hispánica. Con todo, cuando las fuerzas nacientes de la burguesía inglesa auparon hasta el trono a Isabel e influyeron para chasquear los proyectos matrimoniales y mediatizadores de Felipe II, Inglaterra se convirtió, por ende, en la máxima rival de España. Los ingleses recurren a razones históricas, geográficas y espirituales, sobre todo, para justificar sus derechos a América; el mercantilismo inglés echaba mano de todos los posibles argumentos para asegurar sus posesiones presentes y futuras.⁴ Por razones de *seguridad*, como aseguraba Raleigh, los británicos se veían en el caso obligado de arrebatar

4 Véase a este respecto la excerpta de Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages & Discoveries of the English Nation*, Everyman Library, J. M. Dent & Sons Ltd., London, 1919, v. I, V, VI y VI (espúlguense los relatos de Amada, Barlowe, Hawks, Hariot, Lane, Haie, Parkhurst, Packham, Powell y Thorne).

a España sus colonias o cuando menos de impedirle el tráfico pacífico y proficuo con las mismas.⁵ La piratería fue redescubierta ahora por los ingleses y puesta en práctica con gran éxito atlántico; pero ella no era sino una solución de segunda fuerza, pues la de primera consistía, como lo soñaron los Gilbert, Raleigh, Drake, Hawkins, etcétera, en la permanente posesión de ciertas regiones americanas, como paso previo a la expulsión total de los españoles, y en la reconquista y recantación espirituales y materiales de las colonias hispanas, especialmente la Nueva España. Hay un decidido interés regenerador, y los intentos de Raleigh en Guaiana y Virginia, así como los de su hermanastro Gilbert en Terranova y Florida, se llevaron a cabo para dirigir desde ellas la gran empresa de la reconquista de América; ilusión inmarchitable como lo confirman diversas expediciones inglesas pensadas con este grandioso fin, por ejemplo, la expedición cromwelliana de 1665. El modelo de Cromwell y el de los más connotados puritanos novohispanos de aquella época era Raleigh; y el santón de Whitehall y los santones bostonianos, Cotton Mather y Samuel Sewall entre otros –el primero hasta escribió una especie de cartilla cristiana puritana, *propaganda fidei, La religión pura y la fe del cristiano*, para contrarrestar la presión religiosa católica en el sur virginiano–, coincidieron o heredaron del novelesco y valiente marino el deseo de expulsar a los españoles del Nuevo Mundo.

Cae de suyo que a partir del siglo XVI la Nueva España –el más afamado y rico imperio colonial hasta en tanto que no se descubrieron las minas de Potosí– fuera asediada por la curiosidad *viejera* anglosajona, y por ello podemos asegurar que desde dicho siglo aflora toda una interesante y entrometida corriente literaria de lengua inglesa cuyo tema expreso es México y lo mexicano; aunque mejor no precipitemos acontecimientos y escribamos con más rigor histórico Nueva España y novohispano. Por supuesto, nos vamos a referir a los viajeros que abordaron fortuita o conscientemente la Nueva España y nos vamos a desentender de toda visita que no tenga por meta de arribo el territorio novohispano; mas, pese a lo dicho, convendría decir algo acerca de la primera impresión anglosajona sobre el territorio americano durante las primeras exploraciones que siguieron a los descubrimientos de los Cabotos. La visión anglosajona de América (siglo XVI) es potenciada y paradisíaca, como lo fueron las primeras españolas al contemplar las islas americanas; se trata de una naturaleza agigantada y exuberante más allá de

5 Vid. *The Discovery of the Empire of Guaiana*, en Hakluyt, VII, 280.

toda imaginación. El habitante de estas tierras maravillosas es el indio, el manso y bello salvaje; hombre ajeno a las codicias y violencias de la férrea edad del mundo.⁶ Para encajarlo en el cuadro de la tradición cristiana europea se recurre desdichadamente a la explicación gráfica clásica, y se le representa, por tanto, bajo el atuendo natural, apolíneo y grecolatino;⁷ recurso de salvación aparente porque difícilmente se compadecía tal interpretación con la prueba bíblica y sobre todo con la terrible y decisiva predestinación calvinista-puritana.

Todo lo escrito en este apartado constituye los obligados fundamentos históricos –a los que, por nuestra parte, estábamos constreñidos– antes de que abordáramos el género literario-viajero líneas atrás mencionado. Naturalmente que sería imposible querer abarcar en este estudio a todos los viajeros anglosajones que nos visitaron y que dejaron constancia de su visita a lo largo de tres siglos; pero sí queremos aclarar que estudiamos los principales y de mayor enjundia en sus relatos escritos. Por lo que se refiere a las épocas, sólo intentamos el estudio de las dos primeras centurias coloniales, pues la tercera (siglo XVIII), por circunstancias históricas de gran peso a las que los ingleses no podían hurtarse –Guerra de Siete Años, amén de las coloniales sobre tres continentes y la de la Independencia americana–, resulta casi nula en sujetos viajeros de calibre por el que ya podemos calificar de México dieciochesco. En cuanto al siglo XIX, el más rico y abundante en esta clase de literatura viandante, ahora sí tanto inglesa como norteamericana, merece un estudio aparte y que, por lo mismo, no puede tener cabida en los rígidos límites cuantitativos que se nos han impuesto.

La atracción aventurera. Tierra de maravilla

Reanudando el hilo que dejamos suelto al terminar nuestro primer apartado, tenemos que preguntarnos ahora sobre qué sentido podía tener la aventura americana para un viajero inglés del siglo XVI, peregrino forzoso o voluntario por la Nueva España. Es de suyo comprensible que para cuando los anglosajones

6 *Vid. The first voyage to the coast of America, Anno 1584*, realizado por los capitanes Amada y Barlowe. *Apud A Treasury of Writings*, P. Dutton & Company, New York, 1948, p. 27-28. Véase también en Hakluyt, VI, p. 121-139.

7 Véanse las acuarelas de John White y los grabados de De Bry en Stefan Lorent, *The New World. The Finest Pictures in America*, Duell Sloan & Pearce, New York, 1946. [Algunas de estas acuarelas se reproducen en el volumen 2 de estas *Obras*].

arribaron a ésta ya se había perdido gran parte, si no todo, de los encantos y rasgos aventureros de que se hizo mención. Sin embargo, para un espíritu tan inquieto como lo fue el del infatigable John Chilton, su deseo de ver *mundo* respondía, como respondió en todos sus coetáneos, al interés típico de la época que impulsaba vehemente a los hombres a curiosear novedades. En ello había, como afirma O’Gorman, “una exigencia de la cultura de entonces”;⁸ pues que nadie se conformaba más que con ver y contemplar por sí mismo: “En el mes de marzo de 1568 –escribe Chilton–, ardiendo en deseo de ver *mundo*, me embarqué en Cádiz en Andalucía [...]”⁹

Chilton quería conocer una auténtica y verdadera novedad, y para ello partía espiritualmente del anhelo de curiosidad y observación, característico especialmente desde el Renacimiento, y a la vez del extraordinario ímpetu hacia la errabundez que tipifica a los pueblos indoeuropeos. El deseo de aventurarse, de contemplar el mundo, de verlo con sus propios ojos, que no le cuenten, y el afán de dejar un mundo caduco tras de sí, carente de posibilidades, es lo que hormiguea en Chilton; por eso tiene a gala el escribir que todas las noticias y descripciones que él proporciona acerca de las Indias Occidentales son fidedignas; es decir, “vistas y anotadas por él en el transcurso de sus viajes”.¹⁰ Sobre todo las cosas que nos cuenta de la Nueva España le parecen *memorables*. Apenas desembarcado en Veracruz, se queda patidifuso ante las maravillas que por todos lados hieren su vista; pero no deja de experimentar cierto indisimulable desencanto: el mismo que en el siglo XIX experimentarían los viajeros posteriores a Humboldt. Las cosas eran extrañas, sorprendentes; mas siempre resultaban empalidecidas y menguadas cuando las comparaba con las que, atoradas, le atiborraban el caletre. En Veracruz las mujeres europeas, nos relata Chilton, temían dar a luz; el trigo que allí se sembraba, escribirá otro viajero inglés, admirado también, como Chilton, de la prodigalidad de la naturaleza veracruzana, podía cosecharse dos veces al año, y además había qué regarlo frecuentemente para evitar que se quemara:¹¹ la fantasía sobre la exuberancia oriental que tanto despertara el interés de los reyes,

8 *Op. cit.*, p. 92.

9 *Cf. A notable discourse of M. John Chilton [...] and others memorable things of New Spain, Apud Hakluyt, VI, p. 264.*

10 *Op. cit.*, p. 266.

11 *Cf. Henry Hawks, A relation of the Commodities of Nova Hispania, 1572. Apud Hakluyt, VI, p. 280.*

agentes y viajeros medievales se veía ampliamente confirmada en Veracruz. La naturaleza se les presentaba a estos dos viajeros ingleses semejante a la europea; pero potenciada por una fuerza generadora notable y astrológica; la ilusión del trópico feraz comenzaba a forjar la leyenda del México riquísimo y único cuyo colofón pondría brillantemente Humboldt a principios del siglo XIX. Miles Phillips, otro asombrado trotamundos, comprobaba que a orillas del Pánuco crecían “toda suerte de frutales, especialmente naranjos, limoneros, granados, albaricoqueros, melocotoneros y otros diversos”;¹² con lo que confirmábanse la feracidad de la tierra y las excelencias del clima para cosechar de consuno tales frutos europeos del mediodía.

Pero si la naturaleza era pródiga en bienes, no se hallaba, por desgracia, empobrecida en lo relativo a males; especialmente en lo que se refería a la abundancia y desarrollo de animales y bestezuelas dañinas y monstruosas. En los ríos, lagos y esteros había una especie de pez fabuloso, tan voraz y dañino como el dragón de los cuentos, especializado en devorar a los hombres y el ganado: “Él es –escribe Hawks– parecido a una sierpe, no tiene alas y, por lo mismo, no puede volar. La mayor parte del tiempo se la pasa durmiendo sobre la tierra seca; pero si alguna persona o bestia lo despierta o inquieta, mejor será que huyan con presteza, si desean librarse de un gravísimo peligro.”¹³

Al lado de estas maravillas había otras que, aunque menores, no dejaban de tener gran importancia; así el cacao de Guatemala y Soconusco, que atrajo la curiosidad de Hawks no solamente por la calidad alimenticia de esta semilla, sino también como sucedáneo de la moneda; y así también los magueyales, el pan de cazabe, los mosquitos y las pulgas; estas dos especies últimas, nos indica Hawks, en abundancia casi fabulosa.

¿Naturaleza disminuida o naturaleza potenciada?

Desde la Edad Media, filtradora de la cosmografía y antropología clásica y bíblica, se había decretado la superioridad continental europea no únicamente con fundamentos y explicaciones de carácter teológico, sino también con apreciaciones directas de la flora, de la fauna, de la geografía y del hombre europeo,

12 Cf. *A discourse written by one Miles Phillips*, 1568, en Hakluyt, VI, p. 311.

13 *Op. cit.*, p. 282.

14 O’Gorman, curso de *Historia de América*, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1947.

descendiente directo del Jafet bíblico.¹⁴ El concepto de la superioridad de lo occidental en todos los órdenes pasó a América con los descubridores, conquistadores y colonos del viejo mundo. Imbuidos los hombres con este trasfondo de creencias y de ciencias tradicionales, fue natural que establecieran desde el propio instante en que pisaron tierra americana una cotejada escala jerárquica y comparativa entre sus propias nociones y la nueva realidad. El interrogante americano abría el postigo de la duda, y para paliarla se recurría a todos los trucos posibles, a todos los argumentos y arbitrios, hasta lograr demostrar la íntima conexión entre América y Europa, encabalgando así lo americano en la visión tradicional del mundo europeo y cristiano. La faena no era fácil porque, aunque se creía en la identidad de naturaleza entre ambos mundos, la realidad multifacética indiana se resistía a quedar fácilmente encajonada, razón por la cual se la calificará de naturaleza inferior o degradada.¹⁵ No podemos ir más adelante; bástenos para nuestro objeto lo hasta aquí muy inhábilmente extractado por nosotros de las ideas de O'Gorman.

Nuestro interés se orientará ahora hacia otro rumbo interrogante y que ya a estas alturas deberá resultar incluso machacón: ¿están en realidad los ingleses empeñados en el mismo problema decisivo de la identificación, cuando confrontan la naturaleza americana con la europea, como lo hicieron los españoles? A nosotros nos parece que no. América era un hecho dado para los anglicanos, y la única justificación admisible, según el doctor Powell, resultaba ser histórica, fundada en la *Crónica Galesa*.¹⁶ Si América había sido prevista o no por las autoridades cristianas, era cosa que a los ingleses, aun admitiéndolo, no les privó de sueño ni los hizo consumir horas y más horas de dudosas e inquietas reflexiones. Lo único que bastaba saber, y les resultaba más que suficiente, era que América estaba al otro lado del Océano –ya no tenebroso ni septentrional, sino ecuménico y aclarado por los descubrimientos y la navegación–, en espera de los audaces que se decidieran a desembarcar en sus costas.

En el siglo XVI los ingleses únicamente tuvieron ojos para ver las favorables condiciones económicas y estratégicas que brindaba América; en el XVII, sin perder de vista los puritanos el factor utilitario, se justificará a América como una tierra de promisión; la Nueva Canaán otorgada por Dios a su pue-

15 O'Gorman, "Fundamentos", *op. cit.*, p. 119-120.

16 *Vid.* en Hakluyt, V, p. 79.

blo; la nueva tierra colmada de riquezas y encantos hasta “entonces desconocidos”, como afirmara Morton.¹⁷

La naturaleza americana se presentó, pues, ante los ojos de los descubridores y colonizadores anglosajones plena de posibilidades, superabundante. Como aún no existía el prurito determinante de desacreditar a España, como lo haría Robertson en el siglo XVII en su *Historia de América* –aunque sí el de arrebatarle sus posesiones ultramarinas–, sino más bien el noble deseo de realzar las cualidades americanas, con especialidad las de la parte septentrional, que era la que manifiestamente Dios les había otorgado a los ingleses como más adecuada a su complexión y espíritu,¹⁸ se contemplaba la susodicha naturaleza americana como a través de una lente de aumento: según Chilton, los venados de la Nueva España eran tan grandes como mulas.¹⁹ Pero no únicamente los animales oriundos de América se agrandaban tras la lupa mental, sino incluso los traídos de Europa, que al parecer crecían mucho y se multiplicaban además prodigiosamente: “En la Nueva España se reproduce el ganado de modo maravilloso; de día en día aumenta en número, y los animales resultan más grandes que los nuestros.”²⁰

La apreciación de Hawks era correcta, aunque por el tiempo en que él la hacía constituía una novedad. Robert Tomson, comerciante que visitó la Nueva España en 1555, nos comprueba la afirmación anterior al sostener que la cantidad de carne de res, de puerco y de carnero era tanta que no era posible sino “consumir tan sólo la centésima parte de ella”.²¹ Es preciso toparse con Thomas Gage, ya en el siglo XVII, al fin y al cabo formado y educado en un ambiente español desde su adolescencia, e impermeable, por lo tanto, al extremismo puritano, al que se acogería con posterioridad más por conveniencia que por sentimiento, para percibir el tema hispánico tradicional de la degeneración americana. Si la cantidad era favorable, no ocurría lo mismo

17 Vid. Thomas Morton, *The New English Canaan* (introducción y notas de Charles Francis Adams), Prince Society, Boston, 1883, p. 114.

18 Vid. *Description of Virginia by the Cap. Smith*, selección de J. F. Jameson, *Original narratives of American History*, v. V. New York, 1907. Véase también en la *Bradford's History of Plymouth Plantation*, Charles Scribner's Son, New York, 1908, v. I, p. 60.

19 *Op. cit.*, p. 266.

20 *Cf. Hawks, op. cit.*, p. 289.

21 *Cf. The voyage of Robert Tomson, Merchant, into Nova Hispania in the yeere 1556*, en Hakluyt, VI, p. 249.

con la calidad y sustancia;²² aun después de haberse atracado Gage con toda suerte de carnes, tenía que recurrir a lo que sería su famosa panacea para satisfacer su insondable estómago; esto quiere decir que se empinaba tras de cada comida una jícara de chocolate para reponer, según él, las fuerzas:

En México y otros muchos parajes de América, observamos que dos o tres horas después de haber hecho una comida, en la cual nos habían servido tres o cuatro platos de carnero, vaca, ternera, cabrito, pavo y otras aves y animales de caza, no podíamos estar de la debilidad de estómago, y casi nos caíamos de desmayo, de modo que nos veíamos precisados a confortarnos y reponemos con una jícara de chocolate, un poco de conservas o algunos bizcochos.²³

Extrañado Gage de semejante particularidad, acudió a su médico, el cual le aclaró al punto el porqué de la diferencia entre el aspecto exterior de las frutas y carnes, y su naturaleza interna:

Que el clima de aquella región de América to[maba] la calidad de producir cosas buenas en la apariencia; pero de poca substancia para alimentar; que lo mismo que con las viandas que comíamos sucedía con las frutas, que son tan hermosas a la vista y tan gratas al paladar, pero de ninguna virtud nutritiva por dentro; y que no ha[bía] ninguna de cuantas veíamos, por gruesa que fuera, la cual pudiese dar la mitad de la sustancia que contiene una camuesa de España o una manzana de las más pequeñas de Inglaterra.²⁴

Esta explicación *científica* y sus ejemplos ilustrativos le vienen que ni pintados a Gage para deslizarse hacia el tema por el cual mostró siempre gran en-

22 *Apud Nueva relación que contiene los viajes de Tomas Gage a la Nueva España*, prólogo de A. de Valle-Arizpe, Ed. Xóchitl, México, 1947, p. 98.

23 *Ibidem*. La vid y el olivo, sin embargo, le merecen grandes elogios; las aceitunas eran más gruesas que las de España, y el aceite más claro y dulce; las uvas eran mejores que las españolas, y el vino más fuerte. Al parecer, Gage se aparta aquí de su tesis; pero lo hace con tal de criticar el sistema monopolista español y despertar al mismo tiempo los apetitos conquistadores de sus conciudadanos, lo que justifica, sin duda, la contradicción. *Ibid.*, p. 183.

24 *Ibid.*, p. 98.

tusiasmo y debilidad: el de la naturaleza inferior del hombre en las Indias Occidentales. Con esto encabalgaba dicho problema –aunque él no lo daba así a entender– sobre el de la regeneración pronta y necesaria: “como hay engaño en la apariencia exterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel país, México, las cuales muestran un exterior hermoso por de fuera, mas por dentro están llenos de disimulo y falsedad.”²⁵

El tema antropológico: españoles, criollos, mestizos e indios

Resulta sumamente curioso, pero a la vez significativo, comprobar que cuando en el siglo XVI o en el XVII los hispánicos y anglosajones hablaban de holganza o haraganería, cada uno se refería a cosas distintas: “Yo he oído decir –comentará Gage– que se maravillan los españoles que los ingleses no se interesarán más en el país: ¡menester es mucho miedo a los indios o *sobrada pereza para practicar una vida holgazana y la cultura de cuatro matas de tabaco a la conquista de una tierra empedrada de oro y plata!*”²⁶

Véase que el ser inglés difería ya bastante del ser español; el hombre anglosajón era algo esencialmente distinto al hombre hispánico, y basta asomarse a los aledaños de la Historia para darse cuenta de esta radicalísima verdad. Aclaremos que entendemos por *hispánico* una actitud espiritual y real frente al mundo que identifica por igual a todos los pueblos de lengua española por encima de sus diferencias nacionales, raciales y psicológicas incluso. En tanto que al inglés le acontecía estar en el mundo, al hispano le sucedía encontrarse en él, y no se trata, como pudiera creerse de un juego de palabras. El hispano sentía la realidad americana como empresa heroica y suntuaria, explotadora y señorial; de aquí que la fantasía, el valor y la voluntad –digamos con Américo Castro– reemplazaban a la reflexión y acción entendidas como ascetismo intramundano protestante, burgués y salvador.

Miles Phillips, después de su desastrosa aventura tampiqueña, entró al servicio de un español importante que residía en México, y tuvo así la oportunidad de observar el empaque y satisfacción de su amo por tener, nada menos, que un criado blanco y por ende inglés, en una época y en un ambiente en los que con dificultad se encontraban sirvientes, a no ser indios y negros.

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibid.*, 180. Subrayado nuestro.

Phillips, al igual que otros de sus compañeros –de los abandonados en la costa de Tampico por Hawkins (1568)– se dedicó con entusiasmo y sin el menor escrúpulo a su –para los demás– insólito aunque bien retribuido trabajo: servir a su amo y a los parientes de éste en calidad de camarero, y acompañarlos en el paseo; “lo cual ellos tenían en mucho –añade Phillips–, porque en esta tierra ningún español quiere ser criado de otro, sino que son servidos y atendidos por indios cada semana, y por negros a los que han hecho esclavos de por vida”.²⁷

A pesar de que el empleo resultaba lucrativo, pocos españoles se avenían a aceptarlo; el prurito fidalgüelo y, sobre todo, la abundancia de indios se lo impedían. A nadie mejor que a estos especímenes *ya americanos* les viene bien lo que Américo Castro escribió para poner de manifiesto el perfil espiritual del hombre hispánico: “El español fue el único ejemplar en la historia occidental de un propósito de vida consciente y sostenido, fundado en la idea de que el único posible y digno oficio para un hombre es ser hombre, y nada más”.²⁸

En España podía aun el caballero, el escudero o el estudiante rodearse de sirvientes; pero en las Indias resultaba casi imposible. La abundancia de indios, como ya se ha dicho, y de negros que podían emplearse en este oficio, hizo quizás todavía más estricto el principio de la hidalguía, que no tardó también en extenderse, en su esencia de dignidad, a los mestizos, que aunque para 1569 todavía no serían muchos y estarían, por lo tanto, carentes de una conciencia social colectiva y de clase, poseían ya una personalidad y sindéresis individuales de su estructuración racial típica que los atraía y a la vez alejaba de los españoles; lo que era más que suficiente para que ellos también desdeñaran el alquilarse como domésticos.²⁹

Pero todavía hay más, el propio indio, cuando por circunstancias especiales se elevaba, en su concepto, a la altura del español, se comportaba como éste; es decir, adquiriría el aire de dignidad característico de los hispánicos con mando y no descendía hacia sus habituales obligaciones anteriores; se convertía en un hidalgo más y por ello despreciaba toda clase de trabajo mecánico: “Si alguno se casa con mujer Española –escribía el padre Morfi en época

27 *Op. cit.*, p. 317.

28 *Op. cit.*, p. 623.

29 *Vid. Ermilo Abreu Gómez, Semblanza de sor Juana*, México, Letras de México, Cuadernos Clásicos Mexicanos, 1938, p. 23-25.

tan avanzada como la segunda mitad del siglo XVIII– no quiere que se le trate ya como indio; se desdeña de las ocupaciones y ministerios de sus parientes; y lo mismo sucede con las mujeres cuando se casan con Españoles”.³⁰

Podrán intentarse todas las explicaciones sociológicas e históricas que se quieran para aclarar el hecho; mas difícilmente se logrará empequeñecer el valor simbólico que posee éste por sí mismo como expresión de un contagio psicorracial de gran profundidad y trascendencia. Valga ello para ilustrar a los empeñados en reconstruir un nacionalismo indigenista fundados románticamente en ciertas autoctonías espirituales, muy cuestionables, por cierto, como puede verse. El caso que relata el padre Morfi no es único, por supuesto, pues más de una vez los indios de la Pimería se alzaron en armas contra los abusos señoriales de los mayordomos jesuitas, ópatas ensoberbecidos por el puesto, que ingenuamente copiaban los hábitos brutales del español laico y las prácticas abusivas y desdeñosas de éste sobre los indios sometidos.³¹

También captó Gage la incapacidad hispánica, la eterna oposición entre el ideal y la realidad con las terrenales consecuencias trágico-cómicas nacidas de las mismas. Así nos cuenta con su inimitable gracejo y pintoresquismo, sacados sin duda de un capítulo de la picaresca, las desventuras de dos pobretones y orgullosos hidalgos chiapanecos que, a pesar de no haber probado bocado en todo el día, se hacían lenguas de sus opíparas comidas a cuenta de unas migajas de pan que dejaban como por azar enredadas entre los mostachos.³²

El *español* –en este término incluía Gage a criollos y peninsulares, aunque no deja por eso de ser uno de los primeros³³ que percibe los matices psicoló-

30 Ms. Autog. fr. Juan Agustín Morfi, *Descripción del pueblo de Asumpción de Arispe, Sonora, Año de 1778*, Archivo Franciscano, 4, núms. 83-761.

31 Vid. P. Juan Antonio Baltasar, S. J., *De los principios, progresos y descaimientos de la espiritual conquista de la provincia de la Pimería Alta por la muerte del P. Eusebio Francisco Kino* (t. II de la recopilación hecha por los PP. Francisco Javier Fluviá y Juan Francisco López, publicada en Barcelona, 1754): *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús escritos por un padre de la misma sagrada religión en su provincia de México*. Reimpreso en México por Luis Álvarez de la Cadena, prólogo de Juan B. Iguínez, Edit. Layac, México, 1944, p. 255; *passim*.

32 *Op. cit.*, p. 251.

33 Gamelli, un italiano que viajó por la Nueva España a fines del siglo XVII (1697), no simpatizó con los criollos. Él percibió la mutua antipatía establecida entre éstos y los gachupines, denominación esta última que ya por entonces era francamente denigra-

gicos diferenciadores— era además ignorante y lerdo, como lo comprobaban sus preguntas acerca de si el Sol y la Luna tenían el mismo color en Inglaterra que en Chiapas; y si los ingleses practicaban sacrificios humanos como los indios; y si andaban, al igual que el resto de los mortales, a dos pies.³⁴ Lo más interesante de todo es la noticia que nos da Gage relativa al valor combativo de los caballeros chiapanecos; con un centenar de aguerridos soldados ingleses se podría poner fácilmente en fuga todos los tercios levantados en defensa de la región.³⁵ Y por último lanza Gage la acusación más grave —a los ojos puritanos— sobre los españoles: la avaricia de éstos. Él sabía, en efecto, que nada causarían mayor horror entre sus correligionarios y paisanos que el poner de relieve este pecado. La avaricia era signo de improductividad; de atesoramientos excesivos; de concupiscencias sin límites y de incapacidad para el aumento de la prosperidad general. La generosidad no era virtud que, al decir del herejarca, practicaran los caballeros españoles; pero mucho menos si se trataba de españoles comerciantes.³⁶

La opinión, en términos generales, que se forjan los viajeros ingleses respecto al indio es completamente adversa a éste: “Ellos son —escribe incluso Hawks, que por otras cosas los admiraba— simplísimos y muy grandes cobardes; faltos de valor y dados a las brujerías.”³⁷ Empero, no es lo mismo, con todo, la opinión de un comerciante, como era Hawks, que la de un marino como lo era Phillips; sus puntos de vista eran distintos como lo eran asimismo sus intereses:

Yo los encuentro —escribe el segundo— corteses, cariñosos, bondadosos e ingeniosos y de gran inteligencia. Ellos odian y aborrecen de todo corazón a los españoles por las horribles crueldades realizadas y porque éstos los mantienen en sujeción y servidumbre; y al tal punto los odian, que ellos y los negros no aguardan otra cosa cada día sino el momento de li-

toria, y que ha perdurado hasta hoy. Vid. Juan Francisco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España* trad. de José María de Agreda y Sánchez, pub. de la Soc. de Bibliófilos, México, 1927, p. 30. Hay edición reciente de la editorial Xóchitl, México, 1946, con prólogo de A. María Carreño.

³⁴ *Op. cit.*, p. 251.

³⁵ *Ibid.*, p. 252.

³⁶ *Ibid.*, p. 249.

³⁷ *Op. cit.*, p. 286.

brarse de dicha esclavitud y servidumbre en la que los españoles los tienen.³⁸

Phillips, como buen marino isabelino, estaba pensando en términos de reconquista, de lucha y desquite y venganza; Hawks, en cambio, en términos de utilidades y ganancias; de aquí su lamentarse de que la esclavitud indígena no era por su tiempo tan absoluta como antes, por cuya razón había menguado la producción minera y, por consiguiente, el rendimiento utilitario.³⁹ Cada quien apreciaba, pues, el problema desde el ángulo de visión íntimo, y como se ve, ya desde entonces, y como se hace hasta la fecha, el mísero indio servía de pantalla para disimular las ambiciosas apetencias de propios y extraños. Chilton enjuiciará también con escándalo la acción religiosa de los frailes a favor de los indios; pero al hacerlo pondrá de manifiesto que su disgusto provenía de la competencia que los monjes le hacían al vender a los indígenas bulas, indulgencias y misas, con lo que se quedaban éstos sin fondos para comprar las buhonerías que él marchanteaba:

También los frailes y curas llevan consigo otros perdones a las Indias para aquellos indios que hayan muerto incluso cien años antes de la venida de los españoles a estas tierras; los frailes en sus sermones persuaden a los pobres indios a que tomen dichas bulas diciéndoles que a cambio de cuatro reales de plata se librarán del purgatorio.⁴⁰

Por lo que toca a la población mestiza, si para 1569, como dijimos, no era muy numerosa, no iba a ocurrir lo mismo en la década que va de 1570 a 1580,⁴¹ y aunque en realidad no eran, étnicamente hablando, mestizos los descendientes de negro e indio, sino *lobos*,⁴² según la nomenclatura del doctor E. T. Hamy, desde un punto de vista presociográfico⁴³ los podemos considerar

38 *Op. cit.*, p. 323.

39 *Op. cit.*, p. 288.

40 *Op. cit.*, p. 278.

41 *Vid.* A. Leonard, “Del comercio de libros en México en 1576”, suplemento literario de *Novedades*, núm. 133; México, 19 de julio de 1951.

42 Lobo, según las pinturas que guarda el Museo Nacional de Arqueología e Historia, era el descendiente de salto-atrás con mulata.

43 *Vid.* Carlos E. Echánove Trujillo, “Las castas en la época colonial”, suplemento literario de *Novedades*, núm. 85; México, 17 de septiembre de 1950.

mestizos. En 1583 el eclesiástico Pedro Ordóñez de Cevallos reconocía que el número de mestizos de la capital de la Nueva España era grande; éstos vivían pobre y míseramente sin oficio ni beneficio;⁴⁴ mas hay que suponer que el aumento incesante de esta población –las indias preferían casarse con negros porque los frutos de su matrimonio nacían libres– obligó a que lentamente parte de la misma se fuese encauzando hacia los trabajos artesanales. Todo lo último de este apartado no tendría objeto si ello no nos llevara a una seria reflexión: hoy que tan atareados nos hallamos investigando la entraña del ser del mexicano convendría no perder de vista que los latidos de la sangre mestiza, que hoy por hoy se polarizan en los extremos de lo indio y lo español, tendrán que ser espaciados para dar cabida justiciera en ellos al aporte espiritual y sanguíneo de lo negro.

Los indios, los mestizos y los propios españoles se habían revelado ya, según Chilton, dos veces contra los abusos eclesiásticos⁴⁵ e incluso para evitarlos habían intentado tener un rey para ellos solos. Chilton coincidía con Phillips, aunque había partido de rumbo opuesto. Como veremos, las ideas a este respecto de dicho viajero no son más que jalones de un largo camino que comenzado por Raleigh se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XIX. Pero adelantemos que los intentos anglosajones de invasión siempre fracasaron en tanto que no se presentaron fisuras en el orden espiritual. La pasión religiosa protestante obligó a los ingleses a subestimar con demasiada frecuencia la gran fuerza cohesiva que representaba el catolicismo hispánico manejado por los hábiles sacerdotes y frailes. Sin ellos y sin la fuerza espiritual que insuflaban en el vasto imperio español éste no habría resistido ni tan siquiera el primer envite de sus adversarios.

44 *Notes of the West Indies, gathered out of Pedro Ordonnes de Cevallos, a Spanish Priest, his large observations...*, en Purchas, *Hakluyt Posthumus or Purchas his Pilgrims*, James MacLehose and Sons, Published to the University of Glasgow, 1905, v. XVII, p. 215.

45 Creemos que Chilton hace aquí alusión a la formidable sublevación de los cascaneos en la Nueva Galicia (1541), o, aunque yerra, a la conjura de Martín Cortés (1563-1567), que aún estaría fresca en la memoria de la gente novohispana.



Un mundo que aprovechar

45

Derroteros de viajes: espionaje y comercio

Los viajeros ingleses arribados a la Nueva España en el siglo XVI lo hacen en un periodo de tiempo que va de 1555 a 1580.¹ Aprovechando las facilidades derivadas de la política de Carlos V con su proyecto de anexión de Inglaterra –realizado con el desposorio de María con Felipe II, su sobrino (1554-1558)– y después de la tolerante puesta en vigor por Felipe II con su plan matrimonial con Isabel, algunos comerciantes ingleses lograron romper el bloqueo monopolista impuesto en las colonias españolas.

Un ejemplo típico sobre el modo de burlar la vigilancia paternalista de esta etapa conciliatoria nos lo proporciona el relato del comerciante Robert Tomson, al que ya varias veces hemos aludido. Tomson salió de Londres y llegó a Lisboa, en donde se radicó por corto plazo; se trasladó después a Cádiz, y después de una breve estadía en dicha ciudad andaluza, pasó a vivir a la de Sevilla, buscando horizontes más amplios y lucrativos. En Sevilla vivió un año en casa del comerciante Mr. John Field, que estaba casado con una española.

1 La infiltración no inglesa comenzó antes (1536) por medio de corsarios y viajeros inclusive: Andrés Morales, lapidario de Moravia; Juan Alemán, Juan Nizado, etc. (Vid. Julio Jiménez Rueda, *Herejías y supersticiones en la Nueva España: los heterodoxos en México*, Imprenta Universitaria, México 1946, p. 57.

Este matrimonio, acompañado de su caterva de hijos (siete en total) y de Tomson, que se les pegó como una conchuda, intentó embarcar en la flota que estaba presta a zarpar para las Indias; mas hubo ciertos impedimentos de orden legal y optaron por adelantarse embarcándose en una carabela que iba hacia las Canarias, en donde al parecer la influencia de la Casa de Contratación se encontraba disminuida, y en donde, sin duda, se podía cohechar a los oficiales reales y a los veedores. En la Gran Canaria encontraron a Mr. Anthony Hickman y a Mr. Edward Castelin, corresponsales de dos comerciantes londinenses, y decidieron todos unánimemente pasar a la isla de Tenerife, a donde ya había llegado la flota procedente de Cádiz. Se embarcaron en uno de los buques arribados, perteneciente al armador inglés Mr. John Sweeting –casado también con española–, cuyo capitán, Leonard Chilton, era yerno del propietario del barco y, como su suegro, se había desposado en Cádiz.

En octubre de 1555 partían ocho naos de Tenerife poniendo proa hacia el Golfo de México, y embarcados en una de ellas, que capitaneaba precisamente otro inglés, todos nuestros conocidos, a los que hay que agregar a un comerciante del condado de Exeter, Mr. Ralph Sarre. Después de dieciséis días de navegación se desviaron y atracaron en el puerto de Santo Domingo; tras una corta estancia en la capital, se embarcaron de nuevo rumbo a San Juan de Ulúa. El 16 de abril de 1556 desembarcaron en Veracruz, tras de haber sufrido un desgraciado naufragio frente a la costa. Un rico comerciante español, Gonzalo Ruiz de Córdoba, los aposentó en su casa y los acogió generosamente y mantuvo por espacio de un mes, pues los náufragos lo habían perdido todo al zozobrar la nave que los traía.

Tomson, por intercesión de un escocés ya radicado en el país, un tal Thomas Blake, entró al servicio del viejo y acomodado conquistador Gonzalo Cerezo, vecino de la ciudad de México. Más tarde tendremos ocasión de seguir las aventuras y peripecias heréticas de este sirviente inglés del veterano Cerezo.

El sistema, pues, de penetrar en el coto colonial español se facilitaba por la adquisición de la carta de ciudadanía, entonces de vecindad, adquirida mediante la estancia de cierto número de años en una ciudad española, o por casamiento con una mujer del país, y mucho mejor si se conjugaban ambas cosas en la misma persona y recibía de añadidura los auxilios mercantiles y el crédito abierto de los comerciantes españoles² —como fue el caso en nuestros

2 En 1564 otro comerciante inglés, casado y radicado en Sevilla hacía muchos años,

conocidos—, interesados, sin duda, en el negocio; pero no tan decididos seguramente como los ingleses a cruzar el océano. El plan era, sin disputa, beneficioso para ambos, y todo tal vez se reducía a un buen sistema de corresponsalía mercantil con giros a nombre de las matrices sevillanas o gaditanas.

Felipe II soñaba por este tiempo con sentarse de nuevo en el trono británico, pese incluso a las incomodidades xenófobas que siempre ha poseído el consorte sillón real inglés;³ la rivalidad hispano-inglesa aún no había llegado a la catástesis dramática del rompimiento total. A los ingleses, pues, se les permitía el acceso a las colonias con las reservas de rigor, e incluso se les autorizaba a radicarse en ellas; los obstáculos más que contra lo extranjero se levantaban contra lo protestante; ahora bien, la carta de vecindad y el casamiento con mujer española eran pruebas más que suficientes, al menos por este tiempo, para disipar la menor sospecha herética.

Esto puede también explicar la compasión abierta y la gran simpatía manifestada por los habitantes de la Nueva España hacia los marinos ingleses abandonados por Hawkins en la costa de Tampico,⁴ o para con los apresados en el combate sostenido por la escuadra comandada por dicho marino inglés

cargó un navío de unas ocho o nueve toneladas con diversos géneros y se largó para las Indias contando con el apoyo de los comerciantes sevillanos. *Vid. A Voyage made by M. Roger Bodenham to S. John de Ulloa in the bay of Mexico, in the yeere 1565. Apud Hakluyt, VI, p. 263.*

3 En la declaración de Pedro de Trejo en el proceso abierto por el tribunal del Santo Oficio contra el inglés Guillermo Calens (William Collings), marino del “Jesus of Lubeck”, por presunto luterano, se afirma que dicho marino estimaba como cosa imposible el que el rey español se pudiera coronar, pese al casamiento, rey de Inglaterra, a causa de ciertos entorpecimientos e impedimentos tradicionales. Calens no era sino la expresión del sentimiento y clamor nacionalistas ingleses que oía campanas aunque no sabía dónde; pero demostrativo del espíritu independiente inglés de aquella época. *Vid. Corsarios franceses e ingleses en la Inquisición de la Nueva España (siglo XVI)*, prólogo y edición de Julio Jiménez Rueda, Imprenta Universitaria, publicación del Archivo General de la Nación, México, 1945, p. 338.

4 Un tal Ortiz, español llegado a la Nueva España en 1568, es decir, en la fecha del ataque contra John Hawkins en San Juan de Ulúa, no ocultaba sus simpatías por los ingleses y opinaba que el virrey en el ataque contra el corsario inglés había faltado a su palabra y no había, por lo tanto, obrado como caballero. También censuraba acremente la destrucción llevada a cabo por Pedro Meléndez de Avilés contra los hugonotes de la Florida. *Vid. Francisco Fernández del Castillo, Libros y librerías en el siglo XVI*, publicación del Archivo General de la Nación, México, 1941, p. 96-243. Creemos que en esta simpatía mucho influyó la decidida tendencia herética del aventurero hispano; pero no sería tampoco muy errado atribuirla a su fe mercantilista y erasmiana.

contra la del virrey don Martín Enríquez frente a Veracruz.⁵ El pueblo novohispano, al ver la aflictiva situación en que se encontraban aquellos ingleses traídos a la capital del virreinato, se volcó generosamente procurando paliar y hacer menos dura la situación de los prisioneros, a los que se había congregado en la Plaza de Armas: allí, escribe Phillips, “los españoles nos trajeron de la plaza de abastos gran cantidad de alimentos; suficiente como para cinco veces el número de los que éramos; algunos nos regalaron sombreros y otros nos obsequiaron dinero”.⁶

Las autoridades coloniales decidieron mantenerlos vigilados y los encerraron en el hospital de Nuestra Señora de la Concepción, fundado por Cortés –hoy de Jesús María–. Al mismo tiempo que se les tenía prisioneros, los desdichados recuperaban sus exhaustas fuerzas. Hasta dicho lugar se desbordó también la simpatía y caridad de las almas generosas de ricos y pobres:

En cuyo lugar –continúa Phillips– fuimos tratados cortésmente, y fuimos también visitados con frecuencia por virtuosos caballeros y gentiles damas de la ciudad, que nos traían diversas cosas para reconfortarnos, tales como azúcar, mermeladas y otras semejantes, y nos dieron asimismo muchas veces objetos diversos, y todo eso con gran liberalidad y desprendimiento.⁷

En la incipiente vida colonial de entonces, tan monótona de suyo, y sólo sacudida de tarde en vez por conmemoraciones y fiestas religiosas; por rumores de flotas o por el avistamiento de barcos sospechosos; por alzamientos y conspiraciones de indios y negros y por intriguillas cortesanas y palaciegas; o cuando más por el choque –incluso violento– entre las potestades seculares y eclesiásticas, la presencia de los ingleses significó y fue, sin lugar a dudas, un acontecimiento extraordinario; lo cual explica el jubileo de visitantes, incluidos los femeninos, que tan dispuestos siempre están, y estaban, a cultivar

5 Los interesados en condenar o exonerar la decisión combativa del virrey pueden consultar con provecho el trabajo de Pablo Martínez del Río, “La aventura mexicana de Sir John Hawkins”, *Apud Memoria de la Academia de Historia*, t. II, núm. 3; México, julio septiembre, 1943.

6 *Op. cit.*, p. 315.

7 *Ibid.*, p. 316.

sus dotes caritativas y exhibicionistas no menos que a desplegar, y la desplegaron, su arriscada curiosidad.

Los ingleses fueron enviados a Texcoco para alejarlos de la atracción capitalina, que por cierto tenía mucho de entusiasmo teratológico; mas no tardarían en huir. La escapatoria no fue difícil, puesto que habían sido reclusos en un obraje del que salían y entraban a placer. Sin embargo, bien pronto fueron aprisionados de nuevo y encerrados en una tenería que estaba situada en las afueras de la ciudad, y de allí a poco a un lugar mejor, si bien más alejado, a donde la gente se dio otra vez en la manía de visitarlos los domingos y días festivos. Ni que decir tiene que el nuevo encierro fue tan frágil como los dos anteriores:

De la tenería –prosigue otro cronista– fuimos llevados a un lugar acondicionado donde estábamos obligados a vivir por fuerza so pena de muerte en caso de no hacerlo, y del que no debíamos salir para ir a la ciudad. Aquí teníamos todo lo que nos hacía falta; los domingos y días de fiesta venía la gente a visitarnos y nos procuraba mucho consuelo.⁸

Lo que preocupaba a las autoridades eclesiásticas y civiles de la colonia era la catanga herética que por dondequiera iban dejando los ingleses de la expedición de Hawkins; pero también los arribados como pacíficos comerciantes eran objeto de muchas sospechas: así Blake,⁹ así Rodrigo de Iris,¹⁰ así Ralph Sarre, el inquieto Tomson y lo mismo Hawks.¹¹

8 Cf. *The travails of Job Hortop in Nueva Espanna*. Apud Hakluyt, VI, p. 347.

9 Thomas Blake llegó a la Nueva España en 1534 o 1535, después de haber tomado parte con Alonso de Heredia en la conquista de la Nueva Granada. Acompañó a Vázquez Coronado a las famosas Siete Ciudades (Cíbola y Quivira, en Nuevo México) y casó con la viuda de Cristóbal Cayengo (1544), que había sido fiscal de la Inquisición en tiempos de Zumárraga. Blake con este casamiento alejaba de sí toda clase de sospechas. Vid. G. R. G. Conway, *An Englishman and the Mexican Inquisition (1556-1560)*, impresión privada, México, 1927, p. 93, n. 9.

10 *Ibid.*, prólogo, p. XXI. Rodrigo de Iris había luchado en Túnez (1535) a las órdenes del marqués de Mondéjar, hermano de don Antonio de Mendoza. Vino a México en 1539 y se casó con doña Inés, princesa de Tenayuca.

11 Ralph Sarre, que vino en el mismo barco con Tomson, obtuvo un puesto de confianza con don García de Albornoz, regidor de la ciudad; en 1556 estuvo complicado en la conjura del marqués del Valle. Hawks, cuyo relato sobre la Nueva España es uno de los mejores, según Conway (prólogo, p. IX), fue denunciado a la Inquisición y juzgado

John Chilton,¹² hermano según parece de Leonardo Chilton, el capitán que embarcara al grupo de ingleses en 1555, fue en cierto modo un antecesor de Gage, y la semejanza no les viene tanto por la común nacionalidad, sino por la fecunda curiosidad e infatigable ansia viajera que los dos poseyeron y desplegaron por igual. En cierta manera la personalidad de Gage y el éxito de su *Relación* opacan la figura de Chilton; pero el modesto cuan breve *Discurso* de éste, producto de una experiencia errabunda de dieciocho años a través de las Indias Occidentales, es un documento inapreciable que nos permite contemplar el espíritu de la sociedad colonial y el desarrollo económico de la misma en la segunda mitad del siglo XVI, según los vio y vivió el improvisado cronista; rasgo este último que lo hace decididamente distinto a Gage.

En 1561 salió Chilton de Londres y se fue a vivir a España, en donde permaneció siete años justos. Una vez acercado en el país, le sería cosa no muy difícil adquirir la autorización para venir a Nueva España, a la que llegó en 1568. Ya en la colonia recorrió casi todo el territorio hasta entonces dominado, y alejándose y extendiendo hacia el sur sus actividades llegó al corazón de Centroamérica, y desde allí, atraído por las perspectivas comerciales, se largó hasta el Perú.¹³ Regresó a España cuando ya los tiempos pintaban bastos, en 1586; cuando el sueño de dominio pacífico sobre Inglaterra había sido cambiado por Felipe II en los enfebrecidos trabajos y preparativos para conquistarla por la fuerza.

Pese a su brevedad informativa, se recogen en Chilton mejor que en Gage las premisas territoriales y las aspiraciones conquistadoras de Inglaterra frente a España y su imperio. No podemos seguir a Chilton en sus múltiples viajes; mas nos es suficiente con que indiquemos que las plazas y puntos fuertes que iba conociendo en su camino están anotados en su relación con mayor precisión que como lo hizo Gage. Además, se indican en este derrotero la importancia comercial de las ciudades visitadas; su poderío militar; los medios de defensa especiales con que contaban; el número de españoles residentes¹⁴

por hereje, y desterrado de la colonia. En 1571 se escapó de la prisión obispal de Guadalajara.

12 Así lo cree G. R. G. Conway, *op. cit.*, p. 90, n. 3.

13 Nos indica que llegó hasta Potosí; pero las escasas noticias que nos da el virreinato peruano, en contraste con su extensa información sobre México y Centroamérica, nos hacen sospechar que solamente estuvo en aquél de oídas.

14 No estará por demás decir que las informaciones –frutos de actividades más o menos

y las producciones de la región estudiada. Describe asimismo con gran cuidado la red de comunicaciones terrestres y, sobre todo, las rutas marítimas establecidas entre Tierra Firme y las islas del Caribe y del mar de las Antillas, sin olvidar, naturalmente, el estado de las fortificaciones, el número y calibre de las piezas de artillería y el monto de la guarnición.

El sistema comercial de Chilton es tan curioso que bien vale la pena parar un poco la atención en el mismo. Acompañado de una larga recua de mulas y de los arrieros necesarios, iba de acá para allá atraído por las bonanzas mineras, y en arribando a un mineral revendía Chilton a muy buen precio la quincallería que llevaba. Como por aquel entonces los centros de población alrededor de una mina eran embrionarios y casi siempre transitorios, hay que suponer que el negocio le rendía a nuestro viajero comerciante ganancias fabulosas.

La espina dorsal defensiva del imperio español y su médula económica habían sido puestas al descubierto.¹⁵ Al recoger Hakluyt en su imponente colección el relato de Chilton proporcionaba a los perros del mar de la época isabelina un incentivo extraordinario y ponía en las manos de aquella ávida generación aventurera una detalladísima cuenta de las pingües posibilidades de saqueo que se presentaban.

gratuitas del espión— no fueron solamente las de Chilton o las de Gage; todos los “visitantes” reseñados, sin excepción, son pródigos en “noticias” de esta suerte: galeones, flotas, fuertes, soldados, cañones, etc., fueron objetos de interés especial para los viajeros y comerciantes ingleses; y las razones para tan extremada curiosidad son algo palpable incluso para el más lerdo. Ilustremos lo dicho con algunos ejemplos sobresalientes: *A relation of the haven of Tecuanapa, a most convenient place for building of ships, situate upon the South sea not farre from Nicaragua, which was sent unto the viceroy of Mexico or to the King of Spain* (anónimo, *apud* Hakluyt, VI, p. 354). Chilton daba cuenta, asimismo, de las condiciones defensivas de San Juan de Ulúa; la isla contaba entonces con una pequeña muralla protectora; dos baluartes en los extremos de la misma y una guarnición compuesta de 50 españoles y 150 negros (*op. cit.*, p. 265). Hay también *A briefe Relation of an Englishman which had been thirteene yeeres Captive to the Spaniards in Peru* (en Purchas, XVII, p. 205-206). En Purchas también se halla recogida *The Relation of Alexandro Ursino concerning the Coast of Terra Firme, and the secrets of Peru, and Chili where hee had lived fours and thirtie yeeres* (Ursinos Peruan intelligences—añade por su cuenta el compilador— Al. Ursinos intelligences of the Spanish American Forts, Townes, &c. transportation of the Gold of Chili; from thence to Spaine). *Op. cit.*, p. 207-212.

15 Ni el propio Gemelli fue ajeno a esta curiosidad exhibitoria bélica, tal vez por ser súbdito de España o quizás precisamente por serlo a su pesar. *Op. cit.*, *passim*.

Las ciudades y sus riquezas: atractivos ciudadanos y mineros

La ciudad de México ha poseído siempre el rango de gran capital; lo tuvo en la época prehispánica, los códices nos pintan la magnificencia de la que fuera bulliciosa y soberbia ciudad lacustre, y las crónicas españolas de conquistadores y misioneros coinciden en el hecho de realzar la grandeza de la Tenochtitlan indiana, en parte para destacar la de ellos mismos, y en parte principalísima asimismo por la esplendidez de la propia urbe.

Desde 1521 la ciudad fue tema de reflexión para los hombres, como lo atestiguan, entre otros, los relatos de Cortés, Bernal Díaz, Cervantes de Salazar, Balbuena, el Conquistador Anónimo y los de la larga procesión de viajeros que en diversos periodos y épocas la conocieron y nos dejaron impresiones de sus visitas. El calificativo de grande empleado para caracterizar una cosa se aplica por lo general comparativamente; es decir, partiendo de una noción previa, de algo conocido, visto o sabido y, en cierto modo, identificable con el nuevo término sobre el cual se califica: así lo hace Cortés y así también lo hacen otros cronistas reseñados;¹⁶ y asimismo los viajeros ingleses que utilizaban como término de referencia las ciudades de Inglaterra. En una época en la que apenas si comenzaba a desarrollarse en Europa el fenómeno del crecimiento de las grandes ciudades, Hawks, por ejemplo, se admiraba hasta el arrobo de que México contara con más de 50000 habitantes¹⁷ y aproximadamente con unas 5000 casas de cal y canto habitadas por españoles; razones más que suficientes para que él la viera efectivamente como lo que era, “una

16 Vid. Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*, Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1940, t. I, p. 98-101. Tenochtitlan, según el capitán conquistador, era tan grande como Córdoba y Sevilla juntas; su gran plaza como dos veces la de Salamanca. Para Bernal Díaz del Castillo la gran plaza tenochtitlana era “más que la plaza que hay en Salamanca”. Vid. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición modernizada, prólogo y notas de Ramón Iglesia, Editorial Nuevo Mundo, México, 1943, I, p. 283.

17 Un número muy inferior, por cierto, al que poseía la Tenochtitlan prehispánica según testimonios de los cronistas; pero el término ciudad y sus similares denota y connota un concepto jurídico de origen occidental –grecorromano, medieval– dentro del cual no puede tener cabida el fenómeno de la población mexicana. La admiración de Hawks se explica porque a tan corto plazo de la conquista ya la ciudad resultaba populosa, como lo comprueba el que Londres tuviese 180000 habitantes en 1594; Sevilla 100000 y Lisboa (en 1629) 110000. Vid. Werner Sombart, *Lujo y capitalismo*, Revista de Occidente, Madrid, 1928, p. 44.

gran ciudad”,¹⁸ a pesar de que hacía solamente medio siglo escaso que había sido conquistada y refundada.

La ciudad hispánica erigida sobre las ruinas de la indígena tuvo que ser efectivamente un gran regalo para los ojos; de aquí su fama entre todas las de las Indias por aquel tiempo: “Es la ciudad –escribe Chilton– de mayor fama entre todas las de las Indias; posee buenos y costosos edificios de piedra y cal, y siete calles a lo largo y otras siete a lo ancho, con ríos que corren precisamente cada dos calles.”¹⁹

Esta ciudad semilacustre tuvo que ser indudablemente extraordinaria: catorce calles formales en total y de ellas seis mitad agua mitad tierra firme; y todas, salvo las calzadas, desembocando en el lago: ¡Algo de maravilla!²⁰ Pero no únicamente esto atraía la atención de los viajeros, porque rivalizando con la grandiosidad y hermosura estaban también los tesoros y opulencias de sus habitantes. Gage tenía tres obsesiones metidas en la cabeza: las riquezas fabulosas de la gran ciudad, su conquista y –esta otra ya la conocemos– el chocolate. Aunque esto pudiera parecer insignificante frente a las dos preocupaciones primeras, en realidad posee una importancia humana decisiva. Es casi seguro que entre los vehementes estímulos que impulsaron al pícaro réprobo a la conquista de Hispanoamérica, o que por lo menos le instaron a recomendarla, el chocolate fue uno de los principales, a juzgar por la afición placentera que le tomó al riquísimo brebaje. Como mínimo él se tomaba cuatro jícaras diarias: por la mañana, antes de comer, después de la comida y a las cuatro de la tarde con la merienda; pero si se desvelaba estudiando no titubeaba en empinarse la quinta. Su dipsomanía chocolatera, lo confesamos, lo humaniza y lo hace simpático a nuestra vista. Como asegura un historiador norteamericano, también favorablemente impresionado por la capacidad de zampatortas que poseyera Gage, el exdominico “tenía bastante que contar acerca de las comidas de los hispanoamericanos”. Él fue, evidentemente, amantísimo de los placeres de la mesa, y su libro bien pudiera haberse intitulado así: “Un angloamericano haciendo su vía apetitosa y comestible a través

18 *Op. cit.*, p. 281.

19 *Op. cit.*, p. 267.

20 El conocido plano de la ciudad realizado por Santa Cruz (1560) confirma y naturalmente supera en gran parte la entusiasta descripción de John Chilton. Desde luego aparecen en el plano bastantes más calles que las catorce que consigna el inglés en su crónica, y además las chinampas que rodeaban la traza.

de las colonias españolas”.²¹ Gage fue todo lo que se dice hoy un buen gourmet, y sería bueno entresacar de su libro todas las recetas de platillos que en la época colonial satisfacían la glotonería de la gente novohispana. Esta especie de arte cisoria constituiría, sin disputa, un curioso tratadillo gastronómico de la época que muy bien podría arrojar mucha luz sobre nuestra cocina mexicana mestiza, tradicional y barroca. Y volviendo ahora a aquellos otros dos aspectos que dejamos líneas atrás para preocuparnos con el chocolate, tenemos que imaginarnos el efecto que produciría la vivaz descripción de Gage entre los parcos y estirados cabezas redondas de la Inglaterra cromwelliana, cuando aquél se ocupaba de la descripción deslumbrante de las riquezas novohispanas: ¡cómo cegaría a la vez que horrorizaría a las austeras almas calvinistas aquel despliegue ostentoso, aristocrático, ensorberbecido y vicioso del lujo novoespañol! Empero Gage sabía demasiado bien cuál era su oficio, y con la badila de la elocuencia atizaba el fuego religioso puritano ávido de ganancias y anhelante por realizar la abstersión espiritual de las Indias españolas. Un paseo por la calle de Plateros era una invitación al saqueo, una incitación al despojo: qué otra cosa, si no, se podía hacer a lo largo de una calle “donde en menos de una hora p[odían] verse por valor de muchos millones en oro, plata, perlas y piedras preciosas”.²² Aquello era una nueva versión de la *Grandeza mexicana*; pero vista ahora no con las pupilas entusiastas del clásico y barroco, mas con las dilatadas, encandiladas y codiciosas del puritano, para quien resultaba sumamente insultante el hecho de que al mismo tiempo que en la Nueva España se hacía gala de tales riquezas, las arcas del Commonwealth bostezaran de puro flacas.

Con qué decidido ademán y gusto hubiera Cromwell decretado, como lo hiciera con la infeliz irlandesa Drogheda, la purificación por el hierro y el fuego de la capital colonial; con cuánta convicción y satisfacción hubiera arrasado con las costumbres y habría hecho botín de todas las piedras, metales y tejidos preciosos que las mujeres –inclusive las negras y mulatas– usaban, ofendiendo a Dios con el excesivo lujo cuyo objeto no era otro sino destacar aun más de suyo los meneos y contoneos insinuados y embelecadores e irresistibles por lo provocativos y lascivos, y capaces de enloquecer y hacer separar a los maridos de las esposas.²³ ¿Pero qué país era aquel donde incluso las es-

21 Cf. Tom Bard Jones, *An Introduction to Hispanic American History*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, p. 214.

22 *Op. cit.*, p. 142.

23 *Ibid.*, p. 138.

clavas negras e indias se permitían lujos tan inquietantes, disolventes y nefastos? –se dirían los puritanos al leer en Gage lo que sigue–: “Hasta las negras y las esclavas atezadas tienen joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes o pulseras, y sus pendientes con alguna piedra preciosa”.²⁴ Cómo se habrían de haber escandalizado los ingleses ante aquella vana y pecaminosa exhibición de riquezas hecha incluso por gente considerada por aquel entonces de condición servil y rastrera. Para ellos, calvinistas, todo inhibición sexual y pacatería, todo pudibundez, disimulo y recato severísimo en el vestir, cuán turbadora y licenciosa resultaba la desenfadada y lúbrica –a los ojos puritanos– sensualidad exhibida por las hembras de las castas. “La mayor parte de las mozas –censuraba Gage– son esclavas o lo han sido antes, y el amor les ha dado la libertad para encadenar las almas y sujetarlas al yugo del pecado y del demonio”.²⁵

La magnificencia observada no se limitaba únicamente a la capital, las de provincia gemían cargadas de riquezas, como le ocurría a Puebla, en la cual la profusión de conventos e iglesias, como muy bien sabía Gage, era señal segura de abundancia. Lo mismo que hoy día medimos la riqueza de una ciudad por la copia de sus instalaciones industriales y comerciales, entonces se determinaba la opulencia de las capitales iberoamericanas por el número y fastuosidad de sus edificios religiosos: “De tanto número de conventos –escribe Gemelli refiriéndose a los de México– también dispuestos y ricos podrá inferir el lector la grandeza y magnificencia de la ciudad”;²⁶ “Nos paseamos por toda la ciudad [Puebla] –escribe a su vez Gage– y vimos cuanto era digno

24 Es bastante curioso que en la segunda década del siglo XIX otro inglés, el caballero H. G. Ward, representante de Su Majestad Británica observara también algo parecido: “y éstas (las perlas) son tan de uso corriente en México que son llevadas en las calles por las clases más bajas” (*Apud Mexico in 1827*, Henry Colburn, Londres, 1828, t. II, p. 593). Resulta asimismo interesante observar que a través de los siglos la repugnancia anglosajona –anglicano-puritana– hacia la ostentación de la riqueza no había variado, como lo prueba la observación de Ward. Desde luego esta tendencia a la austeridad fue más manifiesta en Norteamérica que en Inglaterra; pero también es verdad que la entonación puritana fue mucho más intensa en la primera que en la segunda. Desde la época de Ward a la fecha las cosas y gustos han variado bastante entre los anglosajones, especialmente entre los norteamericanos; por eso lo que ayer se consideraba vano y escandaloso, hoy se exhibe –salvo contadas y finísimas excepciones– con pavoneo de nuevo rico.

25 *Op. cit.*, p. 139.

26 *Op. cit.*, p. 226.

de la curiosidad de un viajero. Notamos su opulencia y sus riquezas no solamente por la actividad de su comercio, sino por el gran número de conventos de frailes y monjas que se han fundado y que se mantienen de ella”.²⁷

He aquí ahora, traído a colación, otro motivo de horror, y grandísimo—esto lo sabía a la perfección el astuto Gage— para los puritanos: los conventos, expresión vergonzante de la cobardía individual frente al mundo; de ascetismo extramundano hipócrita, perverso e inútil. Para el puritano un convento era un rimero de imperfecciones y blasfemias, una monstruosidad abominable; en suma una horrible coluvie, como lo demostraban las riquezas acumuladas y estancadas miserablemente y sin provecho alguno ni para el hombre ni para Dios.

Las minas fueron otro motivo de curiosidad y atracción; pocos viajeros del siglo XVI, al igual que lo que les ocurriría a los del XIX, escaparán a este hechizo, a este atractivo y nuevo llamado de la Nueva España, como lo demuestra, por ejemplo, el caso de Chilton; pero ha de ser Gage, en el siglo XVIII, el más despierto y decidido a dejarse arrullar por el áureo o argénteo ensueño de la minería novohispana. Gage temía también que el avance minero novohispano hacia el Norte llegase a poner en peligro los establecimientos coloniales ingleses de Virginia y de la Nueva Inglaterra; la barrera teológica y biológica se trueca en metalífera, y la oposición hispano-inglesa en el Nuevo Continente se entenderá en esta centuria como rivalidad no únicamente colonial-territorial, sino fundamentalmente minera.

¿Interés arqueológico?

Los ingleses se sintieron atraídos, como no podía ser menos, por la civilización indígena; así Hawks nos hablará maravillado de los espléndidos palacios indígenas del pasado inmediato,²⁸ del jardín botánico—de alguna manera hemos de llamarlo al rehuir al término náhuatl—, de la casa de fieras y del tesoro del emperador Moctezuma, que, según el comentarista, “fue uno de los príncipes más ricos que se haya visto en este o en otro tiempo”.²⁹ Es muy significativa la

27 *Op. cit.*, p. 83.

28 *Op. cit.*, p. 281. Hawks, pudo contemplar probablemente los palacios en que vivían los grandes señores indígenas ya hispanizados y sometidos a la tutela y cultura castellanas. Lo que él vio tal vez fue una arquitectura *tequitqui* de la que no ha llegado hasta nosotros más que alguna que otra supuesta planta.

29 *Ibid.*, p. 295.

admiración y piedad que levanta entre los coetáneos del gran señor caído la figura y destino desgraciado de éste. Se percibe claramente en la descripción de Hawks un gesto de melancolía, saudade de la raza vencida que asoma en el conciso relato en el que nos describe el cronista inglés el exótico esplendor procesional del desventurado *tlatecuhtli*; relato que, como otros muchos, poseía el sabor de boca de los indios viejos que fueron testigos, y algunos hasta actores, del dramático acontecimiento de la conquista española: “Como los ancianos indios me informaron...”,³⁰ escribe Hawks, expresión en la que se adivina y condensa toda la desesperanza de aquella última generación senil que vivía a horcajadas entre un ayer cargado de recuerdos y un hoy en el que no encontraban fácil acomodo.

Pero de todos los cronistas viajeros ha de ser Gage el más interesado en estos problemas de la cultura indígena y sus orígenes; su curiosidad española formativa, parejamente a su interés político inglés y cromwelliano se incardinaron para describir con gran entusiasmo los jardines, el palacio, el tianguis y los diversos portentos que poseyó la ciudad mexicana. Mas las descripciones de Gage ya no provienen de testigos de vista como en el caso de Hawks, sino que son producto de copiosas lecturas. El interés de Hawks había sido inmediato humano-emotivo; el de Gage exclusivamente histórico, humano-utilitario. Incluso nos atrevemos a denominarlo, adelantándonos a la época de su aparición, arqueologismo pragmático. La curiosidad de Gage por estas cosas del pasado indio no obedecía a una atracción sentimental, mas simplemente perseguía una finalidad: él sabía que sus informaciones no interesarían a nadie en Inglaterra a menos que no probasen ser buenos argumentos para la probable conquista inglesa. Gage experimentó también la alucinación española por las famosas siete ciudades septentrionales³¹ a las cuales imaginaba

³⁰ *Idem*.

³¹ Al escribir sobre Quivira se permite el lujo intelectual de adelantar su hipótesis acerca de los orígenes americanos; la semejanza de su tesis con la que sustentó el padre jesuita José de Acosta, nos permite asegurar que Gage a pesar de su odio contra los miembros de la Compañía –odio que en buena parte está constituido por sus resabios de ex dominico– leyó la *Historia natural y moral de las Indias*: “El país de Quivira –escribe Gage– está situado en la parte más occidental de América y frente a frente de la Tartaria, de cuya región se aleja tan poco que *algunos* (el subrayado es nuestro) son de sentir que de ella salieron los primeros habitantes del continente americano” (*Op. cit.*, p. 180). Gage incorporaba, pues, a América al sistema occidental cristiano, empero por la vía filosófica y metodológica que recorriera Acosta, el cual si sabía guardar la ropa y nadar

como un extenso territorio dividido en dos países: Cibola, conquistada, según él, por Vázquez Coronado, y Nueva Inglaterra, descubierta por Drake (1569), propiedad de Inglaterra puesto que el reyezuelo bárbaro había accedido a ser vasallo de la reina Isabel. Gage invocaba, por consiguiente, un derecho de posesión que se fundaba en el realizado en la costa californiana por el audaz marino. El interés y la atención de Gage hacia los problemas indígenas tenían una intención política y económica. Pero lo importante fue que el tema arqueológico prendió en él lo mismo que medio siglo antes había prendido en Hawks y en otros viajeros. A través de los siglos no ha disminuido ni se ha desmentido entre los anglosajones la curiosidad por las cosas indígenas; sobre todo por las de los indios que vivieron y viven aún en la casa vecina. Cuando en 1847 un soldado norteamericano arriba a la conquistada Ciudad de los Palacios, no podrá disimular su *entusiasmo arqueológico* –revelador al fin y al cabo de su herencia histórica– al escribir a sus familiares y amigos que se hallaba por fin en la tan bien famada y perínclita urbe, “in the Hall of Montezuma”, frase en la que se puede advertir fácilmente la influencia de Prescott.³³ En nuestros días debemos al talento estadounidense, a su dedicación histórica, etnográfica y antropológica, y a sus excelentes métodos germanos de investigación y, sobre todo, a sus generosos medios económicos el conocimiento, en buena parte, del pasado prehispánico no ya únicamente de México, sino también de toda la América ibera: esfuerzos nobles, desinteresados y rigurosamente científicos, es a saber *imparciales y objetivos*; pero que a veces arrastran tras de sí, como les ocurre a los cometas y papalotes, la inevitable cauda de prejuicios y de utilitarismos; como cuando en el año de 1944, en el mero Museo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se imprimieron salmos y oraciones evangélicos en diversas lenguas y dialectos indígenas del Sur con el elevado intento, sin duda, de alfabetizar y catequizar especialmente y ganar a los indios para la civilización; mas a lo protestante.

entre dos aguas: una, las de abajo, las de la supervivencia aristotélica y tomista; otra, las de arriba, las de las nuevas orientaciones científicas (*Vid.* O’Gorman, “Prólogo” a la *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, p. XXXIX). En el libro primero, cap. 20, p. 77 de la obra citada del Padre Acosta se puede leer el párrafo que sirvió a Gage para redactar la tesis que líneas arriba hemos transcrito.

32 *Op. cit.*, p. 182.

33 Véase también en Burdick, “*Halls of Montezuma*”, Nueva York, 1848.

Las inevitables nuevas críticas

59

Enjuiciamiento de la conquista y evangelización españolas

Los viajeros, haciéndose eco de las exageraciones lascasianas no menos que de las censuras reales que el tremendo dominico sevillano escribiera, añadirían los trazos que faltaban en el ya negrísimo panorama de la conquista española. Según Phillips los indios prisioneros de los españoles eran tratados con inaudita crueldad por éstos: “ellos –escribe– cogen a los indios y los cuelgan por los brazos en altos postes hasta que les brota la sangre y les gotea ésta por la punta de los dedos”.

Han de ser también los ingleses, siempre más objetivos que nadie, los primeros que descubran las causas que facilitaron la conquista española de las Indias. Resulta sumamente instructivo comprobar cuántos desvelos y tinta se hubieran ahorrado los historiadores si hubiesen partido para enjuiciarla de hechos tan reveladores como los puestos de manifiesto por los viajeros ingleses en el siglo XVI. De paso Hawks por Tlaxcala reconoce que los habitantes estaban libres de tributo por la ayuda que prestaran a los castellanos en la conquista de México; lo que explicaba, según él, las pocas bajas experimentadas por los españoles así como la rapidez de la campaña militar.¹ La con-

¹ *Op. cit.*, p. 281.

quista, pues, insinuaba sin tapujos Hawks, la habían realizado los propios indios, que es lo mismo que afirmaría con paradójica ironía más tarde un ilustre compatriota ante la expectación todavía insurgente de su época; coincidencia todavía más curiosa puesto que las conjuntas razones tienden a una misma tarea: declarar inane la heroicidad caballeresca de la conquista.

Al proceder los ingleses según lo hemos indicado encuadraban el fenómeno en sus justos términos; toda la leyenda caballeril y sobrenatural que rondaba alrededor de la conquista caía por tierra: los relatos y las crónicas del suceso quedaban reducidos a casi nada con las explicaciones históricas inglesas: historia a base de hechos concretos, objetivos, en los que ya no cabían ni las elucubraciones trascendentales ni la supervivencia de lo tradicional y espiritual del medievo; de arte que se trata de una historia con actores y explicaciones reales, y no de una historia a base de fundamentos exclusivamente religiosos y con personajes que aspiran a actuar como Palmerines, Amadis y Esplandianes. En otro tiempo los relatos extraordinarios de las hazañas españolas hubieran tal vez abierto en la literatura caballeresca europea un nuevo cielo poético-heroico no menos glorioso que el del rey Arturo o el de los caballeros de la mesa redonda; pero en el siglo XVI los despotismos nacionales estaban ya demasiado desarrollados para hacer tal cosa posible. Los ingleses enjuiciaban la conquista española desnudándola de todo ropaje legendario y prodigioso; con un estilo que se preocupaba de las cosas, de lo estrictamente cuantitativo. Se trata, pues, de un modo de quehacer histórico interesado más en los hechos simples que en las hazañas; que está más atento a los datos que suministra la realidad que a los *relatos* abultados de heroicidad y de explicaciones sobrenaturales.

El problema evangélico y misionero está visto por los viajeros y marinos ingleses, como no podía ser menos, con singular reserva. No es que se ataque o censure abiertamente y porque sí la empresa; mas el mismo hecho de silenciarla lo más, y de modo intencional; de ignorarla a sabiendas suprimiendo las fallas y ocultando bondades es ya un indicio demostrativo si no de admiración, por lo menos sí de respeto intencional y mudo hacia la obra civilizadora que realizaba la Iglesia española. Hasta el propio Gage tendrá que admitirlo y reconocerlo, aunque a regañadientes, porque no en balde él había contribuido mejor o peor a la tarea. Por otra parte, los ingleses no podían francamente elogiar la misión evangelizadora; les estaba vedado desde un punto de vista doctrinal, que era a la vez personal y nacional, reconocer los aciertos

de frailes y sacerdotes porque tal cosa iba contra la corriente general de prejuicios que la Reforma había cebado. Hay por eso que leer con cuidado para percibir el asentimiento y satisfacción de algunos cronistas ingleses expresados aun contra su voluntad; de aquí el valor incalculable que poseen sus juicios al respecto:

Los indios –escribe Hawks– son muy favorecidos de los magistrados del país que los llaman sus huérfanos. Y si cualquier español molesta o daña a cualquiera de estos indios ya arrebatándole algo –como muchas veces los españoles han hecho– o bien golpeándolo, en caso de encontrarse el indio en la ciudad, se considera la justicia del caso y el español es castigado con el mismo rigor que se le puniría si el entuerto lo hubiese hecho a otro español. Cuando un español está lejos de México o en un lugar donde el indio no halla a quién quejarse, pensando hacer el español lo que le place y considerando que se encuentra muy lejos de donde le pudiese venir remedio a su presunta víctima, obliga al pobre indio a que le obedezca en lo que él le manda, y si el cuitado se resiste lo golpea y maltrata a placer. El indio entonces se mantiene manso hasta que encuentra una oportunidad, y en arribando ésta se hace acompañar de un vecino y los dos juntos emprenden el camino en dirección a México, así se encuentre la ciudad a veinte leguas de distancia, y en llegando los tales a ella exponen inmediatamente su queja. El indio es oído acto seguido, y el español, autor del daño, aunque sea caballero u hombre rico es llamado y juzgado y se le pena en sus bienes y persona en castigo por su delito, y se le guarda en prisión hasta que el juez lo quiere. Ésta es la razón que explica por qué los indios se muestran tan sumisos y corteses, pues si no encontraran esta protección, o bien los españoles ya los habrían acabado a todos; o los indios tal vez habrían hecho cosa igual con los españoles.²

He aquí un párrafo digno de que se repare mucho en él, y ante el cual se nos ocurren las preguntas siguientes: ¿Quién o quiénes movían a las justicias en el cumplimiento estricto de su deber, si como es sabido, y aunque nos duela desairar a “Nuestro Señor Don Quijote”, con más frecuencia se tuerce –y torcía

2 *Op. cit.*, p. 293. En este párrafo está íntegra la ley del 19 de diciembre de 1593 (*Vid. Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias*, Ley 21a., tít. X, lib. IV, Madrid, 1681.

entonces— la vara de la justicia por el peso de la dádiva que bajo el de la misericordia? ¿Quién o quiénes obligaban a tratar en un plano de imparcialidad jurídica al indio ofendido y escarnecido y al español arrogante y ofensor? ¿Quién o quiénes garantizaban la justicia y hacían mover al indio en busca de ella? Y por último, ¿quién o quiénes condenaban al transgresor así fuera noble, hidalgo o mercader rico a pagar la multa e incluso a ir a prisión si el agravio inferido al indio lo ameritaba? Hawks no nos hubiera, claro está, respondido a estas cuestiones; o por mejor decir no hubiera podido ni querido hacerlo. Para él era más fácil atribuir el hecho a una especie de convenio, declarado o tácito, establecido favorablemente entre vencedores y vencidos; pacto que, conservando un equilibrio entre ambas partes, a saber el mutuo recelo y concierto, los preservaba de la destrucción. Pero esta explicación no resiste a un examen serio, pues también en la Nueva Inglaterra existió el temor a un desequilibrio permanente entre los dos grupos y se pretendió de buena fe obviarlo por medio del *covenant*; pacto que como es bien sabido no pudo evitar el aniquilamiento del sector más débil y más abandonado de la mano de Dios, del calvinista por supuesto. En punto a codicia y afán de explotación ingleses y españoles estaban a la mano; pero en estos últimos existía un auténtico freno espiritual y legal que suavizaba y muchas veces casi anulaba el desenfrenado y egoísta deseo de poder, de posesión y de tenencia.

Así, pues, el español conquistador o colono no es ni la blanca palomita que cierta escuela histórica quiere hacernos ver, ni tampoco el hediondo y carroñero zopilote que el otro sector histórico se complace en recrear; podemos añadir que la igualdad trascendental decretada por el pensamiento teológico católico salvó al indio si no por completo de la explotación, al menos sí de la devastación total; en cambio, y por contraste, la desigualdad trascendental acordada por el puritanismo al indio acabó con casi todos los pielesrojas.

Aunque Hawks no los nombre poco importa, pues la cosa es bien diáfana. Sin aquellos dignos frailes, sacerdotes, obispos, arzobispos y virreyes del siglo XVI e incluso algunos del XVII y del XVIII, las voces del indio, por muy desgarradoras que se hubiesen alzado pidiendo justicia, hubieran sido como aquellas otras contribuladas y famosas: voces clamando en vano en el desierto.

En el siglo XVII Gage va a ser mucho más expedito que Hawks, que vivió en el anterior. La apostasía le hace renegar a Gage de todo lo católico y, por supuesto, de todo lo español, que entonces no eran sino uno y lo mismo; pero a pesar de todo no deja de vez en cuando de abordar el tema y de reconocer

la bondad de la tarea civilizadora realizada por otrora sus hermanos, bien que apostillando malignamente su explicación como convenía al gusto de sus nuevos correligionarios: “Los naturales –escribe Gage– deben mucho a los religiosos que los protegen y defienden de la tiranía de los españoles, si bien lo hacen [éstos] por su mismo provecho, porque cuanto más prosperan los indios, tanto más se enriquecen los frailes”.³

³ *Op. cit.*, p. 183. Gage lo sabía por propia experiencia; él mismo, nos explica, abandonó su cátedra para vivir en Mixco y Pinola (Guatemala), pueblos indígenas, pues con sus clases “no podía hacer otra cosa sino romper[se] la cabeza en cuestiones de teología, y tener muchos aplausos de los estudiantes, pero poco provecho” (*Ibid.*, p. 387); y él, tan amante del dinero, al que consideraba “su mejor amigo”, no quería dejar pasar la ocasión de enriquecerse. Hay que indicar asimismo, para exonerar en parte a Gage, que la Iglesia novohispana del siglo XVII dejaba mucho que desear en lo que se refiere a disciplina y moralidad de sus miembros; cierta molicie había entibiado el entusiasmo catequista a medida que el bienestar material había ido inundando la vida social de las capitales de la Nueva España. Se continuaba ciertamente la tarea evangelizadora en las regiones salvajes del Septentrión y Occidente; pero esta misión ya no era tan extensa, perentoria y exclusiva como lo había sido en sus comienzos. En 1775 el obispo de Puebla presentaba al virrey Bucareli un informe acerca del estado moral que guardaban los miembros de las órdenes religiosas; las conclusiones son desalentadoras. A pesar de la prevención con que lo hemos leído por causa de la rivalidad desde siempre establecida entre el clero regular y el secular en la Nueva España, rivalidad a veces demasiado manifiesta y hasta agresiva, no podemos menos de admitir que el dictamen del Obispo recoge gran número de actos realizados por los frailes que resultan no sólo inconcebibles sino repugnantes incluso. Se podrá argüir que la información es relativa al siglo XVIII; pero no creemos que tocante a relajamiento de religiosos el siglo XVII fuera mejor que el siguiente salvo contadísimas excepciones; y ello por la simple razón de que inclusive en el XVI se dieron casos bochornosos, y junto a las rosas misioneras también florecieron los cardos. Recuérdese que Cortés, en una famosa carta que remitiera al Emperador (3 de noviembre de 1524) leuplicaba a éste que enviase buenos religiosos, pues los que había en la Nueva España se preocupaban más de las pompas y beneficios, y hasta de los vicios, que de sus funciones caritativas y civilizadoras típicas. Recuérdese asimismo el *Informe reservado* que el arzobispo de México, don Pedro de Moya y Contreras remitió al rey en 1575; efectivamente no todo fue virtud porque junto a ella también abundó la corrupción (*Vid. Cartas de Indias*, Ministerio de Fomento, Madrid, 1877, p. 195 y ss). Las bellaquerías y vilezas de ciertos ribaldos frailecicos –al *Informe* del obispo de Puebla nos remitimos– pudieran competir sin demérito alguno, y aun les sacarían ventaja, con las de los galeotes, almadreros, jabegotes y cortadores de oficio de la época, sin excluir naturalmente de tan brillante familia a los léperos y pelados de Indias: el patio de Monipodio no habría brillado tal vez menos con tal bahorrina de truhanes putañeros y hasta bujarrones (*Vid. Visita y reforma de los hospitales de San Juan de Dios de la Nueva España, 1772-1774*, Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, México, 1945, t. II, p. 167-192).

Gage, que no era un panegirista, alababa aun sin quererlo cuanto más censuraba: “En el día los indios de Michoacán son tan adictos a la religión católica y tan celosos observadores de sus preceptos como cualesquiera otros en las demás partes de América”.⁴ Aunque no lo parezca se trata de una seria censura, y el hecho de que los indios fuesen buenos católicos era lo que la promovía.

Críticas a la iglesia y religión católicas. Piedad novohispana e interés económico

Dos serias preocupaciones llenaron la mente europea reformada a partir del siglo XVI; la lucha contra el catolicismo que defendía España, y la crítica más despiadada y adversa sobre el valor de la obra espiritual española en América. Nunca el mundo, hasta entonces, había conocido una campaña de descrédito tan destructora, rabiosa e injusta; pero en eso como en todo nuestro tiempo ha superado las viejas marcas, y a juzgar por lo que clama el chinchán estentóreo y reclamista de los dos poderosos bandos hoy en pugna, la cruzada en contra nuestra, es decir en contra de lo hispánico, apenas si resulta un melancólico tañer de ángelus comparada con la actual. En realidad, y refiriéndonos a la ofensiva reformista, se trataba de dos manifestaciones críticas que pertenecían al mismo trasfondo espiritual, la desavenencia religiosa. Por supuesto los ingleses eran los que estaban más interesados en la labor demoledora, pues del éxito que tuvieran en la misma dependía en gran parte el porvenir de Inglaterra. Nadie mejor que un comerciante o marino, como lo fue Phillips, para ponernos de relieve cuál haya sido el interés pragmático de Britania. El *Discurso* de Miles Phillips es preferible a cualquiera otra información y se puede tomar como modelo de crítica destructora cuando aborda el tema de la vida novohispana. Sus aserciones, sus citas religiosas, su familiaridad con las cosas hagiográficas nos hacen sospechar que Phillips se desarrolló durante su infancia y adolescencia en medio de un ambiente en el que todavía el catolicismo, aunque no vigente, no había desaparecido del todo.

Cuando un hombre como él regresa a Inglaterra después de una larga estancia vivida en el ambiente colonial católico-español se ve constreñido a demostrar la firmeza de sus principios protestantes anglicanos y nacionales ante

4 *Op. cit.*, p. 178.

sus coterráneos que le ven con desconfianza y recelo. Phillips no podía escapar a este círculo de suspicacias, de aquí sus gestos trágicos y su elocuencia persuasiva tendiente a convencer a sus paisanos de su fidelidad a la causa espiritual y política del protestantismo anglicano. Mas nuestro hombre, a pesar de su actitud, y pese a las impugnaciones, no puede menos de dejar entrever una muy tibia simpatía para la tarea misionera de España en las Indias; todavía más, cuanto más al parecer impreca y grita, tanto más se le ve el plumero; con lo que demuestra Phillips que lo que trata es de no convencerse a sí mismo y de pasar por bueno ante sus conciudadanos.

Todos los marinos abandonados por Hawkins así como los rehenes y los prisioneros hechos durante la enconada refriega fueron procesados, salvo unos pocos, por la Inquisición; pero varios de ellos⁵ se salvaron de los azotes y galeras, y entre los favorecidos por el entonces raramente benigno Tribunal se encontró nuestro conocido Miles Phillips. La juventud de la mayor parte de los procesados, su probable fondo espiritual católico y la presión coactiva ejercida por el anglicanismo fueron, sin duda, eximentes tenidos en cuenta por los inquisidores para dictar penas de retractación y reeducación, y castigos de poca monta; el resto de los procesados, hombres en su mayoría ya hechos y derechos, no pudo encontrar la misma blanda y comprensiva mano. Preguntado el marinero Job Hortop por sus sutiles y penetrantes interrogadores si era cristiano respondió que sí, y confirmó su aserción con otras declaraciones hechas con anterioridad sobre idéntica cuestión. Al describir con posterioridad su experiencia, Hortop tenía que tener buen cuidado de no comprometerse ante sus propios paisanos haciendo declaraciones peligrosas; de aquí el juego de palabras, entonces posible, acerca de su fe cristiana: “Mucha gente se lamentaba de nuestras desgracias y algunos clérigos nos preguntaron si éramos cristianos, respondiéndoles nosotros que sí, y que alabábamos a Dios y que éramos tan buenos cristianos como ellos; nos preguntaron entonces cómo podrían conocerlo, y nosotros les dijimos que por nuestra profesión de fe”.⁶

5 David Alexander, John Storey, Robert Cook, Miles Phillips, Paul Hawkins (sobrino del famoso marino), Thomas Ebrén, Richard William, William Low y John Evans, sin contar a Andrés Martín, que fue absuelto en seguida. Todos eran jóvenes menores de veinte años, salvo dos que no pasaban de veinticinco (*Vid.* Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, “Introducción”).

6 *Op. cit.*, p. 347.

A pesar de su socarronería no se salvó de 23 años de condena, que aparecen en su hoja de servicios repartidos por él mismo de la manera que sigue: dos años en los calabozos de la inquisición en México; un año en Sevilla en la Casa de Contratación; un año en los calabozos de la inquisición en Triana; doce años en galeras; cuatro más en prisión y tres en libertad caucional al servicio de un tal Hernando de Soria. No obstante este calvario, con el que hizo honor a su patronímico, Hortop no dejó de reconocer en su memorial que la actitud de la gente hacia el siempre fue compasiva; que en México, principalmente, a raíz de su aprehensión, el virrey lo quería colgar en unión de otros compañeros; pero que los caballeros novohispanos se opusieron alegando los derechos que tenían los marinos a conservar la vida como prisioneros de guerra que eran: “Los nobles de este país no lo consintieron y le rogaron [al virrey] que esperara hasta que arribase el navío aviso con noticias del rey de España relativas a lo que se debería hacer con nosotros; porque ellos alegaron que no encontraban nada en contra nuestra por la cual se nos pudiera legalmente condenar a muerte”.⁷

Tampoco Miles Phillips ocultará la simpatía que en toda la gente, incluidos algunos frailes en ella, despertaba la aflictiva situación de los ingleses. De paso por Santa María Nohele los monjes de dicho lugar los reconfortaron con buenos alimentos y los animaron con cuidadosa atención y exquisita caridad cristiana, diéronles además ropas para que se vistieran decentemente: “los frailes jesuitas de Meztitlán nos enviaron ropa apropiada, y tanto ellos como las mujeres y los hombres nos trataron muy cortésmente y nos dieron camisas y otras cosillas de las que más necesidad teníamos”.⁸

Esta actitud comprensiva y bondadosa contrasta con el mayor rigor y severidad con que fueron tratados al pasar a depender del brazo judicial inquisitorial, el cual de buenas a primeras arrojó a todos los marinos y marineros, cuenta Phillips, en “calabozos oscuros y apartados en donde no podíamos ver sino a la luz de una vela, y donde jamás nos pudimos ver los unos a los otros porque nos separaron”.⁹

No viene al caso discutir el fondo que hay o no de verdad en estas afirmaciones, ni tampoco vale la pena hacerlo sobre las exageraciones intencio-

⁷ *Ibid.*, p. 348.

⁸ *Op. cit.*, p. 313 (por supuesto, los jesuitas no son frailes).

⁹ *Ibid.*, p. 319.

nadas con que escriben los ingleses procesados con objeto de despertar emociones condenatorias entre los probables lectores de su tiempo; o con la idea de alcanzar una merecida recompensa o pensión en vista de los infortunios experimentados; pero la que sí queda más que clara, diáfana, es la actitud del pueblo novohispano, muy contraria, como hemos podido ver, a la asumida por las autoridades coloniales. Si se añade a esto el latente rechazo por parte de los españoles¹⁰ (siglo XVI) de los procedimientos inquisitoriales, tendremos el porqué de la diferencia de disposición entre las masas populares y el judaísmo intolerante, contrarreformista y oficial de los dirigentes: es, dicho sea en un periquete, el tránsito que va del erasmismo hispánico al jesuitismo hispano; o desde los métodos apostólicos de los primeros misioneros, a los empleados por los jesuitas, con posterioridad, asimismo en la Nueva España.

Los primeros años de su estancia en México no pintaron mal para Phillips y sus compañeros; distribuidos por diversas ciudades y pueblos, algunos ingleses lograron emplearse de sirvientes de casa rica, y otros de capataces de minas, con lo que en pocos años ahorraron lo suficiente como para presumir incluso de casi ricachones.¹¹ Pero entonces fue cuando se pusieron en mayor peligro, porque la interesada pasión delatora e inquisitorial velaba celosa por la pureza de la fe no menos que madrugaba ambiciosa por la requisa de las riquezas de los sospechosos: honra, vida y hacienda estaban al alcance del malsín codicioso y delator: “Ellos –relata Phillips– tenían perfecto conocimiento e información de que muchos de nosotros habíamos llegado a ser riquísimos, como ya se ha dicho, y por eso nosotros representábamos un estupendo botín y presa para los inquisidores.”¹²

Miles Phillips, sin una previa intención, dividió a los *españoles* de Indias en tres grupos; había tres tipos característicos que se movían a impulsos bien diferentes: la avaricia impelía a los más; el celo religioso a unos pocos, y el espíritu tolerante al resto. Los del primer grupo procedían delatando secretamente a la víctima; los acusadores no se careaban con el acusado, pues fundamentalmente de lo que se trataba era de satisfacer, so color de entusiasmo escrupuloso de devoto católico, la codicia de soplones que les embargaba. Como hemos visto líneas arriba, la prosperidad atraía la ruina sobre los

¹⁰ *Apud* Américo Castro, *op. cit.*, p. 537-581.

¹¹ *Apud* Phillips, p. 318.

¹² Phillips, p. 319.

ingleses. Ellos podían progresar rápidamente, más por su decidido entusiasmo ascético-intramundano –con gran escándalo y envidia de los españoles, que por su temple espiritual caballeresco lo esperaban todo de arriba en virtud de su disposición y esfuerzos bélicos y heroicos– que por un golpe afortunado de la suerte inconstante y veleidosa, y fiaban más en su disposición y esfuerzos mecánicos que en los heroísmos trasnochados de los orgullosos hidalgüelos españoles. Tal vez, como la competencia era imposible se acudió a la delación; aun en el caso de que los ingleses aquellos se hubieran comportado como excelentes y sinceros católicos, jamás se hubieran podido hurtar enteramente a las pesquisas y ambiciones que les asechaban. En el segundo grupo se encontraban los españoles fervorosos y obcecados, fanáticos atizados por siglos de convivencia histórica, racial y judaica,¹³ e incapaces por lo mismo de susstraerse a la herencia mesiánica y al ardor combativo y espiritual, razón por la cual no podían ver en los ingleses sino luteranos predispuestos y listos “para ser quemados”. El tercer grupo, aunque minoritario, tenía aún influencia en la colonia para aconsejar la blandura y condenar los excesos de la violencia; era enemigo de ésta y de la intolerancia, su terca compañera y, por supuesto, también hostil a los desafueros que la Inquisición había recién impuesto en la Nueva España.¹⁴ Dicha institución, según Miles, había sido establecida “contra la opinión decidida de gran parte de los mismos españoles; porque jamás, hasta ese momento, desde el principio de la conquista y colonización de las Indias, habían ellos estado sometidos a la sangrienta y cruel Inquisición”.¹⁵ Esta corriente *liberal*, que no titubeamos en caracterizar de erasmiana, era, dentro de la intolerancia reinante en la colonia, un remanso de paz y libertad espirituales; y a dicha corriente pertenecían en su mayor parte los viejos conquistadores que todavía quedaban como testimonios de la conquista, y el incipiente y arisco criollismo de las generaciones siguientes; el chaperón, o español recién llegado, militaba, por supuesto, en el bando contrario e intransigente, salvo rarísimas excepciones. La supervivencia de esta corriente estuvo asegurada durante las primeras décadas posteriores a la conquista, porque ella no sólo se nutría de elementos laicos, sino también de eclesiásticos. La

13 *Apud*, A. Castro, *op. cit.*, p. 537-581.

14 En 1571, siendo inquisidor D. Pedro Moya de Contreras. Sobre este personaje puede consultarse la biografía que acerca de él escribiera Julio Jiménez Rueda, “Don Pedro Moya de Contreras”, *Vidas mexicanas*, Edit. Xóchitl, México, 1944.

15 *Op. cit.*, p. 318.

semilla erasmiana de los primeros misioneros y apóstoles de Indias se resistía a ser improductiva. Phillips tuvo ocasión de notarlo, pues las críticas contra la Inquisición las oyó, según él escribe, de los propios labios de algunos frailes:

Debemos confesar que los frailes nos trataron muy cortésmente. Cada uno de nosotros tenía su celda, cama y alimentos; y todo limpio y en muy buen orden; pero no solamente esto, sino que muchos de los españoles y frailes mismos se expresaban públicamente con horror y disgusto de esa cruel inquisición, que hace que ellos no se atrevan ni permitan a la mano siniestra saber lo que ejecuta la diestra.¹⁶

También pudo ser aquello una añagaza de frailes para que, alentados por aquellos juicios, se descosieran los ingleses; pero estamos más inclinados a pensar que aquellas expresiones y sutilezas frailunas obedecían en la Nueva España, al igual que en la vieja, a que se hallaban en pugna en aquellos momentos dos grandes fuerzas espirituales: la *Philosophia Christi* y la Contrarreforma.

Parejamente a esta tendencia de libertad espiritual extraña a la coacción contrarreformista se deslizaba una corriente mercantilista en pugna con las restricciones monopolistas que obstaculizaban el comercio. Creemos, pues, que el baremo de la vida colonial en las Indias quedaría incompleto si no le añadiéramos las anotaciones económicas pertinentes.

Antes que el virrey don Martín Enríquez se decidiera a romper la tregua concertada con Hawkins, los comerciantes españoles y novohispanos, que se encontraban en Veracruz en espera de la flota, y que tomaron por tal a los navíos del inglés, realizaron pingües negocios trocando su dinero y mercaderías por los géneros ingleses y por los negros que se amontonaban como ganado en las bodegas y sentinas.

En la relación escrita probablemente por el propio Hawkins del tercer viaje realizado por dicho marino inglés a las Indias Occidentales,¹⁷ se especifica que el primer artículo de la tregua firmada por él y por el virrey aseguraba la paz entre las dos armadas y el desarrollo pacífico y sin trabas del intercam-

¹⁶ *Op. cit.*, p. 325.

¹⁷ *The third troublesome voyage made with the Jesus of Lubeck, the Minion and foure others ships, to the parts of Guinea, and the West Indies, in the yeeres 1567 and 1568 by M. John Hawkins* (En Hakluyt, VII, p. 53).

bio comercial: “nosotros requerimos víveres a cambio de nuestro dinero, y licencia para vender tanta mercadería como fuera necesaria”;¹⁸ que viene a ser, sin mayores diferencias, lo mismo que escribiera Phillips en su informe; lo que nos hace sospechar que ambos textos fueron copias fidedignas del original que sirvió para concertar el armisticio (1568).

No era, pues, solamente el temor que se tenía a los ingleses a cuenta de sus credenciales heréticas, sino asimismo a cuenta de la competencia comercial que echaba por tierra el sueño monopolista de Felipe II. En las islas Canarias se enteró Hawkins de las posibilidades mercantiles que le ofrecían las Indias, y se decidió, de acuerdo con los inversionistas ingleses, y aprovechando las buenas relaciones que en ese momento existían entre Inglaterra y España, ir a la “Hispaniola” a vender los negros que había rescatado en la costa de Guinea, pues se le había asegurado que en la Española los “negros constituían una muy buena mercancía”.¹⁹ Arribado a Santo Domingo vendió parte de sus negros, y en otro puerto de la isla, en Monte Cristo, los remató y cargó sus naos con los productos varios de la región: “Y en el último lugar que tocó tuvo un intercambio pacífico, y vendió el resto de los negros, por los cuales él recibió en aquellas tres plazas [Puerto Isabel, Puerto de Plata y Monte Cristo] tal cantidad de mercancías que no únicamente cargó sus propios barcos, sino que también fletó otros dos a los que atiborró con géneros parecidos y los envió a España”.²⁰

Alarmadas las autoridades españolas dieron órdenes tajantes de perseguir y rechazar el comercio inglés en las Indias (1564), y por eso, cuando Hawkins, satisfecho por los dividendos obtenidos en la primera expedición, emprendió la segunda y llegó frente a la isla Margarita, se halló con la desagradabilísima y, para él, absurda sorpresa de que no podía realizar ni la menor operación de trueque: “El Vice-Rey envió noticias al cabo de Vela y a las otras plazas situadas a lo largo de la costa, prohibiéndoles, en virtud de su autoridad y por la obediencia que debían a su Príncipe, que ninguno traficara con nosotros y que nos hicieran frente con todas las fuerzas de que dispusieran”.²¹

18 *Ibid.*, p. 58; y en Phillips, p. 361.

19 *Apud The first voyage of the right worshipful and valiant Knight sir John Hawkins, [...] made to the West Indies in the yeere 1562* (Hakluyt, VII, p. 6).

20 *Ibidem.*

21 *Cf. The voyage made by M. John Hawkins [...] to the coast of Guinea and the Indies of Nova Hispania begun in Au. Dom. 1564* (Hakluyt, VII, p. 21).

Pero una cosa eran las órdenes y otra que los colonos estuvieran decididos a acatarlas, supuesto que del comercio inglés obtenían beneficios y ventajas extraordinarias (mercancías abundantes y baratas, incluidos los negros) que no estaban dispuestos a dejar perder. El segundo viaje fue, pues, para Hawkins y socios tan productivo como el primero. Enguizado por los frutos recogidos en los dos precedentes emprendió el tercero, que acabaría, según ya se sabe, desastrosamente frente a Veracruz. Antes de esto llegó a la Martinica y después de perlongarla sin gran éxito económico, se dirigió de nuevo a la Margarita en donde, no obstante los obstáculos que se le pusieron, logró un intercambio más bien bueno que malo (*reasonable trade*).²² Los comerciantes, aunque con dificultad, atendían a sus negocios y hacían calladamente frente a las disposiciones prohibitivas de la corona. Frente a Cartagena de Indias no consiguió Hawkins nada, y disgustado por el fracaso bombardeó el fuerte, apoderándose de paso, en una isleta cercana, de unos botijos llenos de vino que allí encontró; pero deseando demostrar sus honestas intenciones mercantiles, su honradez de mercader, remitió al gobernador de la plaza unas mercancías inglesas con las cuales cubrir el valor del vino requisado. Según Job Hortop, Hawkins envió al gobernador “tejidos de lana y lino”,²³ algo —añade— que precisamente escaseaba allí mucho.

En cabo de Vela fracasó Hawkins en la primera intentona; pero acabó traficando tras un chusquísimo incidente, por el cual se puede ver —esto es lo que nos figuramos— que hasta las autoridades coloniales recurrían al teatro, y, por supuesto, al sainetero, para justificar sus intereses económicos sin que se les pudiera echar en cara su tibieza patriótica, su infidelidad y su traición al rey. Hawkins encontróse con la negativa de la ciudad; los personajes influyentes de ésta y los principales miembros del Consejo habían acordado no entablar relaciones mercantiles con el inglés, e inclusive resistirlo y rechazarlo de modo violento si venía al caso. Hawkins, en respuesta a estas amenazas, se dispuso al asalto de la ciudad, y con 200 hombres y a la primera descarga de los arcabuces hizo huir a los cien *heroicos* defensores que a duras penas habían sido reunidos para defender la plaza. Una sola baja fue el resultado de la trifulca, la muerte de un marinero inglés, un tal Thomas Surgeon.

²² *Ibid.*, p. 55.

²³ *Op. cit.*, p. 301.

De arte que con la ciudad, ya sea por alguna circunstancia, ora por el deseo de los españoles de adquirir negros y asimismo por la amistad del tesorero, que lo era de la armada, logramos un tratado secreto gracias al cual los españoles (que se habían alejado dos leguas de la ciudad) acudían a ésta durante la noche y nos compraron hasta doscientos negros. En todos los otros lugares de estas Indias donde hemos estado y comerciado con los españoles, éstos han estado muy contentos de nosotros y nos han tratado con buena voluntad.²⁴

Salta a la vista que aquellos españoles tenían demasiado interés en comerciar; excesiva gana de ser conquistados por los ingleses, lo que explica la defensa de la ciudad –casi ayuna por lo débil–. Realmente Hawkins no iba por entonces en son de guerra, sino de paz y comercio, y aquella parodia bélica era más que suficiente para justificar, por parte de los colonos, el rompimiento *a fortiori* de la orden real.

Como ya hubimos de explicar, las autoridades coloniales temían a los ingleses por el tufillo herético que por doquier dejaban éstos; pero si mucho temor despertaban por tal cosa, no era menor el pánico que experimentaban las autoridades al darse cuenta de la competencia económica que los británicos ejercían y que ponían en peligro el sistema exclusivo ejercido por España en su inmenso imperio. El reto mercantil era demasiado peligroso para la tendencia monopolista española.

Precisamente en 1564 encontró Hawkins la primera seria oposición a su penetración comercial; es decir, el mismo año que el cardenal Granvela tuvo que salir de los Estados de Flandes ante la presión ejercida por el príncipe de Orange y los condes de Egmont y Horn, que se oponían –haciéndose intérpretes y símbolos de la disconformidad nacional holandesa– a la mediatización que ejercía dicho cardenal sobre la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, hermana de Felipe II. La reina Isabel de Inglaterra no era ajena a esta actitud desafiante de los holandeses, y el rey de España, que abrigara intenciones casaderas hacia Isabel incluso desde el día siguiente a su casamiento con su tía María (1554), hubo de arrumbar su proyecto en 1559 –ya viudo– no tanto por la oposición de la reina de Inglaterra, cuanto por la de las fuerzas económicas y políticas nuevas que sostenían a ésta. Por la paz firmada con

24 Cf. Hawkins, Tercer viaje, p. 55.

Francia (Château-Cambrésis, 1559), rematada con el sacrificio de Isabel de Francia, hija de Enrique II, al casarse con don Felipe, éste traspasó, no muy lealmente, su proyecto matrimonial con la tudor a su hermanastro don Juan de Austria; pero tampoco éste logró ver realizado su sueño de encaramarse en el trono inglés; la oposición de los ingleses, los obstáculos que disimuladamente oponía Felipe II y la frigididad de la reina Isabel fueron atascos difíciles de atajar inclusive para el vencedor de Lepanto. La política del rey español, hasta entonces benevolente, se trocará en violenta, y la lucha en Flandes dará comienzo: complicadísimo proceso que, en parte, puede explicarnos la razón de las dificultades surgidas ante Hawkins cuando se dedicaba afanosamente a su semipacífico tráfico.

El ataque desencadenado por el virrey contra el marino inglés tuvo, pues, un doble propósito: acabar de una vez con las visitas mercantilistas de los ingleses y destruir, sobre todo, las quiméricas ilusiones de los comerciantes de la Nueva España; de paso también se conseguía evitar la contaminación y difusión de las doctrinas heréticas: todo lo cual logró el virrey y muy cumplidamente.

Después de lo dicho, podemos ya aventurar que el entusiasmo que despertaron los ingleses a su paso por México obedeció a dos vertientes de intereses: por un lado, hay que considerar el espíritu tolerante al que el erasmismo novohispano no fue ajeno; por el otro, la aspiración de los conquistadores, e incluso misioneros,²⁵ y de las generaciones siguientes a coadyuvar en su propio destino y futuro, anhelando, por consiguiente, tener las manos libres para modelar a su real gana y placer los principios económicos que les fueran más favorables para su desarrollo social y político.

Podemos, por último, finalizar esta sección con un hecho que pone de relieve las divergencias, sutiles si se quiere, de las dos tendencias religiosas en la Nueva España. Dos soldados criollos custodiaban la cuerda de prisioneros ingleses que desde Tampico —en cuya costa los desembarcara Hawkins

25 Como hace ya bastante tiempo llamara la atención Francisco A. de Icaza, Motolinía aconsejaba al emperador que nombrase a uno de los infantes rey de la Nueva España, “porque, una tierra tan grande y tan remota no se puede gobernar de tan lejos, ni una cosa tan divisa de Castilla ni tan apartada no puede perseverar sin padecer gran desolación e ir cada día de caída por no tener consigo a su rey y cabeza” (*Apud Memoriales de Motolinía*, cit. F. A. Icaza en el “Prólogo” a su *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España*, Madrid, 1913, t. 1., p. LV). Hermosísimo proyecto que la Reforma y no Carlos V impidió realizar.

después de su lucha desesperada contra el virrey— se dirigían penosamente hacia México: el uno un rudo y viejo, pero bondadoso soldado; el otro un perverso y joven bisoño. El primero, escribe Phillips, “un hombre de edad que durante todo el camino nos trató muy cortésmente”;²⁶ el segundo, añade, “una cautiva y crudelísima persona”.²⁷ Este último no dejó ni por un instante de atormentar a los ingleses a lo largo de la penosa y difícil ruta. Cualquiera podría pensar, y estaría en lo justo, que la diferencia entre los dos custodios fuese debida a diversos accidentes, entre los que habría que contar principalmente la desigualdad entre las edades respectivas; pero la explicación quedaría trunca de no añadirse algo más substancial: el cambio de mentalidad religiosa efectuado entre una y otra generación; porque de otro modo no nos podríamos explicar la actitud negativa del joven, desdeñoso frente a la calidad prisionera que amparaba a los marineros ingleses, y demasiado atento y aborrecible ante la herética que, según era público y notorio, poseían los cautivos. En contraste con esto, el soldado veterano se dolía y compadecía de todo corazón de los ingleses y hacía caso omiso de la índole sospechosa de los apresados. He aquí simbólicamente representadas dos generaciones: tolerante la que se iba, y la que arribaba intransigente.

Una sobremesa herética

Tanto en España como en sus colonias existió una fuerte corriente de tolerancia cuya fuerza penetró, al menos en la Nueva España, hasta muy cerca de los ochenta del siglo XVI. Dicha corriente espiritual se inclinaba a la convivencia de los credos—fundado en el principio del teísmo universal— o, por lo menos, a una decidida actitud de comprensión y benevolencia. Nuestro gran polígrafo Icazbalceta no creía posible una tal disposición de ánimo y espíritu entre la gente novohispana;²⁸ pero después de lo que llevamos dicho estimamos que se aceptará con nosotros, que si bien no puede hablarse de una potente manifestación erasmista²⁹ y mucho menos herética, sí puede decirse que existió una indudable repugnancia a la violencia y a los procedimientos inquisitoria-

26 *Op. cit.*, p. 323.

27 *Ibid.*, p. 313.

28 Vid. J. García Icazbalceta, *Obras: opúsculos varios*, México, Biblioteca de Autores Mexicanos, Imprenta de V. Agüeros, 1898, “Prólogo”.

29 Sobre esto véase en Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 21-22.

les; una mesurada protesta contra los procedimientos que, en esencia, eran contrarios al tradicional espíritu castellano enemigo de los excesos de la intolerancia hasta bien entrado el siglo XV, a pesar de los esfuerzos en contra de la Iglesia española, que desde el siglo XIII alimentara rabiosamente el fuego del fanatismo.³⁰

Robert Tomson va a ser el encargado de describirnos una escena de fuerte sabor reformista. En casa de su señor, el conquistador Cerezo, un grupo de viejos y nuevos amigos del anfitrión se reunía con pretextos de cenas, que se prolongaban en interminables tertulias de sobremesa, en las que se platicaba sobre las novedades del día y sobre las últimas noticias venidas de ultramar. En una de tantas reuniones surgió la cuestión acerca del cisma de Inglaterra, y aprovechando la presencia de Tomson, quién mejor que él como testigo, pensarían los contertulios, le instaron a que les informara al respecto. El sirviente se desató la lengua y puso su pica protestante en el Flandes novohispano, haciendo propaganda herética entre los atónitos caballeros que le escuchaban. Había, sin duda, un clima propicio en aquella reunión para que Tomson se explayara, y comprendiéndole éste así dejó escapar su mal disimulado celo partidista con verdadero ardor y osadía, que no se atreviera a tanto de no haber encontrado un ambiente tan caldeado e idóneo como el que hallara en casa de su amo. Para los contertulios, que estaban sentados alrededor de la mesa, con toda seguridad de las de camilla, ropones de lana y brasero, el tema herético propuesto tenía, en efecto, un atractivo formidable; en parte por la novedad y extrañeza del mismo, y también en resto por las repercusiones económicas que del movimiento de reforma iban a extraer los tertulianos, y a las cuales no fue ajeno incluso el propio Cerezo. Pero más vale dejar al mismo Tomson que nos cuente los éxitos teológicos obtenidos en esta su primera y última discusión proselitista:

Sucedió, pues, que estando en México comiendo a la mesa en compañía de mucha gente principal, comenzaron a decirme, que pues, yo era inglés, les informase si era cierto que en Inglaterra habían destruirlo todas las iglesias y casas religiosas; si las imágenes de los santos del cielo que estaban en ellas habían sido derribadas, rotas y quemadas, y si en ciertas partes habían empedrado con ellas los caminos; y si era verdad que la

³⁰ Vid. A. Castro, *op. cit.*, p. 210.

nación inglesa había negado la obediencia al Papa de Roma, según les habían asegurado sus amigos de España.³¹

Tomson respondió a todo que sí, y además defendió la actitud reformista inglesa apoyándose en una cita bíblica con objeto de reforzar sus argumentos; cita en la que se expresa sin ambages, taxativamente, la prohibición de adorar imágenes.³² Razón por la cual –añadió Tomson– los ingleses las suprimieron de las iglesias y otros lugares. Al escuchar tales interesantísimas nuevas, Gonzalo Cerezo no se pudo aguantar, porque si el Todopoderoso, como argüía su criado, había prohibido fabricar y adorar imágenes, ¿de qué –se preguntaba a sí mismo el rico conquistador– le podría servir el haber regalado una imagen de Nuestra Señora que valdría siete mil pesos y pico? La duda de Cerezo brotaba del temor de haber pecado y del dolor por los dineros perdidos. Él no sabía de teologías; pero si era verdad lo que su sirviente afirmaba –pensaría para sus adentros– había hecho un negocio desastroso, ya que había puesto en peligro no únicamente su alma, mas también, enflaqueciéndola, la escarcela.³³

Terció uno de los presentes y admitió con Tomson que las imágenes, efectivamente, no eran sino leños y piedras; mas que el objetivo que se perseguía con ellas era de que sirvieran en las iglesias de instrucción a los ignorantes.³⁴ Más aún, agregó, estaban allí en representación, para recordar a los míseros pecadores, indignos de acercarse a Dios, que los santos eran los intercesores para más presto alcanzar los favores divinos.³⁵

- 31 En lugar de hacer nosotros la traducción, como hasta aquí lo hemos hecho, nos auxiliaremos ahora con la realizada por Icazbalceta, por la convincente y poderosísima razón de que es inmejorable. El insigne historiador tradujo asimismo los relatos de los marineros y viajeros que visitaron la Nueva España durante el siglo XVI; es decir, los mismos que hemos utilizado nosotros en versión original (*Vid. op. cit.*, p. 78).
- 32 Éxodo, XX:4; Deut. V. s. El mérito de la localización de la cita bíblica pertenece por entero a Icazbalceta.
- 33 Las cavilaciones de Cerezo no obedecieron a mera curiosidad, sino que fueron debidas al gusanillo de la duda que comenzó a roerle el alma ante la revelación de la inutilidad de las obras para acercarse a Dios y para asegurarse la salvación; en resumidas lo que atosigábale era el problema del libre albedrío.
- 34 Eclecticismo religioso propio de la corriente erasmiana novohispana.
- 35 Al llegar aquí interfiere Icazbalceta anunciando al lector que para ganar en brevedad suprime el pasaje referente a la discusión sobre el valor de la intervención de los santos, pues que la supone inconducente al objetivo que él se ha propuesto. Mas para nosotros la discusión relativa a este punto es de sin igual importancia; razón para que la abordemos aunque sin contar ahora con la fiel y brillante versión del maestro.

Otro caballero se sintió en el caso obligado de intervenir para defender el papel medianero atribuido a los santos, y lo hizo ilustrando a sus oyentes sobre el desesperante oficio de pretendiente frecuentador de las antesalas palaciegas. Los santos, aclaraba el caballero, realizaban ante Dios funciones terceriles similares a las que los tiralevitas palaciegos y privados ejercían entre los sempiternos aspirantes y el rey; es, a saber, un solicitante de una merced divina debería acudir a los santos por la misma razón que un candidato se movería a acercarse a “algún privado cercano al rey para que le sirviera de mediador ante éste”.³⁶

Tomson, saboreando su triunfo frente a tan débiles antagonistas, contestó que lo que haría Dios sería llamar al intermediario y le ordenaría que no se metiese más donde no lo llamaban.³⁷ ¿Para qué buscar mediadores—se preguntará Tomson— “si Él está más dispuesto que tú lo estás para que le demandes perdón por tus pecados? ¿Qué necesidad habrá entonces de los santos que están en el cielo si el mismo Señor se presta liberalmente a ayudarnos?” Si en Dios solamente estaba la salvación; si el “Cristo interior” era el único que podía salvarlos; si la fe que Él depositaba en el corazón de los hombres los regeneraba para siempre, ¿de qué valían los intercesores celestiales? ¿Para qué podían servir las obras si con la fe sola bastaba? ¿Cómo se atrevía el hombre, con sus miserables acciones, a cotizar los merecimientos—a sobrenaturalizarlos— que únicamente podían pertenecer a Cristo?

Los oponentes de Tomson se baten lentamente en retirada, abrumados por la superioridad de teólogo de plazuela que poseía éste, y apuntan tímidamente, como postrero recurso defensivo, que dicha actitud religiosa entrañaba la negación de las leyes divinas que autorizaban la invocación de los santos y el empleo de éstos como auxiliares. Mas Tomson, ágilmente, y ya con el triunfo en la faltriquera, se apresuró a disipar las últimas dudas levantadas: “Tales palabras no fueron mías, sino del propio Dios; ustedes mismos las pueden leer en las Escrituras, búsqúenlas y allí las hallarán.”³⁸

Ya estaba completado el ciclo doctrinal protestante; tras destacar el valor de la predestinación, el de la fe y poner de relieve la nulidad de las obras, fal-

³⁶ Cf. Tomson, p. 258.

³⁷ Nuestra traducción es excesivamente libre, pues Tomson escribe lo que signe: “I will forgive thy trespass, and remember it no more”; esto es, “olvidaré tu transgresión, empero no me la recuerdes más” (*Op. cit.*, p. 258).

³⁸ *Ibidem.*

taba solamente subrayar el papel del libre examen, y eso era lo que acababa de hacer, con habilidad de dialéctico merolico, el entusiasta Tomson. Haciéndole justicia, podemos decir que su superioridad discursiva le dio un merecido triunfo en la controversia; en general, el libre examen hizo de los hombres protestantes, incluidos los del montón, gentes hábiles en haceres y decirs; gente más diestra y apta para acomodarse al nuevo giro que las cosas y el mundo estaban dando.

La victoria estaba completada; los españoles, no encontrando otro argumento que oponer, y percibiendo el olor azufrado de la doctrina, acordaron poner punto final a la polémica; mas, para desgracia de Tomson, un portugués intransigente y celoso, paje de Cerezo, que se encontraba allí, no pudiendo reprimir la cólera, rabioso y lleno de despecho, increpó al optimista y hereje porfiador, y al otro día se fue con el cuento al provisor y al arzobispo, los cuales inmediatamente metieron en chirona al imprudente inglés.

Tomson, en unión de otros paisanos y de un italiano, Agustín Boacio, fue condenado a llevar el sambenito, y más tarde deportado a Sevilla. La escena del juicio (1558), auto de fe en que fueron sentenciados todos, está descrita por Tomson mismo no sin cierta vivacidad; pero de todo lo que nos cuenta destaca el hecho, también indicado por otros viajeros, según vimos, de que el pueblo novohispano se inclinaba naturalmente a la tolerancia más bien que al fanatismo; que la mayor parte de la gente rechazaba íntimamente la violencia y la malignidad del método inquisitorial; las cuales no eran, en última instancia, sino yuxtaposiciones completamente ajenas a su recóndito y generoso vivir espiritual.

A la gente común del pueblo se le dio a entender, antes de que nos vieran llegar como penitentes, que nosotros éramos infieles y herejes, gente que despreciábamos a Dios y a sus obras, y que éramos más bien diablos que hombres, y que parecía que habíamos obtenido la ayuda de algunos monstruos o de algún pueblo pagano. Cuando la gente nos vio llegar a la iglesia vestidos con nuestros disparatados disfraces, las mujeres y los niños comenzaron a gritar y a hacer tal ruido, que fue cosa de espanto el verlo y oírlo. Decían que nunca habían visto mejores hombres en toda su vida, y que no era posible que en nosotros se encerrara tanta maldad como se decía, y que más bien parecíamos ángeles entre los hombres que sectarios de aquella perversa religión que les pintaban los padres y frailes,

y que era cosa de compasión el vernos vejados tan grandemente por una ofensa tan insignificante.³⁹

Posiblemente exageraba Tomson; pero, con todo, queda un hontanar de verdad en sus palabras que no puede ser silenciado. El pueblo novohispano era en el fondo –aun por aquel entonces– tolerante, y los espíritus superiores del mismo tenían una marcada inclinación por el teísmo erasmista universal e ibérico; punto este último que, aunque nos viene del cronista inglés, se nos ha colado en nuestro trabajo, como puede comprobarse, por conductos tan fidedignos y positivos, que resultaría improcedente, en virtud de un estricto e inflexible derecho de admisión espiritual e históricamente restringido, ponerlo de patitas en la calle.

³⁹ *Ibid.*, p. 254.



La misión regeneradora inglesa

81

La degeneración y su remedio

Las colonias españolas de América fueron vistas por los anglicanos y puritanos, según ya se ha examinado, como nuevas Sodomas y Gomorras; como centros de depravación y vicios sin cuento. El desprestigio de los pueblos que se conservaron católicos, entre ellos primerísimamente España, desde el punto de vista de los hombres reformados, se debía a la diferencia de credo; mas, en realidad, las oposiciones religiosas de los dos bandos encubrían y enmascaraban, con lenguaje a la vez de cátedra y vecindad, las diferencias profundas que en orden a los intereses económico-políticos y espirituales, que los conjugaban todos, separaban a los dos grupos. Los habitantes de cualesquiera de las ciudades coloniales hispanoamericanas eran, por extensión, tan malvados y corrompidos como sus creencias: “Los hombres de esta ciudad de México –escribe Hawks– son extraordinariamente viciosos; y de manera parecida lo son las mujeres con sus cuerpos; y los unos y los otros lo son muchísimo más que los hombres y mujeres de otras ciudades del país.”¹

La Nueva España hervía de corrupción; pero entre todas las ciudades la de México se llevaba la palma. La desmoralización, como ya tuvimos ocasión

¹ *Op. cit.*, p. 282.

de señalar, manaba de una fuente muy odiada por los protestantes, del catolicismo; él sólo era el responsable del contagio del ambiente; de ahí que nada tenga de extraño que al hombre herético se le hiciera penoso vivir en una atmósfera tan contaminada por el resquemor externo, que él veía precipitarse sobre sí –y que le seguía por todas partes– y tan inficcionada por la pesquisa constante que obligaba a conducirse con recelosa hipocresía. El hombre protestante tenía por fuerza que sentirse incómodo en un ambiente en el que se hacía necesario fingir creencias que le lastimaban en lo más íntimo por considerarlas idólatras. La época raras veces admitía componendas; el que era una cosa éralo en toda extensión, sin mirar las consecuencias; o, por mejor decir, mirándolas, pero desde una sola vertiente.

Mas a mí no me gusta vivir, escribe Phillips, en ese lugar donde por todas partes se ven y cométense horribles idolatrías.² Para Phillips las idolatrías eran fundamentalmente las que se cometían en el rito y credo católicos, y tanto fue su horror a esto, que no tuvo empacho en rechazar los compromisos matrimoniales, que tanto a él como a sus compañeros de fatigas les concertaron con mujeres de la ciudad los frailes mestureros que ya por entonces zascandileaban y pululaban por la colonia; frailes que confirmaron los temores de Torquemada en lo que se refiere al *ejemplo, doctrina y vida* harto sospechosa. Los frailes querían asegurarse la permanencia de los ingleses adoptados; de aquí que cinco de los supervivientes de 1568 se vieran obligados a casarse, quien con una española, quien con una india o mestiza, e incluso uno con una negra. Miles Phillips se resistió denodadamente frente a los asaltos combinados y redoblados de los súcubos novohispanos y de los frailes alcahuetes. Los principios religiosos que poseía le hacían ver como monstruoso y abominable su enlace con una mujer católica, que estaría predestinada, como a pies juntillas se lo sabía él, a condenarse y a condenarlo para toda la eternidad. Él solamente podía disimular su tibieza católica tanto cuanto durase su voluntario celibato; pero con una mujer a su lado sabía muy bien que le iba a ser imposible, de eso estaba más que seguro.

Para estos hombres que se encontraban forzados a vivir en un ambiente que encontraban irrespirable y viciado, no podía haber otra obsesión sino la de escapar; llegar a su patria; contar sus penas; encandilar a sus oyentes con las maravillas, aventuras y riquezas reales o imaginadas, e incitar a los pode-

2 *Op. cit.*, p. 295.

rosos con sus destellos; tal por ejemplo la noticia siguiente que nos proporciona Hawks: “Yo he visto a la mujer de un minero ir a la iglesia acompañada de cien hombres y veinte señoras entre damas y doncellas. Tiene ella casa abierta, y aquel que lo desea puede ir a su casa y comer en ella.”³

Los dos viajeros indicados vivieron en la Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVI; ahora bien, a fines de la primera mitad del siglo siguiente, el extraordinario viajero que fuera Thomas Gage atraía la curiosidad de sus compatriotas sobre el mismo asunto que tanto llamara la atención a Hawks y a Phillips; es decir, las riquezas novohispanas y la descomposición moral inherente a ellas. Después de casi un siglo las cosas no habían cambiado; lo que nos prueba asimismo que las directrices religiosas de Inglaterra no se habían tampoco desviado. El mismo tema de la degeneración y de las apetencias purificantes; mas si en los viajeros del siglo XVI únicamente eran alusiones, en Gage serán ansias e insinuaciones expresadas sin reservas ni cautelas. La recantación era su mayor y principal preocupación; fundamentación asimismo teológica que venía de perillas para justificar la intervención y conquista armadas, que de rechazo se consideraban excelentes para debilitar el poderío económico, político y militar de España en Europa; lo que equivalía a asegurar definitivamente el triunfo de la causa protestante. Era la prolongación del antiguo proyecto raleighiano; la fuerza de España estaba en América, y mientras la poseyera, el papa y el rey serían poderosos; tendrían, en suma, en sus manos los medios para aniquilar a sus oponentes y antagonistas: “La floreciente condición y fortaleza de la casa de Austria (principal fuerza y sostén de Roma) se ha descubierto que radica en las minas americanas; las cuales si les son arrebatadas a Austria ocasionarán la caída y decadencia de la triple corona de Roma.”⁴

Era en el fondo, insistamos en ello, la misma idea de Raleigh, idéntica a la cruzada; pero ahora no mirando tanto al problema de la evangelización, que mucho desvelara, justo es decirlo, al marino inglés, sino al espíritu pecador de los españoles y allegados, a los que no rebajaba Gage de libidinosos,

³ *Op. cit.*, p. 288.

⁴ Cf. Thomas Gage, *Some briefe and true observations concerning the West Indies, humbly presented to His Highnesse Oliver, lord protector of the Commonwealth of England, Scotland and Ireland (Apud Thurloe State Paper, London, 1858. Cit. Beatriz Ruiz Gaitán F., “Thomas Gage, su relación de las Indias Occidentales”, tesis para la maestría en historia universal, México, 1944, p. 126.*

cruelles, idiotas, ignorantes y cobardes. Las riquezas habían corrompido, además, no menos a los hombres que a las mujeres:

La abundancia y riqueza ha hecho a los habitantes de Guatemala tan orgullosos y viciosos como los de México, porque allí la corrupción es más común que en cualquiera otra parte de las Indias. Las mulatas, las negras, las mestizas, las indias y las demás mujeres y jóvenes de baja condición, son muy amadas y buscadas por los ricos. Están vestidas con tanto lujo como las de México y no son menos lúbricas que ellas.⁵

Gage critica aquí la forma suntuaria, medieval y nobiliaria de la riqueza, tan distinta a la creada por los puritanos y anglicanos en el trabajo agrícola y, en especial, en el comercio y en la industria; a saber, la riqueza representativa de la clase burguesa. Por otra parte, la ética protestante necesitaba de estos excitantes aperitivos críticos; sin ellos se hubiera sentido dispéptica, desgana; había que abultar los hechos para mejor condenarlos; había que erigir una muralla de prejuicios, rencores y horrores frente al contrario para mejor abatirlo y desacreditarlo. Como puede verse, en punto al descrédito del adversario los tiempos actuales no tienen nada de originales, salvo en los medios mecánicos y multiplicativos de la propaganda; el reclamo resulta, pues, tan viejo como la propia civilización.

No había mejor remedio para estimular la gazuza nacionalista religiosa de Inglaterra, la cromwelliana, que el presentar el proyecto como cumplimiento de un deber ineludible, como la realización de una rápida, justa y necesaria catarsis moral. No se trataba ahora de la realización de una profecía imposible y elusiva como incaica asegurada ante Raleigh por el capitán español Berreo; mas sí de un superferolítico plan de recuperación y regeneración espirituales y materiales –muy por cierto, de los *rapados* de Cromwell– muy adobado y fortalecido por medio de la irrefragable prueba masorita: los españoles (criollos y chaperones), así como los otros habitantes de las Indias, estaban condenados por depravados y licenciosos a una eversión a la vez justa y terrible, urgente y necesaria:

Temería abusar de la paciencia del lector y ofender sus oídos si no me atreviera en descubrir las particularidades de su depravada conducta.

5 Gage, *op. cit.*, p. 294.

Sólo diré que se ofende grandemente a Dios en esa segunda Sodoma, México, y que aun cuando ahora florezcan sus habitantes y abunden sus riquezas y deleites mundanos, llegará empero el día en que serán trasegados como el heno, y secaránse como la yerba que se ha cortado, según dice el salmo.⁶

Gage deseaba que guadaña y segadores fueran ingleses; la mies degenerada y atizonada del catolicismo no podría resistir a la implacable justicia de la hoz divina. Como puede apreciarse, ya no interesan mucho las razones teológicas; tampoco se recuerda el *dies irae* ni la doctrina del *calling* (vocación) protestante; lo que quería Gage es que se cortara ya de una buena vez por lo sano y que se llevara a cabo, cuanto antes, la tarea abstensiva de la reengendración en Cristo. A él le importaba un bledo todo lo referente a la antigua preocupación evangelizadora, porque a lo que aspiraba, según veremos, era a encauzar hacia manos inglesas las riquezas de las Indias que se vaciaban en las española.

A Fidelino Figueiredo se le olvidó poner como uno de los obreros de la leyenda negra al ex dominico Thomas Gage.⁷ La obra del fraile andariego y aprovechado bien puede parangonarse con la de Las Casas, con la de Antonio Pérez, con la de Montalvo o con la de Guillermo el Taciturno. Hay, empero, en la de Gage un rasgo nacionalista típico que la hace diferente de las otras. Los personajes citados, el primero inconscientemente, el resto a posta, se limitaron a poner de relieve el tema para desprestigiar a España; pero Gage es el primero que pensará obtener por su obra no sólo mi beneficio inmediato para Inglaterra, sino también para sí. La explotación y maltrato de los indígenas a manos españolas le interesan por motivos distintos que los que impulsaban a Las Casas; no por una razonable piedad, mas por ser un alegato valioso que, bien utilizado, podía servir para justificar la evicción, el posible cambio de dueño en las Indias Occidentales. Ya no tiene, pues, nada de raro que su libro alcanzase tanto éxito entre sus coetáneos, puesto que con él indicaba el camino de una fácil conquista: Gage insistió sobre ellos diciéndoles cómo podían quitárselas. Esto fue lo que todos vieron en la relación del antiguo dominico.”⁸

⁶ *Ibid.*, p. 140.

⁷ Vid. *Las dos Españas*, México, Ediciones San Ángel, 1944, p. 97-127.

⁸ Cf. Beatriz Ruiz Gaitán, *op. cit.*, p. 76.

Gage, coadjutor de la leyenda negra, utilizaba perfectamente el descubrimiento historiográfico renacentista, y con dicho descubrimiento se le hacía perfectamente posible presentar como *verdad* incuestionable la suya. Las múltiples ediciones de la obra a partir de 1648 nos indican que el éxito de la misma se debió no únicamente a la información pintoresca y exagerada del texto, sino al cientificismo pragmático que del mismo se haría en función de la nueva corriente histórica descubierta a comienzos de la edad moderna. Sin dicho cientificismo la campaña de descrédito desplegada contra España y su obra en América jamás hubiera comenzado.

Gage fue para el México del siglo XVII lo que Humboldt para el XIX: un viajero curioso y redescubridor. Pero la semejanza no puede ir más lejos, porque se imponen las diferencias específicas de cada época, así como las temperamentales e intelectuales de los dos personajes; sabios los dos en la medida y parecer de los tiempos respectivos que a cada uno le tocó vivir. El siglo de Gage fue el del desarrollo del capitalismo mercantil que buscaba mercados y colonias, aun a la fuerza si se hacía preciso, con patente de corso o pabellón de pirata; el de Humboldt, el del capitalismo industrial e incipientemente financiero, que buscaba asimismo dónde expandirse, ya por medio de conquistas militares previas, ora favoreciendo manifiesta o tácitamente los movimientos de independencia nacionales en los pueblos de estructuración colonial. Por eso no es ninguna casualidad que tanto el *Ensayo* famoso como la *Relación* afamada coadyuvaran, cada cual por su lado y en su tiempo, a la creación de la misma doble quimera: las prodigiosas e inexhaustas riquezas mexicanas –fantasía histórico-geográfica– y el ensueño eseñble de la conquista fácil. Ambas obras venían a ser guías manuales, *baedekers* de penetración, porque las dos coinciden precisamente en el hecho de que recorren –cada una en su respectiva centuria– el velo de un misterio⁹ político, geográfico y hasta espiritual: el celoso secreto de la Nueva España; algo así como burlar o romper las sólidas murallas defensivas que, como dijimos, había levantado el

9 En la edición francesa (1695) de la obra de Gage, el autor del prefacio, Mr. Bautieu Hues O'Neil, califica de milagrosa la labor desarrollada por el ex fraile, por haber podido éste revelar un secreto de siglos. “Pero su política –escribe el prefacista y editor refiriéndose a los españoles–, habiéndoles hecho prohibir en lo sucesivo lo que su vanidad les había hecho publicar al principio de su descubrimiento, sólo un milagro puede hacernos ver lo que ellos nos ocultan con tanto cuidado después de un siglo de pacífica posesión.” Cit. por el prologuista de la edición de Gage que nosotros estamos consultando, p. 17.

recelo de España por medio del más estricto y total monopolio. La edición de 1648 de la obra de Gage lleva un subtítulo en demasía sugerente y claro: *A New and Exact Discovery of the Spanish Navigation to these Parts, and of their Domination*;¹⁰ es decir, una descripción que era algo más que un rutero de los utilizados por los marinos ingleses en el siglo anterior para sus amagos sobre las Indias: una descripción lo más justa y apegada a la realidad y desveladora a la vez, de todos los secretos sigilosamente guardados por los españoles.

El libro de Gage tuvo una resonancia universal, que no perdió sino hasta bien entrado el siglo XIX, y su popularidad y objetivos utilitarios y conquistadores únicamente decayeron cuando fue reemplazado por la obra monumental de Humboldt sobre la Nueva España. En 1758 se anunciaba en el primer número de la revista *The New American Magazine* de Nueva Jersey la publicación a retazos y casi por entregas de la Relación de Gage a causa de su amabilidad, *edificación moral* y, sobre todo, a causa de su *novedad*: “As this history contains many surprising particulars not mentioned by any other author... we conceive *it will be edifying* as well as entertaining to our readers who by this method will be furnished with a complete History.”¹¹ La señorita Ruiz Gaitán explica esta predilección de la revista norteamericana por la obra de Gage, con la que se inauguraba en aquélla la sección de viajes, a causa del parentesco racial y espiritual existente entre ingleses y novoiñgleses; lo que hacía que estos últimos tuviesen, afirma la historiadora, “todos los prejuicios que respecto a España rodaban por el mundo.”¹² Esta explicación es correctísima, sólo que se queda corta, porque los prejuicios antes que norteamericanos fueron novoiñgleses y virginianos; es a saber, desde el momento en que los ingleses pisaron y se sostuvieron sobre la región septentrional americana. Más aun, la frase intencionalmente subrayada por nosotros pone de relieve el que fuera uno de los primeros pensamientos norteamericanos cara a la Nueva España: ejemplo edificante el que representaba aquella laxa moral novohispana.

Comprendemos que los principios religiosos protestantes no pudieran ser más flexibles, tocante a cuestiones morales, en aquellos tiempos; mas hoy día en que los flejes éticos en Norteamérica están más flojos que nunca, flácida apariencia de la tensión que poseyeron, resulta absurdo que el norteamericano medio se siga aún situando en el mismo plano prejudicial en que

¹⁰ Cit. Ruiz Gaitán, p. 76.

¹¹ *Ibid.*, p. 96.

¹² *Ibid.*, p. 101.

estuvieron encaramados sus antepasados—que sí tenían sus motivos históricos para hacerlo— de los siglos XVIII y XIX.

El plan de conquista, patente designio divino

La impiedad e irreligiosidad españolas no podían faltar entre los argumentos históricos herbolados por Gage. Él, que no era pío ni impío, sabía bien escoger los epítetos más sonoros y punzantes con miras a la resonancia mental puritana; él buscaba producir en la Inglaterra cromwelliana, que se encontraba sacudida hasta la médula por la fiebre religiosa y mercantil, una repercusión, un eco extremadamente intenso y repetido. Las palabras del ambicioso réprobo le hubieron de encender el ánimo, hasta llegar incluso al rojo vivo, al energúmeno sufi de Whitehall. El plan de Gage presentaba la conquista de las colonias españolas como un irrecusable mandato divino; los ingleses eran expresamente instrumentos de la ira de Dios; los cumplimentadores de su justicia: un acto, pues, de regeneración, que si era grato al Todopoderoso, no lo era menos para los hombres ingleses amén de puritanos. Los días del imperio español estaban, por consiguiente, contados; no menos que lo estuvieron los del imperio de Baltasar en aquellos lejanos tiempos bíblicos del profeta Daniel: en este mundo, al igual que en el otro, el futuro de las Españas viejas y nuevas estaba hipotecado: “No dudo que sus soberbios moradores —escribirá Gage refiriéndose a los de la Nueva España— caerán tarde o temprano bajo el poder de otro príncipe en este mundo; en el otro entre las manos de un juez severo, que es el rey de los reyes y el señor de los señores.”¹³

De seguro que Raleigh se estremeció en su tumba ante esta nueva profecía, que no difería en nada de la suya, salvo en que los actores eran ahora otros. Raleigh había apoyado la causa de Inglaterra en la suya propia; pero el exmonje, mucho más político y realista —que ya es decir— que el marino, fundará sus razones y las de su patria en pensamientos ajenos, empero mucho más substanciosos: los propios novohispanos eran los que se iban a declarar convictos y confesos de impiedad, y, por lo mismo, se iban a considerar merecedores de un justo castigo. Si alguna duda pudiera haberse levantado relativa a la legitimidad del proyecto inglés de conquista, la nuda aceptación de los cargos por parte de los meros habitantes de las Indias absolvía a los futuros

13 *Op. cit.*, p. 140.

ejecutores de cualquier escrúpulo legitimista: “Yo mismo he oído decir –prosigue Gage– que algunos españoles de más piedad y más religión que los otros, que temían la ira de Dios y ver sujeta aquella ciudad [México] a otra potencia, o bien convertida en ruinas, en castigo de la vida escandalosa de sus habitantes y de los crímenes que cometían los principales españoles con ellos”.¹⁴

Viniendo los cargos por conducto de un ex clérigo del que se sabía que poseía gran conocimiento sobre las regiones americanas, así como de los habitantes y de sus prácticas religiosas, es natural que se tomaran al pie de la letra sus declaraciones, que, en definitiva, no eran “sino un llamado a la codicia y ambición, usando para ello descripciones de enormes riquezas y haciendo explicaciones de cómo apoderarse de ellas”.¹⁵

La ideología puritana, por entonces dominante en Inglaterra, obligaba a Gage a presentar su mensaje enmascarado tras el disfraz religioso. La concepción de la doctrina calvinista establecía una estrechez de ambiente y de miras que se traducían, entre otras cosas, en asfixia moral y en instituciones de rígida severidad, que no accedían a la más mínima desviación. Se imponía, pues, una vida reteahilada, retetesa, en la cual la alegría proporcionada por los pecados veniales, a veces incluso por algunos de los mortales, no podía tener lugar; toda flaqueza y casuismo habían sido desterrados. Nadie mejor que el astuto Gage conocía el alcance y significado de sus palabras; de ahí su fingido horror hacia el carácter intercesor de las obras en la ideología religiosa católica; cuestión que sería siempre, él lo sabía muy bien, como un dardo apuntado constantemente al corazón puritano:

En fin, sucede muy a menudo en aquella populosa ciudad [México] el ver que las limosnas y liberalidades extraordinarias hechas a las iglesias y casas religiosas emanan de personas cuya vida es tan relajada como escandalosa; sus habitantes encenagados en los placeres de todas clases, creyendo que sus pecados se ocultan y desaparecen con semejantes larguezas, enriquecen a porfía las iglesias, con tanta magnificencia que no se puede imaginar cosa más grande ni más suntuosa.¹⁶

¹⁴ *Ibid.*, p. 139.

¹⁵ Cf. Ruiz Gaitán, *op. cit.*, p. 77.

¹⁶ Cf. Gage, p. 141.

Gage, con perfecto conocimiento de causa, ponía el dedo en la llaga, nada menos que tocaba el tema esencial, antinómico, el de la predestinación, y dentro de ella el del papel que representaban las obras, que era, ciertamente, ninguno. Para calvinistas redomados, como lo eran Cromwell, Thurloe y las huestes de *santos*, poner al desnudo tales prácticas católicas era hacerles revesar de asco. En ellas no podían ver sino ejemplos de máxima podredumbre moral; o, como lo hubiera expresado el propio Calvino, acciones tan repugnantes como la de perros vueltos al vómito. Era necesario, pues, destruir cuanto antes aquel foco de envilecimiento, que lo era a la vez de amenaza constante para Inglaterra. He aquí la vieja trayectoria tudoriana rediviva; perspectivas de misión regeneradora y de vehementes deseos de botín; acicate, este último, poderosísimo para avivar el *tempo* combativo de los ingleses del siglo XVII.

Las tentadoras riquezas eclesiásticas

En 1567 el ya citado marinero Miles Phillips, al pasar por delante de la entonces iglesia de Guadalupe, no pudo menos que maravillarse ante las riquezas que ya por aquel tiempo encerraba el santuario: “En el cual hay una imagen de Nuestra Señora toda de plata y dorada, que es tan grande como una mujer alta; y en dicha iglesia, y ante esta imagen, hay tantas lámparas de plata como días tiene el año.”¹⁷

Phillips tuvo tiempo e interés suficiente para recoger la versión del fantástico tesoro; pero no nos dice nada, por desgracia, acerca del famoso milagro del Tepeyac, sin duda porque el espíritu del marinero inglés no estaba predispuesto a otros prodigios salvo a los crematísticos y áureos. Lo único cierto de que nos habla es, por tal motivo, de lujo y opulencia eclesiásticos; al parecer él solamente tenía ojos y oídos para apreciar estas dos cosas.¹⁸ A un espíritu tan despierto como era el de Gage no se le podía tampoco pasar por

17 *Op. cit.*, p. 314. El riquísimo conquistador Cerezo había mandado fundir una imagen de Nuestra Señora toda de plata y oro, incrustada con piedras preciosas, que le costó ocho mil pesos. Él la donó al monasterio de Santo Domingo (*vid.* Thomson, p. 257); probablemente Phillips confunde este hecho, como por su relato se deja ver.

18 En el siglo XIX los viajeros ingleses y norteamericanos, que como plaga visitaron a México, pagarán también su tributo a la deslumbrante leyenda dorada, hacia la cual se sentirán atraídos sin poderlo ni siquiera remediar tantito.

alto la emoción que produciría en Inglaterra la descripción de semejantes riquezas, entre las cuales él mismo había convivido, y de las que había extraído pingües beneficios. Él sabía perfectamente bien pulsar los resortes emocionales¹⁹ de sus conciudadanos, presentándoles aunados la relación del sacrílego tesoro amontonado por la Iglesia novohispana y el proyecto justiciero y reivindicativo de requisa del mismo como desagravio a Dios y en provecho de los hombres: “Son infinitas las alhajas y riquezas que pertenecen a los altares, como casullas, capas, dalmáticas, doseles, colgaduras, ornamentos de altar, candeleros; joyas, coronas de oro y plata, y las custodias de oro y cristal, tesoros que reunidos valen una mina de plata, y podrían enriquecer a la nación que se hiciese dueña de ellos.”²⁰

No había, pues, derecho –como ya una vez escribimos– a que en una sola iglesia de la Nueva España hubiese más riquezas juntas que en las arcas del tesoro inglés, donde por cierto no había ni un penique. ¿Se quiere un incentivo mejor para los ingleses del siglo XVII? Y como si esto fuera aún poco, les describe Gage, en detallada cuenta, las jacalías que se podrían sacar de una iglesia dominicana de Guatemala; lo que traducido en dinero montaría, añade Gage, a unos cien mil ducados. Que el interés inglés por las riquezas eclesiásticas no se disimulaba en absoluto, puede comprobarse por el párrafo que a continuación transcribimos:

Entre las riquezas que éstos tienen [los dominicos] hay sobre todo dos cosas notables de las que los españoles, cuando estaban de buen humor, me decían que los ingleses se interesaban, preguntando por ellas cuando los capturaba algún buque, llegando a temer que yo fuese tal vez un espía de éstos. La primera es una lámpara de plata que está colgada frente al altar mayor, que es tan grande que se necesitan tres hombres para subirla. La segunda es todavía más rica, y es la imagen de la Virgen María hecha de pura plata, y del tamaño de una mujer de buena talla. Está colocada en un tabernáculo hecho expresamente en la Capilla del Rosario, donde hay por lo menos doce lámparas de plata que arden perpetuamente delante de esta imagen.²¹

¹⁹ “Los templos –escribe– deberían estar consagrados al servicio de Dios y no dedicados al placer de los hombres”. *Op. cit.*, p. 142.

²⁰ *Op. cit.*, p. 141.

²¹ *Op. cit.*, p. 291. Véase también supra, n. 17.



Toda la obra de Gage, así como la de sus predecesores, está pensada como catapulta para la realización de un plan de usurpación política, so capa de nueva espiritualidad, y de despojo de las riquezas, especialmente las poseídas por la Iglesia. Como escribe Garizurieta sobre las Leyes de Reforma, Gage aspiraba a que los bienes de manos muertas pasaran a las de manos más listas;²² y para esa tarea pocas tan vivas y bien dispuestas como las del propio apóstata y las de sus compañeros en la aventurada y fracasada conquista de las Indias Occidentales.

22 Vid. César Garizurieta, *Realidades mexicanas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 86.



El plan inglés de conquista de la Nueva España

93

Cortés, patrón de los ingleses. Un proyecto facilísimo

Hernán Cortés es un personaje histórico extraordinariamente mimético para el gusto anglosajón. Nuestro conocido Robert Tomson se refería al osado capitán en tonos de encomio y admiración.¹ Su alabanza del guerrero extremeño es también un reflejo de la sorda protesta de los veteranos conquistadores españoles contra los advenedizos; protestas y quejas amargas que, sin duda, oyó en las tertulias que su amo Cerezo organizaba. Así el tan decantado resquemor criollo lo fue, ante todo, de viejo conquistador que materializaba en los fracasos políticos del marqués los suyos propios:

¹ Este aventurero vivió, como hemos dicho, en la Nueva España hasta que sus imprudencias juveniles heréticas le hicieron caer en manos de la Inquisición. Fue condenado a llevar durante tres años el sambenito y fue desterrado a Sevilla, en donde purgó su condena. Un braguetazo feliz, y que él como buen protestante interpretó como providencial, le puso en posesión de una grandísima fortuna, que se llevó juntamente con su mujer a Inglaterra para disfrutarlas. María, su esposa, era la hija de Juan de la Barrera, uno de los primeros indios de que tengamos noticia, el cual murió cuando hacía la travesía de regreso rumbo a España.

[Cortés] fue el primero que conquistó dicha Ciudad y comarca –escribe Tomson–, y después de tal conquista, que él hizo con gran esfuerzo y trabajo de su persona y con peligro de su vida, habiendo crecido en importancia en el país, fue mandado a llamar por el rey de España diciéndole que tenía que comunicarle cierto asunto particular. Y una vez que Cortés estuvo en España no se le permitió de nuevo regresar; lo cual era contrario a lo que el rey le había prometido; por lo cual tomó Cortés gran pesar a consecuencia del cual murió; y esto fue lo que él obtuvo en recompensa por sus excelentes servicios.²

He aquí el tema españolísimo eterno; el tema del castellano fiel, pero conturbador, siempre desencantado y agrio, que se siente postergado u olvidado injustamente por la ingratitud y conveniencia de su rey; tema de rai-gambre medieval, casi de queja cidiana, tan verdadero en el caso del célebre Campeador, como en el de los veteranos conquistadores de Indias. Estas reflexiones de Tomson son tanto más valiosas por cuanto no se puede poner en duda la existencia de una cierta imparcialidad, la que proporciona la nacionalidad inglesa del comentarista. El estado aflitivo en que se encontraban los primeros pobladores y conquistadores está trazado con verosimilitud; leyendo este párrafo de Tomson se da uno cuenta de que los antiguos capitanes y demás gente de guerra estaban dispuestos a todo –como lo estuvieron en el Perú–, casi al borde ya del levantamiento. Tomson percibió muy bien en aquellas charlas de sobremesa el ambiente de disgusto en que se movían aquellos hombres, que tenían ya una bandera, Cortés, cuyas ambiciones, por fas o por nefas, personificaban las de todos ellos.

Si Cortés fue motivo de admiración para Tomson y otros viajeros ingleses del siglo XVI, aún lo fue más para Gage. Conforme los preparativos ingleses de conquista se iban perfilando, la figura del conquistador se arraigaba y agigantaba más y más como ejemplo en el pensamiento del exdominico. Cada vez que se hacían tales o cuales aprestos para la invasión, Cortés se convertía en dechado, en el ideal imitatorio. En tiempos de Cromwell ocurrió así, y no hay nada de particular en ello supuesto que repetir la hazaña de don Hernando era precisamente lo que anhelaban todos los ingleses; pero lo maravilloso del caso es que se tomara asimismo al recio soldado como patrón

2 *Op. cit.*, p. 261.

estimulante por los invasores yanquis del 47.³ Ahora bien, toda maravilla deja de serlo generalmente en conociendo sus causas, y las que nosotros queremos demostrar, entre otras, son las que ponen en evidencia la herencia espiritual y política e histórica de lo inglés en Norteamérica.

No podía tampoco faltar en Gage la alusión correspondiente al modelo, única que puede explicarnos la aparente contradicción del autor, que si por una parte abominaba de la conquista española, por las crueldades a que ella diera lugar –el exdominico recogía íntegra la condena de su famoso hermano de orden–,⁴ por la otra, enaltecía y aplaudía la actitud de Cortés, su héroe favorito. Apenas desembarcado Gage en Veracruz, todavía sin la experiencia, naturalmente, que más tarde adquiriría de las cosas de la tierra por su larga estancia en el país, estallará en alabanzas a la ciudad, cuya sola fama consistía, según él, en “haber sido el principio de la famosa conquista de don Hernando Cortés.⁵ Mas esto era únicamente el comienzo; un introito al que pronto seguiría un arrebatado canto de antifonas: “Allí [Veracruz] tomó aquel gran caudillo la noble y generosa resolución de echar a pique las naves en que había llegado con sus españoles.”⁶ Y como sólo piensa nuestro autor en Cortés, pero a través de Cromwell –su ídolo soterraño y vernacularizante, que es el que tenía que sufragar los gastos de la expedición conquistadora contra el *Imperio Mexicano*–⁷ describe con gran sencillez la decisión inmarcesible del conquis-

3 Es bien conocida la influencia de Prescott en los jefes y oficiales del ejército norteamericano de invasión en 1347. La simpatía del autor por Cortés es algo que no trata de disimular. Cuando el mismo historiador repitió, con menor fortuna, el tema con la *Conquista del Perú*, tal vez la lejanía del escenario histórico no lo hacía tan atractivo para el público, y Prescott, ahora sin prevenciones y sin atracción ni simpatías por los españoles, describirá la crueldad de Pizarro y las disputas de los conquistadores por el reparto del botín durante las sangrientas luchas intestinas sostenidas. Gooch señaló certeramente esta orientación de Prescott, aunque sin explicársela: “En México –escribe– sus simpatías estaban en conjunto con los españoles; en el Perú, contra ellos”. Cf. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 415, Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

4 *Op. cit.*, p. 170.

5 *Ibid.*, p. 57.

6 *Ibidem.*

7 Tal es la denominación que otorga a toda la mitad septentrional del continente, adelantándose, por consiguiente, a los atisbos nacionalistas del siglo XVIII de los jesuitas mexicanos extrañados. Vid. Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 166-171. Gage pensaba dar este nombre a las colonias españolas conquistadas; nombre que, como puede verse, es un in-

tador: “política jamás oída que reducía a un puñado de hombres a no pensar sino en vencer o morir”.⁸ Allí, en aquella Veracruz que él, Gage, acababa de pisar, los españoles tuvieron que hacerse fuertes contra “millones” de indios, y concibieron la esperanza de conquistar inmensas regiones. Gage recurría al viejo procedimiento puesto en práctica en el siglo anterior por Hakluyt para despertar a Inglaterra; ahora era cuestión de redespertarla del sopor estuarista.

Después de la etapa gloriosa de Isabel, tan llena de aciertos y éxitos navales a costa de España, fue perdiendo Inglaterra la preponderancia marítima que alcanzara después de la victoria indiscutible de 1588; los trastornos políticos producidos por los Estuardos arruinaron el floreciente poder naval y pusieron en peligro la fuerza económica y política de la burguesía mercantilista. La dictadura cromwelliana reanimó el entusiasmo por el mar, por los viajes trasatlánticos y por las colonias ultramarinas; por eso se ha podido decir con razón que dos fueron los objetivos de la política activa y burguesa de Cromwell: el ataque y conquista de las islas españolas –y de la Tierra Firme y continental añadamos por nuestra cuenta– y el cuidado paternalista que puso en el desarrollo de la Nueva Inglaterra.⁹ Pero antes de esto, todavía en el reinado de Carlos I, hubo necesidad de imprimir un informe de los capitanes Christopher Ceely y Ellis Hixom sobre un crucero realizado por ellos en las Indias Occidentales (1572-1573), con el decidido propósito de reavivar, mediante tal publicación, el entusiasmo marinero y mercantil de la gente. La obra lleva un título significativo por demás: *Sir Francis Drake revived: calling upon this dull or Affeminate Age, to follow his noble steps for gold and silver* (Londres, 1626). El editor, para dar más realce a la publicación –propaganda de librereros y de inversionistas–, la amparaba con un nombre popular y evocador, y anunciaba además que el propio Drake había anotado la relación. Como lo indica el título de la misma, se hacía un llamado a la gente para que abandonase el espíritu lánguido y afeminado en que se encontraba inmersa. El *calling*, remachemos en ello, invocaba a la virilidad; su resonancia teológico-pragmá-

tento de reivindicación indigenista que tenía también mucho de oportunismo político completamente crispado de romanticismo utilitario, y que, en realidad, solamente tenía de autónomo la resonancia vindicativa del gentilicio.

⁸ *Op. cit.*, p. 57.

⁹ *Apud* John Buchan, *Oliver Cromwell*, Londres, Hodder and Stoughton, Ltd., 1943, p. 502.

tica hacía de los credos protestantes religiones altamente belicosas, varoniles, combativas y asaz marineras.

Gage estaba, pues, en primera línea; es decir, en la que ocupaban los hombres interesados en hacer de Inglaterra la primera potencia mercantil de Europa. Y, desde luego, no era Cromwell hombre tan romo de entendimiento que no entendiese las alusiones y necesidades de su tiempo, máxime que no se avenía su temperamento con la duermevela del imaginario. El autor de la relación sobre la Nueva España aludía sin disimulo alguno, para hacerla, sin duda, más atrayente, a una conquista fácil; a una conquista bastante menos ardua y peligrosa que la realizada por Cortés y sus huestes, si bien, eso sí, tan apetitosa y productiva como la de éstos.¹⁰ Incluso, para que la semejanza fuera mayor, el proyecto estaba teóricamente favorecido por elementos y situaciones similares a los que auxiliaron al astuto capitán español. La segunda conquista de América no iba a ser más peliaguda para los ingleses, como algunos precavidamente objetaban,¹¹ porque tuvieran que combatir a la vez contra españoles e indígenas; y para probarlo afirmaba Gage que los negros y mulatos estaban dispuestos a unirse al invasor en cuanto éste apareciera, que era lo mismo, si recuerda el lector, que había insinuado Phillips en la segunda mitad del siglo XVI, mas refiriéndose entonces a los indios.¹² Hasta los mismos criollos, aventuraba Gage, se alegrarían de ello, “prefiriendo más bien vivir en libertad bajo la dominación de un pueblo extranjero, que ser más tiempo oprimidos por los de su misma nación.”¹³ Aun más, él había palpado los obstáculos que separaban a los criollos de los españoles, y por eso imaginaba, no sin cierto fundamento, que entre los primeros podría hallar elementos auxiliares para la empresa inglesa, dado el abismo económico, político e incluso espiritual que se iba ahondando y ensanchando entre los dos grupos sociales antagónicos:

¹⁰ *Apud* Maurice Ashley, *Oliver Cromwell. The Conservative Dictator*, Jonathan Cape, Oxford, at the Ahden Press, 1940, p. 227.

¹¹ El consejero Lambert fue uno de los que se opuso terminantemente al ataque proyectado contra las posesiones españolas en América; él se adelantaba tal vez a las futuras implicaciones que la agresión contra las Indias iba a traer a la política europea del Commonwealth (Vid. John Morley, *Oliver Cromwell*, Macmillan and Co., Londres, 1905 (44 Edición), p. 477.

¹² *Op. cit.*, p. 323.

¹³ *Op. cit.*

Hay dos habitantes tan opuestos entre sí como en Europa lo son los españoles y los franceses; a saber: los que han nacido en la metrópoli y van a establecerse en aquellas regiones, y los que nacen allí de padres españoles, y que los europeos llaman criollos para distinguirlos de su clase. Y el odio que se profesan unos a otros es tal, que me atrevo a decir que nada puede contribuir a la conquista de la América tanto como esa división, siendo fácil ganar a los criollos y decidirlos a tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre a que están sujetos, y vengarse de la manera rigurosa que los tratan y de la parcialidad con que se les administra la justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España.¹⁴

El cuadro de agravios que Gage presenta, aunque un tanto exagerado, era correcto; pero lo que le hubiera llamado más la atención, si lo hubiese sabido profundizar, es el hecho de que los criollos al pensar así lo hacían desde su fondo hispánico más puro e íntimo, con lo cual aunque estuviesen predispuestos, como clamaba Gage, al sacudirse el yugo administrativo peninsular, no pensaban hacerlo a beneficio de terceros, sino de sí mismos; asumiendo todos los cargos sin excepción, desde el del virrey al del más humildísimo y oscuro funcionario. El desconocimiento de esta realidad sería la causa principal del fracaso inglés en 1657, como lo sería igualmente el de la invasión posterior del Río de la Plata (1806) o del fiasco intermedio (1741) frente a Cartagena de Indias. Del primero Gage adquiriría una amarga experiencia; de la del Río de la Plata, el general Whitelocke no recogió sino tristes derrotas, más o menos las mismas que poco antes habían cosechado sus antecesores Popham y Beresford. Para los ingleses aquello resultaba ser un hecho insólito, porque no comprendían por qué los hispanoamericanos no los recibían con los brazos abiertos. Con todo no dejarían de insistir de nuevo; tal parece que no hubieran extraído ninguna enseñanza de las repulsas anteriores, cuando al mando de Wellington pusieron un formidable cuerpo expedicionario dispuesto a la invasión y conquista de la Nueva España. El alzamiento español de 1808 contra las fuerzas napoleónicas desvió dicho ejército hacia las costas peninsulares, en las que desembarcó para sumarse al lado del pueblo español a la lucha que éste acababa de iniciar contra los franceses.

14 *Ibid.*, p. 25.

El proyecto de conquista que auspiciaba Gage se presentaba bajo las más lisonjeras esperanzas a causa de las rencillas que dividían a los criollos y españoles. Las disensiones, pensaba Gage, habrían de ayudar a la realización del proyecto conquistador; un requisito era, no obstante, indispensable, la audacia, tanta como la que tuvo Cortés; empero ésta no habría de faltarles a unos hombres que habían escogido la figura del gran capitán por inspirador y guía.

Nuevos títulos para la conquista

Si se nos ha querido seguir hasta aquí, lo que hemos intentado es presentar las ideas del pícaro exdominico como un sólido zunchito de unión entre las inglesas comenzadas en el siglo XVI y las anglosajonas o norteamericanas, que apenas si acaban de terminar en la presente centuria, en lo que se refiere a las relaciones históricas establecidas entre Angloamérica e Hispanoamérica. Si hubiere alguna duda respecto al papel conector que atribuimos a Gage, bastará solamente estudiar sus críticas acerca del mal y escaso empleo que de los recursos naturales de las Indias –así como del comercio y de la industria– hacían los españoles, para darse cuenta de la razón que tenemos para considerarlo y situarlo como tal eslabón histórico.

En Acarabatán, Guatemala, escribirá Gage, habían unas minas famosas que los indios se habían dado ingenio en ocultar a la codicia española: “La divina providencia ha permitido que este tesoro quede oculto a los españoles, para que algún día una nación, que pueda sacar más provecho que ella, lo descubra.”¹⁵ Es decir, el sistema español, desde el punto de vista económico, era de una lentitud desesperante e incomprensible cuando se le comparaba con las prácticas mercantilistas que el capitalismo inglés, comercial y calvinista, ponía en uso: misoneísmo español y modernidad inglesa resultaban ser una vez más excluyentes, y no sólo en el terreno de lo espiritual, sino fundamentalmente en el de la competencia económica. Desde el punto de vista de Gage, las Indias deberían pasar a ser propiedad de Inglaterra. Gage, al enfatizar la teoría del mejor uso de las riquezas indianas, se hacía portavoz de la doctrina Puritana de la vocación; verbigracia del sentido secular que ella daba a la actividad profesional; a la ganancia y esfuerzos intramundanos del individuo como requisitos previos de la salvación.

¹⁵ *Ibid.*, p. 301.

La teoría defendida por Gage daba al mundo y hombres modernos un instrumento de sutilísima argumentación para aligerar al contrario; los ingleses estaban ya entrenados en la tarea por su *relaciones* con los indios, faltaba ahora aplicar el argumento contundente contra los españoles y novohispanos, que en punto a aprovechamiento no habían pasado más allá de lo que garantizaba y aconsejaba la más estricta y casuística ortodoxia católica.

Con anterioridad a Gage otro viajero inglés había exteriorizado sus puntos de vista al respecto, lo que comprueba que no eran argumentaciones esporádicas y ayunas de lineamientos doctrinales, sino que las críticas respondían a una contrapunteada orquestación religiosa. John Chilton había escrito, por ejemplo, que los cristianos, así como los indios de las colonias españolas, estaban abrumados por cargas y restricciones económicas que impedían el comercio internacional, y que obstruían el desarrollo de ciertos cultivos e industrias, a pesar de que la tierra y el clima fueran apropiadísimos, como lo comprobaba el que la vid y el olivo crecieran en cuatro años en las Indias lo que en España en veinte.¹⁶ Los colonos estaban dispuestos y deseosos de comerciar entre sí; pero el temor al castigo vedábaseles; “ellos lo harían, sin duda, si no temiesen las consecuencias.”¹⁷ Todos estos argumentos eran pruebas flagrantes de la incapacidad e incuria españolas para ponerse a la altura de los tiempos, los mercantilistas, por supuesto, y al proclamarlo así Chilton a los cuatro vientos hacía cala y cata de su disposición reformada y mercaderil.

La indolencia hispánica, la apatía y falta de acción que veía también Gage por doquier y en todos los habitantes de las Indias le sacaban de sus casillas. La contextura de hombre disparado hacia la modernidad que poseía Gage –que le llevó por ejemplo, a juzgar,¹⁸ o mejor, a ensayar las ventajas y desventajas que le sobrevendrían de permanecer católico o de trocarse protestante– se sublevaba frente a la, para él, absurda tozudez de la posición española empecinada en una trágica lucha consigo misma, y atenazada entre los dos extremos irre-

16 *Op. cit.*, p. 278.

17 *Ibidem.*

18 “Probar”, escribe el ex dominico, “donde encontraría mejor satisfacción para mi conciencia, si en la religión de Roma o en la de los protestantes de Francia o Alemania”. *Apud* la edición de Londres (1928), p. 387. Cit. por Beatriz Ruiz Gaytán, *op. cit.*, p. 51. El lenguaje de Gage es típicamente modernista; *probar*, ensayar para ver qué religión cuadraba mejor a su conciencia. Más que una confesión de fe se trata de un exceso de previsor racionalista y de advertido comerciante.

ductibles de la necesidad humana y de la aspiración a lo trascendental y casi divino.

La incapacidad, la ociosidad y ausencia de iniciativas por parte de España justificaban por completo las pretensiones inglesas expresadas a través de las palabras y opiniones de Gage. Así se ve, efectivamente, en el comentario de éste referente al proyecto de canal transoceánico:

*Los españoles no se han resuelto a cortar el Istmo todavía, y no alegan otras razones para justificar su indiferencia en una materia de tanta importancia. Además, para ellos no son estímulos la comodidad que les resultaría, y la utilidad de transportar por mar las mercaderías desde el continente americano a las islas y costas del Asia, sin los enormes gastos que ahora ocasiona ese comercio: la indolencia nacional y la cortedad de luces del gobierno no les hacen pensar sino en el provecho del día.*¹⁹

¡Miren qué clase de sujetos son estos *españoles!*, parece querer decirle a Inglaterra y a Europa el impaciente Gage. ¡Miren cuán enemigos son del confort y del comercio, y todo por dejadez y apatía! Denunciándolo, él lo sabía a la perfección, se atraía las simpatías de los enemigos de España, que lo eran entonces todos, sin excluir siquiera al Santo Padre, y al mismo tiempo alentaba a sus compatriotas a la conquista del futuro paso o canal, que desde el tiempo de los Cabotos habían buscado infructuosamente. La justificación que adelantaba Gage no diferiría mucho, es verdad, de la que siglos más tarde invocaría Theodore Roosevelt, el as del garrote, en nombre del progreso.

Indolencia y cortedad de luces, he aquí el tema completo de la decadencia hispánica; casi parecen las palabras de Gage las de un ardoroso afrancesado decimonónico. Desde la época lejana en que lo escribiera –y aun desde antes– hasta nuestros días, estos calificativos han corrido de boca en boca y saltado de pluma a pluma, ya de las de los doctos –o de los que se imaginaban que lo eran–, bien de las de los indoctos; ora por hombres hispánicos, quier por extranjeros. Empero los calificativos no han mentado nunca la realidad gua-

¹⁹ *Op. cit.*, p. 268. Cursivas nuestras. Conviene recordar que Felipe II prohibió mencionar dicho proyecto después de haber comprobado con sus alarifes y artificieros lo impracticable del mismo, dado el alto costo que tendría que pagar en vidas y en dinero la construcción del canal. Además España no era una potencia mercantil moderna ni naviera para que pudiera interesarse seriamente en el grandioso suelto constructor.

diana hispánica, porque el vivir de Hispanoamérica como el de España casi siempre ha sido sondeado con instrumentos impropios.

La realización del proyecto. Cromwell y las Indias Occidentales²⁰

Tomás Gage aspiraba a ser achipámpano de las Indias, o cuando menos visorrey de México, porque según parece esto último fue lo que solicitó de Cromwell como recompensa por los servicios por él prestados, que no eran otros sino el haber puesto al descubierto las líneas defensivas del imperio español, así como los puntos débiles del inmenso y complicado sistema. Al escribir su libro sospechaba que éste iba a tener una gran resonancia y hay que confesar que no se equivocó, porque al presentar como viable la conquista de un imperio atraía sobre sí las miradas de todos los aventureros del mundo, y, singularmente, se atraía las simpatías del Lord Protector y, con ellas, las del pueblo inglés. Pero Gage comprendió que no era labor suficiente la que se reducía a señalar a sus compatriotas las perspectivas fáciles de la conquista, sino que necesitaba también templar las cuerdas espirituales protestantes. Las nuevas tierras poseían riquezas ilimitadas en oro y plata, perlas y gemas de incal-

20 A pesar de nuestro interés y esfuerzos no nos hemos podido agenciar dos trabajos importantísimos referentes al tema: “The Expedition to the West Indies” (*Macmillan's Magazine*, LXIX, 184, enero, 1894) y “The Cause of Cromwell's West Indian Expedition” (*The American Historical Review*, IV, 228-245, enero, 1899). Ambos trabajos son del historiador norteamericano J. W. Fortescue, y las referencias que tenemos de ambos son, pues, de tercera y aun de cuarta mano; pero suficientes, con todo, para poder afirmar que Gage, al que Fortescue transforma en “a converted jesuit”, y el coronel Thomas Nodyford, de Barbados, y Roger Williams influyeron en Cromwell para que éste se embarcara en la famosa aventura conquistadora, buscando rellenar el tesoro inglés que estaba exhausto, así como para ejercer represalias contra los españoles por odio a la religión católica y al monopolio económico de España en las Indias. Estos dos trabajos constituyen un caso típico de interés historiográfico puesto al servicio del ideal expansivo e imperialista de los Estados Unidos, pues no se debe pasar por alto que se escribieron precisamente el mismo año de la guerra hispano yanqui. El amarillismo vocinglero de la prensa norteamericana deseosa de la guerra se corresponde muy bien con este otro historiográfico de mayor jerarquía intelectual. La toma de Jamaica por las fuerzas cromwelianas y auxiliares de la Nueva Inglaterra y Barbados era como un anticipo prometedor del desembarco de los Estados Unidos fueron la prolongación, como era natural, de las de Inglaterra.

culable valor; pero asimismo había cientos de miles de infelices indios a los que había que liberar del yugo español y de la idolatría de Roma.

Desgraciadamente para Gage, de los indios –celosísimos por su flamante religión– no había que esperar mucho; mas sí, por fortuna, y bastante, según pensaba él, de los criollos. Los escrúpulos morales de Cromwell quedarían, por consiguiente, medio desvanecidos tras la lectura del siguiente párrafo:

Y tan amargo y tan duro es esto para los criollos, que los he oído decir con frecuencia que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles, con tal que les dejara el libre ejercicio de su religión; y mientras que algunos habrían deseado que los holandeses hubieran permanecido en Trujillo, cuando lo tomaron, y que se hubieran internado en el país, donde los hubiesen recibido con los brazos abiertos; añadiendo otros que la religión de que gozaban en tan aciaga esclavitud, ni les era agradable ni les ofrecía el más lejano consuelo.²¹

Cromwell, que según confesión propia había invadido a Irlanda para hacer de sus habitantes buenos cristianos y mejores trabajadores y hombres de negocios,²² tuvo que ponerse verdaderamente contento al leer lo que Gage le presentaba. También en las Indias españolas se podía intentar lo ya cumplido en la verde Erín, e incluso iba a ser mucho más sencillo, pues que había elementos descontentos y especialmente desilusionados con la religión papista. En las doce cuestiones que por separado entregara Gage a su señor relativas a las Indias Occidentales,²³ insinuaba el exdominico la necesidad de expandir el Evangelio hacia Poniente²⁴ aprovechando la tibieza religiosa de

21 Gage, *op. cit.*, p. 25.

22 Cromwell confiaba en lo beneficioso que sería para los católicos irlandeses imitar “el ejemplo de la industria inglesa [...], del comercio y del tráfico inglés” (cit. John Buchan, *op. cit.*, p. 341).

23 Vid. “Thurloe State Papers”, cit. B. Ruiz Gaytán F., *op. cit.*, p. 126.

24 El famoso “Western Design” del Protectorado fue un proyecto de unificación de las posesiones coloniales de Inglaterra por medio de lazos espirituales y económicos. Los puritanos de la colonia de Providence querían poblar las islas. William Jessop, uno de los secretarios del consejo de Cromwell, y antes secretario de Providence, influyó sobre el Dictador a través del secretario latino Milton, para que aquél se decidiera a preparar la expedición conquistadora y eversora contra las Indias Occidentales. Vid. Charles M. Andrews, *The Colonial Period of American History*, Yale University Press, New Haven, 1932, III, p. 7, n. 3.

los hispanoamericanos, y le brindaba al dictador la oportunidad de convertirse en la espada introductora, defensora y vengadora del Dios evangélico. Si los indios y gran número de criollos esperaban con ansia la llegada de la verdadera luz, ¿cómo podría resistirse Cromwell, que se sentía elegido de Dios, a este clamor humano y mandato divino? Religión y negocios marchaban una vez más machihembrados; los propósitos religiosos y financieros se acoplaban a las mil maravillas; desde luego no era la primera vez que sucedía así, pero tampoco sería la última. Más todavía, el secreto juicio de la providencia se había revelado una vez más a favor de Inglaterra. Dios se ponía, como siempre, de parte de los puritanos ingleses; y si no, ¿cómo explicar los desastres del odiado enemigo?

El Anticristo Rey de España ha perdido Lima por un temblor de tierra, y allí mismo ha perdido también infinita cantidad de plata. La venganza del cielo parece que despierte de nuevo. ¡Jamás! —se escribió en las viejas Gacetas— ¡Jamás se había visto nada parecido desde los tiempos de Sodoma y Gomorra! ¡Jamás se había visto como allí se vio la mano invisible de Dios enjuiciando a todo un pueblo! ¡Grande es el Señor para que todas las naciones lo reverencien, y maravillosos son sus designios! Inglaterra decreta un día de agradecimiento y gracia universales.²⁵

Gage, además, atizaba el fuego del fanatismo puritano. Él sabía muy bien coordinar las fuerzas de la ambición con las del espíritu, y aunque posiblemente no confiaba mucho en la cruzada espiritual, la consideraba indispensable para lograr la material y, sobre todo, para poner en movimiento a aquellos beatos puritanos y santos. Había que arrojar a los españoles de sus posesiones americanas y establecer en ellas, como era debido, la fe verdadera a la mayor gloria de Dios: “Quién sabe —escribió el mayor general Fortescue— a dónde nos enviará Dios para que hagamos sitio al Evangelio.”²⁶ Y respondiendo a este mandato divino, y las instrucciones de Cromwell (10 de octubre de 1655) a los comisionados se refieren a la necesidad de promulgar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, de fortalecer la religión verdadera y la única

25 *Apud* Thomas Carlyle, *The Life of Oliver Cromwell, with a selection from his letters and speeches*, Edición de Edgard Sanderson, M. A., Nueva York, George H. Doran Company, p. 325.

26 *Cit.* Ch. M. Andrews, *op. cit.*, III, p. 8.

santidad posible; y de suprimir la idolatría y supersticiones papistas y acabar con la profanación en las colonias españolas.²⁷

Decidida ya la expedición eversora, Cromwell no miró los costos convenido y resuelto como estaba a apoderarse de las posesiones españolas, con cuyos despojos pensaba no sólo nivelar los tremendos gastos, sino incluso repartir dividendos entre los inversionistas. Como ya sabemos la eminencia más que gris de aquella expedición fue un ambicioso, ledro y atravesado exdominico, cuyos consejos y escritos decidieron a la burguesía inglesa cromwelliana a la gran y segura aventura de ultramar: Gage resultó ser un Capitán Araña singular, pues tan convencido se hallaba del éxito que imprudentemente se embarcó para ser testigo, actor y cobrador de la arriesgada empresa.

Los motivos de la expedición puritana ya han sido señalados, y solamente nos queda añadir que la conquista proyectada se justificaba como un acto de represalia contra ciertos ataques españoles perpetrados contra los establecimientos ingleses: Isla de la Tortuga y Asociación (1635); la captura de la Isla de Santa Catalina (*Old Providence*) en 1641 y la toma de las de Santa Cruz. Los ingleses y novoiñgleses respondieron a estos actos de hostilidad con rudeza bucanera; el capitán William Jackson asoló de 1642 a 1645 las costas de Tierra Firme; atacó la Isla Margarita y desembarcó en Jamaica, a la que retuvo en su poder por breve tiempo. En 1654 Cromwell tenía casi listo su plan; había ordenado a Thurloe que coleccionase todos los mapas y cartas holandeses y españoles que pudiera hallar sobre América, y mandó poner en su despacho un mapamundi y un inmenso globo terráqueo. Entre los personajes que asiduamente le visitaban entonces se encontraban Gage y los curtidos marinos Shelley y Powell; también el coronel Thomas Modiford, sobrino de Monk, y miembro del consejo de Barbados, que presentó al Protector un proyecto para anexar Cuba y Trinidad previo al de la conquista de Tierra Firme y Nueva España.

El 5 de agosto de 1654 remitió Cromwell un despacho al rey de España indicándole que enviaba la flota al Mediterráneo y que aquello no debía ser mirado como un acto de hostilidad; sin embargo, reservadamente comunicaba el almirante Blake que tomase Gibraltar si podía. Esto ocurría por octubre, y por diciembre despachaba a las Indias otro escuadrón naval al mando de Penn y Venables. El primero iba de almirante, el segundo de general. El 19

²⁷ *Ibid.*, III, p. 9.

de diciembre de 1654 salieron secretamente de la Isla Wight y después de un feliz viaje alcanzaron Carlisle, en Barbados, el 29 de enero del siguiente año. Allí aguardaron a los comisionados –Winslow, Searle y Butler– durante diez semanas en espera de refuerzos y bastimentos. A los 2 500 soldados ingleses se sumaron 3 500 irregulares de Barbados, Nueva Inglaterra y Virginia; 89 de San Cristóbal; 80 de Monserrat y 300 de Nevis; el total montaba a más de 7 000 hombres sin contar el regimiento de marinos que constaba de más de 1 200 hombres.²⁸ Llegados aquí conviene advertir que la empresa no era exclusivamente inglesa, sino, como se ve, también norteamericana. En 1650 las Indias Occidentales anglosajonas se componían de trece comunidades separadas sanas y vigorosamente activas: Virginia, Bermuda, New Plymouth, Massachusetts, Barbados, San Cristóbal, Antigua, Nevis, Monserrat, Connecticut, Rhode Island, New Haven y Maryland. Todas ellas, tanto como la Compañía de Providencia, estaban interesadas en el buen éxito de la expedición y la veían también como algo propio: John Cotton, Roger Williams, Edward Winslow –este último comisionado novoiinglés– habían estimulado a Cromwell en la empresa, y ahora que esta ya se hallaba en marcha cada uno de ellos ayudó en lo que pudo y supo al éxito de la misma. El último de los nombrados asistió también a la derrota inglesa frente a Santo Domingo, y murió cuando el resto de las fuerzas expedicionarias se dirigía a Jamaica para conquistarla. La expedición inglesa acabó desastrosamente en la Española por la resistencia que presentó el valiente Meneses de Bracamonte, y por la fiereza de los rancheros y vaqueros, que armados de lanzas desjarretaderas emboscaban a los ingleses. La mitad de las fuerzas anglosajonas se quedó para siempre en la isla, y lo que no llevaron a cabo sus oponentes lo consumó el clima; la otra mitad levó anclas y se dirigió hacia Jamaica para compensar con algo las terribles pérdidas. Sólo quinientos jamaicanos pudieron reunirse para contener la invasión, y, naturalmente, poco pudieron hacer para rechazarla. Las bajas que no sufrieron en Jamaica los invasores en las batallas se las apuntó el clima tropical, y con tanta prisa lo hacía que hasta se llegó a pensar en la necesidad de abandonar aquella captura tan costosísima.

Cuando las nuevas del fracaso alcanzaron a Inglaterra, Cromwell cayó en cama víctima de un terrible ataque bilioso; Penn y Venables fueron, inmediatamente que llegaron, encerrados en la Torre, y el pequeño secretario,

28 Cit. Andrews, *op. cit.*, p. 13.

Thurloe, se consoló, empero, pensando que Jamaica al fin y al cabo serviría “para ulteriores designios.”²⁹ Gage fue más listo y se murió apenas conquistada Jamaica; tuvo suerte, porque nos imaginamos la caninísima que hubiera corrido de haber regresado a Inglaterra, en donde Cromwell le esperaba, sin duda, para hacerle pagar muy cara la participación que había tenido en la expedición y la parte que le hubiese correspondido en la misma de fracaso. Del vasto plan formulado –conquista total de las Indias Occidentales– sólo quedó en el haber la mísera ínsula del mar Caribe; mas pese a sus modestos principios –como lo previó Thurloe– con el tiempo dicha isla llegaría a tener para Inglaterra un valor estratégico extraordinario.

Los hispanoamericanos, como era previsible, tomaron la reconquista de Jamaica como una empresa *nacional*: jamaicanos, negros cimarrones, dominicanos, cubanos, puertorriqueños, guatemaltecos y novohispanos acudieron en ayuda de Cristóbal de Ysassi para expulsar a los ingleses; pero éstos, a pesar de la desesperada situación en que se hallaban eran dueños del mar, y como desde España no venían sino órdenes, algo en verdad simplísimo de dar, pero poco substancioso, la isla no pudo ser reconquistada jamás. Al Duque de Alburquerque, virrey de la Nueva España, se le dio nada menos que el paquete de recuperar la isla perdida; pero sin flota y sin la autorización para crearla³⁰ no le fue posible llevar a feliz término la orden real.

²⁹ Cit. Ashley, *op. cit.*, p. 227.

³⁰ La Nueva España no tuvo flota propia salvo la costeada por los comerciantes novohispanos y españoles a fines de la administración austríaca; pero esta flota duró poco en aguas americanas, pues fue destinada a las españolas para atender a las complicaciones políticas e internacionales de la nueva casa reinante. Aun efímera la existencia de esta armada permitió algunos éxitos para la Nueva España. *Vid.* Carlos de Sigüenza y Góngora, *Relaciones históricas. Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1940.



Conclusión

109

Habíamos adelantado en el prólogo que la visión del mundo colonial hispanoamericano iba a ser, a través de la interpretación viajera inglesa, una visión de degeneración y corrupciones sin cuento. No sólo el medio geográfico, sino el hombre que en él actúa van a ser declarados decadentes, impuros, desmembrados. Pocos se salvan de esta abyección, que no es otra cosa sino trasunto de la condena protestante contra el hombre y la tierra irreformados y anticristianos. Cuando los primeros viajeros ingleses, que lo fueron unos forzosos, otros voluntarios, viajeros además interesados, que no solamente curiosos, lograron arribar a la Nueva España, ésta ya había perdido gran parte de su encanto y atributos aventureros; pero aún conservaba hartos vestigios de su antigua atracción y ventura: la fauna así como la flora eran extrañas y atrayentemente misteriosas; la monstruosidad, como correspondía a pesar de todo a un continente inferior, corría pareja con la enormidad, que era también el otro modo como se gozaba en presentarse lo disforme y prodigioso. Era una naturaleza que asimismo prodigaba tanto lo bueno como lo malo; por supuesto más de lo segundo que de lo primero; naturaleza incluso algunas veces más potenciada que caída, pero de cualquier forma original.

Haciéndose eco los viajeros del tema medieval no pueden dejar de reconocer que en ciertos aspectos América era inferior a Europa, así ocurría con la calidad de los alimentos ya nativos o trasplantados. Con los habitantes de

estas regiones pasaba otro tanto, no importa si de origen europeo o indígena, y peor si africano o mezclado. En el siglo XVII, el problema que hemos dado en llamar antropológico se encontrará aún más de suyo: españoles, criollos, mestizos, negros e indios serán declarados perezosísimos, avaros, cobardes y muy viciosos; incapaces, sobre todo, de progreso y mejora. Para Gage eran aborrecibles asimismo todos los habitantes de la Nueva España y resto de las Indias; él no los rebajaba de mentecatos, majaderos, ignorantes, fatuos y dados, especialmente los españoles y criollos, a aparentar grandezas o saber profundo. El odio que sentía Gage y sus predecesores tenía su raíz, por una parte, en el que sentían todos contra la perversa y falsa religión católica –según ellos– y de la que el primero había apostatado; por otra en que todos, sin excepción, eran portavoces de los intereses mercantilistas y burgueses de Inglaterra. Cómo se ve todavía no existía un ser plenamente mexicano contra el que dirigir los tiros; pero no podemos quedarnos indiferentes a estas calificaciones anteriores, pues que con ellas se catalogaba nada menos que a los elementos étnicos que andando el tiempo contribuirían a forjar la presente nacionalidad mexicana y mestiza. Por supuesto apuntan por aquí y por allá ciertos rasgos positivos favorables, pero ellos están dedicados a los criollos, mestizos e incluso indios; jamás a los españoles, y las razones no habrá ya que repetir las.

Estas caracterizaciones negativas que hemos aquí recopilado son, sin duda, las que más abundan; pero si tenemos en cuenta el trasfondo espiritual de los calificadores, su interés político y su circunstancia histórica, tal método negativo puede servirnos, por compensación, para arbitrarnos un cuadro más justo y más apegado a la verdad que el que intentaban presentar los antagonistas partiendo de dentro afuera. Los viajeros ingleses mentaban una realidad humana que hallaban desorbitada, extraña y ajena al esquema modernista y protestante anglosajón; cuando mencionan la avaricia, la hōlgazanería, la cobardía, etcétera, están aludiendo, por contraste y privación, y muy histórica y gnoseológicamente, a las ideas arquetipos que respecto a dichos vicios poseían ellos. De tal suerte el novohispano heroico –gentilicio con el que ahora pretendernos evitar el obstáculo de la pluralidad étnica–, queremos decir virtuoso en el sentido etimológico estricto del término (*vir*; *virtus*); el novohispano viril y fuerte de espíritu que rechazaba la servidumbre productiva, ascética e intramundana de los ingleses, era declarado irremisiblemente ocioso; de modo parecido era calificado cobarde si se aferraba y empecinaba

en vivir en su mundo extramundano, simbólicamente católico e inactivamente medieval; y codicioso cuando acumulaba riquezas inactivas en sus iglesias, o persistía en tener sobre aquéllas un concepto suntuario y tradicional, en lugar de ponerlas en circulación en un mundo enfebrecido por la especulación mercantil y financiera del incipiente capitalismo de los siglos XVI y XVII.

Los viajeros del siglo XVI penetraron en la Nueva España y rompieron el bloque económico y espiritual impuesto por España al socaire de la pacífica y transitoria política de ésta cara a Inglaterra. Los ingleses, viajeros por la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVI, pudieron comprobar sorprendidos que su presencia era acogida por las masas populares con cierto agrado, y creemos que esta simpatía mostrada por el pueblo fue sincera, porque precisamente la gente novohispana conservaba aún su espíritu religioso incontaminado, libre del extremismo receloso, odioso e inquisitorial que se estaba levantando contra las sectas protestantes en España. El objetivo que se propusieron los viajeros fue poner al descubierto el dispositivo de defensa del imperio español para facilitar la conquista inglesa del mismo. El empeño inglés era fundamentalmente uno: dominar a América, purificarla, sanearla espiritualmente. Chilton y Gage dedicaron todo su tiempo y esfuerzos a este fin. A los motivos espirituales de conquista se sumaron otros no menos importantes: la usurpación de las enormes riquezas novohispanas. Gage no se cansará de llamar la atención sobre ellas a sus amigos puritanos y, en especial, al gran Cromwell.

A los razonamientos espirituales y económicos que presentaba Gage para justificar la invasión de la Nueva España y presentarla seductoramente ante sus conciudadanos, añadía además otros no menos interesantes: un atractivo indigenista y una acerba crítica contra el trato que los españoles daban a los indios. En ambas cosas había un interés utilitario de gran fuerza, pues se revelaba en el estudio que hacía Gage, que los indios mexicanos esperaban con ansia la llegada de los ingleses para sacudirse el yugo español. Los británicos, ya desde entonces y como después tantas veces lo harían en la historia, se presentaban como libertadores.

La probable conquista era también favorecida por otro hecho significativo. En la vida novohispana, si hemos de aceptar lo que nos dicen los viajeros ingleses del XVI, dos corrientes de pensamiento religioso pugnaban aún por imponer su respectiva directriz espiritual: la tolerancia española, auxiliada por la influencia erasmista peninsular, y la intolerancia contrarreformista. Vista por el lado económico la primera corriente era más liberal –permítase

el anacronismo—; las autoridades españolas, alarmadas por la libertad de comercio que los ingleses iban estableciendo en las colonias, decidieron parar aquellas actividades lesivas al monopolio real. Las autoridades españolas no sólo temían las prácticas comerciales de los ingleses, sino también mucho las heréticas. La corriente tolerante inundaba la vida novohispana, y aunque su duración fue efímera dio, sin embargo, comodidad al hecho inaudito de que todos los componentes de una tertulia de amigos del creso conquistador Cerezo aceptaran con aire comprensivo las explicaciones heterodoxas que un criado inglés se atrevió a darles durante la charla de sobremesa.

La degeneración de la vida social y privada en las capitales novohispanas era otro argumento poderoso que movía la intervención inglesa; era, en suma, un acto de caridad. El éxito de la literatura viajera sobre Indias residió precisamente en la exposición cruda que se hacía de la moral y religiosidad hispánicas. La depravación y el acopio ocioso de enormes riquezas chocaban grandemente con el sentido austero y progresivo de la vida que los puritanos se habían forjado. Gage recogía, además, en su libro el antiguo proyecto mariner y raleighiano sin olvidar ni un punto ni una coma. Gage admitía como su antecesor que las riquezas metalíferas que extraía España de las Indias representaban un terrible peligro para la seguridad de Inglaterra. El exdominico, sin darse cuenta, representaba la fuerza de su siglo comercial y pirático: Inglaterra reanudaba con Gage y Cromwell la tradición tudoriana que se había adormecido durante la dolencia estuardista. Con todos estos elementos; verbigracia el catolicismo, la oposición mercantilista y la amenaza siempre latente de las riquezas de las Indias, se construyó un programa inglés que buscaba romper tal situación por medio de la conquista de las posesiones americanas de España. Se hacía, pues, presente ante los ojos de los ingleses la urgente necesidad que había de regenerar y dignificar convenientemente semejante mundo colonial; lo cual quería decir que había la obligación de conquistarlo para pía, cristiana y caritativamente abstergerlo, por una parte, de sus impurezas espirituales; y por la otra para ponerlo a la altura de los tiempos; es, a saber, de unos tiempos progresistas, librecambistas y pragmáticos. El plan inglés, para que nada le faltase, era, además, considerado providencial: la soberbia española sería humillada; el Anticristo, el rey de España, sería derrotado para siempre y las Indias brillarían al fin como nunca antes habían brillado; es decir, limpias de todas las impurezas y papisterías españolas.

Según Gage, que erraba en ello, este plan era sostenido indirectamente por los propios novohispanos a causa de la manifiesta hostilidad que tenían contra chaperones y gachupines. Más todavía, también los indios, los negros, los mulatos y los mestizos demostraban sordamente su oposición al régimen español, contra el cual todos unidos abrirían las puertas a la invasión inglesa; un requisito, sin embargo, apuntaba francamente Gage como necesario, el respeto por parte de los invasores de las creencias religiosas de los novohispanos; algo, sin embargo, que el dictador no estaba dispuesto a garantizar por nada del mundo, y que por lo mismo, llegado el momento, contribuiría al estruendoso fracaso puritano.

Con los consejos de Gage, y tomados los de sus consejeros políticos, se decidió Cromwell a la empresa de arrebatarse a España las Indias Occidentales. Inglaterra, por boca del lord Protector, luchaba contra la ceguera, la superstición, el pecado y el antiprogreso mancomunados; una lucha contra el pecado, contra el estancamiento y la tradición medieval y católica. Cromwell se creía el enviado de Dios para acabar con la preponderancia hispana; pero en el fondo se trataba, ante todo, de henchir hasta reventar el tesoro inglés con las riquezas sustraídas, muy a lo calvinista, de las colonias españolas; especialmente las atesoradas en las iglesias de las Américas.

Creyó Cromwell llegado por fin el momento para invadir las Indias, porque la debilidad de España así lo aconsejaba. Pero la expedición inglesa acabó en un terrible descalabro, y a duras penas tuvieron los ingleses y novoiñgleses que conformarse con Jamaica. Las colonias españolas se salvaron entonces como se salvarían en los distintos intentos anglosajones realizados en los siglos XVIII y XIX; pero no fue la armada española ni el ejército lo fue tampoco –ninguno de los dos existía ya– los que libraron a las colonias, sino el feroz e indomable individualismo heredado de España; el orgullo y la vitalidad de la sangre hispanoindia, y la fuerza cohesiva espiritual de la creencia y de la cultura religiosa e hispánica.





2

Siglo XIX

115



Coelum, non animum mutant qui trans mare currunt
Horacio, *Epist.*



Prólogo

117

Nuestra presente segunda investigación sobre viajeros anglosajones en México abarca sin mucho rigor temporal la primera mitad del siglo XIX; para ser más exactos de 1821 a 1847. Los límites, empero, son lo suficientemente elásticos como para que el lector especialista los estire o encoja críticamente por ambos extremos a su placer. La razón de este corte o confín no es con todo caprichosa y obedece a varias razones, entre las cuales dos son esenciales: la primera porque siendo el grupo viajero vastísimo (de 1821 a 1955 inclusive) hay por fuerza que seccionarlo metódicamente para poder acercarse a él y estudiarlo; la segunda, que es aun mucho más importante, porque a partir de 1847 (término aproximado de nuestra selección presente) la visión viajera anglosajona se bifurca nacionalmente, y porque la que corresponde a la del sector norteamericano adopta a partir de tan decisiva fecha un aire protector paternalista hacia un México (el hermano menor septentrional y americano, ahora sí) al que se había sentido extraño, peligroso, rival y comprometedor. Hasta los cuarenta del siglo XIX al México independiente lo sintieron en el Norte como una amenaza de supremacía racial, espiritual, política y hasta económica; por eso los juicios viajeros resultan a veces incomprensibles o excesivamente injustos si no se tiene presente este antecedente histórico. Mucho tuvo que ver Humboldt en ello con su edénica descripción futurista del universo novohispano; pero mucho más se debió aquel sentimiento de recelo a la tradición hispánica

que condenatoriamente permeaba aquel desorbitado mundo mexicano que se extendía leguas y más leguas hacia al norte y hacia el sur. En la dramática decisión norteamericana de abandonar el sueño democrático rural jeffersoniano por un *destino* industrial y *manifiestamente* continental y manufacturero, que implicaba ante todo abrir de par en par las fronteras del país para dar entrada en masa a la salvadora emigración europea, bastante tuvo asimismo que ver la potencialidad real y latente de un México (avanzada agorera del mundo hispánicoamericano sombrío y amenazador) que con sus siete millones o más de habitante mezclados y católicos se enfrentaba a una Norteamérica que con sus diez o doce millones de puros blancos protestantes¹ ni con mucho lograba nivelar el platillo de la balanza continental, católica, hispánica e independiente.

El presente libro es continuación del anterior; mas en realidad cada tomo posee no obstante una completa independencia históricoargumental, aunque los dos estén ligados naturalmente por una temática general viajera y anglosajona cara a México. En este segundo volumen nos hemos limitado a exponer unos cuantos temas fundamentales únicamente; las exigencias de espacio, que no podíamos violar (poco más de un centenar de páginas), nos han obligado a una concentración difícil y dolorosa e impedido desplegar otros importantes temas, los cuales tenemos por fuerza que dejar para otro volumen de la colección (será el tercero y último de los nuestros) si es que el lector nos sigue amablemente estimulando con sus lecturas y si es que la serie aguanta y no se resiente en este caso del obligado y triple monopolio ejercido por un solo autor. Independientemente de que el campo abonado ya por nosotros pueda ser sembrado y espigado de nuevo por quien lo desee, el tema viajero anglosajón queda preparado y abierto así a una roturación primera a partir de 1850 hasta llegar a nuestros días. La literatura viajera que abarca este gran periodo es, insistamos en ello, inmensa y los jóvenes investigadores nacionales y extranjeros, como ya lo están haciendo, tienen más que suficiente campo donde poder desplegar sus aptitudes y sacar a luz y reconstruir un primer bos-

1 No existen datos precisos de la inmigración extranjera en Estados Unidos hasta 1820. A partir de esta fecha las informaciones, por décadas, son como sigue: 1820-1830, 143 439; 1830-1840, 599 125; 1840-1850, 1 713 251; 1850-1860, 2 598 214 (Cit. John Holladay Latané, *A history of the United States*, Nueva York, Allyn and Bacon, 1926, p. 272.

quejo del ser mexicano histórico que se encuentra subsumido en tan vasto cuanto interesante material transeúnte y foráneo.

Nos resta por último subrayar dos cosas: primeramente que las afirmaciones de nuestro prólogo al volumen primero podríamos estamparlas aquí haciendo únicamente unos cuantos retoques históricos fundamentales; secundariamente debemos señalar, adelantándonos así a ciertas posibles críticas, que el hecho de que utilicemos al alimón las descripciones viajeras de ingleses y norteamericanos no invalida nuestras reconstrucciones supuesto que durante la primera mitad del siglo XIX todos los viajeros son subsidiarios los unos de los otros y todos beben en el imponderable Humboldt, y también dado que las imbricaciones culturales angloamericanas son demasiado patentes como para que perdamos nuestro tiempo intentando convencer a los lectores de algo que ellos conocen perfectamente. Sólo a partir de 1850 Norteamérica cobra conciencia popular de una política y de una economía propias, y, sobre todo, de una cultura en verdad autónoma, aunque no, por supuesto, totalmente independiente de la inglesa.





Miscelanea viajante y aventurera

121

Viandantes y trotamundos

En 1821 lograba México su independencia; es decir su espaldarazo nacional, el ansiado y peligroso compromiso de ser (y de mantenerlo) y de sostenerse como nueva nación frente al concierto político-legitimista, hosco y monarquizante de la Europa continental y sacroaliancero. También alcanzaba, por modo compensatorio, el aplauso y buena acogida del hermano mayor republicano y americano, protestante y anglosajón. Tras el efímero imperio iturbidista se abrió paso la tranquila y famosa paz o interregno guadalupano y victorino, y gracias al prestigio exterior obtenido por este casi sosegado y eglógico cuatrienio gubernamental y merced asimismo a las relaciones diplomáticas consiguientes, comenzó a arribar al país una curiosa e interesante fauna viajera procedente del viejo y del Nuevo Mundo.

La abigarrada y gárrula caravana aventurera fue en su mayor parte, y durante la primera mitad del siglo, de lengua inglesa. De 1821 a 1847, procedentes de Europa y de la América septentrional desembarcaron en nuestros puertos del Golfo y del Pacífico (en estos últimos en mínima escala, al igual que por la entonces imprecisa y dilatada frontera nórdica por donde pocos penetraron) norteamericanos, británicos y franceses en reñida competencia

viajero-comercial,¹ minero-industrial, aventurera y hasta diplomática: pleni-potenciarios, embajadores, cónsules, industriales, arbitristas, comerciantes, banqueros, agiotistas, representantes, mineros, viajantes, inventores, científicos, tahúres y hasta artistas acudieron presurosos buscando nuevos campos de inversión y de explotación; también novedades, pues aunque para algunos las bellezas escaseaban, en cambio había abundancia de *atracciones*.²

Aunque en 1818 se había realizado el primer viaje en vapor entre Nueva York y Liverpool, lo cierto fue que hasta bien entrada la tercera década del siglo XIX lo más seguro para todo presunto viajero, si bien incierto, era embarcarse en uno de los elegantes y raudos veleros, cuyos capitanes confiaban su destino a la providencia y a los vientos caprichosos. Pese a que hoy nos parezca extraño, para los años treinta del siglo pasado un viaje por mar resultaba casi tan arduo y azaroso como el que emprendiera Colón en 1492. Por ejemplo, el viaje de Humboldt a América en 1779 fue tan insoportable como lo llegó a ser, sin duda, cualquiera de los realizados en las flotas españolas durante el siglo XVII. Los huracanes, los vientos contrarios y sobre todo las calmas chichas agobiaron a los argonautas viajeros de principios del XIX, en tanto que no se perfeccionó e impulsó la navegación a vapor. Todavía por el año de 1839 la famosa marquesa Calderón de la Barca llevó a cabo su viaje desde la Habana a Veracruz a bordo del velero *Jason*, el cual estuvo once días a poca distancia de la costa veracruzana sin poder, no obstante, surgir a puerto. Como sentenció resignada la fatalista marinería española, aquel viaje (24 días desde el Morro a San Juan de Ulúa) resultó poco menos como el del Orinoco, “que el que no se murió se volvió loco”.³

Aquellas fragatas, corbetas, bergantines, goletas y clíperos de madera a pesar de su fama eran nauseabundos; las bodegas y sentinas rezumaban por doquier su insoportable y característico hedor; las cocinas y letrinas esparcían

1 Los ingleses –escribe el editor francés del libro de Basil Hall– son los primeros que han hecho su aparición en los mercados del Nuevo Mundo; tal vez estamos todavía a tiempo de presentarnos allí. Una industria rival protegida por un sistema enérgico y sabio quizás pueda luchar contra ellos.” Cf. *Vorage au Chili, au Perou et au Mexique, pendant les années 1820, 1821 et 1822, par le Capitaine B. Hall, officier de la marine royale; entrepris par ordre de Gouvernement Anglais, orné de la carte de ces pays*, París, Arthus Bertrand, Libraire, 1825, 2 v, p. III.

2 Cf. H. G. Ward, *Mexico in 1827*, Londres, Henry Colburn, 1828, 2 v., II, p. 217.

3 Cit. Marquesa Calderón de la Barca, *La vida en México*, 2 t., trad. E. Martínez Sobral, México, Editorial Hispano-Mexicana, I, p. 36.

por todo el barco un punzante y pestilente olor a cloaca y a mondas, que se mezclaba con el salutífero del mar y de la brea derretida. A veces todo se conjuraba para hacer de aquellos bateles un inmenso ataúd flotante, ratas, pestes y epidemias diezaban con frecuencia a los navegantes en tanto que las pulgas, chinches, piojos, cucarachas y otras múltiples sabandijas atormentaban atrozmente a los tripulantes y viajeros que iban quedando. Con todo, lo mejor de un viaje marítimo era cuando se penetraba bajo el templado cielo tropical; cruzada la línea los viajeros podían librarse de muchas molestias y de malos olores aspirando con fruición los aires yodados del trópico sobre la cubierta del buque; pero en azotando que azotaba el temporal, los viajeros la abandonaban para ir a refugiarse apeñuscados bajo ella, aumentándose los sofocos, la inestabilidad, los mareos, los vómitos y los apretujamientos: con frecuencia aquello se convertía en un pandemónium indescriptible.

Durante muchos días y a veces hasta meses convivían los viajeros en su molesta cuanto frágil cárcel de madera. Con Beaufoy, un exsoldado inglés de pocas y malas pulgas, hicieron la travesía cosa de veinte caballeros que venían a México como empleados de las compañías mineras inglesas recién fundadas. También le acompañaron otros extranjeros “procedentes—escribe—de todos los rincones de Europa: alemanes, franceses, italianos, belgas, ingleses, irlandeses; jóvenes en su mayor parte muy instruidos y alegres”.⁴ Latrobe, otro viajero británico, navegó en compañía de un tal Don Pablo,

un obeso español hinchado de vanidad y de extraños compendios de canciones, que iba a México en busca de fortuna y con una excelente oportunidad de ser colgado por gachupín; junto con Don García, un oficial mexicano exiliado, del partido iturbidista, que arribaba en secreto a su país con la esperanza de ser descubierto y fusilado; en unión de Cortina, un capitán que había perdido su buque; con Celestina, el farsante de la compañía, y con el bravo y seminoble *Monsieur le Marquis de Maison Rouge*.⁵

Herr Becher, un pesado y meticuloso comerciante teutón, que tardó 60 días en hacer la travesía de Burdeos a Veracruz, hizo su viaje en compañía de

⁴ Cf. Mark Beaufoy, *Mexican illustration founded upon facts*, Londres, Ed. Carpehter and Son, 1828, p. 1.

⁵ Cf. Joseph Latrobe, *The Rambler in Mexico* [1834], Nueva York, Ed. Harper & Brothers, 1836, p. 9.

18 personas (además de su criado francés al que no cuenta entre éstas): entre ellas, ahora sí incluidas, una viuda alemana y sus dos pasadotas y talludas hijas, que esperaban sin duda *colocarse* y hacer chuzca entre los mexicanos pudientes a cuenta de la piel blanca y de los cabellos algo más que pajizos; una señora casada y una dama ginebrina enmarcada por la gracia fresca de sus dos monísimas chiquillas.⁶ Otro alemán embarcó en unión de tres jóvenes norteamericanos; pero sólo pudo intimar con uno de ellos, un kentuckiano; es decir un representativo de esa fabulosa combinación mitad por mitad entre caballo y caimán (como a la gente de Kentucky le gustaba entonces fantasear), joven alegre, instruido, fuerte y distinguido –escribe más o menos el anónimo autor germano–, que con su extenso surtido de cancioncillas y su sentido del humor nos alegró las tediosas horas de nuestra navegación.⁷ Los otros dos, añade, gente tosca e intratable, y de la que el sabio Goethe ha escrito que “si fueran libros, no los leería”.

Para matar el tiempo y mitigar el aburrimiento, los viajeros echaban mano de todas las diversiones posibles: éste observando la transparencia y fosforescencia de las aguas tropicales; aquél admirando el donaire alado de los peces voladores; quien los prodigios de los nautilus multicolores; quien la torpe caricatura humana de los manatíes; quien los saltos espumosos de los delfines. Algunos se entretenían pescando tiburones; otros con la gracia burda y chocarrera de los azotes, chapuzones y chapopotainas al paso de la línea tropical. La mascarada grosera de la corte neptunesca y el bautizo consiguiente de los neófitos e iniciados divertía a muchos; pero también a no pocos molestaba, sobre todo a los que eran objeto forzoso de la iniciación no siempre exenta de peligro, especialmente en los buqués ingleses, que tenían fama a este respecto por los excesos que frecuentemente terminaban en tragedias.⁸ Los compañeros de nuestro ya citado anónimo alemán se dieron a la extraña operación de embriagar una cabra que llevaban a bordo; ni que decir tiene

6 Cf. C.C. Becher, *Mexico in den ereignissvollen Jahren 1832 und 1833*, Hamburgo, Ed. Perthes & Besser, 1834, p. 6.

7 Anónimo, *Reisend, und Länderbeschreibungen den alteren, und neuesten Zeit*, 6a. ed., Stuttgart und Tubinga, Ed. Dr. E. Windernmafin und Dr. H. Hauf, 1835, carta 13.

8 “Con ingleses –escribe Joseph Andrews– un día tal siempre es peligroso, y rara vez termina sin una escena desagradable y tosca.” Cf. su *Journey from Buenos Ayres through the Provinces of Cordova*. Cit. Tom Bard Jones, *South America Rediscovery*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, Londres, Geoffrey Cumberlege, Oxford University Press, 1949, p. 17.

que los brincos y embestidas del caprichudo y barbiendiablado animal causaron la hilaridad de todos los viajeros.⁹ Los más graves, siempre en minoría, se dedicaban sin excepción a tareas más provechosas, extrayendo la máxima información posible acerca del país de inmediato arribo de todos aquellos que lo conocían de vista, de oídas o leídas; fundamentalmente de esto último, porque la lectura de los libros y diarios de los viajeros precedentes, en especial la del famoso *Ensayo* del no menos famoso Humboldt, fue pasto espiritual obligado para todo posible y extraño visitante. La marquesa Calderón de la Barca agotó toda la literatura viajera que encontró a mano durante la travesía, y se zampó, cómo no, un tomo de Humboldt;¹⁰ el embajador de Inglaterra, Ward, en tanto que transcurrió la suya, tuvo tiempo para devorarse *El Español* de Blanco White, la *Historia de América*, de Robertson, el *Viaje a Suramérica*, de Brackenridge, el *Cuadro histórico*, de Bustamante, las *Memorias de la revolución de Méjico*, de William Davis Robinson y, por supuesto, la obra monumental de Humboldt, sin la cual, añade Ward, es casi imposible escribir un libro sobre México.¹¹ Los viajeros más eruditos se lanzaron sobre la historiografía de temas mexicanos y desempolvaron a los Cortés, Bernal Díaz, Gage, Herrera, Acosta, Clavijero, Veytia, Torquemada, Tezozómoc, etcétera;¹² pero otros viajeros, menos inclinados a la ciencia histórica, se contentaron con leer a sus más o menos inmediatos antecesores; así Lyon a Basil Hall, Mayer a Latrobe, Thompson a Mayer, y Beaufoy a Bullock. Este Bullock fue un apasionado de las “antigüedades mexicanas”, y como veremos fundó un *museo* en Londres que fue asiduamente concurrido por los presuntos viajeros. Ward lo visitó y contempló extasiado las figurillas de cera que representaban a las clases mexicanas más bajas: léperos, guachinangos y zaragates;¹³ las mismas que había descrito Humboldt y que Bullock familiarizó entre los londinenses. Beaufoy nos confiesa que leyó a Bullock y que asimismo visitó el *Museum* de éste

⁹ Anónimo, *op. cit.*, carta 13.

¹⁰ *Op. cit.*, I, p. 12.

¹¹ *Op. cit.*, II, p. 706. Algo parecido escribe Poinsett, *Introducción*, I, y Latrobe dirá que la obra de Humboldt constituye el libro de texto para todo subsiguiente visitante, p. 82.

¹² Entre los etcéteras un sitio destacado lo ocupa, nada menos, Solís; aunque al lector le parezca extraño, la obra solisiana prolongó su éxito dieciochesco hasta la primera mitad del siglo XIX. Véase, por ejemplo, el gran empleo que, aunque a regañadientes, hace de ella Conder.

¹³ Cf. Ward, *op. cit.*, II, p. 237.

poco antes de salir de Londres.¹⁴ La visita al museo se constituyó en el obligado entrenamiento visual de todo inglés dispuesto a cruzar el charco para conocer México.

La descripción de, cuando menos, un par de obligadas tormentas o huracanes fue asimismo un recurso romántico eficaz entre los viajeros decimonónicos, que no podían menos de deslizar entre las páginas de su diario sus impresiones tempestuosas. Pero con todo y la probable influencia romántica a lo Bernardino de Saint Pierre, que tanta mella hizo en las inclinaciones literarias de los navegantes y viajeros, un *norte* era una cosa muy seria y capaz de encoger el ánimo del más pintado; razón más que suficiente para que seamos comprensivos y admitamos no sólo los devaneos estilísticos de la escuela sino las descripciones desesperadas y casi naufragantes. Con todo, la aventura mayor, el riesgo máximo lo constituyeron los piratas. ¡Sí lector, has leído bien, los piratas! (y no hay en ello ninguna complacencia nuestra, ningún contagio, ninguna licencia romántica). Y para mayor asombro, de los piratas y corsarios españoles. Trasnochado episodio de una época ya ida y que España, a destiempo como siempre y por primera vez en su historia moderna, había oficiosamente reverdecido en el mar Caribe y en el Golfo para castigo y empobrecimiento de sus antiguas colonias, y para sostenimiento de su vacilante mandato en Cuba y Puerto Rico, y quizás también para defender la primera de los alocados y ardientes proyectos liberadores del tropical e imaginativo Santa Anna, y de su pirotécnica y “cubananacan[a]” proclama. Asimismo, sin duda, para evitar la independencia de la hermosa isla, que a lo submarino y todo soñaban libertar de España los Michelena y Victoria a fines de la segunda década del siglo XIX.¹⁵

Pero volviendo de nuevo a los piratas hay que añadir que éstos, según Poinsett, constituyeron una peligrosa asociación llamada *los musulmanes*, la cual se dedicaba al pillaje de todo buque que no navegara bajo el pabellón español.¹⁶ Los dos viajeros alemanes ya citados se toparon también, por suerte sin mayores contratiempos, con los temibles corsarios, pues que esto eran real-

14 *Op. cit.*, p. 36.

15 *Vid.* en Arturo Arnáiz y Freg, “De cómo México quiso hacer la independencia de Cuba en 1826, utilizando la guerra submarina”. *Apud Episodios y personajes de la historia de México*, México, Ateneo de Ciencias de México/Imprenta de la Secretaría de Relaciones, 1937.

16 *Op. cit.*, p. 221.

mente, y el honrado Becher, que había visto con satisfacción cómo las marinas inglesa y norteamericana habían barrido de las Antillas, durante las dos décadas primeras del nuevo siglo, aquella peligrosa fauna, lamentaba que tal vez levantara de nuevo la cabeza aquella abominable hidra.¹⁷ El impulsivo Beaufoy vio asimismo las costas del Golfo, del mar Caribe y de las Antillas bojeadas por enjambres de piratas; “un conjunto formado por los salvajes más crueles de cada nación, quienes eran patrocinados, añade Beaufoy, por los españoles en la isla de Cuba, y secretamente por los holandeses y daneses desde sus diferentes establecimientos coloniales.”¹⁸ A los riesgos propios del mar se añadían los provocados por las rivalidades económico-políticas de las naciones y de los hombres. Esta réplica corsaria española, que se prolongó hasta los cuarenta del siglo XIX, tuvo su origen, como ya se ha dicho, en la política colonial de España enderezada ahora como represalia contra las antiguas colonias manumitidas; pero asimismo fue una política de defensa contra los apetitos desencadenados entre las potencias marítimas ante el revuelto espectáculo que presentaba el enmarañado mundo hispanoamericano de entonces. Los hermanos Lafitte, los Gamby y Amigony, atentos a su solo provecho, pirateaban, sin embargo, por las aguas del Golfo de México enarbolando el flamante pabellón tricolor mexicano, y practicaban el corso hasta Boquilla de Piedras y Nautía. El barco de Gamby ostentaba un limpio y heroico nombre, *General Morelos*; el de Amigony, otro no menos ilustre y evocador: *General Bolívar*. Pero aunque estos corsarios decían haber recibido sus patentes del Congreso Mexicano, lo cierto es que sus intereses eran personales y rumbeaban siempre hacia el Norte.

Diplomacia viajera

Dentro de la aburguesada y arriesgada farándula viajera de la primera mitad del siglo XIX, los personajes más importantes, no solamente por el cargo con que a México venían investidos sino también por la educación y formación intelectual que a la mayoría adornaba, fueron los diplomáticos. Hubo honrosas excepciones a favor, naturalmente, de Norteamérica, porque los ingleses nunca pudieron enviar un agente consular que, como el honorable Mr. Alber M. Gillian, pudiera sentir sobre sí la sorpresa y aun el asombro que experi-

¹⁷ *Op. cit.*, p. 28.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 15.

mentaron los mexicanos cuando lo vieron algo así como rumiando y esputando tabaco muy elegantísima y diplomáticamente.¹⁹ Y el excelentísimo ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de los Estados Unidos, el honorable Waddy Thompson, suponía extrañado, y con justísima razón, que en México no había un nativo que usara tabaco para mascar.²⁰

La auténtica etapa diplomática, viajera y anglosajona se inaugura oficiosamente con Joel R. Poinsett, supuesto que las correrías y aventuras insurgentes de William Davis Robinson no pueden seriamente tomarse como diplomáticas, según testimonio escrito del cónsul español en Nueva Orleans, D. Felipe Facio, en carta al virrey Apodaca (20 de enero de 1817), y a pesar, pues, de los humos y de lo que presumía el malasuerte de Robinson, quien para el cónsul no era sino “un pájaro de cuenta”.²¹ Sin embargo, Robinson había recibido del ministro de Estado norteamericano, Mr. James Monroe, el encargo de observar los progresos de la revolución mexicana y de comunicarle todo cuanto tuviese que ver con la situación social, política y económica del virreinato. En suma, Robinson fue un agente confidencial del Departamento de Estado, aunque no con la categoría, sueldo y garantías de un William Shaler.

Pero volvamos a Poinsett, en el otoño de 1822 desembarcó en Veracruz, cuando todavía ondeaba en San Juan de Ulúa la bandera roja y gualda de la monarquía española. Poinsett fue uno de esos incansables trotamundos norteamericanos que la apenas si cuajada nación estadounidense exportaba hacia el mundo en busca de madurez y de historia, y en busca también de defensa y ventajas de todo orden en el tembladero de la diplomacia. Había estado en Sudamérica, y de allí tuvo que salir, como lo hizo más tarde de México y no muy airoosamente, por su inveterada manía de inmiscuirse en los peligrosos tartamudeos políticos de las recién nacidas naciones hispanoamericanas. Había estado también en Moscovia, y en San Petersburgo hizo gala de su apasionado republicanismo liberal y democrático incluso en la mera corte del zar de todas las Rusias,²² y de donde, ni que decir tiene, fue asimismo expulsado.

19 Cf. *Travels in Mexico during the years 1843 and 1844*, Aberdeen, Published by George Clark and Son, IPSWIC, J. M. Burton, 1843, p. 31.

20 Cf. *Recollections of Mexico*, Nueva York y Londres, Wiley and Putnam, 1846, p. 192.

21 Cf. AGN, *Infidencias*, t. 56. Cit. Eduardo Enrique Ríos, *El historiador Davis Robinson y su aventura en Nueva España*, México, Antigua Librería Robledo de José Porrúa e Hijos, 1939, p. 45.

22 Vid. Francisco Javier Gaxiola, *Poinsett en México (1822-1828)*, notas de un libro inconcluso, prólogo de José Elguero, México, Editorial Cultura, 1936, p. 32.

Cuando desembarcó en Veracruz la ciudad se hallaba bajo el mando militar de un joven y fogoso coronel, Santa Anna, quien había logrado, apunta Poinsett, expulsar a las fuerzas realistas de la ciudad.²³ Lástima grande es que el coloquio de aquellos dos hombres no haya trascendido: el uno ardiente, conscientemente republicano e imperialista; el otro ardiendo en deseos de ser algo (pues que no era sino apenas nada, preuncio de ser y voluntad ambiciosísima de llegar a serlo) y para sí propio. Nada tiene, pues, de extraño que el anhelante joven milite –como apunta Gaxiola– se lanzara poco después de aquella entrevista a la palestra revolucionaria proclamando planes políticos que malentendía,²⁴ y que acaso le fueron sugeridos y recomendados por el hombre mismo cuyo celo republicano le llevó a la audacia de ponderar los derechos inalienables del hombre, la soberanía del pueblo y las excelencias del régimen republicano, democrático, representativo y burgués ante el propio autócrata y zar de Rusia Alejandro I.

El 10 de octubre de 1823 una comisión diplomática y comercial fue despachada a México por Mr. Canning, ministro de su majestad británica, constituida por los señores Lionel Hervey, Carlos O'Gorman, Thompson, Ward y el doctor Patrick Mackie; este último conocía el país desde hacía años y poseía, por consiguiente, una gran experiencia sobre el mismo. Este primer sondeo terminó el 5 de febrero de 1824, cuando todavía no se había promulgado la Constitución republicana de dicho año. La visita oficial inglesa la realizó el Hgo. H. G. Ward al año siguiente, en plan de embajador,²⁵ y en el doble papel de solícito padre y amantísimo esposo. Y bueno será detenernos así sea un momento para alabar a su señora, pues que además de abnegada, y hay que imaginar que también bella y cariñosa –por lo menos Ward no puede desmentirnos dado lo que se lee en su libro–, fue una estupenda dibujante que puso

23 Cf. “A Citizen of the United States” [Joel R. Poinsett], *Notes on Mexico made in the Autumn of 1822*, Philadelphia, C. Carey and I. Lea, 1824, p. 14. El lector excusará que esta y todas las demás notas sobre Poinsett se remitan a la edición original, siendo que tenemos en español la excelente versión de P. Martínez Campos, prologada y anotada atinadamente por E. E. Ríos (*Notas sobre México*, México, Edición Jus, 1950); pero nuestras lecturas y notas provienen de antiguo y un reacondicionamiento o reajuste de las mismas nos hubiera llevado demasiado tiempo.

24 *Op. cit.*, p. 32.

25 Para todo lo relativo a estos problemas diplomáticos consúltese en Carlos Bosch García, *Problemas diplomáticos del México independiente*, México, El Colegio de México, 1947, p. 57-111.

el toque femenino de su delicado y gracioso arte en los farragosísimos y, en los dos sentidos, casi pesados volúmenes escritos por su marido.

Para cuando Poinsett logró ser nombrado ministro de los Estados Unidos en México (1825),²⁶ ya los ingleses se hallaban diplomáticamente muy bien repantigados y, habían procurado asimismo abrirse paso fina y hábilmente hasta el corazón de todas las clases sociales. Cierta vez que hubo que traer con toda urgencia a la virgen gachupina –no recordamos si para implorar la lluvia a causa de la pertinaz sequía, o si para evitar la inundación (y la peste subsecuente) por exceso de precipitación– que por eso la llamaban y aun la llaman la de los Remedios, Ward prestó su carroza al sacerdote y acompañantes que traían la milagrosa imagen, y se ganó así el respeto y reconocimiento del pueblo y el aplauso del aleperado populacho. Empero Poinsett, deseoso de contrarrestar la influencia inglesa (a pesar de que él tenía en su contra la animosidad de las señoras mexicanas, por aquello que escribiera acerca de la inalterabilidad de la reputación de las casadas frente a las “*liaison[s]*” de los maridos en amoríos extrahogareños,²⁷ y pese asimismo a lo que les hubiera llegado a las damas hispanoamericanas sobre las picantes confidencias de Poinsett a Tocqueville sobre el tema de la fragilidad amorosa femenina en las tierras comprendidas entre el Bravo y la Tierra de Fuego),²⁸ se empeñó, con toda la meticulosidad de su temperamento héctico, a levantar el prestigio norteamericano, que se hallaba muy mucho alicaído a los ojos de los patriotas por las reservas neutrales adoptadas por Norteamérica durante la guerra de independencia. No obstante el predominio económico y diplomático británico, Poinsett no cejó y no se dio fácilmente por vencido, pues echando mano del habilísimo y seguro recurso vienés de los saraos, fiestas y bailes, con los que se remataban, según se sabe, las enredadas sesiones del famoso Congreso, inauguró un sistema de danzantes *tenidas*, en las que entre valeses, contradanzas, cuadrillas, lanceros, polcas o polonesas, libaciones y hasta algún que otro populachero fandango o bolero, orejeaba Poinsett, en delicioso remedo maternichiano, las indiscreciones políticas de los invitados. Según el teniente Hardy, que frecuentó estas encantadoras reuniones de azucarillo, miriñaque y levita, “el objetivo de dichos bailes fue promover un recurso para que los na-

26 *Vid.* C. Bosch García, *op. cit.*, p. 113.

27 *Op. cit.*, p. 119. Véase también en Gaxiola, *op. cit.*, p. 65.

28 *Cit.* George Wilson Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1938, p. 655.

tivos y los extranjeros entrasen en más íntimo contacto; de lo cual esperábase que se seguiría una fuerte tendencia capaz de disipar por lo menos cierta parte de los prejuicios que eran naturales entre aquellos que habían vivido poco la vida social y visto menos del mundo.”²⁹ Por supuesto Ward no se amilanó y contrarrestó la danzarina y diplomática ofensiva organizando a su vez bailes más suntuosos, más aristocráticos y borbonistas, más acangrejados, adecentados y escoceses que los de su rival; en suma menos aburguesados, menos ayorkinados y liberales. Naturalmente Hardy, como correspondía a su papel, asistió a unos y a otros; con lo cual se nos revela que el delicado arte de la soplomería, remunerada o gratuita, jugaba su parte principal entre gulusmeos, languideces, coqueteos, abaniqueos y soponcios femeninos. Mas aquellas desusadas reuniones sociales no tardaron en fracasar lamentablemente por la resistencia de las exmarquesas y quijotitas mexicanas que no quisieron cambiar sus tradicionales saraos, jamaicas, lunadas y tertulias por las exóticas *parties* y *picnics*: la vida de sociedad a lo anglosajón, como lo comprobara Latrobe, había fallado, poniéndose de relieve la “imposibilidad y naturaleza del quimérico esquema”:³⁰ el elegante y angloamericano té había fracasado por el momento frente al espeso e indohispánico chocolate.

Poinsett y Ward convivieron en México en una época decisiva para el país, el periodo preconstitucional, brevísimo compás de espera que quedó abierto tras la abdicación de Iturbide. El primero tuvo incluso la posibilidad de visitar al emperador para hacerle entrega de la carta de Henry Clay. Pudo, pues, asistir al infantil y serio alborozo de la flamante corte, con todo y su “carruaje imperial, 'sus' majestades imperiales”, las “princesas de sangre imperial” y la “imperial guardia montada”.³¹ La vena satírica de Poinsett se complace republicana y zumbonamente en arrastrar la cola de adjetivos; pero aunque no se dejó, por fortuna, en el tintero a los principillos progenitores, especialmente el fantasmón de la Unión y a su fantasmona Alteza Imperial (la hija), no cayó republicanamente en la cuenta o registro de los *maestres*, *comendadores*, *cruces* y *grandes cruces* ex oficio; a saber, los cotorrescos y verdiemperejilados caballeros de la Imperial Orden de Guadalupe: los tan famosos cuanto ridículos *huehuenches*, como los apodara picudamente el irónico y tremebundo padre Mier.

29 Cf. E. W. H. Hardy, *Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828*, Londres, Colburn and Richard Bentley, 1828, p. 13.

30 *Op. cit.*, p. 107.

31 *Op. cit.*, p. 58.

Tendrá que transcurrir casi un quinquenio para que volvamos a toparnos con otro viajero diplomático de relieve;³² en este caso viajera, la cáustica y graciosa marquesa Calderón de la Barca (Frances o Fanny Erskine Inglis); diplomática no sólo por el modo usual en que por extensión el oficio del marido se aplica feminizado a su mujer, sino también por la circunspección y tacto con que se condujo entre la exnobleza y burguesía mexicanas en su delicado papel de primera consorte embajadora de España, país que no conocía y que a la sazón era castizamente desgobernado por Isabel II. La fina y mordaz pluma de la marquesa nos dejó del México de la primera mitad del siglo XIX una descripción viva y fiel que dice mucho de sus dotes de observación, agudeza de ingenio y fidelidad descriptiva literaria. La *Vida en México* forma *pendant* perfecto con el *México, lo que fue y lo que es*,³³ de Brantz Mayer, secretario de la Legación norteamericana en México de 1841 a 1842; y ambas obras nos presentan un buen análisis social, político y económico de la nación, especialmente, por lo que respecta a Mayer, en el renglón de las finanzas. En las dos se palpan también las mudanzas del tiempo y la desesperanza espiritual y desilusión política de una generación mexicana que veía disiparse los sueños orgullosos de primacía internacional y preeminencia cultural en todo el continente americano (especialmente en su porción septentrional); sueños que se forjaron desde los inicios de la insurgencia a la culminación de la independencia: la vieja y predeterminada herencia imperial y espiritual hispánicas.

Dos más viajeros diplomáticos tenemos que traer a colación, y ambos norteamericanos: Waddy Thompson y Albert M. Gillian. El primero, adecuado instrumento de la ruda y contundente diplomacia demócrata de Jackson, fue ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de los Estados Unidos en México, alargada currícula política con la que el escritor se hace el usual reclamo literario para sí y para su obra; el segundo, del que ya hemos hecho observar sus aficiones tabaquimasticantes, último cónsul estadounidense en

32 Lo decimos por no haber registrado al que lo fuera de segunda categoría, George Alexander Thompson, Secretario de S. M. B. en la comisión enviada a México en 1823 (cuyo jefe fue Lionel Hervey), que después de 18 meses de estancia en la capital y tras haberse firmado por Morier y Ward el Tratado anglo-mexicano, partió para Guatemala, en donde estaba el Gobierno de los países centroamericanos confederados, a fin de informar al Gobierno inglés de la situación política de aquellas provincias. *Vid. Narrative of an official visit to Guatemala from Mexico*, Londres, John Murray, 1829.

33 Nosotros hemos utilizado la edición del Fondo de Cultura Económica (traducción de Francisco A. Delpiane), México/Buenos Aires, 1953.

Monterrey, California, un puesto que jamás llegó a ocupar. Thompson y Gillian estuvieron en México en la década de los cuarenta, cuando la tormenta de la intervención norteamericana se iba cerrando amenazadora e implacablemente sobre México.

Marinos y soldados

La década de los veinte –volvamos por conveniencia atrás– fue, según parece, la escogida por los viajeros ingleses para su *visita* a México. Nada menos que seis británicos se arriesgaron a penetrar en la interrogante *terra incognita*³⁴ mexicana en búsqueda de fáciles horizontes de lucro y ganancia, y en busca asimismo de nuevas sensaciones y espasmos románticos que los liberaran del cansancio, del hastío y de las pocas oportunidades que les ofrecía el viejo mundo. Hormigueaba también en ellos el afán de aventuras, y al leer uno de sus libros se percibe junto a los relatos estupendos los desencantos y engaños experimentados; los ensueños no cumplidos o fallidos. Preceden estos seis al arribo de Ward, y encabezando a este grupo podemos poner por razones cronológicas al capitán Basil Hall, oficial de la marina real de Inglaterra, que de 1820 a 1822 navegó a lo largo de la costa americana del Pacífico tocando los puertos chilenos, peruanos y mexicanos (Valparaíso, El Callao y Acapulco, etcétera).³⁵

Estos navíos ingleses de guerra, además de proteger los intereses británicos servían para relacionar comercialmente dichos puertos con los de Inglaterra. Los comerciantes hispanoamericanos hacían sus listas de pedidos y adelantaban los pagos a los capitanes, quienes recibían una jugosa comisión por su papel de obligados intermediarios. Algunos pedidos, a pesar de haber sido abandonados por adelantado y en contantes y sonantes monedas de oro y plata, tardaban a veces hasta medio año en ser servidos, y eran frecuentes las reclamaciones –inatendidas– a causa de deterioros inevitables y cambios de muy mala fe llevados a cabo en las calidades de los géneros remitidos. Los comerciantes hispanoamericanos comenzaban así a hacer sus primeras armas en el amplio mundo de la libertad del comercio y de la impunidad del engaño.

³⁴ Cf. Thompson, *op. cit.*, p. 142.

³⁵ Cf. *op. cit.* Nosotros hemos utilizado la traducción francesa en lugar del original inglés: *Extracts from a journal written on the coasts of Chile, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, 2 v., Edimburgo, John Stark, 1825.

Haciendo pareja con Hall nos encontramos con el también oficial inglés R. W. H. Hardy, que estuvo en México de 1824 a 1828, que fue uno de los viajeros que más hombres públicos conoció y que mejores descripciones nos ha dejado de las visitas y tertulias. Justamente los tres años que Hardy permaneció en México coincidieron con la estancia de Mark Beaufoy, exoficial, nada menos, que del regimiento de Guardias de Colstream; veterano de las campañas contra Napoleón y terrible guerrero y “matador” profesional, pues que juzgaba candorosamente la profesión de militar, “la de matar sin asesinar –según nos aclara–, la más satisfactoria, la más honorable y la menos mercenaria para alcanzar rango y fortuna”.³⁶ Acaso esto nos explique más adelante la incomodidad experimentada por Beaufoy en México, que sólo podrá en parte descansar por medio de rabiosas inventivas y denuestos contra el país y sus habitantes. Él, que bien pudo haber sido uno de aquellos soldados de temple de acero del ejército de Wellington que en 1808 se disponía a desembarcar en algún punto de la costa atlántica de la Nueva España, para preservarla *libre* de la influencia napoleónica; él que pudo haber llegado al país en el soberbio plan de conquistador y libertador al mismo tiempo, tenía que verse ahora luchando a la desesperada en el mar revuelto de los embrollos y trapacerías fomentadas por los hombres de toga y los hombres de negocios; algo, en verdad, para reventar de rabia y vergüenza y para hacerle revesar de asco.

En 1826 llegaba también al país el capitán inglés George Frances Lyon,³⁷ hombre menos arrebatado, pero no menos erizado de prejuicios que Beaufoy.

Otros viajeros

La primera exposición de arte mexicano en Londres no fue, como pudiera creerse, la que hará dos años más o menos se expuso en la Tate Gallery (mayo de 1953), sino que bastante antes, en 1824, más de un siglo por consiguiente. Mr. Bullock, “propietario –como él se anunciaba– del reciente museo presentado en Londres”, exhibió en la plaza de Leicester de la capital inglesa, un soberbio panorama mexicano;³⁸ especie de titirimundi gigante, en donde junto

36 *Op. cit.*, p. v del “Preface”.

37 Cf. *Journal of a Residence and Tour in the Republic of Mexico, in the year 1826, with some account of the mines of that country*, 2 v., Londres, John Murray, 1828.

38 Cf. *Description or view of the city of Mexico and surrounding countrey now exhibiting in*

con ciertas piezas anticuarias, moldes de algunas otras, figurillas de cera, láminas y mapas se les ofrecía a los curiosos unas vistas de la ciudad de México, o pinturas panorámicas realizadas, casi como dijéramos a vista de pájaro, desde las torres de la Catedral.³⁹ Bullock fue uno de los primeros europeos que se sintió misteriosamente atraído por el arte prehispánico; copió por ello los dibujos que de palenque había realizado Castañeda y asimismo se hizo copiar el manuscrito de Dupaix que desde hacía años yacía empolvado en el archivo de Minería. Por orden de Lucas Alamán y dirigido por José María Bustamante, tomó impresiones del llamado Calendario, que entonces se hallaba empotrado en la base del muro de la torre poniente de la Catedral (el costado que mira a occidente), de la Piedra de Tízoc y de la soberbia Coatlicue que se encontraba en una galería de la Universidad. Todo este material artístico figuró, pues, en el museo de Bullock, y disuelto éste pasó, naturalmente, al Salón Egipcio del Museo Británico; un salón que hoy nos parecería disparatadamente impropio para exhibir el arte mexicano, pero que entonces se juzgó como el más conveniente a causa del viejo tema de la subordinación e inferioridad americanas respecto a las viejas culturas del viejo mundo. A la escasa luz de la arqueología europea de aquel entonces los Egiptos y artes prehispánicas, dependencia respecto al Génesis, no podían ser sino tributarios, teológica y artísticamente, de la gran cultura egipcia; una situación ancilar que, aunque parezca extraño, hoy incluso no es raro encontrar entre algún que otro trasnochado arqueólogo.

Bullock anduvo seis meses, la primera vez, gambusinando por México, y nos dejó de sus correrías un curioso relato en el que se entremezclan suculentamente las observaciones costumbristas con las espirituales, arqueológicas, económicas y sociológicas.⁴⁰ Por último, y dentro de esta sustanciosa década

the Panorama, Leicester Square (tomado probablemente en el verano de 1823 por Mr. Bullock Jr., –que era un estupendo dibujante– y traídos por Mr. Bullock), Londres, 1826. De esta obra hay una nueva edición impresa en Filadelfia en 1833.

³⁹ Vid. Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Apostillas históricas* (“México visto por un inglés en 1823”), p. 155-160.

⁴⁰ Vid. *Six months' residence and travels in Mexico*, Londres, John Murray, 1824. Obsérvese que el editor, Murray, o era un hombre heroico o bien resultaba –es, lo que creemos– un pingüe negocio publicar libros de viaje acerca de México: el de Bullock, el de Lyon y el de G. A. Thompson fueron publicados por él. Colburn publicó el de Ward, y el de Hardy unido al editor Bentley; y por lo que toca a Norteamérica, la casa Putnam editó a Mayer, Taylor y Thompson.

viajera casi exclusivamente británica, se encuentra Penny,⁴¹ comerciante hábil y tenaz que de 1824 a 1826 viajó por el altiplano y llegó también a conocer las ciudades principales del Bajío, de las que nos dejó unos cuadros descriptivos valiosos acerca de las costumbres de la sociedad mexicana de aquel tiempo, y sobre la gracia recatada de las lindas Guadalupe, Marías y Doloritas abajeñas, entre las cuales saltó llene de gozo, y desacostumbradamente el domesticado y frío corazón de Penny bajo la mirada severa y comprensiva de “Donna Felipa”, admirable dueña y encantadora abuela.⁴²

No estará por demás registrar a la dispareja pareja de *anticuarios* estadounidenses: Stephens y Norman. El primero visitó Yucatán dos veces y correteó también por Chiapas, por Guatemala y por otros intrincados andurriales de la entonces Federación Centroamericana, convulsionada a la sazón por la terrible guerra civil entre cachurecos y liberales (1839-1842); el segundo, en una rapidísima correría por la Península (1841-1842), siguió los pasos del primero, su inspirador, guía y maestro, y como éste escribió un libro con notas costumbristas, indigenistas y artístico-arqueológicas. Mas excúsenos el lector que los pasemos ahora un tanto por alto, porque la historia y significación anticuarias y nacionalistas de ambos ya la hemos prolijamente relatado en otro lugar,⁴³ y no nos cumple, pues, sino referirnos a ellos cuando nos hallemos con aspectos que rocen o penetren en el tema general de la llamada (por O’Gorman) “calumnia de América” y del realce hispanoamericano.

En la década de los treinta destaca casi solitario el viajero inglés Charles Latrobe, que después de haber escrito dos volúmenes relativos a sus aventuras norteamericanas (*The Rambler in North America*) y de haber escalado con entusiasmo deportivo de *gentleman* británico algunas cimas de los Alpes, de lo

41 Según Juan B. Iguíniz, T. Penny es el autor de este anónimo librito sobre México: *A Sketch of the customs and society of Mexico, in a series of familiar letters; and a journal of travels in the interior, during the years 1824, 1825, 1826*, Liverpool, Longman and Co., 1528. Iguíniz estima que es Penny, porque tal es el nombre que aparece manuscrito en la pasta interior del ejemplar que posee la Biblioteca Nacional; pero bien pudiera ser que se tratase solamente de uno de los tantos propietarios que haya podido tener el librito antes de haber pasado a formar parte de la colección de la Biblioteca. Nosotros, con todo, sin mis averiguaciones aceptamos el nombre descubierto por el culto investigador y archivista. Vid. *Guadalajara a través de los tiempos*, Guadalajara, Banco Refaccionario de Jalisco, 1950, p. 111.

42 Penny, *op. cit.*, p. 178-180. 187-189.

43 Vid. “Monroísmo arqueológico”, *Cuadernos Americanos*, México, núms. 5 y 6, 1953.

cual nos legó, naturalmente, otro libro de experiencia aventurera y montañista (*Alpenstock*), se creyó en el caso obligado de venir a México (1834) para expresarnos por escrito las sensaciones e impresiones recibidas en la convulsionada y pronunciante tierra mexicana. Como el famoso Tartarín, esperaba encontrar a cada vuelta de una esquina la incitante aventura; pero su “perversa buena fortuna” no le dio ocasión para demostrar su temple ni calar su ánimo; en suma “no halló oportunidad para ensayar su bizarría.”⁴⁴

Y ahora, aunque por tierras que ya no son ¡ay! mexicanas; pero que casi lo eran aún por los treinta y tantos, aunque con despegado amor federalizante, es a saber por Texas, hagamos cabalgar a un estrambótico y disparatado jinete; el pintoresco y fabuloso coronel Crockett: fingido, falso defensor de Texas, cebo de los truchimanes políticos antijacksonistas del oeste americano y furibundo y mortífero cazador. Buffalo Bill ficticio que nos dejó un espurio y regocijante relato de sus aventuras texanas;⁴⁵ héroe apócrifo tanto o más que su supuesto diario, y a quien el anónimo y humorista pergeñador hace morir en la defensa del fuerte del Álamo, que fuera atacado por otro héroe también de mentirijillas, el tramoyesco Napoleón criollo, Santa Anna, el emplumerado e ínclito; Alteza Serenísima y única y eviterna acaparadora de vergonzosas derrotas.

Y por último, y para dar remate a esta pintoresca pipirijaina trashumante y extranjera, haremos desfilar ante nosotros a unos cuantos viajeros más. Los dos primeros lo van a hacer por el México aún beligerante y ensangrentado de la posguerra (1848-1849); el tercero por Centroamérica, Sonora, California y la frontera este de Nuevo México; los dos últimos por las provincias externas (Tierrafuera). En realidad, *Monsieur Violet*, viajero tan a la violeta como el clásico erudito de marras, no es otro sino el capitán Marryat, famoso explorador y escritor de aventuras cazadoras (las propias y las ajenas), que no viajó por tales lugares sino que únicamente recogió los relatos escritos por otros, los de Kendall en este caso, y tras adobarlos con habilidosa pluma venatoria los dio a la imprenta.⁴⁶ Su libro, un confuso y praderil refrito a base de estampidas, galopadas fantasmagóricas y asaltos de centenares, de miles de ubicuos indios, junto con el diario de Crockett, las novelas de Cooper y de

⁴⁴ *Op. cit.*, p. 163.

⁴⁵ Cf. Col. *Crockett's exploits and adventures in Texas*, Londres, R. Kennett, 1837.

⁴⁶ *Narrative of the travels and adventures of Monsieur Violet in California, Sonora & Western Texas*, Leipzig: R. N. C. B., 1843.

otros autores norteamericanos de semejante vena, ha sido el germen literario que dio origen a todas las pasadas (*presentes y futuras*) películas sobre el oeste que en el mundo norteamericano hayan sido.

George Frederick Ruxton, un anglosajón sediento de aventuras, cruzó a caballo el país, traspasó los límites de Chihuahua y se internó misteriosamente en Nuevo México. Jamás se ha sabido, dice el editor del libro, cuál fue la misión que cumplía Ruxton; pero lo que sí se advierte –añade– es que él tenía una, y muy importante sin duda alguna.⁴⁷ Extraño personaje y latebroso viaje llevado a cabo en plena guerra. “Don Jorge”, como le llamaba el redomado pícaro que le acompañaba en calidad de criado y arriero, se presentaba de modo ostensible en su calidad de *inglés güero* que él halló más que suficiente para inmunizarse frente al resentimiento antiyanqui de los mexicanos, quienes en aquel momento estaban dolorosamente comprometidos en una cruenta e injusta guerra, impuesta ¡ay mayor desilusión republicana! por la ya poderosa, pujante, liberal y democrática nación vecina y fraternal. El país tanto más admirado e imitado cuanto más republicanamente envidiado.

Taylor, un animoso periodista yanqui, reportero del periódico *Tribune* de Nueva York, buen novelista y excelente traductor del *Fausto* goethiano, se dirigió a la ciudad de San Francisco, en Nueva California, vía Chagres-Panamá; ruta que resultaba por entonces más corta y menos peligrosa que la terrestre que corría a través de la gran pradera y desiertos norteamericanos. Habiendo alcanzado su objetivo y encontrándose ya en la tumultuosa y reciente Babel californiana enfebrecida por la locura del oro (1849), fue enviando sus artículos (los cuales forman hoy un interesante volumen)⁴⁸ en los que exalta y justifica por vía determinista la promesa y cumplimiento providenciales de la tesis político-imperialista del destino manifiesto. Pero aunque son interesantes sus descripciones acerca del brutal y activo impacto anglosajón sobre la plácida, rural y aristocrática, misionera y latifundista tranquilidad de la somnolienta California hispánica, más interesan para nuestro tema sus observaciones sobre Mazatlán, Guadalajara, México y Veracruz. Lástima que Taylor fuera solamente de paso por nuestro México, porque mucho más hubiera po-

47 Cf. Horace Kephart, “Introduction”, *Apud Adventures in Mexico from Veracruz to Chihuahua in the days of the Mexican war*, Nueva York, Outing Publishing Company, 1915, p. 6.

48 *Vid.* Bayard Taylor, *El dorado or adventures in the path of Empire*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1882.

dido decir del mismo un hombre que cargaba consigo una experiencia viajera increíble y de la que nos dejó gruesos e interesantes volúmenes: viaje al África Central, al Cairo y al Nilo; viaje a la Tierra Santa, al Asia Menor, a Sicilia y España; excursiones a Rusia, Grecia y Creta; una escapada, ¡y qué escapada!, a China y Japón. Hizo un minucioso recorrido por Europa (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Suecia, Dinamarca) y hasta una visita especial a Cataluña.

Aun tenemos que reseñar un último par de viajeros, procedente esta vez del Norte, que por vía terrestre y exploratoria penetró por las entonces provincias de “tierra afuera”.⁴⁹ El mayor Zabulón Montgomery Pike, acompañado por el inquieto doctor Hamilton Robinson el futuro Brigadier Comandante de las Provincias Internas (un nombramiento expedido por el Congreso Mexicano, que en nuestra época hubiera hecho las delicias de aquel otro viajero alucinado, el “Coronel General de la Tierra Caliente”, el ínclito don Ramón María del Valle-Inclán, el de las “barbas de chivo”), por un teniente cirujano, un sargento, dos cabos, dieciséis soldados a caballo y un intérprete, partió de San Luis Missouri (15 de julio de 1806) y no se detuvo sino cuando le dieron el alto cincuenta dragones y cincuenta milicianos de la Nueva España enviados por el gobernador don Antonio Cordero para notificar a los *extraviados* expedicionarios que no se hallaban, según creían ellos, a orillas del río Rojo sino a las del Bravo. Así acompañado viajó Pike, ahora forzosamente, por tierras que hogaño nos suenan a leyenda mixtificada de vaqueros, indios y diligencias, y que antaño sonaban a leyenda verdadera de auténticos peligros fronterizos. Ojos avizores, asombrados y extraños cruzaron las apacibles y levíticas callejas de Santa Fe, de Taos, de Alameda, Albuquerque, San Antonio, Santa Cruz, Paso del Norte y “Cogquille”; nombre este último con el que el lector tendrá que hacer un esfuerzo para poder reconocer en él el de Chihuahua.⁵⁰ El gobierno virreinal trató muy bien a estos exploradores yanquis, y Pike y sus hombres no pudieron quejarse de la buena voluntad de la gente por doquier pasaron. Cuando llegaron a Santa Fe los habitantes quedaron admirados: Pike vestía un pantalón azul militar y una chaqueta de manta, se cubría la cabeza con una gorra encarnada y defendía sus pies con un par de desco-

⁴⁹ Ruxton, *op. cit.*, 188. Expresión popular que recoge el viajero del medio rural chihuahuense.

⁵⁰ *Vid.* “Exploratory travels in Louisiana & by Capt. Zabulon Montgomery Pike”, Cit. [Josiah Conder], *Popular description geographical, historical and topographical of Mexico and Guatemala*, Boston, Wells & Lilly, Filadelfia, Thomas Wardle, 1830, v. II, p. 26.

munales mocasines indios; sus soldados llevaban la cabellera suelta y crecida hasta los hombros, vestían a lo búfalo y alguno que otro calzaba también mocasines.⁵¹ Aquellos indios güeros dieron mucho que hablar durante semanas a todos los santafecinos; los más audaces se acercaban a los rubicundos y atléticos soldados y les preguntaban si en su tierra solían usar sombreros y si vivían bajo techado; las santafecinas se hacían cruces y se preguntaban asombradas si era verdad lo que veían sus ojos; si era posible la existencia de unos hombres tan rudos como aquellos. Muchos años después cruzó Ruxton, según sabemos, las tierras norteñas, y por dondequiera que fue recibió los cumplidos reservados a los norteamericanos buhoneros y pildoreros, que a cambio de baratijas y quincallería compraban las muy buenas mulas que se criaban en el norte de la República: “burro, yanque, extranjero”. Frente a aquellos missoureños y kenctuckianos de seis pies de alto, vestidos de pieles de los pies a la cabeza, ásperos, pesados y hasta insolentes, las señoritas no se podían aguantar: “¡Ni saludan a las mujeres. Ah, no, por Dios, son burros y muy sinvergüenzas. Válgame Dios, qué hombres tan fieros!”⁵² Esto es lo que exclamaba una morena belleza mexicana cuando vio cruzar a grandes zancadas a una de aquellas torres que parecía atropellarlo todo, a la propia bella incluso. Y había sin duda cierta razón en ello, porque tales protestas femeninas, que, como vemos, transcribió Ruxton en un español gracioso, respondían a la actuación grosera de aquellos “*brancos backwoodsmen*”, que a veces se permitían a la vista de todo el mundo ciertas libertades que solamente suelen gozar los perros cuando se topan con una esquina, con un árbol o con algún otro sucedáneo vertical. La impresión general que sacaban los mexicanos era la siguiente: que sus vecinos “eran medio salvajes y perfectamente inciviles”. La reputación así alcanzada los codeaba con los “infielos y adoradores del diablo.”⁵³

En fecha bastante más cercana que la de Pike (junio de 1841), se embarcó asimismo como éste en una empresa exploradora el periodista y viajero George Wilkins Kendall. Esta vez la expedición no estaba auspiciada por los

51 Cit. William Bingley, *Modern travels through every important country of the Old and New Continent*, Londres, Harvey and Darton, 1823, v. III, p. 237.

52 *Op. cit.*, p. 87, 256. Cuenta Hardy que estos yanquis cambiaban lencería por mulas. Compraban las mulas a siete pesos (dólar y peso iban entonces a la par) y las revendían en Estados Unidos en setenta (*op. cit.*, p. 458).

53 Ruxton, *op. cit.*, p. 255.

Estados Unidos sino por el Gobierno independiente de Texas. El general-presidente, Mirabeau B. Lamar, un hombre al que se le había metido entre ceja y ceja la *liberación* o conquista de Nuevo México e inclusive Nueva California, justificaba su intento pretextando la apertura de relaciones comerciales entre Texas y Santa Fe. El senador texano, José Antonio Navarro, fungía en calidad de comisionado; el general en jefe era un tal McLeod. Seis capitanes al mando de cuatro compañías de soldados y de la sección artillera (un cañón de seis libras) completaban la expedición. El general Armijo, Gobernador de Nuevo México, logró desbaratar los planes texanos, hizo prisioneros a los expedicionarios y los remitió escoltados a México: Kendall fue uno de ellos.

Muchas cosas nos cuenta este periodista metido a corresponsal de guerra; por ejemplo que se unió a la expedición en calidad de “convidado”, y que se comprometió a no disparar sino contra los indios; pero sobre todo destacan para nosotros las confesiones del diarista acerca del buen trato recibido y de la bondad de la gente mexicana durante la penosa ruta emprendida a pie desde Nuevo México a la capital de la República (Santa Fe, San Felipe, Sandía, Albuquerque, El Paso, Socorro, Chihuahua, etcétera, hasta México). La misma extrañeza, el mismo disimulado asombro que sintiera Ruxton experimentará asimismo Kendall. Para justificar su intervención confiesa ingenuamente que hallándose quebrantado de salud en Nueva Orleans decidió participar en la expedición texana a fin de sanar de sus dolencias; también nos declara que el capitán George T. Howard, el reclutador y financiero de la empresa, le aseguró que solamente se trataba de abrir una intercomunicación comercial con Nuevo México, por eso Kendall juró que le fue desconocido el objetivo texano y que únicamente se enteró de él sobre la marcha: él no tenía, por consiguiente, que ver nada con el proyecto de anexión de la orilla derecha del río Grande o del Norte.⁵⁴ Aquella empresa con tanta ilusión emprendida acabó en un terrible fiasco; los novomexicanos no estaban tan ansiosos, como creyó Lamar, por sacudirse el yugo mexicano y ampararse bajo la bandera texana a la que debían, quién sabe por qué, fidelidad.⁵⁵ Como dijo Anson Jones, el enemigo político del presidente Lamar, la aventura fue

⁵⁴ Cf. George Wilkins Kendall, *Narrative of the Texan Santa Fe Expedition*, Chicago, The Lakeside Press, 1929, p. 5. Lamar estaba seguro sobre el derecho de Texas a toda la orilla derecha del río Bravo, hasta la altura de Rincón (Nuevo México, paralelo 320), y de allí en derechura hasta el Pacífico.

⁵⁵ *Ibid.*

“Una caza de necias esperanzas y temores / Comenzada con locura y terminada en lágrimas”.⁵⁶

Una nueva China del Nuevo Mundo

Para 1821 México, cual una nueva China en miniatura,⁵⁷ había derribado por fin sus murallas aislacionistas y había permitido así que los extranjeros amigos, especialmente los anglosajones, pudieran penetrar y recorrer a sus anchas el mundo esotérico y legendario que desde hacía siglos habían inútilmente intentado abordar. Un mundo que desde muchas centurias atrás había estado actuando también sobre las mentes occidentales como una renovada tierra incesantemente prometida: edén fabuloso y suspirado; paraíso atrayente y no menos exótico que el catayesco y enigmático Celeste Imperio de los siglos XIV, XVIII y XIX. De tal arraigo era este ideal forjado, que en México nada parecía ser “imposible o improbable”,⁵⁸ especialmente tratándose de negocios mineros, que fueron los que atrajeron principalmente a los ingleses. El caballeroso Ward calificará la nueva etapa científico-viajera anglosajona en el flamante México republicano, como “un segundo descubrimiento del Nuevo Mundo [...]. En tres años –añade– hemos adquirido más conocimientos y experiencias de México que los que obtuvimos en los tres siglos anteriores al nuestro”.⁵⁹ Con todo, Bullock en 1824 y Lyon en 1826 no encontraron aún suficientes fuentes de información sobre el extraño y codiciado país. El primero se daba cuenta de que todavía había muchas cosas novedosas capaces de atraer a los visitantes e incluso despertar la atención de los más indiferentes;⁶⁰ el segundo seguía hallando escasa información sobre esta porción terrestre del Nuevo Mundo, pese incluso a la monumental obra de Humboldt.⁶¹ El prologuista de la edición francesa de Bullock,⁶² insistirá también sobre el carácter *chinesco*

56 *Ibid.*, Milo Milton Quaife, “Prefacio del Editor”, p. XVIII. Quaife piensa que si Lamar hubiera ordenado la expedición tres meses antes habría ésta tenido éxito.

57 Cf. Mayer, *op. cit.*, p. 380.

58 Ward, *op. cit.*, II, p. 23.

59 *Ibid.*, II, p. 217.

60 Bullock, *op. cit.*, p. VI.

61 Lyon, *op. cit.*, p. V.

62 Cf. *Le Mexique en 1823 ou Relation d'un voyage dans La Nouvelle-Espagne, contenant des notions exactes et peu connues sur la situation physique, morale et politique de ce pays, par M. Beulloch (sic.)*, traducida del inglés por. M..., precedida de una introducción y

potenciado que misteriosamente fluía de la tierra mexicana, y enhebrando así el vetusto tema del siglo XVI advierte al posible viajero y lector que, en llegando a México, se sentiría transportado a un nuevo Edén.⁶³ México, en definitiva, poseía privilegio de leyenda blanca o negra frente a la conciencia extranjera. *Tierra de promisión* la llamará por su parte, con brumosisimo esplín, el avinagrado Beaufoy parodiando con negra intención el desbocado entusiasmo de Bullock por México.⁶⁴ Sin reticencia en cambio, Lyon no tendrá inconveniente en escribir que México se le presentó como un “terrestre paraíso”.⁶⁵

Pese a que los viajeros eran subsidiarios los unos de los otros; pese a que se copiaban escandalosamente silenciando las más de las veces la fuente primaria (así lo hace la mayoría viajera con el libro del pobrecito Williams Davis Robinson),⁶⁶ y a pesar también de que alguno que otro se empeñaba en subrayar tal o cual tema previo, lo cierto es que veinte años después de la visita de Beaufoy el embajador norteamericano Mister Thompson percibirá con indisimulado disgusto, sin duda por tradición histórica, que se hallaba, según ya apuntamos, en una *terra incognita*;⁶⁷ es a saber en una tierra sembrada de anomalías. Un país a la vez atrayente y desconocido, en el cual había “tantísimas cosas de un carácter tan exclusivo para un norteamericano, y tan nuevas y tan sorprendentes, que por un lado existía el peligro grandísimo de caer únicamente en la cuenta de cosas triviales, y por el otro había el riesgo de omitir muchos aspectos interesantes”.⁶⁸ Hay que darse cuenta que la frontera septentrional no quedó perfectamente delimitada y aprehendida sino hasta 1847; incluso para los propios invasores victoriosos la frontera nórdica no entregó todos sus secretos sino hasta la segunda mitad del siglo; aun se vivía, pues, un poco como ocurrió durante los siglos coloniales, sobre un dintorno territorial de límites vagos e imprecisos, todavía teológica y geográficamente mis-

enriquecida de notas por Sir John Byerley, París, Alexis-Eymery Libiairie, 1824.

⁶³ “Aviso” de la edición francesa, *op. cit.*, p. XVIII.

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 36.

⁶⁵ *Op. cit.*, II, p. 37.

⁶⁶ “Memoirs of the Mexican Revolution” (Londres, 1821). Nosotros hemos utilizado la versión española de José Joaquín de Mora, *Memorias de la revolución de Megico*, Londres, R. Ackermann, 1824.

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 142.

⁶⁸ *Op. cit.*, p. 213.

teriosos. El propio Ward al hallarse en Durango frente a la movida frontera bárbara, llamará también “*terra incognita*” al territorio que seguía sin duda hacia el norte. Durango venía a ser así, según Ward, la “última Thule” de la civilización.⁶⁹

Por supuesto todo país se está haciendo constantemente y de ello resulta su permanente novedad; de aquí que todo libro de impresiones viajeras sea siempre un legítimo inquirir aventurante. Pero en este caso no se trata tanto de la legitimidad de la curiosidad viajera, sino de que en ella, como ocurre con la de nuestros anglosajones, los rasgos están ya casi de antemano prefijados; es decir que el fisgoneo transita por el trillado camino de la leyenda y del exotismo estereotipados. Así, pues, México, cual correspondía, ante la mirada extraña, a su papel de China del Nuevo Mundo, resultaba ser la consabida tierra original sobrecargada de cosas inauditas y esotéricas: el gran mandarín del continente americano como el imperio español lo había sido durante siglos frente a la mirada inquisitiva y codiciosa de la Europa moderna, ilustrada y escéptica. Era, por consiguiente, un México a cuestas con su indeseable herencia histórica. La toma de contacto con el mundo histórico mexicano ponía al descubierto, como en el caso de China, un impulso vital desusado y distinto: un nirvanismo socioeconómico tanto más extraño supuesto que se tenía la sospecha al menos de la occidentalidad del país; mas una occidentalidad o modernidad anticuada, cansina y ecléctica: llevada a ritmo lentísimo, a cámara lenta, sofrenado, hispánico en suma.

Aunque cause extrañeza, lo chinesco no le venía, como sería probablemente lógico imaginar, por el lado de los antecedentes culturales, raciales y psicológicos indígenas sino por el de la raíz hispánica. El capitán inglés Basil Hall hará notar que en la diplomacia hispánica así como ocurría a la sazón con la de China, la simple fórmula y el estilo de una despedida eran una señal de respeto o de menosprecio.⁷⁰ Los rasgos chinescos no son, con todo, una herencia sustancial sino más bien adverbial, en términos de comparación. Como China, México poseía un complicado ceremonial simbólico mediante el cual demostrar el afecto más cálido o la más glacial indiferencia; en definitiva, una cortesía rebuscada y curiosa de la que sólo nos ha quedado en el Presente mundo hispánico americano algún que otro desflecado rasgo. Naturalmente

69 *Op. cit.*, II, p. 556.

70 *Op. cit.*, II, p. 229.

Hall mismo hace extensiva su observación para toda Hispanoamérica. Él percibía por entonces que en aquel inmenso y desorbitado mundo existía otra indudable correspondencia adjetival sinaica. Para él, hombre occidental arrellanado vital y plenamente en el mundo de la progresista modernidad, la América hispana se le presentó como mi vasto escenario atiborrado de actores prestos a dar comienzo a su primera gran función en el teatro de la historia práctica y única del mundo: el gran progreso de la autodeterminación y de la libertad, de la violencia y de los esfuerzos para lograr un orden político estable.⁷¹ Como se ve, la libertad, la lucha por alcanzarla y la subsiguiente autodeterminación política son las que confieren categoría histórica a cualquier país; antes de eso se trata únicamente de un mísero vegetar secular que, indudablemente, no alcanza la dignidad y autenticidad de lo histórico, que era justamente lo que le había estado sucediendo a China desde el siglo XIII al oponerse al empeño europeo de incluirla en el esquema occidental de la historia universal. México tampoco había tenido, por consiguiente, historia sino hasta la independencia; todo lo ocurrido antes era simplemente negación, la antihistoria. Esto lo entreveía muy bien Hall; tan bien como lo hubiera entrevisto el último liberal y propagandista de las nuevas corrientes revolucionarias de entonces. Claro es que esta correspondencia histórica, este mecanismo inmanente, esta visión de lo histórico es telescópica, apuntada a lo general, a lo grande; pero junto a ella otros observadores enfocarán microscópicamente hacia lo minúsculo y pintoresco, hacia el detalle que aunque mínimo no dejará de poseer sus rasgos de cómica singularidad y atrayentísima extrañeza: ahistoria y rareza no son, en suma, sino los polos de un devenir histórico negativo o anormal. Bullock contará a sus lectores que vio a dos niños inditos amansando una piara de gruñidores y rijosos cerdos a sonos de caramillos;⁷² en los lagos michoacanos, y también por arbitrio musical, los indios pescaban con tocar de flautas. Pike relata todo asombrado que el mortal piquete de los alacranes duranguenses perdía sus venenosas cualidades llevándolos a diez leguas de Durango, y se explicaba el caso diciéndose para sí que lo mismo que México poseía abejas sin aguijón podía por la misma razón tener alacranes impotentes.⁷³ La señal de la domesticación histórica de México o, lo que viene

⁷¹ *Op. cit.*, II, p. 134.

⁷² *Op. cit.*, p. 257.

⁷³ Cit. J. Conder, *op. cit.*, II, p. 53, nota.



a ser lo mismo, de la dotación de un ser inteligible e histórico, la dará también la conciencia viajera privando a México de sus singulares extravagancias. Símbolo de madurez, de historización, de historia aunque degenerada; verbigracia políticamente imperfecta.

México se presenta, por tanto, como un mundo recóndito y encantador, perversa y antihistóricamente podrido también de riquezas abandonadas, ociosas. Mundo de sorpresas, sustitutivo, Oriente americano; escenario muellemente tropical, repapilado y opulento; mundo, por tanto, inauditamente perezoso⁷⁴ y predispuesto para recibir toda clase de ilusiones y reacciones románticas europeas y norteamericanas, y a la par, paradójicamente, para sufrir el asalto imperioso de la insaciable codicia del Occidente negociante y militar destructor de tantos sueños. Entendido así, México significó para Occidente la última ilusión; la última posibilidad de aventura romántica y naturalista dentro del propio marco occidental.

74 Vid. Poinsett, *op. cit.*, p. 26.

La nefasta herencia española

147

Diarios e inversiones

Sabido es que el siglo XIX se caracteriza entre otras muchas cosas por ser romántico, es decir evasivo y reactivo. El poeta y el revolucionario, el viajero y el comerciante, el industrial y el banquero se sienten apesadumbrados, cada quien a su manera, por el dolor del mundo (*Schmerzenwelt*) y ponen todo su entusiasmo en la cura de este último por medio de la acción o de la evasión. Todo *diario* (el ideal de todo viajero, ya lo hemos dicho en otra parte, era el relatar sus impresiones y apresar la novedad que pasaba ante sus ojos) responde perfectamente al interés expreso o tácito de su creador. La joven clorótica, la dama de mundo y aun la del mundo galante, así como el más prosaico viajero se desviven y desinflan en esfuerzos epistolares más o menos afortunados para abrirnos su corazón y mostrarnos su intimidad. El pintoresco Crockett, que no quería que nadie le aventajara en nada, nos explica vanidoso que como se le dijo que todo hombre de distinción acostumbraba entonces escribir un libro de viajes, no quiso ser menos y escribió el suyo.¹ Las razones que dan los autores son múltiples; pero una cosa queda en claro ciertamente, que el pretexto, que la incitación y el deseo de escribir provienen del

¹ *Op. cit.*, p. 17.

mundo circundante al que se enfrenta el viajero. No importa que las impresiones hayan sido fugaces ni que las reflexiones sean apresuradas, porque en definitiva lo que nos interesa resaltar aquí es que tales impresiones y reflexiones viajeras solamente son excusas conscientes o subconscientes para auto-definirse con notas externas de referencia. El viajero anglosajón, por ejemplo, que escribe sobre México está definiéndose; está expresando su *ser* por su contrario, por el *no ser*. Es decir, el viajero describe lo que ve, lo que él no es; lo que él ni su país jamás podrán ser ya sea para bien o para mal, por exceso o por defecto, por negación o por identificación. Tanto el entusiasmo crítico-romántico como la crítica sorda y despiadada responden en última instancia al vehemente deseo de expresar el alma propia y afirmar sus aspiraciones por contraste con las ajenas. No hay tierra, ni personas, ni espectáculo del mundo lo suficientemente romántico, atractivo, original, asombroso o nuevo que pueda obligar a un hombre a fijarse en ellos y describirlos, si no es porque en el gratuito o interesado observador yace ya el íntimo deseo de manifestarse tácita y descubiertamente por referencia a lo ajeno, nuevo o insólito: “cambian los cielos, pero no las almas de los que surcan los mares”,² nos dice Latrobe copiando la sentencia de Horacio. En todo *diario* hay, por consiguiente, una afirmación del ser o un evadirse de la realidad, que es también afirmarlo más por el lado contrario; aun en las páginas más pedestres o más materialmente inspiradas va embebida la autenticidad del diarista; es decir sus apetitos, sus ambiciones, sus proyectos. En definitiva, lo que él es (aunque lo sea todavía en potencia o premonitoriamente) frente a la realidad individual o nacional qué no es; es a saber que le es extraña. Se trata, pues, de un dispositivo espiritual que tan pronto niega como afirma, que lo mismo enaltece que condena, que a la par apologiza como caricaturiza; pero siempre con vista a la autenticidad de lo propio e íntimo, de lo que se es y se quiere o se sueña ser. Ni incluso Alejandro de Humboldt escapa a esta descripción, porque cuando él *descubre* y *describe* las *posibilidades* infinitas de la Nueva España, al par que las testifica está afirmando y orientando las posibilidades de toda suerte que se le presentaban a Europa, o si se quiere más concretamente a los diversos estados alemanes de entonces. Y esto no pese al desinteresado objetivo e impresionante aparato cientificista utilizado por el famoso cuanto sapiente viajero, sino justamente por dicho aparato y por todo lo demás que ya hemos apuntado.

2 Cf., “Portada”, *op. cit.*

Las *Notas sobre México* de Poinsett vienen a ser un diario, y tan pública e íntimamente comprometedor que su autor no tuvo más remedio que disimularse tras el anónimo: “A Citizen of the United States.” Los compromisos políticos, las circunstancias diplomáticas, la crudeza a veces del relato son, se dice, las que aconsejaron y exigieron tal disimulo, y así sería en efecto; pero no es menos cierto que al escamotearse Poinsett se *personificaba* mejor; expresaba mejor su papel justo por ocultar su nombre, como en la tragedia clásica. El anonimato implica que Poinsett no intentaba únicamente definirse él sino definir proyectar ante sí, según el método analizado, el ser norteamericano y las aspiraciones multinacionales de éste. El anonimato era el mejor arbitrio que podía idearse para darle resonancia nacional a la palabra; es como llevar a cabo una acción escudado en la masa de un grupo, la acción la realiza el grupo y no este o aquel hombre: como en *Fuente ovejuna*, todos a una. Por consiguiente resulta curiosa la observación de Poinsett, cuando escudado tras su máscara anónima nos confiesa en la *Advertencia* que sus notas fueron tomadas rápidamente y dirigidas a *un amigo*, sin ninguna intención de hacerlas públicas; pero precisamente el hecho de que en las sucesivas ediciones de las “Notas” aparezcan éstas legitimadas con el nombre del autor, prueban que ya Poinsett no estaba tan comprometido, que los compromisos multinacionales habían cuajado y que su libro había dado justamente en el blanco de la conciencia nacional norteamericana encarnándola y orientándola; lo cual quiere decir, ni más ni menos, que la opinión pública estadounidense hacía suyas las opiniones del autor, las respaldaba y se sentía definida y alentada en el doble sentido por ellas. Por eso también el libro de Poinsett va a ser el molde para todos los libros posteriores sobre México escritos por viajeros norteamericanos durante la primera mitad del siglo XIX.

Los dos voluminosos tomos del inglés Ward constituyen también un extenso diario, si bien retocado y recargado con informaciones de todas clases, principalmente sobre la rama de la minería y cuadros estadísticos sobre la economía total del país. El objetivo que persigue Ward en su libro es refrenar el excesivo entusiasmo inversionista despertado entre sus compatriotas por los optimistas informes arribados a Inglaterra acerca del nuevo *eldorado* minero y mexicano. Ward intenta parar en seco el contaminador entusiasmo tropical inversionista que había hecho presa, según parece, en los empresarios ingleses. Además, Ward advierte seriamente a sus compatriotas sobre los peligros a que se exponían al perseguir las fabulosas ganancias que sólo corrían

de boca en boca. Aconsejará prudentemente que los negocios mineros en México eran como cualesquiera otros negocios de minas en Inglaterra, con lo que intentará así fijar los límites de la autenticidad inversionista inglesa; los límites de lo justo, de lo habitual, de lo propiamente británico, confortable, seguro y esencial: el término medio o exacto equilibrio inglés entrambos extremos de la depresión y el entusiasmo.

Ward es, por consiguiente, un antihumboldt moderado; mas expliquemos lo que queremos expresar con el *anti*. Humboldt, según se sabe, había desatado la leyenda de la fertilidad y riquezas novohispanas. Las entrañas de la tierra mexicana abundaban en plata y oro; bastaba únicamente rascar un poco para extraer los ricos minerales y llenarse las alforjas hasta reventar. Los mexicanos, por supuesto, apenas si se beneficiaban de aquel don del cielo; su desdén hispánico, deducían los interesados lectores británicos, su actitud frente a todo serio trabajo y esfuerzo personales no les permitía obtener gran provecho de aquellas inmensas y fáciles riquezas. Los panegiristas del famoso barón alemán compartían estas ideas; entre ellos, en cierta medida, el entusiasta Bullock: un prohumboldt sin discusión. El editor francés ya aludido no tiene empacho en declararlo un segundo Humboldt a cuenta de las informaciones verdaderas y científicas que había logrado extraer Beullock (*sic*) de ciertos medios oficiales de México.³ Beaufoy, en cambio, aleccionado por su desgraciada experiencia mexicana, se encontraba en una postura extrema a la de Bullock; él será así un antihumboldt furibundo y también, naturalmente, un decidido opositor del autor que en seis meses de viaje por México descubrió tantas y tan rosadas cosas. De creer a Beaufoy, por aquel entonces la mayor parte de los extranjeros residentes en México abominaban de Humboldt, al que despectivamente llamaban “Barón *Humbug*”⁴ (El Barón Trampantojo); expresión que en inglés, según se ve, se presta a la malicia del juego de palabras. Lyon y Hardy están también contra Humboldt; y Latrobe, en cambio, adoptando como Ward una postura crítica intermedia, lo considerará un “moderno filósofo viajero”, cuyo libro sobre la Nueva España era el obligado texto de consulta para todo viajero en cieme.⁵ Refiriéndose Hardy a los aledaños de México asentará lo que sigue: “Los alrededores de México son infinitamente más im-

3 *Op. cit.*, p. II.

4 *Cf. Op. cit.*, p. 256.

5 *Op. cit.*, p. 82.

puros: *son horribles*. Si cuando Humboldt visitó la ciudad de México la hubiera examinado con los ojos de un humano filósofo, y la hubiese presentado sin adornos, cuántas molestias habría ahorrado a los viajeros y a Europa.”⁶

Hardy tuvo sus razones para despotricar contra Humboldt, puesto que en su calidad de apoderado de la Compañía General Londinense de Pesca y Extracción de Perlas y Coral tuvo que vérselas en la capital mexicana con un andaluz fullero que, como él, pretendía se le diera la concesión exclusiva de las inmensas riquezas perleras y coralíferas de las Californias que tanto había ponderado Humboldt. El andaluz, como buen palero, sólo sirvió para dificultar y encarecer la concesión que al cabo obtuvo con muchos trabajos y dineros el engañado Hardy. En Inglaterra habían leído en Humboldt lo de la famosa campana de bucear que había inventado y probado con éxito en Chapultepec (1803) un talentado sacerdote. La compañía aguzó el ingenio, y aunque no sabemos si robó, compró la patente del invento o si reinventó el artefacto por su cuenta, lo cierto fue, según nos relata Alexander Forbes, que Hardy llevó consigo una campana de buzo que le proporcionó la Compañía; sin embargo, “la escafandra no resultó más ventajosa para el progreso de la pesca de ostras perleras o para los asociados de Londres, que lo fue la del buen *Padre* no importa que nunca hubiese [ella] dejado su nativo estanque de Chapultepec”.⁷

Si sumamos a Poinsett al grupo de los admiradores de Humboldt y a Thompson al de los detractores,⁸ podemos observar lo siguiente: la mayoría, que es fundamentalmente inglesa, es contraria al viajero alemán. En general los viajeros norteamericanos, contrariamente a sus contemporáneos ingleses, admiran a Humboldt y no le reprochan sus exageraciones y optimismos novohispanos. Salvo Thompson,⁹ todos se sienten americanamente orgullosos de la obra humboldtiana. Entre los viajeros ingleses hemos visto que, en realidad, únicamente Bullock era un apasionado de la obra del barón alemán; pero según nos cuenta Lyon, cuando encontró en la ciudad de México a Bu-

⁶ *Op. cit.*, 9.

⁷ Cf. *California a history of Upper and Lower California, from their first discovery to the present Time. Comprising an account of the Climate, soil, natural productions, agriculture, commerce &c. A full view of the Missionary establishments, and condition of the free, and domesticated indians, with an appendix relating the Steam Navigation in the Pacific*, Londres, Smith, elder and Co. Cornhill, 1839, p. 75. Véase también A. Humboldt, *Ensayo político...*, México, Edit. P. Robredo, 1941, t. II, p. 342.

⁸ *Vid.* Poinsett, p. 43; Thompson, p. 147.

⁹ *Op. cit.*, p. 147.

llock (1826), estaba ya éste bastante enfriado de su fiebre y reconocía que las grandes ideas que él se había forjado acerca de México eran falsas, que lamentaba haber descarriado a sus paisanos respecto a la fertilidad mexicana y que la población mexicana no merecía sino injurias:¹⁰ de la Arcadia feliz que nos pintara, al parecer ya no quedaba nada, sólo inclemencias e inhumanidad. Por fortuna no escribió Bullock otro libro sobre México por vía de arrepentimiento; pero nos imaginamos la alegría del despechado Beaufoy si hubiera podido desahogarse aún más con la lectura de una obra semejante.

Pues bien, este reiterado machaqueo crítico contra la obra de Humboldt no tardó, naturalmente, en dar sus frutos; la cautela y la desconfianza reemplazaron en Inglaterra al radiante entusiasmo que se experimentó por México durante la primera década independiente. “Hace tres años –escribe Ward– nada se preguntaba que pudiese por un momento poner en duda la opinión forjada acerca de los recursos [de México]; ahora las afirmaciones más previsoras se reciben con una sonrisa y los hechos, aunque queden bien demostrados, se admiten difícilmente en cuanto tales, como si ellos hiciesen causa común contra una opinión preconcebida.”¹¹ A la par que disminuía o aumentaba el entusiasmo romántico por México, se menguaba o acrecentaba el frenesí inversionista; romanticismo y buenos negocios, como mejores hijos de su siglo, cabalgaban sobre el mismo desbocado caballo del progreso centurial. La literatura viajera no podrá, pues, sino recoger en sus páginas el díptico evasivo: evasión económica y evasión literaria; invasión y actividad, en suma, sobre países espiritualmente rezagados y anquilosados económicamente.

Pandereta hispánica: fandangos y cuchillos

Como es bien sabido, el viajero siempre trae consigo un estereotipo social, cultural e histórico que aplicar como *prueba* o reactivo al país motivo de su interés circunstancial o permanente y causa de su *curiosidad*. En el caso de México, aunque en un principio tierra virgen, el estereotipo preformado era fundamentalmente hispánico, cargando sobre sí la tradición (condenación) histórica y española, imperial y católica. El viajero anglosajón desde mucho antes de emprender su viaje sabía más o menos que habría de enfrentarse a

¹⁰ *Op. cit.*, II, p. 125.

¹¹ *Op. cit.*, I, p. V del “Prólogo”.

un mundo y una gente extraños, originales, tradicionalmente hostiles e irritantes. El esquema previo de la archidecadencia y del fanatismo español¹² eran el comodín imprescindible para todo encartamiento antañona y familiarmente denigratorio. El contacto con México serviría, por consiguiente, para rectificar o ratificar (más esto último) los prejuicios ya arraigados. Los tres siglos de la obstinada y atormentada pugna de las Españas contra la modernidad, dotaban de antemano al hombre hispánico de aquende o allende el océano con un perfil de desagrado histórico. Tales imputaciones, tales estereotipos sociológicos constituyen una manera peculiar de dotarnos de ser, de concedernos existencia; una caracterización que podrá o no coincidir con el ser auténtico motivo de la preocupación extranjera. Pocos son los viajeros que describen con autenticidad, porque los prejuicios les son íntima, entrañablemente conformativos; ni incluso el mesurado Mayer podrá enajenarse el pasado histórico; por ello es que los lunares que él observa en el carácter mexicano los atribuirá sin mayor malicia a la herencia española.¹³ En suma, el anglosajón creía, tal vez hoy lo siga creyendo, que nos conocía bien.

Hubo viajero, tal le ocurrió a Beaufoy, que no fue tan moderado en sus juicios como lo fueron Mayer, Ward y otros menos exaltados. El problema de Beaufoy estuvo en preguntarse inquisitivamente acerca de los males de México: ¿En dónde estaban las raíces del mal? ¿Cuáles eran las causas ocultas o manifiestas que promovían la caótica situación mexicana? En resumidas ¿cuál era la procesión que llevaba por dentro el furibundo crítico? Mas él mismo va a ser bastante explícito en sus acerbos juicios; he aquí un resumen de sus opiniones:

Habiendo de este modo tan franco expresado mi disgusto por el estado presente de la sociedad [mexicana], de su moralidad, integridad, educación y depravadas costumbres y maneras del pueblo, lo que ahora me siento irresistiblemente compelido a declarar es el resultado de mis reflexiones: que los mexicanos son lo que los españoles han hecho de ellos; que México no muestra otro signo de civilización salvo el de sus vicios [...]; que los españoles no han conferido a sus provincias americanas ni un solo beneficio.¹⁴

¹² Cf. Mayer, *Op. cit.*, p. 385.

¹³ *Ibid.* Cartas XXVIII, XXXIII, *passim*.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 275, 281.

El origen del mal estaba, pues, en España; ella había guardado a la población mexicana –continúa Beaufoy– en completa ignorancia; sistemáticamente se había opuesto al cultivo de las artes liberales en su colonia.¹⁵ Más aún, México podría haber sido un paraíso si no hubiera sido sojuzgado por la nación más perezosa y degradada de Europa; lo que hartó demostraba en dónde radicaban las causas de la miseria, de la ignorancia, de la indolencia y de la superstición en que el pueblo mexicano estaba sumido.¹⁶ Para México no había salvación, porque la condena, como ocurre con los hemofílicos, la llevaba en la sangre; de nada valía renunciar al pasado y sentirse recién nacido en cuanto nueva nación, pues su mal le roía por dentro: el cáncer hispánico. El desprecio de Beaufoy por todo lo español se traducirá en rencor hacia lo mexicano, y tan profundo y convincente será para él este sentimiento, que saliendo al paso de cualquier posible objeción no titubeará en declarar lo que sigue: “Estoy tan perfectamente convencido y satisfecho de que los dos [españoles y criollos] son tan extremadamente indignos, que declinaré tomar parte en lo sucesivo en semejante discusión”; y para cerrarla elocuentemente, sin duda alguna, concederá todavía: “que los mexicanos son dignos de lástima; pero que los españoles sólo merecen desprecio”.¹⁷ Hay, por último, un indicio infalible para condenar a México, y a través del cual se transparenta su degradante y nefanda herencia: el uso corriente que del cuchillo hacían los mexicanos para dirimir querellas: “Dondequiera que los españoles han poseído dominios y su sangre se ha mezclado, el empleo del cuchillo, el asesinato y todos los vicios y todas las peores pasiones del espíritu humano han naturalmente prevalecido.”¹⁸

Y Beaufoy ejemplifica algunos de estos lugares: Nápoles, Sicilia, Bélgica, Holanda e Hispanoamérica. Habría que haber visto la cara que pondría un honrado burgués de los Países Bajos cuando leyese lo escrito por el rencoroso inglés. Empero no es únicamente éste el que así piensa; Thompson estaba seguro de que los españoles así como sus descendientes americanos constituían una raza sanguinaria por encima de lo corriente;¹⁹ Latrobe encontraba, con gran indignación por su parte, que en México el cuchillo resolvía todas las di-

15 *Ibid.*, p. 70.

16 *Ibid.*, p. 182.

17 *Ibid.*, p. 279.

18 *Ibid.*, p. 276.

19 *Op. cit.*, p. 73.

ficultades;²⁰ y Lyon comprobó todo espantado que durante el mes de mayo (1826), en la ciudad de Zacatecas hubo veintiún asesinatos, todos los cuales fueron llevados a cabo a cuchilladas.²¹ El intrépido Ruxton, que no tenía inconveniente en frecuentar las piqueras capitalinas, armado, por si las moscas, con su cuchillo de monte, su revólver Colt y su sangre fría, aconsejaba además a los posteriores viajeros que desearan imitarlo, que en una pulquería sería mejor no entrar si además de las precauciones antedichas no se hablaba un español tolerable, se distribuían juiciosamente los dólares y se abstendían de cualquier acción galante que pudiera provocar “los celos y el cuchillo de los susceptibles mexicanos”.²²

Este aire jifereño de familia que encuentran los viajeros resulta efectivamente poco halagador; pero bien podemos consolarnos, aunque sea a medias, gracias a que no siempre las habilidades de matachín eran las que sobresalían hereditariamente frente a los ojos de los extraños. Basil Hall, por ejemplo, para caracterizar el espíritu común de la raza, empleará ilustraciones más poéticas, más lisonjeras y ciertas: “La guitarra –escribe no sin cierta admiración– se encuentra en todas partes donde se habla español; su sonido es muy familiar así a los oídos de los españoles como a los de sus descendientes; parece como si su sonido fuera un estimulante, un acompañamiento imprescindible para sus palabras.”²³

Sin embargo, no hay que hacerse muchas ilusiones respecto a esta identificación colectiva, multinacional, omniespiritual, porque la guitarra, en último extremo, simbolizaba también la indolencia; las maneras y sentimientos voluptuosos del país.²⁴ A través de las páginas viajeras resuenan incesantemente los rasgueos de guitarras, toques de castañuelas, canciones y zapateados populares. “Música y danza, como escribió la Marquesa con gran penetración [eran] como un sexto sentido.” El gusto por la música era universal y admirables las facilidades para ella, añadirá la perspicaz comentarista.²⁵ A juzgar por estos libros, pudiera uno hacerse la idea de que en el mundo occidental de entonces sólo la gente hispánica reía, cantaba, danzaba

²⁰ *Op. cit.*, p. 194.

²¹ *Op. cit.*, p. 261.

²² *Op. cit.*, p. 85.

²³ *Op. cit.*, II, p. 211.

²⁴ Cf. Pike, *cit.* Osborne, *op. cit.*, p. 55.

²⁵ *Op. cit.*, I, p. 163.

y se holgaba aun en medio de sus más cruentas revoluciones; los demás pueblos únicamente estaban, al parecer, atentos a la dolorosa gravedad del trabajo, que se manifestaba, acaso felizmente para ellos, en livianas jornadas de catorce o más horas, de las que no se excluía, llegado el caso, ni a las mujeres ni a los niños, tal como acontecía en la dichosa Inglaterra, en la venturosa Francia y en la afortunada Alemania. Asimismo en la próspera Norteamérica, cuyo poderío industrial se iba fincando en el dolor y lágrimas no ya sólo de los infelices pielesrojas, sino en el de las olas migratorias irlandesas, germanas, eslavas y latinas.²⁶

Precisamente el hecho de que los viajeros extranjeros reparen en los bailes y cantos populares hispánicos, que antojábanseles absurdos y condenatorios, antiprogresistas y antieconómicos (derroche de tiempo y esfuerzos infructuosos), es señal segura del anómalo contraste que presentaba nuestro mundo frente al suyo tan activo y laborioso.

La identificación de lo hispánico no es, según hemos apuntado, únicamente guitarrera sino también bailarina: las danzas del pueblo. Como el viajero Basil Hall parecía tener buenas dotes de observador, no podrá menos de caer en la cuenta de que a lo largo de la costa hispanoamericana del Pacífico, y especialmente en las porciones costeras correspondientes a Chile y México, las danzas que bailaban las parejas eran iguales.²⁷ Lo cual no era ninguna fantasía, pues que, según se sabe, la *chilena* guerrerense procede, como su nombre parece atestiguarlo, de Chile. En Sonora, según se lee en el diario de Ward, nada se podía hacer sin música;²⁸ una afirmación que era asimismo aplicable a todo el inmenso ámbito cultural de Hispanoamérica. En realidad, el *fandango*, con las variantes impuestas por el genio particular de cada región, se bailaba y aun se baila en todos los lugares donde se hablaba, y todavía se habla, el idioma español. Mayer lo vio bailar y lo oyó cantar a una pareja en Cuernavaca: la mujer trenzaba pasos y más pasos y acompañaba las figuras con incesante repiqueteo de castañuelas; el hombre la seguía y al mismo tiempo cantaba y rasgueaba su guitarra.²⁹ La guitarra adquiere ante la mente

26 Vid. A. Efimov y N. Freiberg, *Historia de la época del capitalismo industrial*, traducción de Ana María Reyna, México, Publicaciones de la Universidad Obrera de México, 1937, *passim*.

27 *Op. cit.*, II, p. 235.

28 *Op. cit.*, I, p. 575.

29 *Op. cit.*, p. 232.

y mirada anglosajonas un aliciente sexual atrayente y pecaminoso al mismo tiempo. La guitarra era un instrumento musical voluptuoso: su forma, la misma manera en que tenía que ser abrazada para extraerle sonidos, su música cálida, insinuante, casi humana, parecían de hembra en celo (y tal vez no se equivocaban). Antes que se descubriera el “*sex appeal*”, que hoy se emplea con absurda furia propagandística para vender tal o cual clase de nauseabundos refrescos embotellados o para aumentar las ventas de determinada marca de mallas o de porta bustos, la guitarra moruna y española poseía ya ese misterioso encandilamiento sensual del que el psicoanálisis freudiano ha hecho hoy día su agosto, Tal vez la resistencia que encuentra aún la guitarra para introducirse en los conciertos consagrados no se deba a otra cosa sino a ese su bastardo origen y licencioso poder, según tal vez lo sigan entendiendo y percibiendo los espíritus adoctrinados en la tradición religiosa heterodoxa o cuando menos no estrictamente católica e hispánica. La guitarra suena a Oriente, a danza ventral, a bayadera reptante y posesa. No es ninguna casualidad que los norteamericanos más *latinos*, a lo menos así se lo imaginan ellos (texanos, californianos y novomexicanos), sean los que han adaptado el instrumento como algo propio para expresar la intimidad, para expresar honduras espirituales a las que el lenguaje más exquisito y afectivo, como lo supo muy bien Bergson, no puede jamás llegar.

Mas dejemos el terna de la guitarra aquí, aunque sea en verdad atrayente, y volvamos al de las danzas que tan íntimamente relacionado está con él, y que, a decir verdad, no es sino complemento del anterior. Veamos cómo nos expone Conder las impresiones de Pike relativas a un fandango que en su honor y en el de sus hombres se les dio en un pueblito novomexicano, en “San Fernández” (*sic*), para hacerles olvidar sus penas y fatigas:

Al quinto día de marcha arribaron a la aldea de San Fernando. Mientras estuvieron en ella recibieron una muy característica muestra de la cortesía castellana a la vez que de la moral mexicana. El comandante oficial de la escolta [un tal teniente Melgara] envió una comunicación a los *alcaldes* de varias aldeas vecinas, para que a la “noche enviasen seis u ocho de las más hermosas muchachas a San Fernando en donde se proponía agasajar con un *fandango* a los oficiales americanos llegados hoy”. Esta orden, que fue puntualmente obedecida, “retrata –nos hace notar Pike– más claramente que un capítulo de observaciones, el degradado estado

de la gente común. En la noche, después de que la *compañía* hubo llegado, comenzó el baile según el modo y usanza de esta tierra, y resultó realmente un hermoso despliegue de belleza”.³⁰

El lector no habrá hallado nada reprochable en la escena que nos describe el mayor Zabolón Pike, y que comenta Conder; sin embargo, salta a la vista la malicia de los dos comentaristas. Parece ser que lo que indignó a Pike fue que el teniente conminase a las pueblerinas a tal exhibición; pero mucho más le hubiera, acaso, extrañado si hubiera sabido que aquellas bellezas de aldea jamás le hubieran perdonado al teniente el haberlas privado de la posibilidad de lucir sus encantos, sus galas domingueras y habilidades frente aquellos forasteros. En las aldeas, salvo el día de la fiesta del santo patrón, el resto era monótono y rutinario; una oportunidad de diversión sana, tal como se les ofrecía a todos, no era cosa de desaprovecharla, amén de lo que tenía el festejo de auténtica cortesía y sincero agasajo. La culpa, pues, de estos equivocados juicios hay que atribuirla por consiguiente al famoso fandango y a todo lo que alrededor de él, según ellos, empecatadamente giraba.

Por contra nos cuenta Lyon, que según parece pudo admirar en España los briosos y apasionantes bailes andaluces, que las danzas que él vio ejecutar a la gente mexicana del pueblo fueron siempre bien interpretadas aunque, eso sí, con menos *gracia* que las de la Madre Patria; que la población rural gustaba extraordinariamente de esta diversión, en la que pasaban con frecuencia toda la noche en medio de un *orden* y *decencia* dignos de todo encomio.³¹ Mas esto se le ocurre decirlo ya para finalizar su viaje, porque cuando por primera vez se enfrentó al espectáculo no lo pudo entender, lo consideró inferior al español y lo filió no sin cierta perspicacia con el folklore negro:

Un ancho círculo de espectadores y danzantes estaba expresamente puesto aparte dedicado a los fandangos [en Pueblo Viejo, Tamaulipas], los cuales, aunque en España sean lo que se quiera, en el Nuevo Mundo resultan muy inferiores en gracia y actividad a las danzas corrientes de negros; si bien estas últimas, hay que confesarlo, consisten por lo general en sonar cacharros de hoja de lata y calabazos huecos. Aquí la música

³⁰ *Op. cit.*, II, p. 100.

³¹ *Op. cit.*, II, p. 248.

era algo mejor, aunque no menos monótona; consistía de una guitarra, una tosca harpa y una chillante mujer con voz de falsete.³²

Latrobe encontró estúpidos los fandangos, reprobó especialmente que se llevasen a cabo dos veces por semana en Tampico, y que en tales bailes se diera la deplorable costumbre de mezclarse las clases sociales.³³ Ruxton, que gustaba codearse con el pueblo, vio con agrado los bailes populares aunque los encontró menos artísticos, menos enérgicos y sorprendentes en la pantomima que los fandangos españoles y el “árabe” de España.³⁴

Y para rematar esta curiosa sección folklórica, transcribimos una sesión popular de música y baile llevada a cabo en el puerto de Acapulco en el mes de mayo de 1825:

La música –describe George Alexander Thompson– estaba constituida por guitarras tocadas a muy buen compás, el cual se percibía muy claramente y era subrayado por los espectadores, muchos de los cuales lo marcaban repiqueteando con los dedos sobre los bancos o sobre cualquier cosa apropiada a este propósito. Dos o tres hombres, que tenían guitarras aunque no las tocaban en aquel momento, ora porque no estaban familiarizados con el uso de las cuerdas, sea tal vez porque el son que estaban tocando les resultase desconocido, mostraban una maravillosa destreza en el empleo de sus dedos, tamborileando la espalda del instrumento con tal corrección que hacía posible que dieran el acento tónico y el sentimiento del aire del modo más perfecto, sin la entonación y cadencias de las notas. Había relevos de bailadores y músicos, así que la fiesta no tuvo un momento de reposo durante tres o cuatro horas. La danza fue, en todo, una repetición del bolero español, llevado a cabo en su forma original y poco hábilmente. Cada pareja no sólo estaba atenta a sí misma sino que bailaba totalmente independiente del resto, y cuando cualquiera de ellas se cansaba dejaba el lugar para otra que en seguida venía a reemplazarla. Comenzaban esquivamente, aproximándose y retirándose; entonces a veces avanzaba uno y retrocedía el otro proporcionalmente;

³² *Op. cit.*, I, p. 19

³³ *Op. cit.*, p. 27.

³⁴ *Op. cit.*, p. 91. ¿Quiso acaso Ruxton escribir *jarabe*?

vino a continuación una apariencia de desdén que fue marcado por un zapatear sobre el piso, el cual fue repetido por el acompañante; después un avance más dulce que asimismo fue repetido por el compañero; pero todo el mundo sabe lo que es un bolero español, de suerte que para qué lo voy a describir. Solamente puedo decir que aquí lo bailan con la mayor decencia e inocencia, según creo, que jamás he visto.³⁵

Dos cosas son, pues, las que subrayan los viajeros sobre las danzas populares mexicanas de entonces y por extensión también de hoy: la procedencia hispánica de las mismas, cosa que ni para aquella época ni para la nuestra constituye una novedad, pero que no obstante servía ayer para indicar la filiación condenatoria de nuestro mundo hispánico, y sirve hoy para mostrar sencillamente la noble y artística filiación de nuestro folklore mestizo con una de las tres imprescindibles y fundamentales ramas vernáculas que lo constituyen. La otra cosa en la que la mayoría de los viajeros está también de acuerdo es en considerar las danzas mexicanas, en comparación con las españolas, menos gráciles, menos enérgicas, deformadas si se quiere; pero al mismo tiempo más ordenadas, más dulces, más sutiles y finas, menos frenéticas, pero más simbólicamente sexuales, en suma.

Y pues bien, ¿no será precisamente esta gracia recatada, a-pasionada, insinuante, cortés y crepuscular la misma que algunos críticos han descubierto en la literatura mexicana de todos los tiempos? Más aún ¿no dependerá la *gracia* de los bailes mestizos mexicanos, tan distinta de la española, de la temblorosa elegancia y delicada intimidad del alma indígena vertida sobre moldes ajenos?

El ser mexicano que transparenta la herencia española

Páginas atrás hemos dicho que todo desvelamiento o descubrimiento del ser es a su vez la manera de dotar a éste. El conferimiento y reconocimiento de la mexicanidad se revela en este caso por la esencia hispánica; los atributos espirituales se reconocen por el parentesco, por el ascendiente, por la herencia específica. Ahora bien, nada tendría de particular que el enjuiciamiento crítico respondiese también al propio desaliento foráneo; a una respuesta sin duda

35 *Op. cit.*, p. 52.

subconsciente contra el progreso y la actividad incansables de unos hombres que habiéndose olvidado de la noble herencia estática griega convirtieron sus vidas en dañado devenir

Un *Don*, un hidalgo –escribe Hall– es, como se sabe, el más orgulloso de los hombres con aquellos que le tratan con altivez o con frialdad y reserva; mas si se obra con él con naturalidad y bondad y no demasiado familiarmente sino *al modo corriente*, como ellos dicen, llega a ser franco y muestra tanto abandono en el trato como cualquier otra persona.³⁶

La raíz española se mostraba también a los visitantes extranjeros en la actitud peculiar adoptada frente a la vida por los mexicanos; la *incapacidad hispánica* es puesta de relieve con una agudeza tal que habla muy en favor de la perspicacia de Hall para percibir lo que diferenciaba y hacía algo aparte y distinto del mundo a la gente de habla española: “[Los hombres en Hispanoamérica] permanecen indiferentes, extraños a los intereses del Estado, y se apartan de toda actividad comercial; parece como si se prohibieran todo tipo de empresa; de lo cual resulta que no se dedican a trabajos considerados innobles.”³⁷

Hardy encontraba una pereza típica en el carácter mexicano; una anomalía mediante la cual la ambición de llegar a ser ricos, independientes e industriosos parecía no formar parte de la constitución moral del hombre de México.³⁸ En realidad los viajeros no exageraban cuando se hacían estas reflexiones, pues que, efectivamente, se tropezaban de buenas a primeras con una gente que había organizado su vida siguiendo impertérritamente una vía axiológica tradicional y archicatólica; persistiendo en unos valores hacía ya mucho en desuso entre las naciones modernas. La *extrañeza* familiar hispánica residía, como lo entrevió Hall y como lo ha confirmado modernamente Américo Castro, en la *imposibilidad vital* de emplearse en faenas juzgadas deshonorosas.³⁹ Pero el extraño sólo podía traducir aquella incapacidad en haraganería y arrogancia o cuando menos en indiferencia; su formación modernista, a saber in-

³⁶ *Op. cit.* II, p. 279.

³⁷ *Ibid.*, II, p. 244.

³⁸ *Op. cit.*, p. 37.

³⁹ *Cf. España en su Historia, Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, p. 623.

tramundana y protestante, no podía procurarle otra explicación. “Los *españoles* –escribe Poinsett (el lector entienda por esta palabra los *hombres hispánicos*)– nunca están con prisa, y con toda seguridad que se sorprenderán de oír cualquier queja acerca de las dilaciones que un viajero encuentra en su país.”⁴⁰ Hall nos da a su vez una descripción de estos *españoles* en verdad reveladora de la opinión histórico-espiritual anglosajona, pues que nos los describe como un grupo de ociosos que puro en boca y sombrero a la cabeza “parecía estar *fuera* del mundo”.⁴¹ Efectivamente este *estar fuera de* es el pecado que a los ojos extraños todavía hoy purga la gente hispánica; empero bien pudiera ser, y los síntomas de nuestro tiempo son más que reveladores, que fueran los otros, los *ellos*, como diría Unamuno, los que estén penando en el purgatorio del presente si no es que en el infierno de nuestros atómicos días.

Historia y actividad. La herencia distinta

En unas lecturas geográficas coleccionadas expresamente por el reverendo William Bingley para instruir a los jóvenes y niños ingleses y norteamericanos sobre los hábitos, costumbres y maneras de los habitantes del Viejo y del Nuevo Continente, al referirse a la gente mexicana se afirma lo siguiente:

Los habitantes [de México], españoles y criollos, se distinguen por su hospitalidad y sobriedad; pero experimentan una extremada deficiencia en energía, patriotismo, espíritu de empresa e independencia de carácter [...]. Las diversiones de esta gente son la música, el canto, la danza y el juego: este último, en verdad, prohibido oficialmente; mas la prohibición no tiene mucho efecto [...]. En el comer y en el beber los hispanoamericanos, según se ha dicho, se muestran notablemente sobrios. Por la mañana temprano, las personas de las clases más altas toman su chocolate. A las doce del día la comida a base de carne de res, carnes blancas y pescado; después de esto se sirven diversas clases de confituras; beben a continuación unos cuantos vasos de vino, cantan unas cuantas canciones y entonces se retiran a tomar su *siesta* o dormirar del mediodía. Esto úl-

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 184.

⁴¹ *Op. cit.*, II, p. 66. También la Marquesa sintió en México “la impresión de hallarse enteramente fuera del mundo” (*op. cit.*, I, p. 405).

timo lo practican por igual ricos y pobres; la consecuencia de ello es que a eso de las dos de la tarde de cada día todas las ventanas y puertas de las casas de las ciudades se cierran, las calles quedan desiertas y la tranquilidad de la medianoche reina por doquier. A las cuatro de la tarde se levantan, se asean y se visten, y se preparan a disipar el resto de la tarde. A eso de las once en punto se ofrecen refrescos; pero pocos son los que toman algo más excepto un poco de vino aguado y dulces.⁴²

Escribir esto para conocimiento de la juventud de un país que había hecho del *time is money* su filosofía vital intramundana, era, en verdad, escribir mucho; era poner de relieve un sistema de vida absolutamente falso y, pues, condenatorio. La sobriedad, para los pueblos de origen germánico y religión protestante, no constituía una virtud, y se prueba inmediatamente por el odioso correlato de la pereza, de la escandalosa disipación de tiempo. Esa modorra estéril que durante dos perezosas horas inundaba las capitales, pueblos y aldeas hispánicas, resultaba excesivamente aristocrática, viciosa y dispendiosa. La hospitalidad del hombre hispánico era la misma del árabe en su miserable aduar: hospitalidad flojerosa.

Indagando Mayer acerca de las causas que hacían distintos a los hombres mexicanos de los norteamericanos, no tardará en caer en la cuenta de que todo se debía a la distinta herencia histórica: España e Inglaterra respectivamente. La diferencia mayor entre México y Estados Unidos radicaba justo en eso.⁴³ Según Bullock, la política española se había encaminado al mantenimiento de la esclavitud, de la pobreza y de la miseria, en lugar de inspirar a los habitantes de sus colonias el amor al trabajo y a la industria como medios para alcanzar la riqueza, la felicidad y el confort.⁴⁴ Poinsett se explicaba el caso repitiendo la falsa afirmación de que donde la naturaleza había hecho mucho, como ocurría en México, el hombre era indolente; nada pues podía reemplazar al papel y lugar de la industria humana.⁴⁵ Y Thompson, inspirado indudablemente en Mayer, hallaba también un significativo y profundo contraste entre el mundo norteamericano (su mundo) y el nuestro: “Mientras en nuestras capitales y ciudades no oís sino el activo zumbido de la incesante in-

⁴² *Op. cit.*, p. 239-241.

⁴³ *Op. cit.*, p. 385.

⁴⁴ *Op. cit.*, p. 134.

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 134.

dustria y el penetrante silbido de las máquinas a vapor; en las suyas no se percibe otro sonido salvo el redoble de los tambores y toques de pifanos. En tanto que nosotros hemos estado construyendo caminos de hierro, ellos han estado haciendo revoluciones.”⁴⁶ “Los hombres hispánicos –había dicho poco antes Thompson– nunca cambian de costumbres, jamás varían nada salvo sus gobiernos. Toda la pasión de transformación que existe en otros hombres, en ellos se concentra en los cambios políticos.”⁴⁷

El cónsul norteamericano Gillian, en 1843 hallaba a México tan inerte y satisfecho con la misma melancolía e ignorancia en que lo encontró la primera revolución de 1810. Y más adelante, trillando sobre la misma obligada y exagerada era comparativa, asentará lo que sigue:

Los antiguos españoles y sus descendientes han predispuesto así la opinión de esta gente [mexicana] en contra de esa afortunada operación del espíritu que se llama progreso; a este respecto la nación yanqui por medio de una liberal disposición, que la inclina a “ensayar todo y a poseer aquello que es bueno”, va por lo menos dos mil años por delante de su vecina no sólo en la agricultura sino también en todas las ciencias y artes que se practican en el mundo civilizado.⁴⁸

Por supuesto aquí mundo civilizado debe traducirse por mundo inmanentista, mecánico, pragmático, ilustrado y progresista; mundo disparado, en suma, hacia la modernidad. En realidad dos mil años son demasiada diferencia sin duda alguna; mas no tanta, con todo, como para poder indicar con ella las profundas discrepancias que hasta hoy, según nos parece, nos hacen distintos de los anglosajones. Indagando Gillian sobre las razones que pudieran esclarecer estas radicales divergencias nos entregará la siguiente explicación histórica y hasta antropológica:

El individuo que visite México se encuentra con que, a causa de todo lo que le rodea, ha retrocedido a la era de los romanos en ciertas cosas; en tanto que en otras se halla retrogradado a los días de Abrahán. Los moros

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 19.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 47; “Prólogo”, p. V.

que invadieron España no trajeron con ellos ninguna mejora [aquí Washington Irving temblaría de indignación], y los españoles que conquistaron México han estampado indeleblemente el carácter del pueblo de dicho país con un predominante prejuicio contra todas las técnicas útiles.⁴⁹

La causa, pues, de todos nuestros males y de nuestro atraso ético e industrial estaba en la herencia moruna que había pasado a los países hispánicos a través de los españoles, los africanos de Europa según ya se sabía. En contraste con el pasado nuestro refulgía espléndido y mesiánico el de Norteamérica, heredero del de Inglaterra:

La crisis de la revolución angloamericana fue el comienzo de una “edad de razón” en la historia patria; una era que deberá ensanchar y extender su benigna influencia hasta que ella cobije toda la Tierra proclamando la libertad de conciencia para todo el oprimido y sojuzgado género humano [...]. Inglaterra fue designada como el gran pionero que preparó el camino en las nuevas y bárbaras regiones para la introducción de esta *última* y *máxima* era (la conquista de los tiranos y de los fanatismos) mediante la mágica y redentora influencia de la *razón* y de los *principios*.⁵⁰

En este párrafo, según se echa ver, está ínsita toda la doctrina determinista del *destino manifiesto*; pero ya tendremos oportunidad de ocuparnos de ella y de explicitar el sentido histórico-teológico que acompaña a este pensamiento anglosajón. Nuestros subrayados intencionales únicamente intentan sugerir ahora al lector cómo los añejos principios y temas religiosos del siglo XVI protestante se fueron secularizando hasta llegar a ser proyectados en valores *ilustrados*. Un tránsito, por lo demás, nada extraño y en el que por fuerza tenía que desembocar toda la doctrina heterodoxa.

Dicho lo anterior prosigamos analizando aquellos otros rasgos espirituales del mexicano en los cuales vislumbraban los viajeros anglosajones la esencia condenatoria de la nefanda herencia hispánica.

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 152.

⁵⁰ *Loc. cit.*, p. 278.

Confort y desconfort

Cuando Mayer llegó a México (1843) se alojó en una vulgar hospedería llamada Hotel Vergara, sita en la calle de este nombre, hoy Bolívar; pero pronto se trasladó, pese a las atenciones de la hospitalaria dueña al famoso hotel francés denominado La Gran Sociedad en donde todo el confort consistía en pagar setenta pesos al mes por una vasta y sucia habitación, por una cama plagada de pulgas, espacio suficiente, eso sí, para libros y cachivaches, un amplio balcón y dos comidas francesas al día.⁵¹ El menaje, sin embargo, había sido mejorado, como lo comprueba el hecho de que Bullock, que se había hospedado en el mismo hotel diecisiete años antes, tuvo que aportar su propia cama so pena de tener que dormir en el mero suelo.⁵² Nada tiene entonces de particular que los viajeros que tenían que hospedarse en el que era, eufemísticamente, el mejor hotel de la ciudad le llamaran irónicamente La Gran Su-ciedad.⁵³

Para asombro también del viajero las mansiones particulares resultaban extremadamente inconfortables. El sentido práctico norteamericano se rebelaba ya contra tales espaciosas casas que iban contra la economía de espacio. La sola escalera de una de estas fábricas hispánicas tomaba tanto terreno como el que en Nueva York o Filadelfia se empleaba en todo el frente de una casa respetable.⁵⁴ Las fachadas, habitaciones, patios; rejas, balcones y azoteas eran en verdad imponentes; pero a esta escala gigante arquitectónica y aristocrática no correspondía ni tan siquiera un mínimo complementario de abur-guesado confort. La suntuosidad prevalecía en tales casonas coloniales por encima de la confortabilidad, como en los palacios renacentistas. Gillian se admiraba de que en ellas no hubiera ni una mala chimenea⁵⁵ y que, por el con-

51 *Op. cit.*, p. 71.

52 *Op. cit.*, p. 204.

53 *Cf. Hardy, op. cit.*, p. 1.

54 Poinsett, *op. cit.*, p. 131.

55 Mayer, en cambio, intentará explicar no sin cierto tino el porqué de la ausencia de chimeneas, “ese hogar –escribe– en que se juntan y fomentan todos los cariños domésticos” (*op. cit.*, p. 72). Mayer creyó que al clima benigno mexicano se debía el que no hubiera chimeneas; mas se hubiera hecho cruces si en visitando España en pleno invierno hubiera hallado que la única calefacción la proporcionaba asimismo el brasero, a cuyo alrededor presumían los españoles quitarse el frío. También la Marquesa señalará la falta de chimeneas y estufas en todas las casas mexicanas (I, p. 79).

trario, en casi todas ellas se empleara el españolísimo *brazero* (*sic*), que él imagina como una reliquia de los tiempos paganos de los antiguos mexicanos.⁵⁶ Beaufoy admitirá que las grandes casas coloniales eran superiores a todo lo que al respecto pudiera alardearse en Inglaterra; mas que tales casonas sólo hasta entonces estaban siendo equipadas de modo confortable y hasta elegante; las viviendas populares, confirmará Beaufoy, tenían fachadas bellamente decoradas, pero el interior era hórrido y miserable.⁵⁷

Las casas de campo que habitaban los criollos eran asimismo el máximo ejemplo de la incomodidad: “Cuatro paredes enjalbegadas, una con el vano de una ventana y ésta con postigos mas sin un solo cristal; un colchón echado sobre alguna tabla puesta en un rincón; dos o tres asientos desfondados, bajos, largos y estrechos; una mesa tosca y media docena de cacharros de barro oscuro y un piso de ladrillo o yeso.”⁵⁸

Pero no únicamente la casa campesina del modesto ranchero criollo presentaba este desolador aspecto, sino que incluso las de los grandes hacendados feudales: “Los dueños de la más grande y rica hacienda, que producía tal vez una renta anual de \$100 000, se contentaban con habitaciones y comestibles que un inglés titubearía en dar a sus sirvientes.”⁵⁹ Cuando el corresponsal extraordinario del *Tribune Office* de Nueva York logró embarcar en Veracruz en el vapor inglés *Thames*, el contraste entre la incomodidad hispánica que dejaba atrás y la confortabilidad familiar que le acogía le hizo exclamar lo siguiente: “Viniedo del semicivilizado México, la visión del orden inglés y el disfrute del ‘confort’ británico me fueron doblemente placenteros.”⁶⁰ Invitada la Marquesa a la casa que en San Ángel poseía el ministro inglés Ward, lo encontró todo confortabilísimo: “¡qué sólido se ve todo en una buena casa inglesa, todo hermoso sin ser brillante! [...] ¡Qué vajilla tan limpia, qué criados tan bien educados!”⁶¹ El capitán Lyon, que por tierras mexicanas, y para ganarse la vida, había recurrido a la buhonería caminera, se empeñó vanamente en colocar sus relojes entre los taimados rancheros. Uno

⁵⁶ *Op. cit.*, p. 23.

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 64-65.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 239.

⁵⁹ *Op. cit.*, p. 111, 153. La descripción se refiere se refiere a la Hacienda de San Miguel, residencia, a la sazón, del conde de regla (1826).

⁶⁰ Taylor, *op. cit.*, p. 443.

⁶¹ *Op. cit.*, II, p. 169.

de estos, viejo socarrón, desarmó la merolica propaganda de Lyon con estas ladinas y, para el vendedor, anticonfortables palabras: “que era una tontería dar cierto número de pesos por una cosa que servía precisamente para saber cuántas horas había de la mañana a la noche; que para un rancho era más que suficiente saber cuándo comer y beber, cuándo despertar, reposar, trabajar y dormir.”⁶² Aquellos rancheros de “sangre blanca”, digamos con el viajero, “descendientes de españoles”, habían mostrado tanta curiosidad y asombro como los que hubieran desplegado “los negros o los esquimales”. El parco utilitarismo campesino había encontrado superfluas aquellas maquinillas maravillosas que se podían llevar en un bolsillo del chaleco, y que solamente servían para decirles cuándo tenían que hacer lo que puntualmente realizaban con tradición de siglos. En realidad el reloj no significaba para ellos ninguna comodidad, a lo sumo, y hasta hoy, un lujoso estorbo. Sin necesidad de tener que leer a Emerson, los campesinos preferían conservar su habilidad de saber la hora por la altura del sol y no trocarla por un hermoso reloj ginebrino.⁶³

Entresaquemos ahora y copiemos la descripción que nos hace Penny del interior de una mansión perteneciente a una ex condesa:

La habitación era espaciosa y estaba magníficamente decorada con paisajes y marinas pintadas al fresco; las vigas del techo estaban cubiertas [caso extraordinario] por un cielo raso de tela tosca y fuerte, pintado para que hiciera juego con las paredes. Del centro del techo colgaba una araña de cristal pasada de moda. El ajuar consistía en unas pocas sillas bien barnizadas, con fondos de junquillos; un largo sofá cubierto de damasco indio ya muy usado; una pequeña consola en cada rincón, imágenes de cera cubiertas por capelos y un viejo y cascado pianoforte. Las pinturas de las paredes suplían la escasez de mobiliario y cuadros. El piso había sido también pintado, simulando ser baldosas cuadradas de mármol; pero los colores estaban ya muy gastados. Las ventanas se cerraban de mala manera y ninguna tenía cortinas ni visillos; los postigos eran lo suficientemente grandes como para servir de puertas a una troje y estaban recubiertos con tela basta pintada con guirnaldas y querubines retozones.

62 *Op. cit.*, I, p. 87.

63 Cf. Ralph Waldo Emerson, “Self Reliance (*apud Ensayos*)”, Londres, Golláncz 1901, p. 64-65.

A mano izquierda, conforme se entraba, había una pequeña puerta, oculta por la pintura excepto donde el borde manchado, próximo al piano, la descubría, que conducía a la sala y a la recámara. En el lado opuesto había otra puerta que comunicaba con el oscuro comedor y la cocina.⁶⁴

Al terminar el párrafo el lector se habrá sentido en cierto modo tan descorazonado e incómodo como el propio Penny; pero su desconcierto e incomodidad, que son también los nuestros, los que experimentamos en este nuestro tiempo tan panglossianamente confortable, provienen ahora no de la solera hispánica sino de la anglosajona. La Marquesa hallaba la casa campestre que poseía la excondesa de Cortina en Tacubaya muy desmantelada por los reiterados saqueos de la soldadesca, una disculpa con la que se trataba sin duda de borrar la inconfortable impresión⁶⁵ pero Hardy que no era aristócrata y por lo tanto ni tan discreto ni cortés como la Marquesa, a la pata llana afirmará que todos los mexicanos, los de arriba al igual que los de abajo, tenían una completa “ignorancia acerca del confort doméstico”.⁶⁶ Poinsett censurará por su lado los pesados y bastos muebles coloniales de las mansiones mexicanas, al compararlos acaso con el mobiliario *chippendale* de los períodos georgiano y victoriano, que hasta ayer hizo furor en su patria.

Empero no hay que olvidar ni por un momento que todas las descripciones críticas que hemos hecho hasta ahora proceden de hombres ya británicos o norteamericanos. El hombre protestante anglosajón no es que desdeñase la riqueza, lo que le sacaba fuera de sí era el mal empleo y ostentación de ésta; la prodigalidad y el derroche inútiles; la falta de un sano espíritu de ahorro en todas las clases.⁶⁷ Un vivir metódico, sabiamente regulado (ingresos, egresos y ahorro); un vivir regulado, confortable, ahorrativo era su máxima aspiración; su vida debía transcurrir sencilla, limpia, higiénica, sin lujos exorbitados ni insultantes. Frente a la incomprensible magnificencia y grandeza hispánicas opondrá él la virtud cardinal típica descubierta por Sombart en el alma protestante, la cicatería. El mal no estribaba en poseer riquezas, sino en utilizarlas

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 79.

⁶⁵ *Op. cit.*, p. 11, 37.

⁶⁶ *Op. cit.*, p. 102.

⁶⁷ *Cf. Thompson, op. cit.*, p. 135.

de un modo poco práctico, ostentosa, viciosa, vana y señorialmente; es decir sin el dispositivo ético-utilitario y satisfactor que representa en su cualidad de orden y comodidad la palabra “confort”.⁶⁸

Para Penny la cosa estaba bien clara; falta extrema de un apropiado confort personal era el hecho de que el dueño de una pudiente casa se presentase desaliñado en un baile de sociedad, con chaqueta de algodón, corbata negra, botas deslustradas, barba crecida y cigarrillo humeante, y que por contraste no menos indigno e inconfortable apareciese a su lado la señora cargando sobre sí joyas de extremo valor y ostentosos e inútiles diamantes.⁶⁹ Justamente la marquesa Calderón de la Barca reparó también en tales deslumbrantes joyas; mas lo hizo con admiración comprensiva, con espíritu aristocráticamente suntuario. Ella, puede decirse, no fue como la mayor parte de los viajeros; es a saber, *pequeños burgueses* de un mundo positivo y pragmático, mercantil e industrialmente atrajinado; mundo de porcentajes fabulosos y de inaudito y perversísimo egoísmo personal. La visión de la Marquesa es, por contra, señorial, *démodé* sin duda alguna, del antiguo régimen; pero capaz por ello mismo de explicar lo que vanamente hemos intentado aclarar páginas arriba. Ella admirará los diamantes de la condesa de Santiago; las costosísimas y deslumbrantes alhajas de la esposa del general Valencia y la vajilla y cubiertos de plata en que a ella misma y a gran número de otros invitados se les sirvió la comida en la hacienda de San Antonio;⁷⁰ pero sabrá explicar que en México había por entonces “un inmenso capital amortizado en diamantes y en vajilla, lo que dista[ba] de constituir un sistema de prosperidad comer-

68 Permítanos el lector esta modesta y breve digresión filológica: conviene aclarar que esta palabra (*comfort*) en su acepción moderna, es a saber la que ha transitado desde la significación primitiva espiritual a la pragmática que posee hoy día, y mediante la cual se caracteriza la cualidad material, desconocida originalmente por el latín y ajena por lo mismo al francés y al español y, en general, al resto de las lenguas occidentales modernas, nos parece que es una típica aportación semántica anglosajona. *Comfort* proviene, según se sabe, del antiguo francés *confort*, vertido hoy en el moderno verbo *confortar*. Todas estas palabras así como el verbo español confortar derivan del latín *confortare* (de *cum*, con y *fortis*, fuerte). En castellano confortar vale por dar vigor, espíritu y fuerza, y como puede comprobarse la acepción de algo que produce comodidad no está incluida, aunque si lo está en el adjetivo confortable que posee además una patente resonancia progresista. El sustantivo confort no tiene aún prescripción académica.

69 *Op. cit.*, p. 89.

70 *Op. cit.*, I, p. 128-129, 322.

cial”. Y por lo que se refiere exclusivamente a los diamantes, advertirá toda asombrada que del señor al lépero ninguno se casaba sin haber ofrecido antes a su novia un par de aretes de diamantes o un collar de perlas con broche de brillantes cuando menos.⁷¹ “No siempre –escribirá estupefacta Fanny Inglis queriéndose explicar el fenómeno– son prueba tales regalos de riqueza, aun cuando sean en sí una riqueza. Es muy posible que sus propietarios sean pobres desde otros puntos de vista; pero los diamantes se consideran aquí como algo indispensable para la vida, como quien dice los zapatos o las medias.”⁷² Se trataba, en suma, de una concepción anticuada, tan hispánica y aristocratizante del mundo que permitía, por ejemplo, el espectáculo inaudito que contemplara el excelentísimo embajador de Inglaterra, sir H. G. Ward, en la ciudad de México allá por el año del Señor de 1827, séptimo de la Independencia y cuarto de la República: “[las perlas] son tan de uso corriente en México, que son llevadas en la calle por las mujeres de las clases más bajas”;⁷³ que viene a ser lo mismo que contemplara Gage en el siglo XVIII.⁷⁴ Curioseando por el Monte de Piedad vio Thompson que una mujeruca del pueblo empeñaba un collar de perlas que valía unos 2 000 pesos.⁷⁵ Poinsett observó ante una mesa de juego a un lépero que apostaba oro sin que despertara la sospecha de nadie.⁷⁶ En Londres o en Nueva York no podía darse este insólito espectáculo, y si acaso se hubiere llevado a cabo por parte de cualquier miserable, la horca o la cárcel cuando menos hubieran puesto rápido final, y sin más averiguaciones, al sospechoso jugador y terminado, pues, con el juego. Ruxton quedó extasiado cuando vio que las “manolas” mexicanas se adornaban con macizas alhajas de oro y plata; y Poinsett nos cuenta que en México muchas más personas tenían vajillas de plata que las de su misma clase en los Estados Unidos.⁷⁷

En Uréguero, por ejemplo, Hardy fue obsequiado con un humilde puchero, que fue servido por una vieja ranchera en vajilla de plata.⁷⁸

⁷¹ *Ibid*, I, p. 273.

⁷² *Ibidem*.

⁷³ *Op. cit.*, II, p. 593.

⁷⁴ Cf. Tomás Gage, *Nueva relación que contiene los viajes de [...] a la Nueva España*, prólogo y notas de A. de Valle Arizpe, México, Xóchitl, 1947, p. 138-139.

⁷⁵ *Op. cit.*, p. 128.

⁷⁶ *Op. cit.*, p. 85.

⁷⁷ *Op. cit.*, p. 90.

⁷⁸ *Op. cit.*, p. 48.

Mas tornemos a Penny nuevamente y prosigamos con sus inconfortables críticas. Ya hemos visto que donde la aristocrática Marquesa veía magnificencia un tanto chocante y chillona él encontraba simplemente reprobación y motivo de enojo. El comedor de la casa que él visitara estaba sucio, impregnado del olor y humo de la cercana cocina; estaba además falto de luz y el menaje era pobre, desvencijado y casi ausente; no había ni un confortable cuchillo, pero, eso sí, platos y copas eran de rica plata. Un vistazo a una de las alcobas no fue menos escandalosamente deprimente, porque contrastando con la insostenible ruindad de los enseres relucía desvergonzada e impúdica “*la pot de chambre*”, como con honesto disimulo escribe Penny, que ¡naturalmente! era de plata fina.⁷⁹

Otros rasgos de la nefanda herencia

Hemos visto cómo los sedimentos hispánicos son sacados a la superficie, expuestos a la luz crítica de la razón liberal protestante y extranjera para ser abierta o veladamente censurados como muestras de un pasado histórico y espiritual antediluvianos, antirracionales; es decir, de un pasado que mostraba huellas de animosidad, de oposición, de manifiesta tendencia a ir contra la corriente. La *inconfortabilidad* hispánica puesta al descubierto se muestra en el predominio de lo suntuoso sobre lo utilitario; en la superioridad de lo ético-estético sobre lo pragmático y práctico; de lo superfluo por encima de lo necesario. Como también llegó a escribir el observador Penny, en Hispanoamérica parecía ser un hecho corriente que junto a inexplicables y absurdos casos de ahorro en materia económica (por ejemplo el utilizar una sola vela para alumbrar una habitación) “las mayores extravagancias reinaban, por lo que se refería a gastos, en otros renglones”.⁸⁰ En el mundo de los valores hispánicos en aquel entonces, es lo que descubrieron los extraños, un par de aretes con perlas y brillantes, según hemos visto, o un lindo y costoso vestido de china poblana, valían más en la estimativa popular que una cama o una habitación con muebles confortables.⁸¹ Hoy todavía, han venido a descubrirnos las más depuradas técnicas estadísticas dejándonos pasmados de ignorante asombro, la gente de

79 *Op. cit.*, p. 89.

80 *Op. cit.*, p. 87.

81 *Cf. Marquesa, op. cit.*, I, p. 208.

nuestro pueblo prefiere su modesto y chirriante radio a la higiénica y acogedora cama: decididamente el espíritu popular de la nación hoy por hoy tiende aun mucho más a la felicidad estética (aunque musicalmente sea vulgar y no por su culpa) que a la pragmática. En Oaxaca, digamos de paso, aun pervive este aristocrático sentido suntuario de la riqueza: famosas son las alhajas que conservan tradicionalmente incluso las familias más humildes. Restos de una pasada grandeza cuya base económica fue la cría y explotación de la cochinilla.

Pero todavía hay otros atributos hispánicos en los que la pléyade viajera paró su atención, y si ellos merecen la nuestra no es únicamente por prurito de iluminar con pinceladas impresionistas nuestro pasado ser, sino porque muchas de tales impresiones siguen aún larvando o enriqueciendo nuestro ser presente.

Ayer como hoy las corridas de toros despertaban irresistiblemente la expectación forastera; pero hoy al igual que ayer, la curiosidad extranjera no acierta, salvo rarísimas excepciones, a percibir el sentido trascendental de la *fiesta*: indefectiblemente las simpatías foráneas se inclinan por el pobre toro. Entre las tres grandes diversiones que presentaba antaño México, una revolución, un temblor y una corrida,⁸² esta última era la más habitual con todo y ser las dos primeras muy pero que muy serios rivales de la tercera. Cuéntanos Mayer que cuando un honrado irlandés que estaba a su lado contemplando una corrida vio cómo un toro arremetía contra los picadores, no se pudo aguantar y con ardiente y deportiva sangre exclamó a todo pulmón: “¡Bravo Bull!” Parecida simpatía mostrará tener el embajador norteamericano Thomson para la brava bestia.⁸³ Sin excepción todos los viajeros condenarán el espectáculo, que antojábaseles un vestigio secular de crueldad y barbarie. Penny tuvo que censurar acremente que sus hermosas coterráneas residentes en la capital mexicana le fueran entrando a las corridas cada vez que hallaban oportunidad para ello, con grave detrimento, aseguraba el comentarista, de los delicados sentimientos femeninos.⁸⁴ A la marquesa, con su peculiar gracejo, no se le escapaba que con las corridas ocurría lo que con el pulque: “al principio le hace uno gestos, y luego comienza a tomarle gusto.”⁸⁵ El espectáculo

⁸² *Op. cit.*, p. 85.

⁸³ *Op. cit.*, p. 219.

⁸⁴ *Op. cit.*, p. 95.

⁸⁵ *Op. cit.*, I, p. 244.

le pareció, pese a lo sanguinario, hermoso; de atrayente morbosidad, contagioso.⁸⁶ Ya en franco proceso de hispanización la Marquesa gustará en las corridas lo que en éstas hay de grandeza y nobleza por encima de la crueldad.⁸⁷ Latrobe, en cambio, demostrando menos comprensión, abominará de ellas, y especialmente las que se celebraban aquí, las cuales, según escribe, diferían bastante de las de España. Con ello Latrobe no solamente reprobaba la fiesta brava sino que mostrará la bárbara filiación de la misma:

La ceremonia [corrida] ha sido descrita y cantada en prosa y en verso *usque ad nauseam*. Si en España es una brutal e inhumana exhibición, en donde, después de todo, se realiza con cierto riesgo para la gente que toma parte en ella, a causa de la fuerza y vigor del noble animal, que es el blanco del cruel *deporte*, aquí no sucede así, pues el espectáculo resulta diez veces más denigrante, porque de todos los toros que he visto el mexicano es el más débil y sin braveza.⁸⁸

Lo que horrorizó a Hall cuando vio una corrida, fue que a la vista de la sangre cundía la alegría en la gente hispanoamericana. Buscando el descrédito se hará eco de las palabras de un patriota chileno para reprobar el espectáculo y condenar a la nación introductora de tal festejo: el objetivo *político* de España se había encaminado a la introducción de la sangrienta y salvaje fiesta, con miras “a desmoralizar y embrutecer a los habitantes de las colonias, y con la esperanza de así poderlas retener con más seguridad bajo el yugo”.⁸⁹

Mayer, situado asimismo en la línea crítica antitradicional, censurará la fiesta con razones análogas a las de Hall y se mostrará dispuesto a aplaudir a los mexicanos patriotas que se decidieran un buen día a desterrar del país aquel resto de barbarie.⁹⁰ Mas el lector deberá entender esta última palabra tal como la interpretaron los patricios suramericanos para poder abolir las corridas de toros: resto de gauchesca barbarie, a sabor de españolidad. Lo curioso no es que los anglosajones pensarán así, sino que les hicieran liberal y

86 *Op. cit.*, 1, p. 122.

87 *Ibid.*, p. 315.

88 *Op. cit.*, p. 168. El subrayado segundo es nuestro.

89 *Op. cit.*, I, p. 92.

90 *Op. cit.*, p. 91.

positivo eco los mejores hombres de Hispanoamérica, ciegos también para la metafísica de la fiesta y desdeñosos para la tremenda y simbólica significación lúdica del festejo, en el que los otros únicamente saben ver lo que tiene de deporte o lucha (*bullfight*). Mayer estuvo a punto de apresar algo del significado trágico del espectáculo cuando lo vio como un contraste entre la vida y la muerte; un “sermón” y una “lección” que para él cobró cierta inteligibilidad cuando oyó al par que los aplausos del público las campanas de una iglesia próxima que llamaban a los fieles al cercano retiro de religión, de paz y de catarsis espiritual.⁹¹ Contraste, sin duda, terrible; pera pleno de sentido histórico-religioso, como lo ha adivinado O’Gorman:

Junto a las catedrales y sus misas, las plazas de toros y sus corridas. ¡Y luego nos sorprendemos que a España y los suyos de este lado nos cueste tanto trabajo entrar por la senda del progreso y del liberalismo, del confort y de la seguridad! Muestra así España al entregarse de toda popularidad y sin reservas al culto de dos religiones de signo inverso, la de Dios y la de los matadores, el secreto más íntimo de su existencia, como qui-jotesco intento de realizar la síntesis de los dos abismos de la posibilidad humana: el “ser para la vida” y el “ser para la muerte”, y todo en el mismo domingo.⁹²

Las peleas de gallos, otro espectáculo favorito mexicano, fueron asimismo censuradas con energía; pero más que el hecho en sí de que dos aves se destrozaran a picotazos y espolonazos, lo que se critica es que en los palenques junto a los pillastres y caballeros de industria apareciese la buena sociedad dando *ejemplo* de discreción y decoro hispánicos.⁹³ Era una picaresca mesurada, de tono menor, pero que permitía el que el gallo de un lépero arremetiera contra el de un coronel, su dueño, que sólo cuando ganó su ave se dio cuenta de que el gallo contrincante y perdidoso pertenecía no al lépero sino a un iracundo y apasionado *padre*: un *tapado* al que le salió el tiro... por la sotana.⁹⁴

⁹¹ *Op. cit.*, p. 90.

⁹² Cf. Edrnundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 346.

⁹³ Cf. Marquesa, *op. cit.*, I, p. 135.

⁹⁴ Cf. Poinsett, *op. cit.*, p. 185.

Naipes y puntos

Y ya que, en cierta manera, de juegos se trata, pasemos a los de cartas que eran entre toda la inmensa serie los preferidos por los mexicanos. En México se jugaba al *veintiuno*, al *monte* (y montero llamarnos aún al que tiene la banca, no importa el abigarrado exotismo de los nuevos juegos y de las nuevas barajas), al *tresillo*, a la *malilla* (que por motivos sentimentales y patrióticos debiera ser declarado entre los juegos de cartas el nacional), al *julepe* y sabe Dios qué otros más; juegos que incluso hacían furor en las más respetables tertulias. Todos, desde el cura al barbero, del menestral al caballero, del aristócrata al lépero, del general al ordenanza, todos sin excepción experimentaban una decidida pasión por los albures. ¡Ah!, pero eso sí, jugándose las güeras y orondas onzas y los rubicundos doblones, los aburguesados pesos y reales, los populares *medios* y pesetas, los aleperados cuartillos y los aindiados y humildísimos tlacos⁹⁵ con un aire de dignidad y cimarrona democracia desconocidos fuera del ámbito hispánico, pues que sobre las mesas de verde tapete lo mismo que antes en la plaza de gallos, el bribón más sinvergüenza y encuerado, como lo describe la Marquesa, podía hacer su postura incluso contra la carta del propio presidente de la República.⁹⁶ Y Beaufoy vio frecuentemente en las mesas de juego a los léperos andrajosos envidando a generales y aun a gobernadores.⁹⁷

Otro motivo de admiración para los viajeros extranjeros es que los mexicanos jugaban impassibles no importa cuánto estuvieran perdiendo o ganando, y pese a que se hallasen arriesgando mil doblones a una sola carta. En rueda de jugadores mexicanos no se veían “labios apretados, entrecejos ceñudos, caras pálidas y manos crispadas; indicios de ansiedad y remordimiento o de voraz avidez de lucro”.⁹⁸ El “español”, escribe Mayer, queriendo indicar con el gentilicio al hombre hispánico, “lo toma todo con la *nonchalance* del fatalismo oriental. Nada del mundo lo desazona, lo inquieta o le arranca una exclamación de complacencia o le hace ponerse triste; permanece sentado en estoico silencio, embolsando sus *onzas* sin apresurarse, si gana, o viéndoselas

95 En la feria de Lagos Ruxton observó cómo el hacendado sacaba sus rollos de onzas, el ranchero sus pesos de plata y el lépero sus claco (*sic*) de cobre (*op. cit.*, p. 136).

96 *Op. cit.*, I, p. 313.

97 *Op. cit.*, p. 127.

98 Mayer, *Op. cit.*, p. 111.

absorber por la banca, sin tristeza, si pierde.⁹⁹ Esta observación misma la hará Lyon extensiva a todas las clases sociales;¹⁰⁰ y Thompson observará a su vez, y estaba muy seguro al afirmarlo, que jamás vio que surgiera una disputa entre jugadores, pese a que en las mesas había a veces hasta 50 000 pesos repartidos entre más de cincuenta montones y posturas.¹⁰¹ La explicación del fenómeno la hallará en la gravedad hispánica; “en la propiedad de la conducta *española* que nunca falta incluso ante la mesa de juego”.¹⁰² El decoro y la gravedad hispánicos, como lo pudo comprobar asimismo Mayer, nunca se olvidaban, ni siquiera frente a las mesas de juego.¹⁰³ Y la Marquesa, siempre tan observadora, notará que en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) sólo vio a una persona verdaderamente impresionada; pero se trataba de un jugador extranjero.¹⁰⁴ En las mesas de juego mexicanas se observaba la buena educación; en ellas no había disputas ni ruido, tampoco disturbios ni se observaban los escándalos y violencias forzosos a que daba lugar el juego cuando lo practicaba una turba inglesa. “La verdad es –añadirá la Marquesa cuyas son las anteriores palabras– que me parecieron escrupulosamente corteses [los jugadores] los unos para con los otros.”¹⁰⁵

Con todo, este *hábito hispánico* será criticado porque él había llegado a formar parte de la naturaleza de los mexicanos. Las inmensas riquezas en que nadaron durante la dominación española, apunta Mayer, hizo que el oro perdiera su valor y se convirtiera en fichas que les servían para pasar sus horas en un estado de excitación agradable, que nunca los deprimía ni los exaltaba.¹⁰⁶ En suma, el juego era un amable pasatiempo practicado por igual por ricos y pobres, y llevado a cabo pública e igualitariamente (con democracia clásica, a la hispánica manera: “todos iguales, dineros menos”) con el mayor decoro y circunspección. Era, pues, este estilo de juego una herencia más del sentido suntuoso español acordado con medieval y señorial persistencia a la posesión de riquezas: riqueza como un medio que otorgaba prestigio, digni-

⁹⁹ *Ibidem.*

¹⁰⁰ Lyon, *op. cit.*, I, p. 23.

¹⁰¹ Thompson, *op. cit.*, p. 134.

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ Mayer, *op. cit.*, p. 167.

¹⁰⁴ Marquesa Calderón de la Barca, *op. cit.*, II, p. 181.

¹⁰⁵ *Op. cit.*, II, p. 176, 179.

¹⁰⁶ *Op. cit.*, p. 111.

dad y seguridad (limosnas) para todos en el futuro; no como un fin, en sí misma; lo que explica, por tanto, la heredada indiferencia para el ganar o el perder. Una indiferencia que para los tiempos que ya corrían resultaba contradictoria y ruinoso de mantener.

Tenemos un ejemplo precioso que retrata maravillosamente el aristocrático y medieval sentido que se aplicaba a la riqueza. A la señora del primer embajador inglés en México, las damas mexicanas, siguiendo la vieja costumbre virreinal, le regalaron, así como si nada, valiosísimos diamantes. Los esposos Ward quedaron maravillados y confusos, puestos en un brete: por un lado había para ellos la imposibilidad de retornar a cambio otros presentes de parecido valor; por otro, escribirá Ward, rechazar aquellos espléndidos regalos hubiera significado causar una mortal ofensa.¹⁰⁷

Cuando en 1848 llegó Taylor a la Babel californiana, encontró que la fiebre del oro hacía estragos entre los mexicanos conquistados y sobre todo entre los yanquis conquistadores; porque donde hay oro, escribe con aguda ironía el periodista, hay jugadores.¹⁰⁸ En el mes de septiembre de 1849, en San Francisco funcionaban día y noche seis casas de juego: *Denison's Exchange*, *Parker House*, *El Dorado*, *Verandah*, *La Bella Unión* y *El Águila de Oro*. El juego favorito en todas ellas era, cómo no, el hispanoamericanísimo *monte*; la moneda más corriente la mexicana de oro y plata; la bebida el popular chinguirito; el whisky aún no había hecho su intrusa y encarecedora aparición.

Pero penetremos con Taylor, testigo presencial, en una de aquellas casas, ya tan familiares para nosotros a causa de las películas vaqueras del Oeste, pongamos por caso *La Bella Unión*, y veamos lo que nos describe nuestro fiel acompañante:

Los [...] mexicanos que están en frente, envueltos en sus astrosos sarapes, apuestan sus pesos y *medios*, y los ven perder sin que se les altere un solo músculo de la cara; el juego es un hábito nato para ellos y podrían perder miles de pesos con la misma indiferencia. Muy distinta es la conducta de los *americanos* que están jugando con ellos; su buena o mala suerte se nos revela en seguida por las exclamaciones involuntarias y las alteraciones del rostro, a menos que la postura sea tan grande y absor-

107 *Op. cit.*, II, p. 711.

108 Taylor, *op. cit.*, p. 87.

bente que la ansiedad, aunque silenciosa, podrá ser leída en este caso con menos seguridad. Ellos no tienen poder para resistir la fascinación que ejerce el juego.¹⁰⁹

Hasta ahora todo ha ido bien; gana-pierde, pierde-gana, pilas que suben y rollos que bajan, sin que hasta este momento haya aparecido la trampa y con ella el trasgo de la reyerta. Pero todo se andará, Dios mediante, pues en tales lugares, por poco que ellos mismos se estimen, una gresca suministra cuando menos el tempo y clima convencionales. Por tanto, prosigamos con nuestro film californiano:

Ellos [los *americanos*] –continúa Taylor– ya contando sus ganancias por miles, ora teniendo que depender de la bondad de un amigo para hacerse de unos cuantos dólares para comenzar de nuevo, pasan hora tras hora en aquel caldeado e insalubre antro. No hay a la vista armas; pero que se permita uno de los jugadores, impaciente por sus pérdidas y enloquecido por el ponzoñoso licor que ha bebido, amenazar a cualquiera de los de la profesión, y no habrá entonces escasez de cuchillos ni de revólveres.¹¹⁰

Como estamos en tierra californiana de reciente conquista anglosajona, los resultados de la pendencia resultarán injustamente favorables para los descontrolados y revolverudos *americanos*; y ni que decir tiene que nuestros pobres y dignos ensarapados no sólo perderán sus pesos y *medios* sino también, si es que la cosa llega a mayores, cargarán, sin duda alguna, con el muertito.

Hospitalidad y cortesía

La cortesía fue ¡ay! el rasgo más característico de todos los mexicanos. Desde la fama del indio cortés llegada a los clásicos a las curiosas referencias que nos dan los visitantes extranjeros sobre la complicadísima y ceremoniosa cortesía y etiqueta mexicanas del siglo XIX hay un enorme lapso de tiempo; pero el que podamos precisamente polarizar la atención sobre los dos extremos focos del ayer y del anteayer, nos revela que en dicho inmenso intervalo his-

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 119.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 199.

tórico la cortesía fue la tónica dominante. En nuestro México entróncase la corriente tradicional del indio cortés amante de las flores y obsequiador delicado de primorosos ramilletes, con la no menos tradicional del caballero español cortesano y etiquetero de los siglos XVII y XVIII. En la cortesía mexicana de los siglos XVIII al XX se revela la doble fundida herencia; mas pocos serán los viajeros suficientemente perspicaces para distinguirla; para la mayoría la cortesía aparece únicamente como una molesta y persistente influencia española. Hay, sin embargo, algunos que están a punto de ver la cosa, mas no lo alcanzan.¹¹¹

Que a toda la señora esposa del primer embajador español en el México republicano se la recibiese en todos los lugares con los brazos abiertos y con los toques más delicados de atención, nada tiene de particular, máxime que la bella y honesta Marquesa puso lo suyo para auxiliar en el oficio a su atareado marido; por esto es por lo que las múltiples constancias que ella hace de la hospitalidad y cortesía mexicanas, especialmente las que provenían de la aristocracia media y superior del país, así como la que practicaban las gentes más humildes podrían tomarse simplemente como forzados y hasta interesados cumplidos literarios. Pero es el caso que cuando ella, la señora de Ward, la de Del Barrio, y los esposos respectivos, amén de otros acompañantes, criados, caballerangos, etcétera, tuvieron que acogerse en Tajimara a la hospitalidad de un modesto lugareño, éste aceptó recibir bajo su techo a las damas porque “[le cuadra[ba] mucho la gente decente”.¹¹² Los títulos y relumbrones no les hubieran favorecido en nada para poder hurtarse a los estragos de la intemperie o, quien sabe si peor, a los de la horrible e incómoda venta pueblerina, que en punto a confort, chinches y pulgas, podía rivalizar con sus hermanas de Sierra Morena, las mismas que tantas veces sirvieran de descanso a los archimolidos huesos del caballero de la Triste Figura.

El incansable Penny, que no era marqués ni embajador y ni tan siquiera hidalgo, no pudo menos de reconocer que la gente mexicana con quien trató

111 Poinsett llamará la atención del lector sobre la gran atracción que ejercían las flores en todos los mexicanos. Todas las clases, sin excepción hacían gran demanda de ellas para adornar un santuario, para festejar al patrón de la casa o para honrar un festival (p. 50). Latrobe, que sin duda había leído más que Poinsett, señala que las pulquerías se adornaban profusamente con ellas; que el amor por las flores entre los indígenas era tan notable como en los de la época de la conquista (p. 119). Y no se equivocaba el inglés.

112 Ward, *op. cit.*, II, p. 318.

le mostró siempre una “tan genuina hospitalidad”, que en verdad merecía las mayores alabanzas.¹¹³ Los dignísimos esposos Ward también tuvieron que agradecer las atenciones que recibieron de los dueños de las haciendas, y asimismo la franca hospitalidad de los amables rancheros.¹¹⁴ El coronel Bourne, que viajó por tierra sonorenses, recibió la recelosa acogida de una señora, dueña de una hacienda, que sólo se sintió tranquila cuando el coronel le aseguró que no era un hereje y cuando por vía persuasiva le rezó el padrenuestro.¹¹⁵ También les tuvo que asegurar a la señora y a sus hijas que efectivamente el *padre* de Los Gavilanes era el mejor hombre del mundo, pese a que jamás había oído ni visto a tal persona.¹¹⁶

La inhospitalidad podía, pues, presentarse en México, pero sólo por motivos tradicionales religiosos; por recelo católico, porque aun por entonces en el mundo hispánico las palabras judío, inglés y hereje hacían referencia a la misma condenada cosa. La gente humilde practicaba también la hospitalidad con sencillez evangélica, genuina, pura, “unsofisticada” como quiere Taylor: “mi viejo amigo de Mazatlán me dijo que podría pararme donde quisiera; ningún ranchero se negaría a recibirme. De acuerdo con el consejo me acerqué a la primera casa e inquirí: ¿puedo pernoctar aquí? —Sí, señor, fue la pronta respuesta”.¹¹⁷ Con todo será Lyon quien nos trascriba una respuesta estupenda de una pobre ranchera: “Nosotros, escribe, nos procura[mos] una abundante provisión de requesón, por el cual se negó la ranchera a recibir cualquier pago, diciendo que ‘ella no vendía nada a los viajeros sino que daba lo poco que poseía con agrado’”.¹¹⁸ Es Mayer el que mejor descripción nos hace de la hospitalidad mexicana en ranchos y haciendas. Lo que un tanto irrita es que él, tan comprensivo para todas las cosas, tan generoso y bien intencionado intente una explicación desafortunada, cuando con lenguaje de contable da un corte de caja afectivo equilibrando difícilmente y por partida doble las finezas rancheras recibidas con la visita viajera obsequiada: favor por favor, cuenta saldada. En ello hay ramalazos de ingratitud, de chocante incomprensión y de espiritual corretaje:

¹¹³ Penny, *op. cit.*, p. 85.

¹¹⁴ Ward, *op. cit.*, II, p. 715.

¹¹⁵ *Ibid.*, I, p. 589.

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Op. cit.*, p. 333.

¹¹⁸ *Op. cit.*, II, p. 70.

Uno tiene conciencia de que las cuentas quedan equilibradas, y que las demás finezas y atenciones que se le ofrecen para su comodidad son fruto de una hospitalidad genuina y de los impulsos generosos. Son hidalgos nobles, liberales y generosos, y espero volver a viajar por la tierra caliente y encontrar unos cuantos señores Silvas, dones Antonios y dones Felipes.¹¹⁹

Lástima de tan hermoso párrafo estropeado en su comienzo por la manía mercantil, protestante y anglosajona de no sentirse satisfecho si no es mediante la *paga* o *compra* de todo, así se trate de bienes espirituales que solamente pueden ser sembrados en el campo de la simpatía; sembrados a voleo, sin esperanza de réditos y, antes bien, con la seguridad de obtener una ingrata cosecha.

Por supuesto no será ésta la única vez que se haga Mayer lenguas de la hospitalidad mexicana, y lo bueno es que lo haga sin recurrir ya a explicaciones tan torpes. La Marquesa se sentirá molesta por la asiduidad fastidiosa de los visitantes; pero pese a la cantidad pegajosa de los remolones que se quedaban de visita hasta que los tenían que invitar a comer, comprenderá que se trataba en el mejor de los casos de una calamidad señorial heredada de España. “El domingo –escribe– tuvimos mucha gente a la mesa, todos huéspedes inesperados, pues la costumbre española consiste en comer sin invitación en casa de los amigos.”¹²⁰ Y bastante antes, comentando sobre lo mismo, había escrito: “Casa abierta y mesa puesta para los amigos, entre los cuales se encuentran aun los simples conocidos ocasionales: las costumbres de la hospitalidad española trasplantadas a México.”¹²¹

Hubo asimismo la Marquesa de recoger en sus agudas cartas muchas observaciones relativas a la excesiva obsequiosidad cortés de los mexicanos de todas las clases sociales:

Son al principio [los indios] tan corteses, y gastan finura tanta al ofrecer el jarro de pulque a sus lindas compañeras [...], se quitan con tanta gentileza el sombrero para saludarse los unos a los otros, besan a las mujeres que encuentran, como a duquesas, la mano con tanta reverencia, que apenas puede uno imaginar que esas mismas mujeres harán surgir, de

119 *Op. cit.*, p. 271.

120 *Op. cit.*, II, p. 121.

121 *Ibid.*, I, p. 82.

seguro una pendencia y que uno de los hombres sacará a relucir alguno de estos horribles cuchillos y que entonces... ¡adiós!¹²²

Y sobre los rancheros señalará también: “Es imposible imaginar gente más humilde y cortés que los campesinos ordinarios: los hombres y las mujeres se detienen a saludaros, aquéllos con los sombreros en la mano; y todos muestran sus blancos dientes y sus rostros iluminados por su buen natural, libre de afeites y disimulos”.¹²³

Llegó un momento en que a la Marquesa le pareció tanto cumplido y tanta urbanidad excesivos, “muy fuera de lugar”. “Los modales de las señoras son bondadosos por extremo; pero la *etiqueta* y los *cumplimientos españoles* resultan por todo extremo fatigosos.”¹²⁴ Poco a poco fue tomando, sin embargo, gusto conforme se fue dando cuenta de que en la tal etiqueta y cortesía hispánicas sólo había “el más completo *laissez aller* del mundo”.¹²⁵ Bajo sus chinescas manipulaciones y convencionalismos, tal etiqueta le pareció a la distinguida embajadora consorte menos estirada, más cálida que la inglesa.

A diferencia de lo que ocurría cautamente en Inglaterra, una simple presentación abría en México las puertas a cualquier extraño. Oigamos al respecto lo que nos cuenta Penny: “Tras una ligera presentación sus casas están para siempre abiertas de par en par a los extranjeros, y cuanto más se les visita tanto mejor se es recibido; sin que ello llegue a resultar impropio el visitante asiduo puede participar en la cena de la familia e incluso solicitar una cama para pasar la noche. En los Estados del país éste es el caso corriente.”¹²⁶

He aquí, pues, una hospitalidad y cortesía hispánicas en verdad excesivamente familiares y dispendiosas, y para nuestros días, acaso, descabezadas e incomprensibles. En la hacienda de Tepetitlán los esposos Ward recibieron delicadas muestras de atención. “El administrador y su señora –escribe Ward– nos acogieron con esa natural cortesía de maneras, que ciertamente distingue a la raza española en donde quiera que se hallan sus descendientes.”¹²⁷ Los

¹²² *Op. cit.*, I, p. 403.

¹²³ *Ibidem*.

¹²⁴ *Ibid.*, I, p. 127, p. 140. *Cursivas nuestras*.

¹²⁵ *Ibid.*, I, p. 141.

¹²⁶ *Op. cit.*, p. 85.

¹²⁷ *Op. cit.*, II, p. 689.

indios con los que se tropezaba Bullock le parecían a éste las criaturas más inofensivas, corteses y gentiles del mundo; nunca se le cruzaba un indio en su camino sin que le saludase.¹²⁸ Thompson se asombraba de que la cortesía no fuera privativa de las clases altas; él dudaba que se encontrase otro país en el mundo en el cual, como ocurría en México, las clases media y baja fueran por lo general corteses y afables.¹²⁹ Que entre la gente acomodada se estilase la cortesía y etiqueta se podía admitir supuesto que en todos los países la gente que pertenecía a la clase alta estilaba formas de cortesanía más o menos afines; pero lo asombroso es que en México quien más quien menos rivalizaba en cumplidos, saludos, buenos modales y estrategia de salón o táctica franca de humilde jacal. Oigamos al respecto la salutación que recibió Koppe del huésped de la venta de Plan del Río: “Sírvanse sus mercedes sentarse donde les guste.” Y ya cerca de Jalapa, pudo oír cómo una madre indígena regañaba a una de sus pequeñas hijas: “Cállese la boca ahora y arrodílese y rece usted humildemente sus oraciones; porque si su merced no lo hiciere probará de nuevo esta vara”.¹³⁰ Como se ve, en el México de entonces, los de abajo al igual que los de arriba participaban de un mismo lenguaje cortesano, barroco, suntoso y secular. Las viejas fórmulas aristocráticas eran de dominio común: el lenguaje del indio, del caballero o del marqués respondía a un mismo sentido tradicional del talante vital, espiritual e histórico.

Mayer se explicará la cosa pensando que “la vieja escuela” parecía haber buscado refugio entre los mexicanos.¹³¹ A diferencia de Norteamérica, en México los saludos eran “algo más que meros saludos *nonchalants* de bienvenida o despedida; es decir se hacían sin la menor tiesura y con la mejor buena fe del mundo.”¹³² La indolencia elegante y cuidadosamente despreocupada, el estudiadísimo abandono y negligencia del dandy, el “aire distraído” y brummeliano no eran flores que pudiesen ser cultivadas en los salones mexicanos; una tal actitud resultaba ajena incluso para el más consumado de los lagartijos, lechuguinos, catrincitos, currutacos y petimetres mexicanos. Por ejemplo una visita tenía que ser una verdadera y hasta cargosa visita; en Estados Unidos, por contra, cualquiera podía hacer quince o veinte visitas en una sola ma-

128 *Op. cit.*, p. 349.

129 *Op. cit.*, p. 164.

130 Koppe, *op. cit.*, carta 2a.

131 Mayer, *op. cit.*, p. 75.

132 *Ibid.*

ñana. Hacer esto en México hubiera sido imperdonable grosería, y el autor de ella hubiera sido juzgado un estrafalario.¹³³

Mas no hay que hacerse muchas ilusiones por estas y otras alabanzas, en el fondo de todas ellas existe un latente espíritu de crítica por la novedad que se siente tradicional, anticuada, derrochadora, pasada de moda, un tanto ridícula y hasta exótica, como la juzga Hall, para quien la cortesía que llama también española le parece misteriosa y sinaica.¹³⁴ Otros autores no emplearán ningún misterioso eufemismo y sencillamente demostrarán la repugnancia aburguesada que experimentaban contra unas viejas fórmulas acartonadas y decadentes. Gillian aconsejará cautela, mucha cautela a los viajeros futuros: “Nadie puede visitar México sin que se impresione con la pulida cortesía y bondadosa conducta de los habitantes [...]; pero yo aconsejo a los que intenten viajar por ese país que sean cautos y estén alertas; porque bajo la más cumplida *debonair* (*sic*) de maneras y ofrecimientos de amistad, se ocultan las intenciones más negras.”¹³⁵

También a Beaufoy le pareció sospechosísima la forma como se saludaban los criollos echándose los brazos al cuello; palmeándose las espaldas, ofreciéndose mutuamente todas sus pertenencias y deseándose largos años de vida. “Pero –añade Beaufoy– no se tomen al pie de la letra tales ofrecimientos: ‘A la disposición de usted’ se ha de entender en la nueva República como se entiende en Inglaterra el ‘*not at home*’.”¹³⁶ Las fórmulas cortesés populares le parecían a Beaufoy tan exquisitas como las de los astrosos mendigos de París. La interpretación que da Beaufoy a la fórmula, “mi casa y todo lo que tengo está a la disposición de usted” es la siguiente: “Me guardaré todo lo que tengo y lograré todo lo que pueda de lo suyo.”¹³⁷ La Marquesa, aun admitiendo lo hiperbólico del ofrecimiento, considerará que tales expresiones debían ser tomadas como fórmulas usuales de etiqueta sin mayor intención de que se las creyese literalmente;¹³⁸ pero ella misma pone ciertos ejemplos por los que se deduce que algunos bribones (entre ellos un francés) se aprovechaban a veces de la fórmula para consternación del comedido oferente.

¹³³ *Op. cit.*, p. 75.

¹³⁴ *Op. cit.*, II, p. 229.

¹³⁵ *Op. cit.*, p. 115.

¹³⁶ Beaufoy, *op. cit.*, p. 242.

¹³⁷ *Op. cit.*, p. 38.

¹³⁸ Marquesa Calderón de la Barca, *op. cit.*, I, p. 396.

Había, pues, desde un sincero punto de vista anglosajón, una exageración de la cortesía, un empleo desusado de ella que no podía menos que causar extrañeza y recelo. Si las complicadas reglas protocolarias y los barrocos cumplidos estuvieron a punto de exponer a la inteligente Marquesa a más de un espantoso ridículo, y eso que ella, por su casamiento, estaría más familiarizada con el trato y modo de ser hispánicos, ¿qué se podía esperar de ingleses y norteamericanos, de extracción pequeñoburguesa y de filosofía rotundamente realista y práctica? La insinceridad e incumplimientos que ellos creen percibir por todo el ámbito mexicano no es sino resultante de un estilo de vida viajero ajeno a los antiguos e inútiles usos o prejuicios aristocráticos; porque la cortesía a la *española*, en última instancia, no era sino el último refugio de la aristocracia no ya de la sangre mas de los bien nacidos y mejor educados a la sombra del viejo estilo hispánico y católico. ¿Qué otra cosa nos describirá si no, Beaufoy, cuando él mismo tuvo que experimentar el refinado y cortesano encanto de una despedida hispánica?

Las ceremonias de despedida después de una visita son encantadoramente complicadas. Avanzáis hasta estar cerca de las damas y os inclináis, ellas no deben moverse de sus asientos; si sois muy corteses os esforzaréis en ganar la puerta sin dar la espalda, pero de todos modos deberéis deteneros e inclinaros. El dueño de la casa os acompañará fuera de la habitación y desde lo alto de la escalera os haréis mutuas reverencias; seis escalones más abajo tornaréis y os inclinaréis de nuevo; en el primer descansillo se repite la cosa y nuevamente la repetiréis al pie de la escalera al percataros que vuestro amigo ha tomado allí arriba vuestra anterior posición. Empero si estimáis en algo vuestra reputación, no deberéis salir del patio sin antes volveros para ver a vuestro perseguidor que todavía os estará mirando para saludaros por última vez. Cierta vez di involuntariamente motivo a una seria ofensa por haber omitido esto último.¹³⁹

139 *Op. cit.*, p. 130. En el libro de la Marquesa, en el de Mayer y otros hay mejores y más irónicas observaciones sobre el terna de las despedidas; pero en ningún caso aluden al espíritu versallesco, aristocratizante del mismo como lo hace Beaufoy tal vez de una manera inconsciente; razón, pues, para que hayamos preferido su descripción.

Criados, sirvientes y domésticos

Entre las lenguas occidentales modernas no hay un vocablo que como el de *criado* en la española (o *creado* en la hermana lengua portuguesa e hispánica) posea un carácter institucional tan saturado de señorial igualamiento. El vocablo español y portugués trasluce una esencia de igualitarismo desconocido en las lenguas y costumbres de otros pueblos. Sólo en italiano la palabra *allevato* intenta expresar la crianza y educación familiares que denota y connota nuestro castizo término. Ni en francés la palabra *domestique* ni en inglés el vocablo *servant* y menos en alemán el término *Bedienter* traducen todo lo que nosotros expresamos con la voz *criado(a)*. Y justo cuando no hay en una lengua un vocablo para expresar exactamente el de otra, es porque el objeto, cosa o institución que se pretende nombrar resulta ajeno o extraño para el pueblo que intenta traducirlo. Por supuesto ni doméstico, ni fámulo, ni sirviente son sinónimos en español de criado. Con el criado podían los jóvenes estudiantes acomodados llegar a Salamanca, Alcalá, México o Lima y matricularse juntos en tales o cuales cursos universitarios; más aún, señor y criado podían salir, a poco que se lo propusiesen, licenciados o borlados en todas las ciencias divinas, humanas y truhanas de aquella época centurial dorada: *curriculum vitae* que había tenido su curioso principio en la familiar hermandad comenzada en la infancia y bajo el mismo techo. Por eso en el mundo hispánico de entonces las dedicatorias a los *grandes* anteponían graciosa y orgullosamente el significativo “criado de Vuesarced”. Un motivo de honra que se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX.

A punto estuvo la Marquesa de cometer una gran piña, como ella misma escribe, cuando el portero de una casa de una importante dama mexicana le llevó la noticia del nacimiento de una hijita de dicha señora, y protocolariamente lo hizo con el gracioso eufemismo hispánico según el cual ponía la nueva mamá “otra criada a disposición” de la Marquesa. Ésta tomó el recado literalmente y le contestó al portero que le dijera a su ama “que agradecía mucho el aviso, pero que justamente acababa de contratar una recamarera”. Tamañotes ojos abrió el portero cuando oyó esta inaudita respuesta, y la Marquesa se libró de un espantoso ridículo y de las consecuencias naturales de su inocente grosería por un verdadero milagro:¹⁴⁰ *Experientia docet*.

¹⁴⁰ *Op. cit.*, I, p. 154.

Todavía, según creemos, el vocablo *criado* y el oficio que con él se nombra poseen en el mundo hispánico su anticuada resonancia, y aunque la vieja institución se resiente mucho ante los inevitables bandazos que impone la vida de nuestro tiempo, aun por aquí y por allá el trato familiar que se les da todavía a los criados muestra la raigambre de la tradición hispánica, como en parte la ponen también de relieve en nuestros países los lamentables fracasos que casi siempre han acompañado a todos los intentos de sindicalizar a las *sirvientas*: en nuestro mundo ser criado no es aún un oficio, es pertenecer a una institución familiar si bien muy quebrantada ya, enferma toda ella de modernidad interesada, egoísta y usuraria por ambas partes.

Beaufoy se quejará amargamente del trato familiar, igualitario que en México se acostumbraba patriarcalmente otorgar a los criados. Lo peor era que la fuerza de la costumbre hacía que los mexicanos trataran también con grandes deferencias, casi como a iguales, a los sirvientes extranjeros últimamente puestos de moda entre las familias pudientes. Según Beaufoy este trato resultaba contraproducente, porque cuando tales sirvientes regresasen al servicio europeo mostrarían indudables e inevitables señales de malcriadez, resabios de familiaridad que en Europa no podían ser tolerados. Además los propios sirvientes serían los primeros en lamentar aquel trastrueque de valores.

Los sirvientes europeos eran a veces tratados como iguales en la capital, y casi siempre en las más pequeñas ciudades y pueblos, por gente cuyo empleo en el Estado y rango en la vida social debiera haberles enseñado la impropiedad de hacerlo así.

Cuando tales sirvientes regresen [a Europa] se encontrarán sumamente incómodos entre aquellos a quienes conocen desde la infancia, y con amargura se arrepentirán de haberse aventurado a dejar *El dorado* del Nuevo Mundo.¹⁴¹

Penny quedó asimismo asombrado cuando en una tertulia de cierto tono vio que a un viejo criado con acento indio, malhablado y de toscos modales

141 *Op. cit.*, p. 285-286. No necesitaban regresar a Europa, porque la mayor parte de ellos afincaban aquí. Oigamos lo que nos cuenta la Marquesa: "Traer una criada consigo resulta experimento peligroso y lo mismo sucede con los criados [extranjeros], porque al cabo de diez días dan en imaginar que son señoras o caballeros, los hombres se plantan un *don* delante de su nombre y se casan y ponen tienda o bien se vuelven insufriblemente insolentes (I, p. 287).

se le permitía tomar asiento entre los contertulios: “Esto, creo yo –añadirá Penny– es sacar las cosas de quicio; pero no obstante me gustaría ver introducidas en nuestras frías recepciones de Inglaterra, en donde moda y aprobación son los resortes del cambio, un cierto grado de esta familiaridad y amistad.”¹⁴² Y censurando también Hall el trato inglés, lamentará que en Inglaterra no fuera posible la familiaridad entre amos y criados; dicha familiaridad jamás tenía lugar en ninguna clase social.¹⁴³ También asistió Hall a una tertulia y se quedó lelo cuando vio que los criados entraban y salían, y participaban incluso con cierto desenfado en las conversaciones. La Marquesa se escandalizó cuando observó que las sirvientas daban a las amas el tratamiento de “niña”, y Lyon se apresurará a explicar que tal familiaridad en el trato no se debía ni mucho menos a los recientes cambios republicanos experimentados en México sino a las costumbres de la vieja España, en donde los sirvientes se crían generación tras generación en la misma casa, y heredaban así todos los privilegios familiares provenientes del roce y del trato constantes.¹⁴⁴

Sirviendo de final a todo lo dicho podemos terminar esta sección con el siguiente revelador párrafo de Hall:

Se puede afirmar que, en general, en las colonias españolas o en las regiones que ocupan sus descendientes el trato que se da a los criados es más moderado y más filantrópico que en ninguna otra parte. Se da como razón de este hecho que la tiranía de la Madre Patria ha enseñado a los colonos a mostrar dulzura e indulgencia para con los que dependen de ellos. La experiencia prueba lo contrario: en mi opinión no es preciso buscar otra explicación sino en el carácter español; una multitud de circunstancias políticas y morales han impedido comprimirlo y absorberlo; pero no es por ello menos generoso y, sobre todo, digno de mejor suerte.¹⁴⁵

Habrà, con todo, quien piense distinto. Los rasgos hispánicos que como natural herencia poseía aún México le parecerán una aberración, un postizo o un añadido que cuanto antes había que cortar. Si México no estaba tan adelantado en las artes y en las ciencias como los países más civilizados, la culpa

¹⁴² *Op. cit.*, p. 136.

¹⁴³ *Op. cit.*, II, p. 212.

¹⁴⁴ Lyon, *op. cit.*, p. 29.

¹⁴⁵ *Op. cit.*, II, p. 232.



no era suya sino por haber sido colonizado por la nación más ignorante de Europa; la nación que llevaba por lo menos doscientos años de atraso respecto al programa progresista e ilustrado.¹⁴⁶ De aquí la apología que se intentará del México republicano justo por el heroico sacrificio que se había impuesto al desconocer o renegar de una parte imprescindible de su ser, con miras al espejismo vehemente del progreso anhelado. Pero como el *norteamericano* defensor juzgará en poco lo que se llevaba ya hecho por este camino, echará todavía en cara a los mexicanos el que conservaran aún los añejos usos: “¿Qué viajero instruido y despreocupado ha visitado a México con el objeto de observar el aspecto físico y moral de este país? ¿Y quién entre ellos es capaz de comparar lo que es actualmente con lo que era bajo la dominación española? Es un baldón para los mexicanos el que aun conserven mucha parte de sus modales y costumbres anteriores”.¹⁴⁷

146 Un Norteamericano (Pseud.), *Contestación al artículo infamatorio contra la República Mexicana* [aparecido en la *Revista Trimestral de Filadelfia* (1 de diciembre de 1827)], publicado en México, C. C. Sebring, Calle Capuchinas, 15, 1828, p. 4.

147 *Ibid.*, p. 7, 111.

El trasfondo religioso, católico e hispánico

191

Sentimiento histórico crítico

Aun el más superficial e ingenuo observador parece darse cuenta que nuestra gran ínsula hispanoamericana está todavía pagando y purgando su pecado de discrepancia no tanto multinacional sino *antimoderna*. Hacia nuestro mundo se experimenta incluso hoy una repugnancia decidida o cuando menos un displicente desdén. La modernidad de nuestro tiempo, de inconfundible acento y éxito anglosajones, y ya lejanamente heresiarca, no puede evitar frente a nuestro incomprensible ser y mundo un gesto ya arcaico e inequívoco de cansancio, de resquemor y aun de menosprecio. Pese a nuestra alharaquenta propaganda industrializadora y modernizante y a pesar de las inspecciones económicas y políticas de los nuevos *vedores*, los otros siguen viéndonos las entretelas inconfundibles de nuestra existencia misonéista y anómala.

Según se sabe, las ideas, y más las creencias, tardan mucho en desaparecer o, por mejor decir, jamás mueren del todo. A América arribaron los dos mundos espirituales europeos a reconstruir, cada quien a su manera, la *Civitas Dei* agustiniana; la *Civitas Diaboli* si es que queremos aprehender el clima agó-

nico, reformista y antagónico, respectivamente, de la época. A pesar de los fracasos y quiebras espirituales de los dos contendientes constructores, a lo largo de tres siglos y medio se ha proseguido la edificación político espiritual soñada. Los unos, los angloamericanos, invocando a cambio ahora de su verdad religiosa la democracia política, pero subsumiendo la auténtica igualdad; los otros, los hispanoamericanos, sustentando la igualdad verdadera de todos los hombres, empero a costa de sus más elementales derechos políticos. En definitiva los dos no han hecho sino vivir y traducir al lenguaje y tarea políticos exigido por la época moderna las diferencias espirituales profundas que comenzaran a separarlos históricamente a partir del siglo XVI.

La América hispánica en general, y más inmediatamente nuestro México, fueron sentidos (y en cierta medida se les sigue sintiendo todavía) negativamente; la recíproca, por supuesto, continúa aún siendo válida desde nuestro peculiar punto de vista. Se puede decir que desde su nacimiento nuestro mundo se presentó ante la conciencia anglosajona, ya anglicana o calvinista, con carácter satanESCO; universo nefando, hispánico papista. Era un mundo, como ya hemos dicho en otro lugar, que había sido viciosamente catequizado, revelado y cristianizado.

Este mundo nuestro tan gratamente convivido por nosotros, tan placenteramente entendido y justificado; éste nuestro mundo de espantosos pecados hispánicos, que tan considerables esfuerzos nos exige cada día, cada hora y minuto para entenderlo, para amarlo y para renovada e incesantemente perdonarlo, es natural que no sea, pues, un objeto de conocimiento de fácil aprehensión y entrega. Y si no lo es tampoco aún para los que tan hastiados y horrorizados se encuentran ya de la irreligiosa modernidad y del inmanente progreso, mucho menos lo pudo ser, sin duda, para los mismos hombres norteamericanos del siglo XIX que todavía practicando la modernidad y el progreso indefinidos creían con fe ciega e ingenua estar viviendo virtuosa y beatíficamente según el dichosamente teológico *american way of life*.

Hay, por tanto, que ponerse en la situación de ellos para intentar comprender el porqué de sus críticas y, en entendiéndolas, ver la manera de justipreciarlas. Procediendo los viajeros extranjeros de un mundo y ambiente protestantes, el contacto con México viene de nuevo a punzarles la vieja herida espiritual e histórica de las disensiones y pugnas religiosas acontecidas con la Reforma. El diálogo con México se convierte, por tanto, en reanudación del que en el siglo XVI hendió angustiosamente la cristiandad en dos mitades

tan espiritualmente distintas como ética y económicamente opuestas. La vieja y odiosa máscara católica y papista se les aparecerá de nuevo con toda su hedionda y repulsiva significación hispánica y, por si fuera poco, dejando también traslucir en bárbaro sincretismo religioso la condenación del mundo pagano indígena.

La idolátrica religión católica de los indios

Casi unánimemente los viajeros están de acuerdo en que la religión católica que practicaban los indios estaba groseramente contaminada de paganismo prehispánico.¹ Según Hardy los indios seguían tan idólatras como en los tiempos de Moctezuma, pues que sólo habían trocado la adoración de la serpiente por la de las imágenes de los santos.² Una opinión en la que estará totalmente de acuerdo Latrobe, quien explicará el cambio como un simple trastrueque de nombres; una inversión en la forma y en el traje de los ídolos; imposición de nuevos símbolos y ceremonias y la llegada de una nueva casta sacerdotal.³ Utilizando argumentos parecidos a los que empleó el padre Mier, y buscando alcanzar también el mismo objetivo que éste, Latrobe añadirá que bajo el nombre de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, había que reconocer al apóstol Tomás.⁴ Un diputado, según nos cuenta Beaufoy, presentó un proyecto al Congreso para que se declarase patrón de los mexicanos a Santo Tomás, porque el apóstol había sido el primero que había predicado el Evangelio en México.⁵ La simiente replantada por el padre Mier crecía lozana en el huerto de las críticas viajeras. El gran argumento justificativo español quedaba así inoperante y ello no escapó a la mirada aquilina de los anglosajones. Si Latrobe, Beaufoy y otros bebieron directamente en Mier o si bien lo hicieron en algunos de sus convencidos epígonos no es cosa que podamos demostrar; pero sospechamos mejor que pescaron la cosa en el propio ambiente mexicano de las tres primeras décadas del siglo XIX al calor de las discusiones entre liberales y servilones, entre yorkinos y escoceses, entre tradicionalistas y *novi homines*.⁶

¹ Cf. Poinsett, 73; Beaufoy, p. 58.

² *Op. cit.*, p. 526.

³ Latrobe, *op. cit.*, p. 125.

⁴ *Ibid.*, p. 126.

⁵ Cit. Beaufoy, *op. cit.*, p. 150.

⁶ En realidad esta idea no fue original del padre Mier, pues que él la extrajo, según con-

Y al efecto recuérdese no más que por 1833 se dictó un nuevo decreto de expulsión contra los españoles. Fuera de la supresión de los sacrificios humanos, Latrobe no hallaba ninguna mejora en el cambio religioso soportado por los indios.⁷ Poinsett evitará penetrar en la valoración ética del cambio y únicamente apuntará que los indios, como casi chiquillos que eran, se deleitaban mucho al mezclar sus danzas y trajes con las momerías del rito católico. Además, creía él, y efectivamente no se equivocaba, que la magnificencia del ritual nuevo atraía más a los indios que los ritos antiguos.⁸

Realmente las críticas del grupo, dejando al margen a Bullock, que complacidamente observará la gran devoción de aquel pueblo indígena descendiente de caníbales,⁹ se esgrimían contra la religión católica (postura tradicional protestante) y contra España (ancestral postura política asimismo heterodoxa y militante). Los indios eran simplemente un pretexto; un ejemplo magnífico con el que demostrar la ineficacia religiosa y política de todo el mundo hispánico y no tan sólo ya de España. Además, tales críticas respondían asimismo a un viejo ataque, a una añeja controversia espiritual que tuvo su comienzo con el anglicanismo y que luego se proyectó a tierras americanas al entrar en conflicto amargo y tenaz los dos sistemas misioneros de salvación aplicados a los indios. Si entendemos así las críticas, las de Thompson adquirirán, pues, una claridad meridiana:

Mas con respecto a cualquier idea racional relativa a la *verdadera religión* o acerca de cualquier *justa concepción* del divino Autor, la gran masa [de indios] está poco más o menos tan ilustrada como lo estuvieron sus antepasados en tiempos de Montezuma. Y su religión fue, por tanto, tan idólatra como lo es hoy la que la ha reemplazado a base de imágenes de piedra y barro.¹⁰

fiesa, del canónigo Borunda; pero la tradición Sto. Tomás-Quetzalcóatl, aunque no lo sabía Mier, se remontaba a Calancha, Veytia, Sigüenza y Góngora, etc. Cf. Edmundo O'Gorman, "Prólogo" a la *Antología del pensamiento político americano. Fray Servando Teresa y Mier*, México, Imprenta Universitaria, 1945, p. XV, n. 10.

7 Latrobe, *op. cit.*, p. 125.

8 Poinsett, *op. cit.*, p. 120.

9 Bullock, *op. cit.*, p. 49.

10 *Op. cit.*, p. 101. Los subrayados son nuestros.

Más adelante añadirá Thompson, que sin duda había visto la impresionante Coatlicue, la que se exhibía ya, aunque de mala manera, en el patio de la Universidad, que la única diferencia que él podía observar entre las dos supersticiones era la de ser más bellas las imágenes católicas.¹¹ Aquí también, como líneas arriba, sopla una ráfaga de aire ilustrado; de teísmo universal.

El torpe de Latrobe, que se había leído su Humboldt, sólo pudo ver en Nuestra Señora de Guadalupe a la Ceres mexicana; la santa patrona (en lo cual se equivocaba) de la ciudad de México cuya adoración en el Tepeyac había reemplazado a la de la diosa Tonantzin (Nuestra Madre). Verdad histórica y arqueológica que esclarece, en efecto, la cándida intervención sobrenatural; pero que no explica ese otro milagro mucho mejor y más prodigioso, que Arnold Toynbee pudo muy a lo mediterráneo descubrir cuando visitó México: el llevado a cabo por la Guadalupana al servir “de puente tendido sobre el abismo psicológico que existe entre seres humanos que son de distinta raza”.¹² “Inmensa conquista social” que hace inofensivo en nuestro mundo mexicano e hispánico el odioso cáncer de la distinción racial. Milagro portentoso y el mayor de todos los tiempos modernos, el de la igualdad racial de todos los hombres que se agrupan al rescoldo de la vieja creencia y sin necesidad de tener que recurrir, y por cierto sería inútilmente, al más democrático cuanto más superior y justo decreto de la más justiciera y Suprema Corte del mundo entero.

Un contraste doloroso: esplendor y miseria católicos

Los ataques contra la Iglesia se originan, por consiguiente, a causa del sustrato espiritual e histórico protestante de cada viajero, quien se subleva y desequilibra ante el espectáculo de un mundo insólito y todo él extraño. El contraste y desencanto eran todavía mayores supuesto que México se les había aparecido, al menos desde lejos, con la aureola de la libertad republicana o imperial ganada tras heroicos e increíbles martirios. El desencanto, pues, estallaba al punto que comenzaba el viajero a dar sus primeros pasos en el conocimiento embarazoso de México: el rostro tradicional de la vieja esfinge católica e his-

¹¹ Thompson, *op. cit.*, p. 189.

¹² CF “Revista Mexicana de Cultura” (núm. 356), *El Nacional*, 28 de marzo de 1954. De próxima publicación en esta colección el título “México y el Occidente”.

pánica aparecía por todas partes y asomaba su socarrona y vitanda mirada a través de los más encendidos discursos patrióticos, y por entre los gallardetes y escarapelas tricolores. Los tañidos seculares de las campanas, como en el caso de Longfellow, que oyera las de San Blas,¹³ y las marchas militares anunciaban, con tristeza para el ilusionado forastero, que las cosas no habían cambiado mayormente: que las cosas no habían cambiado de acuerdo con las esperanzas alimentadas desde hacía siglos.

Las primeras críticas tienen, por tanto, que ser furibundas, y en ellas se conjugan, en heteróclito desorden, los viejos ataques dogmáticos y los vituperios heterodoxos más gruesos y torpes de siempre. En realidad los viajeros no pueden darse cuenta de que ellos están ya histórica y espiritualmente situados al otro lado, en el camino real desembarazado que conducía a la modernidad, en derechura al éxito progresista. Los ataques más burdos y las inventivas más groseras contra el clero e Iglesia mexicanos vienen a ser los mismos que se desataron rabiosamente a raíz de la Reforma. Es decir, simonías, quebrantamiento del celibato eclesiástico, barraganería, venta de indulgencias (especialmente a los pobres indios), idolatrías, fracaso misionero con los indios (viejo tema de los siglos XVI, XVII y XVIII) y acumulación escandalosa y ostentosa de riquezas. Respecto a la crítica misional hay que aclarar que el enjuiciamiento severo no obedeció a un torpe desquite reivindicativo, sino a la necesidad de hacer resaltar el éxito protestante frente al fracaso, estancamiento y rutinas católicos. Se trata, pues, como lo hace Mayer, de subrayar los buenos resultados del procedimiento espiritual anglosajón de adoctrinación. Por lo que se refiere a otro tipo de críticas hay que considerar que la mayoría de los viajeros al llegar a México se topaban, de buenas a primeras, con un mundo religioso con el que desde la infancia habían estado en efectiva oposición. Más aun, para muchos la visita los puso en visión abierta del ceremonial y magnificencia católicos. Una catedral católica es, en efecto, un espectáculo inaudito para aquellos que por primera vez entran en ella. No habrá, pues, viajero que no condene tácita o explícitamente las riquezas acumuladas en dichas catedrales, en las iglesias y aun en las capillas mexicanas de entonces. Y la razón de la condena, en el fuero interno, íntimo de cada viajero, no deja de ser teológica. Se trataba de una riqueza improductiva, ávida, inútilmente suntuaria; una riqueza escamoteada viciosamente a la circulación mercantil

13 Véase c. IV, n. 23, y también el *Apéndice*.

y financiera; una riqueza estancada, medieval y, por consiguiente, enemiga del victorioso y codicioso ascetismo intramundano de los tiempos modernos. El oro y la plata encerrados en las iglesias de la capital mexicana representaban para Ruxton un presunto y justo botín para los voluntarios norteamericanos que va asediaban a Veracruz (1847).¹⁴ Asombrado y a la vez horrorizado sinceramente, intentará Gillian explicarse las razones que habían hecho de la basílica de Guadalupe un depósito de inmensas riquezas: la aportación popular y un concepto tradicional de la vida y del mundo.

Existe en México, con todo, un cierto grado de excusa que sirve para paliar las fragilidades de la pobre naturaleza humana, porque como la máxima es que “el dinero es la raíz de todos los males”, síguese de aquí que la abundancia ha causado prodigios por lo que se refiere a la corrupción de las costumbres y de la moral del pueblo de este país, de suerte que a consecuencia de la superstición de la crédula gente, el reverendo caballero le ha hecho creer y le ha metido a ésta en la cabeza que el contagio del mal no es la resultante de ciertos hábitos sino que es un contagio transmitido por vía atmosférica.¹⁵

Lo mejor, pues, era depositar los sobrantes en los cepos de las iglesias o adquirir con aquellos, según vimos, riqueza suntuaria, de la que no se privaban, teniendo ocasión y ahorros para ello, las clases más humildes. “Gastar como un arriero” fue proverbial así en la Nueva España como en el México recién independizado. Lo que censura Gillian es este concepto improductivo, anticuado y medieval de la riqueza; el absurdo derroche de metales y piedras preciosas, de vasos, copones, patenas, custodias, paramentos, vestiduras, trebejos, imágenes, lámparas y hasta balaustradas.

Para hombres educados en un culto simplificado, puro, racionalizado, inostentoso y exento, el espléndido ceremonial católico tenía por fuerza que escandalizarles. Thompson censurará que se “hurtase [tanta] riqueza a los útiles propósitos de la circulación mundial, y que se la derrochase en tales ornamentos bárbaros, los cuales eran incompatibles con el buen gusto y con la humildad”.¹⁶

¹⁴ *Op. cit.*, p. 76.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 79.

¹⁶ Thompson, VI, p. 39.

No dudo –añadiré– que en las diversas iglesias de México haya suficientes metales preciosos como para aliviar sensiblemente la presión que se ejerce sobre la circulación monetaria en el mundo; presión [o enrarecimiento] causado por la producción menor de las minas y por la cantidad en incremento que se viene dedicando con propósitos suntuarios, y para pagar el costo de muchas decoraciones arquitectónicas y estatuarias de buen gusto trabajadas en mármoles y madera de caoba.¹⁷

Para Thompson era además bien clara la procedencia de tales riquezas: “en ningún país ha sido creída y aceptada más universalmente que en el México de hoy la eficacia de la compra de indulgencias. El lector debe imaginarse, si es que puede hacerlo, los tesoros que proceden de esta fuente, los cuales rebosan las arcas de la Iglesia”.¹⁸

Se observará que todas estas críticas así como otras de Thompson y de otros viajeros, que no añadimos para no cansar al lector, huelen a liberalismo anglosajón y protestante. La ingenua credulidad de los mexicanos molestaba a Thompson en 1846 tanto como había mortificado a Poinsett en 1822. Durante medio siglo más o menos nuestros viajeros pudieron observar con gran escándalo cómo se le sacaba al pueblo el dinero con pretexto de aliviar las almas del purgatorio.¹⁹ Tal será el desprecio de Thompson por esta admitida “superstición” y “senilidad” eclesiásticas, que invocando los manes del desaprensivo Tetzels no podrá menos que aludir a la irreverente e indecorosa propaganda que éste pregonara para vender las infalibles indulgencias “*si quis virginem matrem vitiasset*”.²⁰

Esta comercialización de los sentimientos religiosos será asimismo criticada vigorosamente por Mayer y, en general, por la mayor parte de nuestros combativos viajeros.²¹ Pero lo que más les indignaba era, con todo, el abominable contraste que presentaba aquel lujo eclesiástico improductivo al lado de la increíble pobreza del lumpen ciudadano y de la harapienta indiada. En tanto que hubiese un solo hombre sin hogar en toda la república, las perlas y los diamantes de las vírgenes deberían ser empleados en la misión caritativa

17 *Idem.*

18 *Ibid.*, p. 45.

19 *Ibid.*, p. 42.

20 *Cit. Thompson, op. cit.*, 45.

21 Véase por ejemplo en Poinsett, *op. cit.*, p. 88.

acordada a la Iglesia como limosnera mayor del país.²² “Penoso contraste—añadirá— [es] el que ofrece la miseria humana con el esplendor del ara”;²³ el mismo que también en la catedral de Puebla pudo ver con harto dolor Poinsett, y que condenó con palabras bastante corrosivas.²⁴

Este desnivel económico social no se presentaba únicamente en las grandes ciudades como México o Puebla sino que era también patente en los medios rurales. En Apasco, por ejemplo, Poinsett advirtió la diferencia que había entre las bien ornamentadas iglesias y las míseras casas de adobe que las rodeaban.²⁵ Y más adelante, ya por tierra hidalguense, advertirá lo que sigue:

Las aldeas pueblan densamente la región por todos los rumbos [llanura pachuqueña]. Todas estas aldeas tienen su hermosa y costosa iglesia, con sus varias grandes campanas; en tanto que la gente vive en chozas de barro con tejados del mismo material, sin combustible y casi sin ropa que ponerse. La ocupación única parece consistir principalmente en espulgarse y despiojarse mutuamente, beber pulque, fumar cigarrillos (cuando pueden) y dormir.²⁶

Invocando al humilde Jesús, Gilliam cargará contra los padres y frailes que tan duramente pesaban sobre el pueblo mostrándole en la tierra las puertas del paraíso a cambio de la construcción de ingentes catedrales en las que se despilfarró tiempo, sudores y fatigas y, por ende, esfuerzos jamás retribuidos. Hoy al igual que ayer, añadirá al censor, “curas con anchos sombreros de teja y militares se han confabulado para cuidar de las almas y del bienestar de su querido pueblo”.²⁷

Intolerancia y fanatismo católicos

Si para cualquier extranjero protestante debió ser cosa desagradabilísima y fea que le agarrase la muerte en México, para sus amigos el trance debió ser

²² Mayer, *op. cit.*, p. 41.

²³ *Ibid.*, p. 63.

²⁴ Pointsett, *op. cit.*, p. 39, 231-232.

²⁵ *Ibidem*, p. 142.

²⁶ *Op. cit.*, p. 231.

²⁷ Gilliam, *op. cit.*, p. 244.

todavía mucho peor por los mil y un enredos e inconvenientes que había rara poder enterrar al pobre difunto. Como aun no se podía ni siquiera soñar con la secularización de los cementerios, el cuitado cadáver tenía que ser inhumado extramuros de la ciudad, más allá de la garita de San Cosme, en un lamentable camposanto que de mala manera y casi a regañadientes se les había concedido a “los cochinos herejes” para sepultar a sus muertos. La turba aleperada de la ciudad se ponía en movimiento con cada entierro y furiosamente apedreaba el cortejo fúnebre. Mayer nos cuenta (1843) que Mr. Black, cónsul norteamericano, cuando procedió al entierro de un tal Hayden, zapatero yanqui que había sido asesinado por un fanático, a causa de no haberse arrodillado al paso del viático que cruzaba por delante de la zapatería, no pudo alquilar ninguna carroza fúnebre y tuvo él mismo que llevar al ya estirado, yerto y frío zapatero en un coche particular, contraviniendo con ello las ordenanzas municipales. Mas la cosa no paró aquí, pues que en llegando el coche a la altura de la Acordada tuvo el cónsul que solicitar la protección de la guardia, la cual se vio precisada incluso a cortar cartucho para hacer frente a la plebe embravecida. Sepultado el infeliz zapatero, se alquiló un hombre para que vigilase la tumba; pero de poco sirvió semejante precaución, porque habiéndose expandido la noticia de que un *americano* había sido enterrado con todo y traje, botellas de vino y dinero para pagar los gastos de su viaje de ultratumba, la sepultura fue violada y al día siguiente se halló al cadáver todo desnudo y arrojado de mala manera a un lado de la hoya.²⁸

El mesurado Ward explicará las frecuentes violaciones de tumbas a causa de la codicia;²⁹ y al parecer no se equivocaba si juzgamos el caso por el relato lúgubre que nos dejó la señora Calderón de la Barca, a la cual se lo contó la famosa Güera Rodríguez, sobre la historia de un vestido robado a una difunta que había sido enterrada hacía pocos días. El escándalo fue de órdago, de los que hacen época; hasta el propio Santa Anna tuvo que mediar en el macabro asunto.³⁰

Según Ward, cuando en el Congreso se discutió qué hacer con los heréticos extranjeros que falleciesen en México, un diputado, el señor Cañedo, expuso que sólo cabía dar cuatro soluciones: sepultarlos, quemarlos, comérselos o exportarlos. Respecto a lo primero, comenta irónicamente Ward, los reve-

28 *Op. cit.*, p. 187. También lo cuenta Thompson, p. 101. Véase en Gillian, p. 186.

29 Ward, *op. cit.*, I, p. 355.

30 Marquesa, *op. cit.*, I, p. 134-135

rendos colegas del señor Cañedo objetaron; con relación a lo segundo, habría gran inconveniente, se dijo, por escasez de combustible; relativo a lo tercero, añade Ward, el orador declinó al menos por lo que a él tocaba; y en cuanto a la última solución, se afirmó que como los muertos heréticos no estaban incluidos entre los géneros exportables autorizados por la tarifa, él temía (Cañedo) que una innovación semejante produciría serias dificultades a los oficiales aduaneros.³¹

Pero las extravagancias no paraban en esto; a muchos viajeros les llamó bastante la atención que la gente hiciese *bautizar* sus animales; por supuesto la ceremonia era simplemente de bendición, mas los anglosajones, poco duchos en secretillos curialescos, tomaban la simpática bendición por la ceremonia del primer sacramento. En Puebla la aparición por las calles de dos percherones ingleses provocó, según Latrobe, un tumulto. Los “caballos heréticos” tuvieron que ser encerrados y su propietario no los sacó de nuevo hasta que no los hubo bendecido un cura, el cual, tras rociarlos con agua bendita, los declaró “cristianos”.³²

De entre todas las ciudades mexicanas Puebla se llevaba la palma en punto a intolerancia y fanatismo de sus habitantes. Los poblanos a la vista de los extranjeros no españoles (a éstos se les aborrecía por otros motivos) no se podían reprimir, y cuando no algún que otro canto rodado, caían sobre los viajeros, como latigazos, insultantes epítetos: judíos, herejes, infieles demonios, protestantes.³³ El propio papa se las hubiera visto negras en Puebla, nos dice el viajero alemán anónimo (Koppe), al plantearse la cuestión de *status*. “En ninguna parte de México se odia tanto a los que tienen otra fe, y Pongo por testigo a los viajeros europeos, como en Puebla.”³⁴ Esta ciudad levítica merecía, pues, el sobrenombre de “beata”,³⁵ en justa correspondencia, digamos de paso, con su angelical fundación y construcción catedralicia: *mirabile dictu*.

Según nos cuenta Latrobe, como cierto día demorara más de lo preciso para arrodillarse al paso de una imagen, una mujeruca del pueblo, salida Dios

³¹ Ward, *op. cit.*, II, p. 713.

³² *Op. cit.*, 207. Beaufoy cuenta un caso parecido, véase *op. cit.*, p. 138.

³³ Penny, *op. cit.*, p. 46.

³⁴ *Ibid.* 206. Pero no solamente Puebla sería la ciudad intolerante; Ward halló también intolerancia, y terrible, en Zacatecas. Lyon en S. L. Potosí y Penny en Guadalajara.

³⁵ Penny, *Ibid.*

sabe de dónde, le bailó ante las narices un judas pequeño que llevaba en la mano y le gritó con odio salvaje que el tal judas no era otro sino una muy allegada persona de nuestro azorado viajero.³⁶ Conocido después por Latrobe el empleo chamusquero que se les daba a los judas, no pudo menos de estremerse ante el delicado recuerdo de la mujeruca. El tiempo, sin embargo, iría secularizando fobias clericales y odios religiosos; por eso al ser reprendido Ruxton por un *padre*, cuando sombrero en mano corría hacia una esquina para evitar encontrarse con el viático, pudo contestar en su pintoresco español que él no se arrodillaba “al imagen de madera”. “Vaya –rezongó el padre– lo te pagara el demonio” y se marchó, añade Ruxton.³⁷

Otros casos de superstición abominable eran los nombres sagrados de los que, ayer como hoy, se hacía batiburrillo aplicándolos a tantas cosas no santas. Los nombres de algunas calles de México así como los de otras ciudades, pueblos y aldeas, a la mirada y oídos protestantes resultaban una escandalosa violación del artículo tercero del decálogo heterodoxo; verbigracia las llamadas de *Jesús* y del *Espíritu Santo*.³⁸ Algunos almacenes de Tampico ostentaban nombres divinos y “distinguidamente blasfemos”.³⁹ Las tiendas de San Luis Potosí, añadirá Lyon, portaban otros no menos irrespetuosos, Poinsett nos cuenta en Puebla se alojó en el *Mesón del Cristo*.⁴⁰ Y todos los viajeros que salían de Jalapa para Veracruz tenían que hacerlo por la típica calle de *La Preciosa Sangre de Cristo*;⁴¹ un letrado que justamente colgaba sobre la fachada de la casa donde el joven Bullock, que acompañaba a su padre, se hospedaba y desde la cual dibujó sus preciosas vistas jalapeñas. Pero el colmo de la irreverencia e impiedad lo halló Ward en San Luis Potosí, en la célebre mina de Zavala perteneciente al padre Flores, quien había bautizado uno de los más ricos socavones con un nombre que resonaba escandalosamente impío para cualquier cristiano no importa si protestante o católico: “Bolsas del Dios Padre.”⁴²

36 Latrobe, *op. cit.*, p. 123.

37 Ruxton, *op. cit.*, p. 75.

38 Thompson, *op. cit.*, p. 46.

39 Lyon, *op. cit.*, p. 111.

40 Poinsett, *op. cit.*, p. 38.

41 Lyon, *op. cit.*, p. 204.

42 *Op. cit.*, II, p. 496.

Dos ejemplos a la mexicana

Por 1500 era cosa corriente que en forma peyorativa los italianos, los franceses y los alemanes llamaran rabosos (*caudatus-couard-covard-cobarde*) a los ingleses. Desde luego a lo largo de la Edad Media tuvieron los judíos que cargar, a decir de los cristianos, con tan molestísimo e infamante apéndice.⁴³ Con la reforma religiosa todos los pueblos y gente protestantes heredaron, mirada la cosa desde el punto de vista popular católico e hispánico (la contraria sería asimismo válida), la demoníaca y famosa cola y el apelativo invaleroso y satanesco inherente a la posesión de la misma.

Para el español lo mismo que para el hispanoamericano no había entonces la menor duda acerca del carácter herético anglosajón; ingleses y norteamericanos, los protestantes en general, como hijos predilectos de Satanás y merecidos descendientes de Judas tenían por fuerza que poseer una vergonzante y nefanda cola; ser, en suma, unos cobardes. Frailes y sacerdotes se habían encargado de propalar entre el vulgo esta fenomenal conseja; de aquí, pues, que hasta bien entrado el siglo XIX el pueblo creyese a cierra ojos que todos los viajeros extranjeros tenían rabo. A un viajero alemán se le acercó en Puebla (1830) un obsequioso señor que confidencialmente le hizo esta peregrina confesión: “Ningún hombre ya en Puebla, ¡ni siquiera un solo niño puede creer que su merced tenga cola!”.⁴⁴ Y el honrado Koppe añade que tuvo que explicar más tarde a sus amigos que esta singular idea se debía a los *padres*, los cuales para convencer a la gente simple le habían hecho observar el modo peculiar de montar los ingleses a caballo, cuyo vaivén típico llegó a interpretarse como un imperioso arbitrio ideado por los jinetes para evitarse la fricción del rabo que ocultaban con el mayor disimulo.⁴⁵ También Lyon se explicó la expectación que causaban los ingleses a caballo a causa de la supuesta cola: los extranjeros, escribe, como eran, sin excepción, considerados judíos se les supuso adornados de dicha cauda, y la prueba que aducía el vulgo mexicano era la silla inglesa de montar, cuyos estribos, muy adelantados con relación a los de la silla vaquera, se creyó que servían para prevenir asimismo

⁴³ Cf. Joseph E. Guillet, “Raboso, rabudo, cobarde”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Cambridge, Mass. y México, El Colegio de México, núm. 4, octubre-diciembre, año III, 1949, p. 372-378.

⁴⁴ Anónimo, *op. cit.*, carta 2a.

⁴⁵ *Idem*.

la fricción de la cola del jinete sobre el fuste.⁴⁶ Para dar incluso más pie a la sospecha, norteamericanos e ingleses abominaban a voz en cuello de la silla mexicana. A Gillian le parecía que había sido inventada por Felipe II con inicuos propósitos inquisitoriales.⁴⁷ Ruxton la consideró ridícula en un principio,⁴⁸ y Lyon despectivamente la bautizó como mameluca,⁴⁹ y realmente no andaba muy errado en ello.

Para Beaufoy fue muy divertido observar la curiosidad teratológica con que las mujeres y niños y, en general, la gente beata espiaba a los extranjeros cuando se bañaban o vestían; pero conforme la experiencia sobre viajeros fue creciendo y penetrando por el interior, se fue desechando la idea de la cola hasta llegar a considerarla una mera patraña. Sin embargo, añade implacable Beaufoy, los buenos *padres* no tuvieron más remedio que explicar la fábula y lo hicieron expresando que por algún propósito divino más allá de toda comprensión, el Todopoderoso había condescendido a conformar a los heréticos con las mismas proporciones y partes iguales que los católicos.⁵⁰

Hubo por fin un desafío entre caballeros mexicanos e ingleses a base de una carrera de caballos, que se llevó a efecto en la explanada que se extendía por entonces frente a la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Asistió todo *le beau monde* de México, y el pueblo ingenuo quedó esta vez eficazmente convencido no sabernos si de la ayuda diabólica que el rabo le prestó a los ingleses, pues que uno de ellos ganó la carrera, o de la falta de cola en los ágiles caballeros británicos. Sea como fuere, el caso fue que carrera y apuestas acabaron en medio de un divertido y plural moqueteo.⁵¹

Empero la anécdota mejor es la que nos regala Lyon, y que, según confiesa, le aconteció a él mismo cuando acompañado de un señor de Guadalajara, un *polar* sin duda alguna, visitó el convento de monjas de Santa María de Gracia. “Yo era –escribe Lyon– el primer inglés que habían visto estas señoras por primera vez en su vida. Don Manuel Luna, que me acompañaba en la visita, a la pregunta que le hicieron las monjitas sobre si yo era o no judío, les respondió, afirmativamente y les informó además gratuitamente ¡que yo

46 *Op. cit.*, p. 267.

47 Gillian, *op. cit.*, p. 198.

48 Ruxton, *op. cit.*, p. 82.

49 Lyon, *op. cit.*, p. 114.

50 *Op. cit.*, p. 147.

51 *Cf.* Becher, *op. cit.*, p. 73.

tenía (como se cree entre la gente campesina en el caso de los ingleses) cola!, a lo cual parecieron dar implícitamente crédito las reverendas hermanas; pero una de ellas astutamente inquirió si la cola de los heréticos desaparecía con la conversión del portador a la fe católica.” Los dos amigos fueron por lana y salieron, según se ve, limpiamente trasquilados por unas finas y maliciosas tijeras monjiles. La leyenda histórico religiosa había trabajado durante siglos para dotar al hombre extranjero enemigo de la fe con un pérfido halo de infernal extrañeza; más hacia la mitad del siglo XIX se ponía ya seriamente en duda la ingenua herencia tradicional: ¿soplaban acaso ya vientos de escepticismo y de independencia espiritual inclusive en los conventos?

¿Democracia en la Iglesia?

Cuando la señora Calderón de la Barca entró por primera vez en la Catedral mexicana quedó cegada ante la profusión de riquezas que ésta atesoraba; cuando penetró en la Basílica, quedó asimismo turulata, deslumbrada por la cantidad de plata acumulada en ella.⁵² Por otra parte no pudo ocultar su disgusto e incluso asco cuando percibió en ambos templos las legiones de léperos andrajosos y de mujerucas miserables que los llenaban. Mas su asombro llegó al máximo cuando vio junto a los pilares y cubriendo casi todo el sucio suelo a una turba de indios que dedicaba su atención tanto a los rezos como a los sendos y mutuos despiojamientos.⁵³ Mayer halló también en la Basílica a la multitud ansiosa que hasta reventar llenaba el templo, y no pudo menos que salirse cuanto antes pues “aquello no olía precisamente a esencia de rosas”.⁵⁴ El típico vaho acre a humanidad desvalida, sucia, doliente y angustiosamente esperanzada resultaba demasiado penetrante y desagradable (tal vez lo siga siendo) para las narices protestantes, liberales y progresistas. Como espectáculo estético las complicadas ceremonias católicas no tenían (acaso no tienen aún) rival; lástima grande, se dirían para sus adentros los visitantes, que a tales representaciones acudiese por derecho más que propio aquella abigarrada y maloliente muchedumbre, entre la cual, sin mayores miramientos ni distinciones, se codeaban “damas, léperos, caballeros e indios”.⁵⁵ Con lo ele-

52 Marquesa Calderón de la Barca, *op. cit.*, t. I, p. 94, 112.

53 *Ibid.*, I, p. 94

54 Mayer, *op. cit.*, p. 93.

55 *Ibid.*, p. 198.

gante y distinguido que hubiera resultado dividir en dos el gentío y poner a un lado a la gente rica, decente, perfumada y bien vestida; en el otro a la clase sudorosa, harapienta y oliendo a tigre.

Desde luego hay que imaginarse el contraste que media aun hoy entre penetrar en un templo de la Nueva Inglaterra o hacerlo en un templo católico mexicano. Nadie mejor que la Marquesa para percatarse entonces de ello:

Estas iglesias de madera, o mejor dicho, estas casas de reunión, son todas nuevas, están pintadas de blanco o acaso de un brillante rojo; cerca hay una estacada al frente, tan limpia y tan nueva como las iglesias, y hay también varias tiendas elegantes y nítidas casas de habitación; todo nuevo, todo de madera, todo pulcro y todo adornado con ligeros pilares griegos. El conjunto tiene un aspecto floreciente, alegre y ordenado. Las casas, las iglesias, las tiendas y las tabernas son todas de una pieza, están dispuestas para llenar las necesidades del momento actual cualesquiera que sean, y nunca saldrán de ellas hermosas ruinas. Todo proclama prosperidad, igualdad, homogeneidad, olvido del pasado, sensación del presente y despreocupación del porvenir. Nadie piensa en la posteridad, la cual nunca pagará sus deudas. No hay mendigos, y si un hombre tiene la ropa con agujeros, seguro es que acaba de llegar de las islas de las Esmeraldas.⁵⁶

Frente a tan encantador y confortable panorama, el retablo mexicano que nos describe a continuación la observadora resulta en extremo opuesto:

Contemplad el cuadro: las chozas indias hechas de barro con sus habitantes semidesnudos, y con sus jardincitos llenos de flores. Se pueden ver los bellos restos semiarruinados de algún edificio de piedra. A poca distancia, una hacienda a manera de palacio desierto, construido de sólido calicanto con su patio interior circundado de recios pilares de piedra, grandes paredes y ventanas con rejas de hierro como para sostener un sitio. Allá se ven un arco y una cruz arruinados construidos tan sólidamente que se admira uno al pensar cómo pudieron las piedras derrumbarse. Acullá, en medio de árboles de apariencia piadosa, la iglesia vieja

56 *Op. cit.*, II, p. 141.

y gris; pero tan fuerte como si la hubieran construido para la eternidad; en su interior santos y vírgenes, mártires y reliquias, oro y plata y piedras preciosas, cuyo valor sería bastante para comprar todo el pueblecito de la Nueva Inglaterra; y arrodillado en el pavimento de mármol, un lépero apenas cubierto con andrajos [...] Todo aquí nos recuerda el pasado.⁵⁷

Efectivamente todo conspira en las iglesias católicas para recordarnos el pasado; un pasado pleno aún de igualitarismo medieval frente a Dios; vital sentido que permitía (no sé si todavía lo permita) considerar que la casa de Dios era realmente de todos sin odiosas ni insultantes distinciones: casa del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. El contraste, pues, para la Marquesa y los otros viajeros no podía ser efectivamente más marcado. Se trata de un pasado tan pasado, tan católico y medieval que los viajeros ya no pueden reconocerse en él. Pero leamos de nuevo a la señora Calderón de la Barca, que tan penetrantemente pudo darse cuenta de los dos tipos excluyentes de religiosidad: inmanente, mundanal, moderno, positivo y hasta frívolo el uno; trascendental, agónico, sobrenaturalizado, transmundo y misoneísta el otro. En el primer caso es una concepción religiosa que ha roto sus amarras con el *otro mundo*, con la *otra vida*, con la allendidad; en el segundo, por contra, es una concepción en la que todavía aquendidad y allendidad coexisten indisolubles.

A pesar de estos inconvenientes, a veces he comparado el aspecto de alguna capilla de Londres con el de una iglesia mexicana en día de solemne fiesta, y la comparación resulta favorable a la última. Aquélla, luminosa, ventilada, alegre, con sus reclinatorios forrados de terciopelo, su predicador a la moda, las señoras un tanto soñolientas por haber pasado la noche en la ópera; pero vestiditas con el traje matutino más elegante, y preocupadas por lanzar miraditas furtivas al sombrero y a las plumas de Lady... o al chal de casimir y abrigo de armiño de la señora, y luego, hablando de tonterías elegantes en la puerta, mientras los lacayos preparan sus alegres trenes; entretanto, en estas [iglesias mexicanas] todo es solemnidad, severidad y austeridad y no se advierten diferencias de clase social. El piso está cubierto de personas arrodilladas, envueltas algunas en el rebozo, otras en la mantilla y todas igualmente devotas, al menos

⁵⁷ *Ibid.*, p. 141-142.

en apariencia. No se ven trajes ostentosos ni alegres sombreros ni mantos elegantes que distraigan la devoción del pobre y provoquen sentimientos envidiosos en su espíritu. Considerándose iguales en presencia de Dios, el campesino y la marquesa se arrodillan juntos y sus trajes poco se diferencian el uno del otro; diríase que todos están ocupados con la propia devoción y que no les da en pensar el traje ni tampoco la religiosidad de sus vecinos. Es muy posible que el sentimiento religioso sea igualmente fuerte entre los fieles de Londres que entre los fieles de México; pero a juzgar por las apariencias exteriores, que son el único indicio de lo que pasa en el interior de las almas, las probabilidades de una sincera devoción están en favor de las iglesias mexicanas. El ojo gusta de vagar y los pensamientos van a la zaga de la vista. En Londres hay trajes elegantes y formas a la moda para distraerse; aquí sólo se ve una masa de sombrías figuras arrodilladas y la representación de santos asuntos de la Escritura.⁵⁸

En las iglesias católicas, efectivamente, el igualitarismo democrático ante Dios se debe ejercer sin coacciones y sin luchas; salvo los canónigos, que tienen su puesto fijo en el coro, toda la demás gente se debe acomodar donde mejor le cuadre; lo contrario que en las iglesias protestantes, donde cada quien tiene ya de antemano asignado el sitio que ha de ocupar y que está en estrecha relación con la categoría social del *elegido* y creyente. Por ello lo que más chocaba a los viajeros era ese cercamiento atropellado de Dios, sin distinciones intramundanos ni categorías deterministas, lo que puede explicar tal vez el que Mayer ante un espectáculo similar al que viera la Marquesa opinara de modo diferente. Habrá que añadir también que Mayer, a diferencia de Fanny Inglis, no experimentó la penetración católico-hispánica que paulatinamente se fue apoderando de ésta. El Jueves Santo de 1843, sentado Mayer en un banco de La Profesa, veía desfilar a los feligreses y se daba a las siguientes reflexiones:

Cerca de mí se arrodilló una dama cuyo traje ha de haber costado miles en este país rumboso. Llevaba vestido de terciopelo púrpura bordado de seda blanca, zapatos de satén y medias de seda; le cubría la cabeza y los

58 *Ibid.*, II, p. 49.

hombros una *mantilla* de riquísimo encaje blanco; y las orejas, el cuello y los dedos resplandecían de diamantes. A su lado y casi tocándola se acucilló una india con harapos apenas bastantes a cubrir su desnudez, de pelo desgredado e inculto y piernas desnudas; y se puso a mirar de hito en hito el fastuoso altar y a la fastuosa dama. ¡Y por ese estilo todo el suelo de la iglesia era un tablero de ajedrez de damas y léperos, de miseria y orgullo!⁵⁹

Salvo el hecho de que un Jueves Santo fue imposible que Mayer viera a una dama mexicana vestida de rojo, pues que el negro es litúrgicamente el color obligado para la Semana Santa, he aquí un cuadro diferente, pero tan *verdadero* como el de la Marquesa. Pudiera incluso pensarse que fuera una réplica y hasta un tirón crítico a la capa ya casi hispanizante de la impresionable embajadora. Dos apreciaciones distintas referidas a un mismo hecho y, por lo mismo, las dos ciertas desde cada peculiar punto de vista. En la historia como en la conocida dolora, todo depende del cristal crítico y atestigüador, y los lentes de Mayer, según se ve, parecían de cuarzo ahumado para enfocar ciertas cosas (igualitarismo medieval y cristiano-católico), y cristalinos, transparentísimos y de aumento para ciertas otras (diferencias económicas). Mas cada quien, nada de extraño hay en ello, tiene los quevedos a su medida, y al buen entender, caro lector, llaman Sancho.

Una solución liberal y heterodoxa

Ya hemos dicho que no hay viajero que no deje de condenar abierta o disimuladamente el enriquecimiento abusivo de la Iglesia mexicana. Ni la propia Marquesa, según vimos, pudo al principio disimular su disgusto frente al despliegue de tales riquezas. Hubo viajero que no logró hallar como ella un hueco justificatorio donde acallar casuísticamente las rebeldías heterodoxas, y ante el absurdo que para él representaba aquella riqueza estancada, no titubeará en aconsejar el modo más expedito y legal para acabar con aquellos contrastes absurdos y de paso beneficiar al Estado. El embajador norteamericano Waddy Thompson, no podrá menos de comentar plausiblemente la actitud del vicepresidente Gómez Farías frente a los privilegios espirituales y temporales de

⁵⁹ *Op. cit.*, p. 201.

la Iglesia mexicana. Los decretos y disposiciones expedidos durante la llamada Primera Reforma fueron asimismo comentados jubilosamente por casi todos los viajeros arribados a México después de 1833. Con retrospectiva condolencia, Thompson se dolerá del malogrado fin de aquellas liberales ansias y alborozos: “[Gómez Farías] fue el único que en 1834 se atrevió a proponer a la cámara legislativa la confiscación de todas las propiedades eclesiásticas y a plantear todas aquellas medidas que, sin duda alguna, hubieran sido adoptadas si su administración no hubiera sido derribada por una revolución”.⁶⁰

Un poco antes de que el embajador Thompson registrase en su obituario político este desdichado fin, el secretario de embajada, Brants Mayer, ya se había adelantado y había apuntado sus baterías legales hacia el presente y no hacia el pasado. Como buen republicano, mejor liberal y óptimo protestante de la Iglesia unitaria, Mayer no podrá negar que la operación de adueñarse justicieramente de una parte de los bienes raíces del clero, para provecho del Estado, “era una inversión honrada y patriótica”.⁶¹ Y para fundamentar su tesis recurre al *Derecho de gentes* (1751) de Vattel, que venía a ser como una Biblia de consulta para todos aquellos hombres o gobiernos que tenían el proyecto de henchir sus arcas enflaqueciendo las de la Iglesia. Según afirmara Vattel, y con aplauso de Mayer, que era además abogado, la operación era lícita y digna a los ojos de Dios, supuesto que la requisa estatal no significaba otra cosa sino el alivio de las cargas del pueblo por medio de un acto de caridad realizado gracias al sacrificio gozoso de la propia Iglesia, dado que los bienes de ésta estaban destinados principalmente a los pobres. “El espíritu peculiar de la religión católica –añadirá por su cuenta Mayer– debía obligar a sus ministros a que abri[esen] sus arcas de par en par para el bien común”.⁶²

Escribir esto es, sin duda, escribir mucho y muy intencionalmente; pero Mayer no se va a quedar aquí sino que ardiendo en deseos por la mejora del país se estrujará la cabeza hasta parir con menos estruendo y más efectividad, eso sí, que los fabulescos montes parturientos un auténtico plan renovador para

60 *Op. cit.*, p. 41. Latrobe también comenta con dolor que los liberales mexicanos, tan amantes y simpatizadores de la política ilustrada de Europa y de Estados Unidos, fueron derrotados entonces por los conservadores: “su esquema –añade Latrobe– ha perecido con ellos; la educación se frustró, la administración de la justicia ha sido sumamente ultrajada (*op. cit.*, p. 117).

61 Mayer, *op. cit.*, p. 246.

62 *Ibid.*, p. 427.

México. En este plan, según el punto siete, se decreta lo siguiente: “Repartir entre el pueblo las tierras de la Iglesia o ponerlas en venta a precios tan bajos que todas las clases sociales se conviertan en propietarias”.⁶³ Gran satisfacción hubo, pues, de haber experimentado Mayer cuando por la etapa de la Reforma vio realizado, *mutatis mutandis*, lo que de su punto siete ya se ha transcrito y lo que del trece fue por entonces apenas confirmado: la libertad religiosa. El mensaje de Mayer hay que en tenderlo en su fisiocrático sentido republicano. Decir república o hablar de libertad implicaba la dotación previa de tierra a las clases más desposeídas: un consejo que tal vez no escapó a los hombres de la Reforma.

La incompatibilidad de los principios

Las llamadas idolatrías, según dijimos, constituyeron el terreno de todas las críticas. No eran sólo las danzas de los indios o de los blancos en los atrios de las iglesias;⁶⁴ no eran únicamente los bajorrelieves y pinturas religiosamente sincréticas, sino que todo el culto católico era visto por los ojos reformistas, ilustrados o progresistas de los viajeros como una gigantesca superchería. Como Mayer lo cuenta, el culto católico resultaba nocivo no solamente para el progreso intelectual y moral sino también para la pura y espiritual adoración de Dios.⁶⁵ Había en aquellas añejas ceremonias y ritos demasiada superstición; por eso no debían conservarse. Más aún, tales mojigangas no se compadecían con la mentalidad de la época ni con las necesidades de la república.⁶⁶ Salta, pues, a la vista la incompatibilidad que hallaban los viajeros (en esto todos opinan como Mayer, excepción hecha de la Marquesa) entre los principios ilustrados, progresistas y republicanos, herederos lejanos al fin y al cabo del libre examen, y los principios católicos herederos a su vez de una conciencia mediatizada o servil. Las instituciones libres, nos aclara Thompson, no pueden coexistir con el poder sacerdotal católico: “Deseo expresar que el predominio de la religión [católica] con exclusión de cualquier otra, junto con el poder del sacerdocio, según ahora se ejerce en México, son, a mi juicio, incompatibles con una forma republicana de gobierno.”⁶⁷ Y con ante-

⁶³ *Ibid.*, p. 455.

⁶⁴ Latrobe, p. 25; Mayer, *passim*.

⁶⁵ Mayer, *op. cit.*, p. 4.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 246.

rioridad, Thompson que sabía muy bien hacia donde se inclinaban los intereses del clero en materia política, había escrito lo que sigue: “No conozco ninguna simpatía que sea mayor que la que experimenta la clerecía católica hacia el poder político despótico, y nada conozco que sea más fatal para esa inclinación que el desencadenamiento de la mente humana gracias al espíritu e influencias de las instituciones libres”.⁶⁸

A los hombres hispánicos les faltaba curiosidad intelectual; pero esta carencia revelaba otra aun peor: la falta de curiosidad espiritual, de desazón religiosa. La fe de estos hombres resultaba tan simple, firme y candorosa como la del carbonero famoso. Cuando Thompson cuestionaba ante cualquier mexicano acerca del problema que entrañaba el misterio de la eucaristía, el interpelado, sin sobresaltarse lo más mínimo, respondía que supuesto que el cura aseguraba la certidumbre del misterio, es que éste era cierto: “la vida de los padres –le añadían a Thompson– está dedicada a estos estudios, y ellos saben más que nosotros del tal misterio”.⁶⁹ El corolario político de Thompson no se haría esperar: “¿Podrá acaso haber instituciones libres en un país donde existe tal estado de cosas? ¿Los hombres que delegan en otros el privilegio y la autoridad de pensar por ellos sobre materias relacionadas con su salvación eterna, serán capaces de romper las cadenas del despotismo o de mantener instituciones libres?”.⁷⁰ Lo que pasaba sencillamente es que en el mundo hispanomexicano de entonces sólo unos pocos se sentían tentados a razonar sobre el *cómo*, el *por qué* y el *para qué* de la creencia; el resto era una conciencia colectiva y única, no un asentimiento individual (como en la Francia de los siglos XVII y XVIII) de una clase intermedia disidente empeñada en cobrar conciencia de sí misma.⁷¹

Este bloque unitario de fe católica e hispánica presentaba también serias cuarteaduras; lo que el hombre viajero y protestante veía era una dualidad que para él era monstruosa, por eso, según Ward, nuestros hombres resultaban ser muy buenos católicos, pero pésimos cristianos.⁷² Hombres escrupulosísimos de la observancia formal, más hendidos éticamente.

68 *Ibid.*, p. 55.

69 Thompson, *op. cit.*, p. 109.

70 *Idem.*

71 *Vid.* Groethuysen, *La conciencia burguesa*, trad. J. Caos, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

72 Thompson, *op. cit.*, t. II, p. 337.

Gillian, antes de emprender el viaje a México, “el extraño país”, tuvo necesidad de inmunizarse espiritualmente, y acudió a un *divino* en busca de consuelo y ánimo. ¿Qué de extraño tiene, por consiguiente, que en entrando a una iglesia católica ni siquiera intente disimular su sonrisa de menosprecio a la vista de tantas imágenes de santos? Porque él se sabía muy bien que los actos todos provienen de Dios y que la supernaturalización de las obras o acciones intercedoras era mera superchería y menoscabo de la omnipotencia divina. El caso de Gillian nos comprueba, según creemos, que las críticas religiosas expresadas por los viajeros no eran simples desahogos, sino manifestaciones brotadas de una agresiva y modernista inconformidad espiritual. Durante buena parte del siglo XIX el catolicismo hispánico y el protestantismo anglosajón continuaron su pugna tradicional, secular y religiosa. La victoria de la modernidad había sido decidida muchísimo antes; pero todavía los últimos contendientes no tenían sino una vaga conciencia de aquel proceso. Sin embargo, algunos se percataban si no de la victoria exactamente, al menos sí de las causas diferenciadoras de entrambos mundos. Thompson, por ejemplo, no estaba tan ayuno de principios teológicos y, por natural implicación, políticos, como para no darse cuenta de que, según él lo veía y entendía, el atraso de España se debía a la religión católica.⁷³ Una vez descubierto esto, Thompson querrá naturalmente hacer extensivo su descubrimiento a Hispanoamérica en general y en particular a México. Así pues la colonización de México comparada con la de a Nueva Inglaterra arrojaba un saldo desfavorable para la primera, por cuanto en productividad e industria, educación pública, instituciones de todo género, prosperidad creciente en las artes, en las letras y en la moral y religión, así como en todo aquello que hace a un pueblo grande y feliz, los Estados Unidos (hijos de la colonización puritana en la Nueva Inglaterra) excedían a México.⁷⁴

Consecuencia natural de la colonización española y católica era la *extrañeza* que por aquí y por allá en su hermoso libro expresa Mayer ante el hecho monstruoso de ver incrustados en México, en repulsiva coluvie, los principios puros del republicanismo con los principios espirituales católicos, como ocurría en los documentos constitucionales y en las cartas políticas. Como se ha dicho, “para Mayer resultó incomprensible la adoración nacional de la Virgen

⁷³ *Ibidem*, p. 18.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 8.

de Guadalupe en una república”;⁷⁵ no menos abstrusa para él que la rarísima escena que hubo de contemplar cuando fue oficialmente invitado a la lúgubre ceremonia llevada a cabo en pleno Palacio Nacional, y que consistió ¡nada menos! que en administrar el viático a la esposa del presidente de la República. Quizá pudo pensar Mayer que la escena no diferiría mucho de las que se hubiesen antaño llevado a cabo en auxilio de una virreina moribunda. El espectáculo, escribe Mayer, fue en efecto “solemne”; pero asimismo “pintoresco”, impropio, en suma, de un auténtico y austero laicismo republicano.⁷⁶

Empero si tal espectáculo le chocó, no menos chocante le tuvo que resultar ver declarado en un documento político centralista como son las *Bases orgánicas* (1843), que la nación profesaría la religión católica, apostólica y romana “con exclusión de todas las demás”.⁷⁷ Como también vimos páginas atrás, Thompson intentó dar una explicación de tales contubernios político-religiosos. Refiriéndose, pues, a las mismas *Bases* que él llama *Constitución*, hará notar que en dicho instrumento político estaban consignadas ciertas garantías y derechos individuales, así como se incluía en él un principio de libertad pública.⁷⁸ Pero, se preguntará con su estilo característico el comentarista, ¿de qué pueden servir al pueblo las instituciones libres sin el espíritu de la libertad? ¿Y de qué provecho servirán ambas sin la virtud y sin la inteligencia generales: *Quid valeant leges sine moribus*? En donde “costumbres” (*moribus*), aluden en el lenguaje político de Thompson a los usos protestantes característicos.

La historia de otros países –continúa Thompson– responde a las preguntas [hechas líneas arriba]; pero ninguna se presenta de modo tan conclusivo como la casi desesperanzada situación actual de México –con una Constitución lo suficientemente liberal para satisfacer a cualquier país–. He aquí la profunda observación de un eminente escritor, “que esforzarse por hacer libre un pueblo de naturaleza servil es tan desesperado como intentar hacer esclava a una nación imbuida con el espíritu de libertad”. Sería mucho mejor preferir el espíritu de libertad en medio de instituciones despóticas, que libres instituciones sin el espíritu de libertad.⁷⁹

75 Mayer, *op. cit.*, p. XXXIII.

76 *Ibid.*, p. 299.

77 *Ibid.*, p. 440. Cursivas de Mayer.

78 Thompson, *op. cit.*, p. 186.

79 El “eminente escritor” no es otro sino Montesquieu. *Op. cit.*, p. 186.

Creemos que no hay que hacer grandes esfuerzos para entender las alusiones de Thompson; el espíritu de libertad es el que emana naturalmente de una conciencia libre. Justamente los viajeros no podían menos de admirarse, según hemos visto, cuando se percataban del modo peculiar hispánico de hacer convivir principios políticos de raíz protestante con el exclusivismo e intransigencia católicos. Por eso Ward, en su turno, se quedará sorprendido ante la Constitución de 1824, pues que ella, aunque “suficientemente liberal en todos los otros aspectos”, en su artículo tercero declaraba que la única religión tolerada sería la católica, apostólica y romana con exclusión de cualquier otra.⁸⁰ El lastre de la inconfundible tradición religiosa era bien visible para todos los viajeros; de aquí que muchos, cuando no todos, se encontrasen incómodos en México, puesto que los cultos protestantes sólo eran autorizados en riguroso privado. “Pese a los deseos de Su Majestad –escribirá el embajador inglés– no ha sido posible en México que obtengamos *un derecho* para el ejercicio público o privado de la religión protestante”.⁸¹ “¿Por qué la Nueva España –se preguntará Ward– va en punto a tolerancia y razón tan atrás de sus hermanas suramericanas, Buenos Aires y Colombia?”.⁸² La respuesta la hubiera podido aprender Ward de labios del propio padre Mier o leyendo el *Diario de Sesiones* correspondiente al mes de abril de 1826: porque así lo quería la nación y era preciso obedecer.⁸³ Incluso Rousseau, aunque a regañadientes, hubiera tenido que aceptar tal declaración que se apoyaba ni más ni menos en la tan cacareada cuanto llevada y traída “voluntad general”. Lo que pasaba es que entonces, y quién sabe si todavía hoy, los hombres hispánicos concordaban casi unánime, general y voluntariamente con una voluntad católica, apostólica y romana.

Pero volviendo a Ward, podemos, sin embargo, decir, refiriéndonos a su alusión sudamericana, que no sería mucha aun la tolerancia en Buenos Aires, cuando todavía por 1818 había podido Brackenridge notar que pese a los cambios políticos la mente del público no estaba preparada para la tolerancia religiosa. Incluso más, que muchos años tendrían aún que transcurrir antes de que tal tolerancia tuviese efecto. Dentro de la clase ilustrada y gobernante, según pudo observar el viajero norteamericano en el exvirreinato de la Plata,

⁸⁰ Ward, *op. cit.*, I, p. 325.

⁸¹ *Ibid*, I, p. 351. Cursivas del propio Ward.

⁸² *Idem*.

⁸³ *Ibid*, p. 113.

acontecía también un hecho extraño, que cuanto más liberales eran sus acciones políticas más se empeñaba la religión católica.⁸⁴ Se trataba, como en el caso de las constituciones criticadas por nuestros viajeros, de una compensación tal vez sabiamente estudiada y entendida como un inevitable puente de transición entre la tradición católica y el progreso político arreligioso. Con todo, pese a esta habilidosa y obligada política, la etapa transitoria fue casi siempre, según se sabe, costosísima y sangrienta no sólo en Hispanoamérica sino también en España. Este decisivo paso para acabar con la típica subordinación hispánica de lo político a lo religioso, siempre ha sido y será violento, y no por culpa de los hombres liberales.

Según hemos podido ver, diversos autores viajeros marcaron el alto a las instituciones legislativas y cartas constitucionales mexicanas al hallar en ellas el remanente católico que tanto desentonaba en el marco liberal y republicano, optimista y progresista de la época. Empero va a ser Latrobe el que apuntando a las diferencias que había entre Estados Unidos y México, y entre mexicanos y norteamericanos, indicará con suma claridad en qué consistía la respectiva almendra espiritual e histórica diferenciadora:

El pueblo de Estados Unidos y los partidarios de su sistema [republicano] repartidos por todo el mundo, hallan una pronta respuesta o excusa para el desacreditado estado de cosas que existe entre sus imitadores [mexicanos], y achacan la desorganización presente [1834] a la antigua tiranía. Mas dando incluso por bueno que España en el gobierno de sus colonias no hubiese actuado tiránicamente, hay otras causas que incapacitan a los mexicanos para huellar los pasos del estado situado más al norte, y que probablemente les impedirá siempre llegar a una posición respetable no importa cuánto la ansíen alcanzar. Ellos no tienen el principio de gobierno, ni de razón, ni de convicción acerca del valor de la educación, y, más que todo, carecen del *fuerte sentido moral y difusión general* del principio religioso que distingue a sus vecinos septentrionales.⁸⁶

84 Cf. H. M. Brackenridge, *Voyage to South America*, Londres: John Miller, 1820, v. II, p. 221.

85 Ward, *op. cit.*, p. 113.

86 *Op. cit.*, p. 244.

Véase, pues, como lo hemos venido repitiendo a lo largo de este capítulo, que el catolicismo era sentido como un obstáculo para el moderno progreso educativo nacido, como se sabe, con la Reforma. El catolicismo era también la causa de todos nuestros males históricos; el que impedía un auténtico avance republicano; era el pecado original heredado y todavía no redimido; era el estigma, la coyunda histórica aun no descargada pese a todos los aspavientos políticos. Latrobe, inglés y monárquico, tranquiliza a los partidarios del nuevo sistema republicano asegurándoles que lo que estaba en peligro no era el prestigio de la republicanidad merecidamente ganado por Norteamérica y sostenido contra viento y marca frente a los asaltos diplomáticos europeos y los desprestigios legitimistas; lo que estaba realmente en juego era el valor de unos principios morales y religiosos proyectados sobre el terreno de lo político. Es, por consiguiente, el párrafo de Latrobe un enmendarle la plana a la Ilustración y al optimismo desaforado que ésta cimentaba en la razón. El contraste entre Norteamérica y México descansaba en última instancia en las diferencias espirituales; en la religiosidad distinta, en lo subjetivo, intuitivo y casi irracional.



México: una república sin par

219

Republicanismo caótico e incomprensible

Los Estados Unidos Mexicanos eran una república; todos los viajeros extranjeros estaban al tanto de la tan reciente cuanto novedosa verdad política. México era republicano, una nueva república americana entre las muchas tumultuosísimas y anárquicas que habían brotado incomprensiblemente del fondo imperial y archicatólico de España. Si francés y republicano, el viajero se aproximaba entre expectante y apasionado para escuchar satisfecho, con arrogancias de hermano mayor, los ecos demoledores de la *igualdad*, de la *libertad* y de la *fraternidad* humanas y afrancesadas. El gorro frigio y los derechos del hombre señalaban por doquier, y para satisfacción de todo viajero galo no borbonista, las influencias libertarias francesas. En todos los puertos de Hispanoamérica surgían navíos que ostentaban orgullosos y evocadores nombres. Si el viajero era comerciante y alemán, desembarcaba entre cauto y pesado, monárquico y casi constitucional, respetuoso y disciplinado, y se adentraba camino adelante por el corazón de México anotándolo todo con la meticulosidad propia del naturalista famoso de la fábula. El ejemplo de Humboldt fue fatal para estos honrados viajeros germanos; la imposibilidad de superar o emular siquiera al gran sabio dejó en los cartapacios de viaje muchas notas, observaciones y diarios que ahora nos vendrían de perlas. Sin embargo,

aunque escasa, la literatura viajera alemana sobre México es valiosísima por su sinceridad, por su testaruda objetividad y por la benevolencia en sus juicios. De entre todos los viajeros los alemanes fueron los que menos prejuicios antihistóricos cargaban como experiencia histórica frente a México; lo que explica sin duda alguna sus simpatías.

El caso era diferente tratándose de viajeros británicos, con excepción a veces de los que portaban apellidos irlandeses, que en su mayor parte y por razones de orden espiritual y de herencia histórica intentaban francamente penetrar y entender a México. Ingleses y escoceses torcerán la boca frente a las audacias republicanas. México les proporcionaba argumentos más que contundentes con los cuales probar la locura extrema de ciertos hombres que pretendían, como los desagradecidos norteamericanos, gobernarse por ellos mismos desdeñando la instancia tradicional, perfecta y religiosa de los eternos y leviatanescos principios absolutos y monárquicos.¹ El hermano Jonathan, en cambio, llegará desde su Washington, Filadelfia, Boston y Nueva York ávido por ver recreado en México el *modelo*; ansioso por ver desarrolladas la experiencia y perfección sumas del viril sistema republicano. El disgusto contra México provendrá, por consiguiente, de otras causas: ya de la anomalía imperial iturbidista, como es patente en el desprecio de Poinsett, ora del torcido y turbulento camino seguido por el republicanismo mexicano, como es manifiesto en el caso de Gillian. Éste simpatizaba con sus hermanos republicanos de México y se regocijaba con los avances liberales mexicanos, porque un buen “americano no sólo ama[ba] la libertad civil y la justicia en su propio país, sino que admira[ba] a cualquier pueblo de la tierra que hubiera seguido el glorioso ejemplo de amor por la libertad y la independencia con que un Washington había inspirado a sus compatriotas”.² El norteamericano veía en nuestro sistema la caricatura o veía, insistamos en ello, la horrible máscara hispánica, católica y aristocrática que cubría dolorosamente el rostro augusto de la noble matrona republicana; de aquí su malestar y desprecio; de aquí también la urgencia *manifiesta* y el *destino* cierto que obligaban a rescatar (adquirir o comprar y nunca conquistar) vastas extensiones la tierra menos barbarie indígena (pielesrojas) o de las no menos bárbaras instituciones antirrepublicanas, antiprogresistas y antidemocráticas de México.³ El móvil de las adqui-

1 Vid. Latrobe, p. 223-4. Ruxton, p. 200.

2 Gillian., *op. cit.*, p. 180.

3 *Idem.*

siones o cesiones territoriales es, ante todo, la desilusión: el desencanto y aun el sufrimiento al ver unos principios republicanos viciados, pésimamente interpretados y vividos, como era el caso entre los mexicanos.

El mensaje de los viajeros anglosajones se ha de entender también como crítica desde fuera y desde dentro de unos principios religiosos y filosófico-políticos. El destino manifiesto, a poco que se repare en él, asoma por todos lados la oreja teológica, heterodoxa por más señas. Ingleses y norteamericanos han de coincidir en sus censuras ilustradas o positivistas cuando contemplan el revuelto cotarro político mexicano al que sienten desorbitado, fanático, servil y despótico; es a saber hispánico, oscurecido por la religión y poquedumbres católicas. Viéndolo, en suma, como una espantosa esfinge política: un cuerpo constitucional-liberal coronado por una testa mesiánica y caudillera. Un corazón nacional que latía con ritmo atrasado, lento, tradicional. Para la penetrante mirada anglosajona, México resultaba monstruoso: un increíble ornitorrinco espiritual, social y político.

Palabras iguales y hechos distintos

La propia libertad había resultado asimismo contraproducente para México. El inglés Beaufoy *comprobaba* que al liberarse los mexicanos de la “irritante tiranía” española habían caído en el libertinaje de hacer cada cual lo que mejor apetecía, es decir no hacer nada.⁴ La pereza era el correlato de la típica libertad mexicana; anomalía singular que no hallaba par en ninguna de las naciones occidentales, salvo acaso la española, naturalmente. El caso era, meditaba filosóficamente Beaufoy parodiando a Montesquieu, que “las instituciones libres y liberales, aunque buenas en sí mismas, pueden prácticamente llegar a ser una maldición en lugar de una bendición cuando las adopta un pueblo que no está capacitado para recibir las”.⁵ Las cadenas políticas, es lo que querían decir los viajeros, habían sido efectivamente rotas; pero las espirituales todavía no, y sin romperlas todo intento de libertad auténtica era falso e imposible. En realidad los hombres hispanoamericanos respiraban en un ambiente de libertad que resultaba enrarecido, contaminado para los nacidos bajo otros climas político-espirituales. Se puede decir que hacia la mitad del

⁴ Beaufoy, *op. cit.*, p. 36.

⁵ *Ibid.*, p. 104.

siglo XIX convivían dos tipos tangentes y divergentes de libertad: la hispano-católica y la angloprotestante. Y no es que queramos atrapar la cosa por los pelos. Veamos lo que sueña despierto Gillian al contemplar una plácida ciudad norteña (Durango, 1843):

De entre aquella vasta multitud ningún sonido se levantaba que pudiese romper la tristeza de la naturaleza, y la de una densa ciudad; mi mente se llenó de una agradable melancolía, y en el fondo de mi corazón sentí que llegará el tiempo en que los mexicanos sean felices, y espero que así acontezca cuando el velo de la desilusión que cuelga entre ellos y su independencia, que la plástica mano del Creador les ha otorgado, sea roto en dos pedazos; cuando su juicio se desenvuelva libre y ya no hagan comercio de su conciencia. Entonces, sólo hasta entonces podré imaginarme que México sea libre y esté gozoso por las trascendentales bellezas y riquezas de la naturaleza con que ha sido bendecido. Porque estoy persuadido que no puede existir libertad civil sin libertad religiosa.⁶

La libertad era ante todo un fruto de la conciencia disidente; he aquí, pues, la razón y el porqué negativos de la libertad mexicana; la verdadera libertad era fundamentalmente una hazaña religiosa protestante, de inspiración bíblica, de alusiones jehovizantes. El Jesús ecléctico, modernizante, neoclásico y jesuita no tenía que ver nada con ella:

La marcha de la mente va hacia adelante, y el *gran principio*, de día como un pilar de nubes y de noche como columna de fuego, triunfará en su carrera. El brazo de Jehová, cubierto por los gruesos tachones de su escudo, dará la libertad a los cautivos y liberará a los oprimidos de todos los climas.⁷

La masa del pueblo manifestaba al parecer poco agrado ante los súbitos cambios y las nuevas instituciones. De boca de alguien recogió Beaufoy la siguiente respuesta: “nosotros no entendemos estos juramentos, estos votos ni este Congreso que sin cesar cambia, y para ningún buen propósito sin duda alguna. Siempre hemos estado acostumbrados, como lo estuvieron nuestros

6 *Op. cit.*, p. 210.

7 *Ibid.*, p. 279.

padres, a obedecer al rey, y lo que desearíamos es que se eligiese un hombre para que nos gobernase de la mejor manera que ‘a él se le ocurriere’”.⁸

Beaufoy escribía esto por 1825; es a saber cuando los mexicanos, o parte de ellos, buscaban aún ansiosamente al gran caudillo mesiánico defensor por parejo de la tradición y de la novedad; verbigracia cuando una gran mayoría mexicana andaba en búsqueda de la fórmula política más luminosa y paradójica: la de un presidente-emperador,⁹ como sustitutivo mínimo de un presidente-obispo casi imposible.

La transcripción de Beaufoy, pese a todo lo corregida y enmendada que podamos maliciamos, refleja un estado popular de opinión (jacobinismo aparte) que hacía posible, como lo ha indicado O’Gorman, armonizar lo imposible: la novedad republicana y la tradición monárquica, híbrido político en verdad original y que casi se nos antoja exclusivamente hispánico. Hardy se hará asimismo eco de este estado de opinión pública y demandará para México un déspota ilustrado al estilo de un Revillagigedo; es decir “un tirano benevolente que hiciera a México digno de su independencia y libertad”.¹⁰ Los sistemas y los nombres consagrados no mentaban en México las mismas cosas. El pueblo daba a las palabras un significado “maravilloso” y “absurdo” que resultaba ininteligible para los viajeros. *Legislación, libertad y economía política* eran palabras que corrían de boca en boca según Hardy, pero a ellas no les asignaban un significado preciso, lo que revelaba un mórbido estado de sentimiento, “una mente estulta que ponía además de manifiesto la verdadera pintura de la pobreza nacional, la parsimonia y baja ambición”.¹¹ Es decir, las palabras podrían ser iguales, mas los conceptos eran diferentes. Según Thompson los mexicanos poseían el sentimiento de la libertad; empero este sentimiento se les presentaba vago e indefinido. Algo parecido acontecía con la palabra *república* hacia la cual mostraban un supersticioso y devoto afecto sin llegar a ser capaces de profundizar filosóficamente sobre las bases de un gobierno republicano.¹² Las palabras políticas nuevas arrastraban tras ellas los substanciales conceptos tradicionales, y no podía ser de otra manera.

⁸ *Op. cit.*, p. 257.

⁹ Cf. Edmundo O’Gorman, “Precedentes y sentidos de la revolución de Ayutla”. *Apud Plan de Ayutla: conmemoración de su primer centenario*, México, UNAM, 1955, p. 197.

¹⁰ Hardy, *op. cit.*, p. 517.

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹² *Ibid.*, p. 168.

Para hallar acomodo histórico a la republicanidad hispanoamericana hubo que enlazar el pasado con el presente; hubo de experimentarse un dilatado, intenso y doloroso entrenamiento republicano y liberal a través del puente natural del caudillaje y del clericalismo. El caudillo va, aunque no lo sepa o crea lo contrario, hacia el futuro arrastrando consigo el pasado e imaginando así que lo revive (o lo fosiliza). Él es el primer paso hacia la laicización; es en suma el dispositivo político hispánico que permita avanzar, si bien ineludible y lentamente, hacia la luz y hacia la libertad por el viacrucis de las caídas y recaídas conservadoras y clericales. El caudillaje es por fin el calvario vital de nosotros mismos; nuestra propia crucifixión y pasión. Todavía una buena parte de Hispanoamérica (y dentro de ésta, España, a pesar de la geografía) sigue clavada en su cruz caudillera; todavía no ha dicho su última palabra ni exhalado el postrer suspiro; aun no ha sido bajada del leño y sepultada para que resucite y se realice el milagro de la fe política; pero en tránsito se encuentra de ello y a punto acaso de realizarse el gran misterio de su redención sin necesidad de echar mano de tanto Cirineo aprovechado como pretende ayudarla.

La independencia como espectáculo histórico

Aunque las palabras eran filosóficamente mal interpretadas, políticamente eran bien entendidas: leamos lo que escribe Hall:

Los súbditos de los nuevos Estados [hispano]americanos no conocen, es verdad, la esencia verdadera de la libertad civil, o se quedan indiferentes ante ciertos asuntos políticos; pero por otra parte tienen ideas claras, sabias y sólidas acerca de la palabra independencia; no se equivocan sobre la importancia de los resultados que ella les promete. Este sentimiento es universal; él recibe de día en día más consistencia y fuerza; no dudo en aclarar con la mayor seguridad, que será imposible reducir de nuevo a la esclavitud política y moral a esta inmensa población, porque toda ella sabe apreciar sus intereses y sabe además que es un motivo de honor defenderlos.¹³

13 *Op. cit.*, II, p. 272.

La opinión pública sobre el asunto de la independencia era, pues, fijo y unánime pese al aluvión de razones absurdas y pese a las exageraciones e inexactitudes de los hechos.¹⁴ Si en un principio, como había afirmado Ward, el pueblo mexicano se alzó en defensa de sus sentimientos religiosos contra la polución, la contaminación y temor de invasión francesa,¹⁵ y si en un principio la mayoría de los criollos se hubiera contentado con reformas modernas,¹⁶ una vez consumada la independencia hubiera sido difícil encontrar un solo mexicano que no la aceptara abiertamente. El menor intento de España o de cualquier otro país para acabar con la independencia habría levantado toda la población.¹⁷ Ciertamente era que el pueblo estaba cansado ya de tantas revoluciones, cuartelazos y pronunciamientos; quería ciertamente la paz, pero deseaba disfrutarla juntamente con la independencia.¹⁸ Tan celoso estaba el pueblo de ella, que cuando Hardy le hizo ver a un labriego sonorense, que antes tenía que pagar tres reales de impuesto por una determinada mercancía en lugar de los cuatro que a la sazón abonaba, el propio campesino le añadió confiadamente que él suponía que los beneficios de la revolución de independencia no tardarían en venir.¹⁹

En el puerto de San Blas estalló un gran tumulto cuando un barco norteamericano descargó una gran partida de zapatos²⁰ que llevaban grabados en la suela el águila heráldica de nuestros vecinos nortños; mas los ingenuos sanblasenses tomaron el tal emblema por el nacional y no descansaron patrióticamente hasta no ver reembarcados de nuevo los zapatos. Hall calificó a aquella explosión patriótica de “beatería nacional o política, de la misma familia que la beatería religiosa, o, por decir mejor, supersticiosa que en esta parte del mundo es llevada a un grado de exaltación como no se encuentra rival en ninguna otra parte”.²¹ El escándalo de San Blas fue con todo minúsculo comparado con el mitote que casi por el mismo tiempo se formó en el puerto de Buenos Aires cuando un emprendedor comerciante inglés, pasándose de listo, desembarcó un cargamento de bacinicas las cuales llevaban

14 *Ibid.*

15 *Ibid.*, I, p. 352.

16 *Ibid.*, I, p. 135

17 *Ibid.*, I, p. 316.

18 *Ibid.*, II, p. 121.

19 Hardy, *op. cit.*, p. 435.

20 *Cit.* Hall, *op. cit.*, II, p. 302.

21 *Idem.*

grabadas en sus curvadas y elegantes panzas “las armas patrióticas” de la naciente república.²² Como dijimos páginas arriba, la libertad hispánica no podía compararse con ninguna otra.

Ward, que aplaudió la independencia, lamentó sin embargo la terrible destrucción de vidas y riquezas llevada a cabo por los dos temibles bandos contendientes. Inspirado seguramente por José Blanco White,²³ describió su proyecto ideal de autonomía gradual para Hispanoamérica: lo que, según él, debería haber sido la independencia:

La concesión de privilegios, muy inferior a la que gozaron las antiguas colonias de la Gran Bretaña en los Estados Unidos, habría satisfecho a los criollos y puesto sus tesoros durante años a la disposición de España. Habrían así comprado, no importa el precio, el derecho a tener asambleas coloniales, las cuales eran muy justamente miradas por los hombres más ilustrados entre ellos, como la mayor bendición que se podía conferir a sus países. Estas asambleas hubieran ciertamente preparado (y probablemente lo habrían hecho) el camino para la independencia final, al iniciar a los nuevos estados en el arte del autogobierno; mas su emancipación debería haber sido gradual, y al final hubiera sido llevada a cabo en términos altamente favorables para la madre patria: en tanto que la Corona, actuando como centro de unión en América, hubiera prevenido todas estas inconsistentes luchas por los sistemas o por el poder, las cuales han enmarañado todo el continente con las calamidades de la guerra civil, y ha hecho de sus más hermosas provincias un escenario de desolación.²⁴

Ward trasluce sutilmente su monarquismo, la idea del *commonwealth* británico que llevaba en la cabeza y en el corazón. Su tendencia es, pues, liberal pero recatadamente antirrepublicana. Latrobe en cambio, que no tuvo tantas reservas ni complicaciones diplomáticas como Ward, llanamente nos confiesa ahora su desconfianza por la institución republicana. El que ésta hubiera tenido cierto éxito en Estados Unidos debido a las circunstancias, no implicaba

22 *Cit.* Tom Bard Jones, *op. cit.*, p. 30.

23 *Vid.* *El Español* (mensual), Londres, C. Wood, 1812-1814, 8 v.

24 Ward, *op. cit.*, I, p. 140.

que fuera prácticamente aplicable a los hombres de las naciones en ruinas y menos a los mexicanos: “Aquí en la Nueva España –escribe– el caso es diferente; y lo mismo puede decirse de todos sus vecinos sureños en posiciones iguales: el experimento evidencia aquí su locura, y si ésta no ha ocurrido en los Estados Unidos se debe atribuir a la diferencia de linaje, de sangre y posición; no a la sapiencia de la teoría republicana”.²⁵

El tema que apunta Latrobe y su propia explicación parecían nuevos, pero eran bien viejos; tan viejos que hay que remontar sus orígenes occidentales y cristianos a los primeros colonos y conquistadores ingleses del siglo XVI en América. La explicación de Latrobe se inclina por la superioridad racial, la misma superioridad que los Raleigh, Hakluyt, Purchas, Gilbert, etcétera, invocaran espiritualmente para justificar frente a España los derechos que ellos también tenían a América. Lo que a Latrobe le faltó fue remitirse al alegato histórico tradicional y defenderlo heterodoxamente como los hombres del siglo XVI lo hicieron: por inexplicable decisión y mandato divinales; por secreta predeterminación del nuevo dios de los reformados.²⁶

El griego clásico que todo inglés educado lleva por dentro le hará ver la historia hispanoamericana al capitán Hall como un vasto y dramático espectáculo:

La historia del mundo rara vez ha ofrecido un espectáculo más interesante que el de la América del Sur durante la época de la cual hablamos. Jamás acaso el espíritu humano, en sus fases diversas, ha recibido un impulso tan notable dirigido hacia un objeto determinado; nunca ha sido el teatro más vasto ni los actores han sido tantos y en tan gran número. La naturaleza mojal y física está sometida a la gran prueba [histórica] del día. Una multitud de Estados (situados bajo climas diversos, rigiendo territorios distintos y emergiendo de golpe y porrazo, al mismo tiempo, sobre el escenario [histórico] del mundo) se hayan colocados, ya aislados o por grupos, en situaciones análogas, y por primera vez [en su historia] se han visto forzados a pensar y actuar por sí mismos. Sus opiniones, sus hábitos, sus leyes e incluso sus antiguos prejuicios se hayan confundidos con sus nuevas instituciones, sus nuevas costumbres y sus nuevos principios; la

²⁵ *Op. cit.*, p. 223.

²⁶ Véase nuestro tomo I en esta misma colección (v. 13).

libertad les ha sido dada de barato y por adelantado, según las oportunidades que el azar y los mil incidentes imprevistos pueden hacer florecer en medio del choque de los intereses y de las pasiones que se agitan y se han desencadenado violentamente para crear un nuevo orden de cosas.²⁷

No se trata aquí, desde luego, de una réplica dirigida contra Hegel, quien murió, como se sabe, en 1831; ni siquiera una réplica contra los epígonos, mas lo cierto es que el oscuro capitán inglés sale aún sin saberlo al paso de aquellas críticas europeas de la época que estaban empeñadas en regatearle a Hispanoamérica (a Norteamérica ya no era posible) su entrada y lugar fijo en el consorcio y monopolio occidental de la historia llamada universal. El lector podrá observar la franquicia que nos hemos tomado de añadir entre corchetes un adjetivo y un sustantivo orientadores; pero no creemos que con esto hayamos alterado el espíritu del texto, dado que a ello nos invitaba el propio arranque de Hall hecho a nombre de la Clío universal.

Anomalía revolucionaria: revolución y “revoluciones”

Por el contrario, para el aventurero inglés Ruxton el espectáculo mexicano (1846) era francamente absurdo. Apenas desembarcado en Veracruz estalló un movimiento subversivo provocado por la presencia de Santa Anna en el puerto, y cuando Ruxton preguntole a un negro indolente, que se hallaba recostado sobre uno de los pilares del Ayuntamiento sobre la causa de aquel alboroto, el interpelado, desplegando tranquilamente el deslumbrante teclado de su sonrisa le respondió: “No es mucho, caballero, un pronunciamiento nomás.”²⁸ Lo curioso es que la respuesta del negro, y la opinión que ella entraña acerca de la revolución, coincidiese con la de un hombre instruido como Mayer. Aunque no era mexicano no se le resbalaban las revoluciones como al negro; pero las contempla también como “desórdenes momentáneos”; no revoluciones bien proyectadas, de aquí, añadía, que no hayan sido progresivas ni determinadoras de un principio.²⁹ Buscando Ruxton explicaciones para aquella situación de permanente sobresalto político, aventurará lo que sigue:

27 *Op. cit.*, II, p. 134.

28 *Op. cit.*, p. 16. En el original en español.

29 Ruxton, *op. cit.*, p. 447.

La causa de las doscientas treintisiete revoluciones que desde la declaración de la independencia han convulsionado al país, ha sido la ambición y el anhelo de mando. El poder intelectual está en las manos de unos cuantos, y esta minoría es la que lleva a cabo todas las revoluciones. El ejército (que mediante el soborno y la casta sacerdotal se ha convertido en materia maleable) una vez ganado para la causa está listo para la consumación de los hechos. Así ocurre que en lugar de una libre forma republicana de gobierno, el país está gobernado por un despotismo militar casi perfecto.³⁰

Gillian se desesperaba asimismo, y muy norteamericanamente, del torcido rumbo republicano: “Los amantes de la libertad deben menospreciar la deformidad de llamar república al despotismo militar. ¡Hágase Santa Anna Rey-Emperador! no importa cuán duramente agujonee a su pueblo, porque éste es demasiado bajo para percibir sus propios males y demasiado pérfido para defender sus instituciones públicas.”³¹

Se podría creer que estas y otras acerbas críticas fuesen simples alivios patrioteros, pero no es así. En todos los viajeros anglosajones hay un concepto larvado o consciente de la historia; poseen una filosofía sobre los hechos históricos y, por consiguiente, acerca de la revolución. Ahora bien, lo que pasaba es que, vistas desde afuera, todas las revoluciones no eran ni valían lo mismo. Las revoluciones mexicanas se abrían todas, o en su mayor parte, hacia las puertas internas del egoísmo y del encumbramiento y poder absolutos. Latrobe hallaba que el mejor hombre de México, el más honesto y talentoso no podía obtener la cooperación de los demás. El motivo era bien simple, pero terrible: “A causa de que el autoengrandecimiento y el propio medro personal constituyen el propósito de todos. Hierven de patriotismo y no saben nada del significado de esta palabra”.³² Lo mismo opinaba Hardy al reflexionar sobre el enigmático panorama político de México. El Congreso, los jueces, los

³⁰ *Op. cit.*, p. 199.

³¹ *Op. cit.*, p. 248. Obsérvese que la fórmula de Gillian casi coincide con la de O’Gorman (*Id. supra*, n. 9), lo que prueba la finura metodológica del historiador mexicano para captar en el pasado una corriente popular de opinión que se comprueba históricamente con el comentario airado e incomprensivo del viajero norteamericano de 1846. Aclaremos que con el adjetivo “bajo” no concuerda O’Gorman ni, por supuesto, concordamos nosotros.

³² Latrobe, *op. cit.*, p. 224.

magistrados, los eclesiásticos y los militares miraban únicamente por sus propias ventajas individuales, y llevaban al país a la ruina, haciendo del ejecutivo un poder absoluto con tal de fomentar la malicia y las luchas de las facciones.³³ Para explicar este proceder absurdo, estos movimientos caóticos, se echó mano, como vimos, a manera de solución, de la explicación racista e histórica. Hubo alguno, como lo hizo Beaufoy, que se *aclaró* las cosas achacando a la herencia africano-española de los mexicanos la causa de los males políticos.³⁴ Otros buscaron resolver el enigma imputando a la sangre india todas las imperfecciones políticas, y los más de los viajeros atribuyeron el insólito espectáculo revolucionario a los antecedentes históricos y espirituales: absolutismo y mediatización de la conciencia (catolicismo).³⁵ Hubo, sin embargo, quien no se deslizó hacia una explicación tan fácil y no tuvo empacho en reconocer que los mexicanos “poseían muchas buenas cualidades y disposiciones dóciles”, y que por lo mismo eran un buen material humano para trabajar políticamente sobre ellos.³⁶ Lo que faltaba para alcanzar la felicidad era un buen gobierno;³⁷ desde luego tan sapiente y bondadoso como el que los mexicanos andaban ansiosa e inútilmente buscando (como lo habían buscado y, por fin, encontrado otros pueblos de más suerte) entre los turbamientos de las doscientas treintitantas revoluciones que contara Ruxton. Había, pues, revoluciones y *revoluciones*. Refiriéndose, por ejemplo, Gillian a las anglosajonas presenta una explicación *histórica* que sólo servía para explicar *ciertas* revoluciones; desde luego no las mexicanas:

En tales revoluciones llevadas a cabo por el mejoramiento cristiano, social y político [la de Reforma, las dos inglesas (1649 y 1688) y la de independencia de los Estados Unidos] de la condición del género humano, puede adivinarse que ha sido el dedo de Dios el que ha conducido a la caída raza humana (a través de sus propias innobles heridas y desde su envilecida e ignorante condición) hasta hacer del hombre la más gloriosa imagen de su Creador.³⁸

33 *Ibid.*, p. 527.

34 Beaufoy, *op. cit.*, p. 275-2766. Véase también en Latrobe, p. 227; Thompson, p. 245.

35 Gillian, *op. cit.*, p. 270.

36 Hardy, *op. cit.*, p. 527.

37 *Idem.*

38 *Op. cit.*, p. 278. Comprendemos que es demasiada libertad agregar al párrofo de Gillian

Si nos hubiésemos atrevido a quitar simplemente la palabra “cristiano” y lo del “dedo de Dios”, habríamos obtenido un párrafo que ni el mismo Kant se hubiera desdeñado subscribir. Entonces habríamos logrado ni más ni menos una especie de plan racional que la naturaleza, y no Dios, le ponía a la historia; es decir contaríamos ahora con una explicación excelente para poner un orden efectivo (inteligibilidad) en el ser misterioso, insociable y caótico de lo contingente, de la revolución. Mas no hay que hacerse trampas pues ni con el escamoteo ni con el cambio lograremos nuestro intento de hallar un sentido a lo que de suyo consideró Gillian irracional: las revoluciones mexicanas. A su vez, Thompson se explicará la desorganización política mexicana con un argumento casi ontológico. La decidida tendencia revolucionaria de aquella época se la explica a causa “de la inherente y constitucional inclinación de la raza hispánica a las guerras civiles”.³⁹ Kant se hubiera ahora sonreído ante tan ignorante cuanto supina explicación, y le habría podido apuntar a Thompson que precisamente esa típica insociabilidad humana (hispánica) era universal y sería la misma que conduciría a toda Hispanoamérica a la ináxima sociabilidad y eficiencia política (Constitución perfecta). Que justo fue, y lo sigue aun siendo, el gran sueño romántico de todos los hispanoamericanos.

Remachando Gillian en su tema favorito advertirá que los mexicanos serían felices sólo cuando pudiesen “americanizarse”; es a saber cuándo pudiesen gozar de la libertad de su propia conciencia,⁴⁰ cuando cesasen en el comercio que hacían de ella.⁴¹ “Únicamente hasta entonces –afirma entusiasmado en el párrafo ya transcrito– podré imaginarme un México libre gozando de las trascendentales bellezas y bondades de la naturaleza con que ha sido bendecido. Porque estoy persuadido de que en México no prosperará la libertad civil en tanto que no se lleve a efecto la religiosa”.⁴²

(entre corchetes) una caracterización revolucionaria tan precisa; pero si partimos del hecho de que al escribir lo que escribió no podía sustraerse esencialmente al *ejemplo* norteamericano, por extensión filosófico político habrá que remontarse a las fuentes inglesas y reformadas de la revolución de independencia de los Estados Unidos. Hay que excluir entre los movimientos revolucionarios el francés y el hispanoamericano, pues que ambos no respondieron, ni respondían en el credo religioso político de Gillian, a la esencia de una auténtica revolución: predeterminismo protestante.

39 Thompson, *op. cit.*, p. 245.

40 Guillian, *op. cit.*, p. 270.

41 *Ibid.*, p. 210.

42 *Idem.*

Se trata, en suma, de una secularización del mundo y de la vida, de la conciencia y de la política, que era justamente lo que estaba haciendo México mas por el camino propio y típicamente hispano: revoluciones políticas a granel. Hoy nos parece que los observadores transeúntes estaban ciegos y sordos ante los fecundos cambios que se estaban produciendo gracias precisamente a esos movimientos revolucionarios desprovistos al parecer de sentido. En realidad los mexicanos de aquel entonces jugaban las últimas trasnochadas cartas de una Ilustración llegada con retraso, y ponían todo su entusiasmo y acción en los programas políticos, con los cuales pensaban que podrían llevar a la República a la beatitud laica y al perfeccionamiento máximo. Se creyó que bastaba con un plan o una constitución para que comenzara a manar la dicha, y el viajero Hardy, que se volvía loco ante aquella insensata beatería institucional, bizqueaba a displacer sin comprender nada, absolutamente nada de lo que estaba pasando. Los serios esfuerzos económicos y administrativos quedaban ocultos bajo la inefable confianza que los dos mexicanísimos bandos o tendencias en pugna ponían en las ideas políticas. “¿Pero cómo es posible –se preguntaba Hardy– que México, que no posee fondos, que no promueve la industria ni tiene empresas de ningún género pueda llegar a ser libre y existir como un estado libre y soberano?”⁴³

Los políticos a quienes preguntaba Hardy se reían de tanta ignorancia inquiridora y conmisericordemente se deshacían del inoportuno preguntón; pero los ojos de Hardy bisojeaban aún más extrañamente a punto ya de escapar la niña de unos de ellos por el rabillo en tanto que la otra se acercaba peligrosamente a su respectivo lagrimal. Y sin entender nada Hardy y sin saber por dónde iba la cosa pública, en lo que se parece a Thompson, escribirá lo siguiente: “Pero el hecho cierto es que los mexicanos participan de una idea extravagante acerca de las riquezas y capacidades de su país, al que ellos imaginan mayor que cualquier otro, y por tal razón creyeron que en logrando la independencia la abundancia manaría de ocultas y obstruidas fuentes.”⁴⁴

Pese a todo lo ilógico que le pareciese a Hardy, esto fue lo que pensaron los mexicanos patriotas para quienes lo español se les presentó como el obstáculo que había que remover urgentemente para que comenzase a regir la felicidad soñada. Era la mera acción trabajando por una causa pura y justa;

43 *Op. cit.*, p. 436.

44 *Idem.*

de aquí que no había que esperar ni reflexionar mucho para alcanzar el objetivo de la dicha.

La Independencia –escribe Hardy rodeando el misterio pero sin llegar a levantar el velo– dotó a los mexicanos con el poder de la acción (de la cual hacen un uso licencioso) y no con el de la reflexión; de aquí que una cosa aunque *moralmente* sea buena, puede ser que desde el punto de vista político sea mala. Y como los dogmas políticos son inteligibles para la mayor parte de los mexicanos, por una singular perversión del buen sentido son adoptados usualmente tales dogmas.⁴⁵

He aquí, pues, que el motor oculto de tanta insensata cuanto irracional revolución consistía en un sentimiento momentáneo; en un acto emocional irreflexivo que lo mismo podía inclinarse a un lado que a otro según soprase el ánimo del “jefe de la facción” en turno.⁴⁶ Hardy nos aclara que emplea el término facción porque este es el que se aplicaba en México a lo que en otros países se denominaba partido. Las revoluciones, los partidos, los ideales políticos y los dramáticos esfuerzos imitativos para copiar sólo el éxito político ajeno,⁴⁷ a la mirada anglosajona, según hemos visto, resultaban condenatorios cuando no piadosamente incomprensibles. No bastaba, según vimos, sacudirse el *pasado* sino que había que liquidarlo y enterrarlo para que no pudiese perturbar la obra. Mientras así no se hiciese el pasado estaría siempre añorándose a sí mismo; aguardando el retorno, en espera de su nueva hora, como las campanas católicas de San Blas cuyo conmovedor mensaje esotérico interpretara Longfellow.⁴⁸

Una república que casi no lo era

Estudiamos ya la *extrañeza* que experimentaban los anglosajones al contemplar el espectáculo casi inverosímil que ofrecían los principios republicanos conviviendo con los elementos tradicionales, católicos y feudales; mas la ex-

45 *Ibid.*, p. 106.

46 Hardy, *op. cit.*, p. 106.

47 *Vid.* Edmundo O’Gorman, “Prólogo”, *op. cit.*, p. XLVI-XLVII.

48 Véase la versión que damos como apéndice.

trañeza no se ha de quedar en sólo esto, y por consiguiente las críticas contra el republicanismo típico de México se alinearán contra un sistema que alimentaba a sus pechos democráticos y liberales la hidra del despotismo militar. También nos referimos a su debido tiempo a la ardiente protesta de Gillian cuando él vio en México al presidente de una república convertido casi en emperador. Confundir la usurpación militar con una república era simplemente una deformidad, una aberración. El nativo orgullo republicano de Gillian, son palabras suyas, se sublevó cuando vio a Santa Anna, “el Gran Zar de México”, como lo llama,⁴⁹ pasando revista a sus soldados, los cuales, haciendo escarnio del sufragio popular mantenían en el poder al dictador.⁵⁰

El barón Le Roulk, ministro plenipotenciario de Holanda en México (1844), no mostraba ninguna simpatía por el régimen de México, y discutiendo con Gillian atribuía las muchas revoluciones mexicanas a los principios republicanos;⁵¹ a la imposibilidad, en suma, del perfecto autogobierno. Pero no era hombre el cónsul estadounidense de Monterrey (California) que pudiese ni siquiera al modo diplomático aceptar tales censuras, y sintiéndose herido en sus más caros sentimientos políticos se esforzó por aclarar al barón que los males en este caso no derivaban de los principios sino de las diferencias específicas entre los dos pueblos, el norteamericano y el mexicano. La defensa de la filosofía republicana se fundamenta, según lo hace Gillian, en una razón racial: los mexicanos eran una raza diferente a la norteamericana, mezcla indohispana de lenguaje español y religión católica.⁵² Los habitantes de la Unión eran asimismo una raza mezclada, pero con esta diferencia, que en ella estaban representados todos los parentescos y pueblos de la tierra; congregado cada quien a la sombra de su propia parra o higuera y gozando todos de la *libertad de su propia conciencia*.⁵³ Siendo de esta suerte no era difícil deducir que, en última instancia, la calidad republicana dependía siempre de la cualidad espiritual: la republicanidad hacía así patente su fundamentación espiritual característica. Como lo hemos ido analizando a lo largo de las anteriores páginas, el *cómo* de la actuación política dependía de la esencia re-

49 Gillian, *op. cit.*, p. 164.

50 *Ibid.*, p. 107.

51 *Ibid.*, p. 60.

52 *Ibid.*, p. 270.

53 *Idem.*

ligiosa, y en este hecho radicaba, pues, toda la extrañeza que presentaba entonces México como ser republicano pero anómalo.

Latrobe echará con gusto leña a la hoguera antirrepublicana, y en nombre ahora del liberalismo monárquico e inglés condenará nuestra mexicana república con estas palabras:

Nadie que haya siquiera pasado un mes en México pretenderá decir que el estado presente del país es halagüeño para los abogados del republicanismo. Éste descubre falta de sistema, escasez de fe pública y privada; carencia de medios legítimos para gobernar y hacer observar las leyes o mantener el orden: ausencia total de patriotismo; una general ignorancia e indiferencia sobre el valor de la educación, ligada a una abrumadora arrogancia y orgullo; una increíble ausencia de hombres con un cierto talento ya natural o adquirido y, en suma, una indolente base para la más oscura beatería y superstición.⁵⁴

Puede verse que tanto el monárquico apasionado como el republicano ardiente vienen a fin de cuentas a descargar su crítica postrera sobre el mismo odiado enemigo religioso. Justamente esto es lo que hemos ido entresacando y repitiendo. Aunque opuestos políticamente y distantes en el tiempo viajero el uno del otro, los dos (Latrobe y Gillian) están de acuerdo sobre el mismo punto esencial. Intransigencia religiosa (católica) y despotismo militar no eran, pues, sino las dos caras monstruosamente conciliadas que presentaba el enigmático y mexicanísimo Jano republicano. No sin cierta gracia, apenas desembarcado en Veracruz un visitante paradisiaco se dará cuenta de la, para él, flagrante oposición, que no lo era para los mexicanos convivientes, entre los principios: “¡Qué rico contraste presentan las procesiones de frailes y sacerdotes, vestidos con toda clase de hábitos y capuchones, con los desfiles a cargo de los graciosos soldaditos de Santa Anna! Y también, ¡cómo resulta paradójico oír al mismo tiempo el repique de las campanas y los redobles republicanos del tambor!”⁵⁵ Mas en otros viajeros la paradoja promovía la mayor indignación. Cuando Gillian vio al general Canalizo en funciones de presidente, uniforme a toda gala y escolta de resplandecientes lanceros, es-

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 224.

⁵⁵ Anónimo, *op. cit.*, carta II.

talló su republicano puritanismo y caracterizó al espectáculo de apropiado para un estado monárquico saturado de orgullo real, pero no digno de la República Mexicana.⁵⁶ Algo semejante vio Mayer al llegar a la Plaza de Armas:

Al pasar por delante del Palacio Nacional vemos salir por la puerta principal hasta cincuenta húsares gallardamente empenachados, en pos de los cuales viene una carroza cubierta de oro y tapizada de terciopelo carmesí, tirada por cuatro caballos blancos y guiada por un cochero yanqui. Detrás de ella aparecen otros cincuenta húsares mientras al lado del carruaje seis edecanes refrenan sus briosos corceles. En el vehículo no va más que una sola persona. Viste uniforme de general, con vueltas rojas y bordados de oro. En torno del cuello lleva numerosas condecoraciones, y sobre su pecho descansa una medalla cuajada de diamantes que le ha obsequiado la Nación. Centellean los diamantes en la empuñadura de su espada, y apoya la mano sobre un bastón con puño de diamante. Va con la cabeza descubierta y, cuando al pasar responde con una graciosa inclinación a nuestro saludo, reconocemos en su persona ¡al *Presidente de la República!*⁵⁷

Gillian había pensado honradamente “que en la ilustrada era que comprendía al siglo XIX, los republicanos de todo el continente americano habían arrojado lejos de sí y desdeñado el oropel del espectáculo monárquico y aristocrático, para apoyarse únicamente sobre el soporte noble que proporcionaba la profundidad de los principios constitucionales y la devoción por la prosperidad del país”.⁵⁸ Con dolor hubo, pues, de ver que la nao republicana derrotaba en México hacia rumbos tan imprevistos y peligrosos cuanto monarquizantes y odiados. Sin embargo, para nuestros flamantes marineros republicanos, que lo eran todos o casi todos, y con fervor de novicios-grumetes, la nao republicana navegaba hacia puerto seguro no importa la ruina del país y la violación de los principios. Los vicios republicanos de México no se referían tan sólo a lo político sino también a lo social y económico. Los austeros propósitos republicanos eran violados a cada paso; la miseria popular resul-

56 Gillian, *op. cit.*, p. 100.

57 *Ibid.* p. 64-65.

58 *Ibid.*, p. 100.

taba incompatible con la vigencia de los principios republicanos. De ahí el absurdo, según Mayer, de la pretendida republicanización de los indios, hombres tan ajenos al autogobierno, tan extraños y adversos a los cambios, mejoras y progresos.⁵⁹ La República Mexicana solamente podría asegurar la supervivencia mediante la liquidación de la indigencia y la mejora del indio.⁶⁰ El desajuste entre lo republicano y lo económico social era, por tanto, espantoso. En una república, escribirá la Marquesa, el pueblo se viste bien y existe un eslabón que sirve de vínculo entre el que se viste de raso y el que emplea el sarape; “entre las amapolas y los diamantes”,⁶¹ lo contrario de lo que ocurría en México.

La Marquesa, siempre tan sarcástica, pasando revista a las damas de la *vieille cour* mexicana distinguirá en su lista o “diario de la Corte” a las *parvenues* pseudorepublicanas de última hora, “esposas de militares, surgidas de las revoluciones, ignorantes y llenas de presunción”,⁶² de las señoras de la rancia nobleza virreinal. Cuando asiste a la apertura del Congreso (enero de 1840), al ver al presidente de gran uniforme, rodeado de su Estado Mayor, en medio de las armonías de la música y del sonido de las trompetas, no dejará de pensar que la ceremonia y la propia Asamblea eran algo “absolutamente antirrepublicano”.⁶³ Pero el colmo fue para ella cuando asistió a un baile que dio la esposa del general Valencia, y halló que dicha señora y otras damas que asistieron “aparecieron en forma tal que se diría estaban ensayando el ceremonial de la corte de una monarquía, como le confirmó ‘una persona digna de todo crédito’”. Santa Anna, actuando como un rey no ya liberal sino absoluto, le envió a la esposa del Comandante en Jefe (Valencia) “una caja con tres bandas de general, suplicándole que ella las pusiese a las personas que considerara más merecedoras del grado, y se me dijo –añade la corrosiva informante– que la señora en persona les puso las bandas a sus caballeros favoritos en su propia alcoba”.⁶⁴ Como la señora Marquesa se queda aquí, nosotros no vamos a ser más maliciosos que ella para añadir un comentario picante digno más bien de los crapulosos días versallescos.

⁵⁹ Mayer, *op. cit.*, p. 221.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 266.

⁶¹ Marquesa Calderón de la Barca, II, p. 171.

⁶² *Ibid.*, I, p. 128.

⁶³ *Ibid.*, I, p. 110.

⁶⁴ *Ibid.*, II, p. 377.

Thompson hasta dudaba seriamente que México fuese una república y que incluso lo hubiese sido alguna vez, salvo que lo hubiese sido como militar república;⁶⁵ es a saber como una república inexistente en cuanto tal. Thompson sabía muy bien que en una república el poder ejecutivo o presidencial proviene del pueblo y no de las bayonetas. Él había estado en Prusia o le habían contado que allí el rey Federico Guillermo IV paseaba a pie por la calle, como si tal cosa, y sin escolta; por contraste en México no lo hacía el más incidental o provisional presidente o vicepresidente sin ocupar, según vimos, una lujosa carroza escoltada por un vistoso y piafante escuadrón. Prusia, reflexionará Thompson, es un despotismo; México, por el contrario una república. “Pero es –añadirá–, que hay pocos despotismos como el prusiano y pocas repúblicas como la mexicana”.⁶⁶ Mas se equivocaba de medio a medio el embajador norteamericano; si hubiera podido leer los informes de sus colegas más al sur se hubiera dado cuenta de que la especialidad republicana era multívoca. Las tantas más cuantas repúblicas de Hispanoamérica (en Europa todavía no las había y la francesa ni soñaba consolidarse) cojeaban del mismo pie hispánico y aristocratizante. En todas, la republicanidad cargaba gustosa y popularmente con el brillante lastre oropelesco de la herencia católica y monárquica de España, la tradición campaba por sus respetos: la solución republicana hispánica conciliaba los principios más opuestos. La impresión que nos trasmite Mayer cuando se vio en presencia de Santa Anna, el emperador-presidente, que cojo y todo conservaba el empaque, la dignidad, porte viril y majestad de un viejo virrey,⁶⁷ es sencillamente la de un hombre que se siente molesto frente a un espectáculo ofensivo, indiscreto, antirrepublicano. México particularmente ponía en ridículo no sólo los principios sino la dignidad republicana. El prestigio republicano tan celosamente guardado y acrecentado por los patriotas norteamericanos se sentía ofendido y en peligro ante los excesos mexicanos e hispanoamericanos: ¡qué dirá la Europa! Mayer, que había visitado al presidente Harrison, al ver a Santa Anna no pudo menos que reparar con tristeza y escándalo en las republicanas diferencias:

Si he sido tan minucioso en repetir los pormenores de esta ceremonia, no es porque crea que interesan al lector las reseñas de los saludos y dis-

65 Thompson, *op. cit.*, p. 54.

66 *Ibid.*, p. 216.

67 Mayer, *op. cit.*, p. 102.

cursos oficiales, sino porque semejante escena se efectuó en una *República*, ante el presidente de una República y en un Palacio Nacional rodeado de soldadesca, entre redobles de tambores, sonar de trompetas y demás zarandajas propias de una corte. Tales pormenores parecen extraños a quienes entrando por una puerta que no guarda ningún portero, y sin necesidad de pasar entre filas de ceñudos centinelas, y sin pompas ni aparatos militares, llega hasta el presidente de nuestro país más afortunado, y lo encuentra sentado en su sencilla sala de recibo, junto a una chimenea acogedora, vestido con ropas decentes pero modestas, y listo para daros la mano sin ceremonia e invitaros a tomar asiento junto al fuego.⁶⁸

Mas el disparatado personaje que era el presidente de la República Mexicana para las miradas y mentes anglosajonas, resultaba el mismo que, según escribimos, no tenía reparos en que un astroso lépero con calzones de cuero a media pierna y una mala frazada por todo traje apostase contra *Cola de Plata*,⁶⁹ gallo favorito de Su Excelencia, o contra el caballo de espadas, por ejemplo, que con señorial y displicente desdén habían ocultado los edecanes presidenciales bajo un montón de rutilantes monedas de oro. El mismo personaje esplendorosamente uniformado con el que señorialmente había podido Mayer platicar durante una de aquellas “ceremonias de corte”,⁷⁰ no encontraba inconveniente en descender de su carroza y mezclarse con el pueblo en San Agustín de las Cuevas. Todos juntos sí, pero pese a ello no revueltos: tradicional fórmula social hispánica que a duras penas podía ser comprendida por otras mulleras. El espectáculo de la corte republicana de México era, pues, condenable; mas la condena norteamericana se agitaba contra el exceso, la inglesa contra el defecto; empero coincidían ambas en el común desprecio.

A Gillian le parecía bien que ante la puerta de la cámara recepcional de la Casa Blanca estuvieran parados dos porteros: un irlandés inculto y un negro zafio; esto era lo republicanamente correcto,⁷¹ porque lo que le parecía excesivo y antidemocrático en México es que hiciese las veces de introductor al despacho presidencial nada menos que un general con todo y sus charreteras. Mas si hubiera tenido la oportunidad que tuvo Mayer de asistir a una de las

⁶⁸ *Op. cit.*, p. 103.

⁶⁹ Marquesa Calderón de la Barca, II, p. 361-362.

⁷⁰ Mayer, *op. cit.*, p. 101.

⁷¹ Gillian, *op. cit.*, p. 64.

suntuosas cenas que Santa Anna diera en honor del cuerpo diplomático, se hubiera quedado lelo tal como quedó el comensal que lo narra, republicana-mente avergonzado:

Los vinos y la conversación alegraron a todo el mundo; y en verdad toda la fiesta resultó agradabilísima, salvo que durante todo el banquete permanecieron *seis edecanes de pie a espalda del presidente*. Estoy seguro de que su posición era muy penosa (al menos para los extranjeros), y aunque no desempeñaban ningún oficio servil, aquello era antirrepublicano, antiestético, innecesario y de pésimo gusto.⁷²

La complicada etiqueta hispánica, la misma estofada silla presidencial situada bajo un riquísimo dosel, el barroquismo virreinal todavía imperante, las ceremonias, todo les parecía a los norteamericanos desatinado, rayando en la insanía. A los europeos, acostumbrados a estos enredos y a la parafernalia estrambótica, les parecía aquello natural aunque más adecuado para una monarquía que para una república. De la catedral se retiró el embajador francés con todo su séquito por haberse violado quién sabe qué regla de precedencia o primacía diplomáticas, y Mayer, que contempló el berrinche del embajador francés, comenta tranquilamente que tales cosas, para él, un republicano, tenían poca importancia.⁷³ Lo que no era ni es aún hoy cierto.⁷⁴

El anverso de la medalla republicana

El orgullo democrático y republicano era, en verdad, grandísimo en Norteamérica. Un abate francés, conocedor de los hombres norteamericanos de su tiempo (décadas decisivas de los treinta y cuarenta), enemigo de la cruda y arrolladora democracia de los peoneros y colonos y de los políticos ambiciosos, testigo también en Nuevo México, Texas y California de la brutal arremetida discriminatoria, anticatólica y antihispánica contra la desgraciada raza vencida, nos revelará el curioso orgullo novoaristocrático de que se hacía llamadamente gala por entonces en los Estados Unidos:

72 Mayer, *op. cit.*, p. 106.

73 *Ibid.*, p. 101.

74 La Marquesa relata esto u otro caso parecido, *op. cit.*, I, p. 274.

¡Los historiadores políticos y los novelistas europeos que no han vivido en los Estados Unidos han hablado mucho de la democracia de este país; mas si una tal democracia existe no es por culpa de los americanos, porque ellos hacen todo lo que pueden por aristocratizarse! El gusto por la igualdad es mucho menos pronunciado de lo que se piensa en Europa. Tomad al azar en los nuevos Estados de la Unión, lo mismo da que sea a bordo de un buque o en una calle, a diez hombres y preguntad a cada uno lo que es. Éste será capitán, aquél mayor, ése coronel, juez hidalgo, doctor. (¡Sabe Dios qué!); ¡ninguno dirá que es un simple ciudadano!⁷⁵

He aquí, pues, a nuestro entender, un nuevo tipo absorbente de aristocracia fundada sobre un típico valor norteamericano, la competencia. Erraba el abate sin saber cuál era el sentido y significado de aquella nueva palabra (democracia) rescatada de los clásicos y puesta en circulación, activa y prácticamente, por los norteamericanos. Efectivamente en su mayoría los tales doctores no tenían, como dice Domenech, enfermos a quienes curar; ni los jueces pleitos en qué actuar ni reos a quienes castigar; los hidalgos tampoco tenían tierras ni siervos que explotar y a los pintorescos militares (cazadores de indios) les faltaban soldados a los cuales mandar; pero todos tenían, sin embargo, una aspiración desaforada, común: hacer dinero, mucho dinero, pronta e inescrupulosamente, democrática y republicanamente. La agricultura, el comercio, la industria, la especulación y la política constituían su campo de acción; del éxito o del fracaso en tales ocupaciones dependían los futuros blasones. Era la nueva aristocracia del trabajo individual, multiplicativo, ascético, intramundano y determinista; satisfacción y riquezas eran el correlato de la gracia o éxito predestinatorio.

El general y embajador Waddy Thompson daba tanta importancia a este nuevo sentido hallado a la vida, que cuando vio en el pescante de la carroza presidencial mexicana a uno de los suyos, un rubicundo norteamericano, ejerciendo el oficio de cochero de “Su Excelencia” no pudo evitar su indignación. Aquel individuo muy gustosa y condenatoriamente se asentaba entre los degradantes y antiprogresistas valores hispánicos y se le daba una higa convivir

⁷⁵ Cf. *Journal d'un missionnaire au Texas at au Mexique par l'abbé E. Domenech (1846-1852)*, Paris, Librairie de Gaume Freres, 1857, p. 284.



y medrar entre ellos pese a que otros los sintieran desorbitados y enemigos: “Nunca he podido reconciliarme con la idea de ver a un americano nativo realizando los oficios serviles de un criado; pero todavía lo he sentido mucho más cuando he visto que un extranjero [Santa Anna] y una tierra extranjera [México] son así servidos por uno de mis compatriotas”.⁷⁶

⁷⁶ *Op. cit.*, p. 216



Apéndice

243

Las campanas de San Blas¹

¿Qué dicen las campanas de San Blas
A los buques que cruzan rumbo al Sur
Desde el puerto de Mazatlán?

Para ellos no son otra cosa
Sino el tumbo de la resaca en la playa,
Nada más también para el capitán y el marinero.

Para mí, forjador de sueños,
Para quien lo que es y lo que parece
Son una y la misma cosa frecuentemente,

1 Sugerido por un artículo sobre México aparecido en el mes de marzo de 1882, en la edición del *Harper's Magazine*. Éste es, se dice, el postrer poema que publicó Longfellow. La última estrofa fue escrita nueve días antes de morir.

Las campanas de San Blas
Poseen una singular, extraña melodía,
Y son algo más que un nombre.

Porque las campanas son la voz de la Iglesia;
Doblan ellas con tonos que conmueven y buscan
El corazón del joven y el del viejo.

Un sonido mismo para todos, y sin embargo, cada quien
Le da interpretación diversa a su lengua;
Múltiple y vario significado.

Ellas son la voz del pasado,
De una edad que se marchita velozmente,
De un poder grande y austero.

Cuando la bandera de España ondeaba
Sobre esta tierra occidental
Y el sacerdote era el señor del mundo.

La capilla que una vez mirara
Orgullosa al pequeño puerto,
Se ha desmoronado hasta hacerse polvo.

Y abajo, colgando ahora de vigas de encino
Se balancean las campanas
Verdes de moho y herrumbre.

“¿Está, pues, la vieja fe muerta”,
Dicen, “y acaso en su lugar
Se ha levantado alguna nueva fe

Que nos obliga a permanecer
Desnudas al sol y a la lluvia,
Avergonzadas y sin abrigo?”

“En otros tiempos, en nuestra torre lejana,
Cantábamos nuestras advertencias y quejas
Sobre muros y tejas;

Y en derredor nuestro
Las blancas palomas llenaban el aire
Como si fueran las almas blancas de los santos”.

“Los santos, ¡Ah! ¿Se han ido olvidando
de sí mismos?
¿Están dormidos o muertos?

¿Sus misiones arruinadas
Que se abren al cielo
Ya no están habitadas?

“¡Oh!, devolvednos una vez más
Los desvanecidos días de antaño,
Cuando el mundo estaba henchido de fe;

Devolvednos el férvido cielo,
Los corazones de acero y fuego,
Las manos que creen y construyen”.

“Entonces desde nuestras torres
De nuevo enviaremos nuestras voces de mando
Sobre la tierra y el océano,

Como reyes exilados que regresan
A sus tronos, ¡y así sabrá el pueblo
Que el sacerdote es otra vez señor del mundo!”

¡Oh, campanas de San Blas, en vano
Invocáis nuevamente el pasado!
El pasado está sordo a vuestra súplica;

Fuera de las sombras de la noche
El mundo gira envuelto en luz;
La aurora ha llegado para siempre.



Bibliografía

- Anónimo [Guillermo Koppel], *Reisend and Underbesluetibungen den alteren and neusten Zeit*, 6ta. ed., Stuggart and Tubinga, Edic. De Drs. E. Windermann y H. Hauf, 1835.
- A briefe relation of an Englishman which had Beene thirteen yeers captive to the Spaniards in Peru* (Vid. Purchas, XVII).
- A discourse written by one Miles Phillips Englishman, one of the company put on shoare Northward of Panuco, in the West Indies, of that country by M. John Hawkins, 1568, conteining many special things of that country and of the Spanish government, but specially of their cruelties used to our Englishmen* (Vid. Hakluyt, VI).
- A notable discourse of M. John Chilton, touching the people, manners mines, cities, riches, forces and other memorable things of New Spain, and other provinces in the West Indies, seene and noted by himself in the time of his travels, continues in those parts, the space of seventeene, eighteene yeeres* (Hakluyt, VI).
- A relation of the commodities of Nova Hispania and the manners of the inhabitants, written by Henry Hawks merchant, whichi lived five yeeres in the sayd country, and drew the same at the request of M. Richard Hakluty esquire of Eiton in the county of Herstord, 1572* (Hakluyt, VI).
- A relation of the Haven of Tecuanapa, a most convenient place for building of ships, situate upon the South sea not farre from Nicaragua, which was sent unto the viceroy of Mexico or to the king of Spain* (Anónimo, apud, Hakluyt, VI).

- A voyage made by M., Roger Bodenham to S. John de Ullua in the bay of Mexico, in the yeere 1565* (Hakluyt, VI).
- Abréu Gómez, Ermilo, *Semblanza de sor Juana*, México, Editorial Letras de México, Cuadernos Clásicos Mexicanos, 1938.
- Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, prólogo y notas de E. O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Andrews, Charles M., *The Colonial Period of American History*, New Haven, Yale University Press, 1932, vol. III.
- Arnáiz y Freg, Arturo, "De cómo México quiso hacer la independenciam de Cuba en 1826 utilizando la guerra submarina". *Apud Episodios y personajes de la historia de México*, México, Publicación del Ateneo de Ciencias y Artes de México, Imprenta de la Secretaria de Relaciones, 1937.
- Ashley, Maurice, *Oliver Cromwell. The Conservative Dictator*, Jonathan Cape, Oxford, at the Alden Press, 1940.
- Baltasar, P. Juan Antonio, *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús escritas por un padre de la misma sagrada religión de su provincia de México*, reimpresso en México por Luis Álvarez de la Cadena, México, nueva edición de la editorial Layac, 1944.
- Beaufoy, Mark, *Mexican illustration founded upon facts*, Londres, Carpenter and Son, 1828.
- Becher, C. C., *Mexico in den ereignissvollen Jahren 1832 and 1833*, Hamburgo, Perthes & Besser, 1834.
- Bingley, Williams, *Modern travels through every country of the Old and New Continent: connected by remarks and observations, illustrative of the Geography, and the others manners and costums of the inhabitants*, 6 v., Londres, Harvey and Barton, 1823.
- Blanco White, José, *El Español* (revista mensual), Londres, C. Wood, 1812-1814.
- Bosch García, Carlos, *Problemas diplomáticos del México independiente*, México, El Colegio de México, 1947.
- Brackenridge, H. M., *Voyage to South America*, 2 v., Londres, John Miller, 1820.
- Bradford's History of Plymouth Plantation*, 2 v., Nueva York, Charles Scribner's Son, 1908.
- Buchan, John, *Oliver Cromwell*, Londres, Hodder and Stoughton, Ltd., 1943.
- Bullock, W., *Description or view of the city of Mexico and surrounding country now exhibiting in the Panorama*, Londres, Leicester Square, 1823, 1826.
- , *Le Mexique en 1823 on relation d'un voyage dans La Nonvelle-Espagne, contenant des notions exactas et peu connues sur la situation physique, morale et politique de ce pays*, Paris, Alexis-Eymery, Librairie, 1824.

- _____, *Six months' residence and travels in Mexico, containing remarks on the present state of society, manufactures, trade, agriculture, and antiquities & with plates and maps*, Londres, John Murray, 1824.
- Capitan Marryat, *Narrative Of the travels and adventures of Monsieur Violet in California*, Sonora & Western Texas, Leipzig, RNCB, 1843.
- Carlyle, Thomas, *The life of Oliver Cromwell, with a relation from his letters and speeches*, edición de Edgard Sanderson, M. A. Nueva York, George H. Company (sin fecha de impresión).
- Cartas de Indias*, Madrid, Publicación de Ministerio de Fomento, 1877.
- Castro, Américo, *España en su historia. Cristianos moros y judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1948.
- Conder, Josiah, *Popular description, Geographical, Historical and Topographical of Mexico and Guatemala*, 2 v., Boston, Wells & Lilly; Filadelfia, Thomas Wardle, 1830.
- Conway, G. R. G., *An Englishman and the Mexican Inquisition (1556-1560)*, México, impresión privada, 1927.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*, 2 v., Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
- Crockett, Coronel, *Exploits and adventures in Texas*, Londres, R. Kenneth, 1837.
- Description of Virginia by the Cap. Smith*, selección de J. F. Jameson, *Original Narratives of American History*, New York, 1907.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 v., México, Editorial Nuevo Mundo, 1943.
- Domenech, E., *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique par L'abbé E. D.*, Paris, Librairie de Gaume Freres, 1857.
- Echánove Trujillo, Carlos, *Las castas en la época colonial*, suplemento literario de *Novedades*, núm. 85, México, 17 de septiembre de 1950.
- Efimov, A. y N. Freiberg, *Historia de la época del capitalismo industrial*, traducción de A. María Reyna, México, Publicaciones de la Universidad Obrera de México, 1937.
- Emerson, Ralph Waldo, "Self Reliance", *apud Ensayos*, Londres, Gollánez, 1901.
- Fernández del Castillo, Francisco, *Libros y libreros en el siglo XVI*, México, Archivo General de la Nación, 1941.
- Figueiredo, Fidelio, *Las dos Españas*, México, Ediciones San Ángel, 1944.
- Forbes, Alexander, *California a history of Upper and Lower California*, Londres, Smith Elder and Co. 1839.
- Gage, Tomas, *Nueva relación que contiene Los viajes de Tomas Gage a la Nueva España*, prólogo y notas de A. de Valle Arizpe, México: Editorial Xóchitl, 1947.

- García Icazbalceta, J., *Obras. Opúsculos varios*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1898 (Biblioteca de Autores Mexicanos).
- Garizurieta, César, *Realidades mexicanas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949 (Biblioteca Enciclopédica Popular, 213).
- Gaxiola, Francisco Javier, *Poinsett en México (1822-1828). Notas de un Libro inconcluso*, prólogo de José Elguero, México, Editorial Cultura, 1936.
- Gemelli Carreri, Juan Francisco, *Viaje a la Nueva España*, México, Sociedad de Bibliófilos, 1927.
- Gillian, Albert M., *Travels in Mexico during the years 1843 and 1844*, Aberdeen/Ipswic, George Clark and Son/J. M. Burton, 1843.
- Gooch, G. R., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, versión de E. Champourcin y R. Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Groethuysen, Bernhard, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, traducción y prólogo de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Guillen Joseph E., “Raboso, rabudo, cobarde”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Mass./México, El Colegio de México, núm. 4, año 3, octubre-diciembre), 1949.
- Hakluyt, Richard, *The principall navigations, voyages & discoveries of the English nation*, 8 v., Londres, Everyman Library/J. M. Dent & Sons, 1919.
- Hall, Basil, *Extract from a journal on the coasts of Chile, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, 2 v., Edimburgo, John Stark, 1825.
- _____, *Voyage an Chili, an Peron et an Mexique, pendant les années 1820, 1821 et 1822*, Paris, Arthur Bertrand, 1825.
- Hardy, E. W. H., *Travels in the interior of Mexico, in 1825, 1826, 1827 & 1828*, Londres, Colburn and Richard Bentley, 1828.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 5 v., edición, prólogo y notas de Vito Alessio Robles, México, P. Robredo, 1941.
- Icaza, F. A., “Prólogo” a su *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España*, Madrid, 1913.
- Iguíniz, Juan B., *Guadalajara a través de los tiempos*, Guadalajara, Banco Refaccionario de Jalisco, 1950.
- Jiménez Rueda, Julio, *Corsarios franceses e ingleses en la inquisición de la Nueva España (s. XVI)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Archivo General de la Nación, 1945.
- _____, *Herejías y supersticiones en la Nueva España: los heterodoxos en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945.
- Jones, Tom Bard, *South America rediscovery*, Minneapolis/Londres, The University of Minnesota Press/Oxford University Press, 1949.

- _____, *An Introduction to Hispanic American History*, Nueva York, Harper & Brothers Publishers, 1939.
- Kendall, George Wilkins, *Narrative of the Texan Santa Fe Expedition*, Chicago, The Lakeside Press, 1929.
- Latané, John Holladay, *A history of the United States*, Nueva York, Allyn and Bacon, 1926.
- Latrobe, Joséph, *The Rambler in Mexico* [1834], Nueva York, Harper & Brothers, 1836.
- Leonard, A., *Del comercio de libros en México en 1576*, suplemento literario de *Novedades*, México, núm. 133, 19 de agosto de 1951.
- Lorent, Stefan, *The New World. The finest pictures of America*, Nueva York, Duell Sloan & Pearce, 1946.
- Lyon, George Francis, *Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico, in the year 1826, with some account of the mines of that country*, Londres, John Murray, 2 v., 1828.
- Martínez del Río, Pablo, *La aventura mexicana de Sir John Hawkins*, *Memoria de la Academia de Historia*, México, t. II, núm. 3, julio-septiembre de 1943.
- Mather, Cotton, *Magnalia Christi Americana or Ecclesiastical History of New England*, Hartford, Siles Andrus and Son, 1855.
- Mayer, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, traducción de Francisco Delpiane, notas y prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Morfi, Agustín, *Descripción del pueblo de Asunción de Arispe, Sonora, Ado de 1778*, Archivo Franciscano, MS. autog. (?), 4. Núm. 83/761.
- Morton, Thomas, *The New English Canaan*, introducción y notas por Francis Adams, Boston, Prince Society, 1883.
- Notes of the West Indies, gathered out of Pedro Ordonnes de Ceballos, a Spanish priest, his large observations [...]*, apud. Purchas, "Hakluyt Posthumus, or Purchas his pilgrimis", James Macichose and Sons, University of Glasgow, 1905, v. XVII.
- Nueva relación que contiene los viajes de Tomás Gage a la Nueva España*, prólogo de A. de Valle Arizpe, México, editorial Xóchitl, 1947.
- O'Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1947.
- _____, "Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla", en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955.
- _____, "Prólogo", en *Antología del pensamiento político de fray Servando Teresa de Mier*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945.

- _____, *Curso de "Historia de América"* dado en la Facultad de Filosofía y Letras en el año de 1946, México.
- _____, *Fundamentos de historia de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1942.
- _____, "Prólogo", en José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Penny T., *A sketch of the customs and society of Mexico*, Londres, Longman and Co., 1828.
- Picón y Salas, Mariano, *De la conquista a la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Pierson, George Wilson, *Tocqueville and Beaumont in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1938.
- Poinsett, Joel R. [A citizen of the United States], *Notes on Mexico made in the Autum of 1822*, Filadelfia, C. Carey and I. Lea, 1824.
- Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias*, Madrid, 1681.
- Ríos, Eduardo Enrique, *El historiador Davis Robinson y su aventura en Nueva España*, México, Antigua Librería de José Porrúa e Hijos, 1939.
- Robinson, William Davis, *Memorias de la revolución de México*, traducción de José Joaquín de Mora, Londres, R. Ackermann, 1824.
- Romero de Terreros, Manuel, *Apostillas históricas*, México, Editorial Hispano Mexicana, 1945.
- Ruiz Gaytán F., Beatriz, "Thomas Gage, su *Relación de las Indias Occidentales*", tesis de maestría en historia universal, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1944.
- Ruxton, George Frederick, *Adventures in Mexico from Veracruz to Chihuahua in the days of the Mexican War*, Nueva York, Outing Publishing Company, 1915.
- Sigüenza y Góngora, *Relaciones históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1940 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 13).
- Sombart, Werner, *Lujo y capitalismo*, Madrid, Revista de Occidente, 1928.
- Taylor, Bayard, *El dorado or adventures in the path of Empire [1848-1849]*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1882.
- The firts voyage of the right, worshipful and valiant Knight sir John Hawkins, sometimes treasurer of her Majesties navy royall, made to the West Indies in the yeere 1562* (Hakluyt, VII).
- The discovery of the large, rich and beautiful Empire of Guacana, with a relation of the great golden sitie of Manoa [...] by Sir Walter Raleigh* (Hakluyt, VII).
- The relation of Alexander Ursino concerning the coast of Terra Firme, and the secrets of Peru and Chili where hee had lived foure and thirtie yeeres* (Purchas, XVII).

- The third troublesome voyage made with the Jesus of Lubeck, the Minion and foure other ships, to the parts of Guinea, and the West Indies, in the yeeres 1567 and 1568 by M. John Hawkins* (Hakluyt, VII) .
- The travails of Job Hortop, which Sir John Hawkins set in land eithin the Bay of Mexico, after his departure from the Heaven of John de Ulloa in Nueva Espanna, the 8 of octuber* (Hakluyt, VI).
- The voyage made by M. John Hawkins, Esquire and afterward Captain of the Jesus of Lubeck, one of her Majestie shippes, and Generall of the Salomon and other two barkes going in his companie, to the coast of Guinea begun in An. Dom. 1564* (Hakluyt, VII).
- The voyage of Robert Tomson, Marchant, into Nova Hispania in the yeere 1556, with divers observations concerning the state of the Country: and certain accidents touching himself* (Hakluyt, VI).
- Thompson, George Alexander, *Narrative of an official visit to Guatemala from Mexico*, Londres, John Murray, 1829.
- Thompson, Waddy, *Recollections of Mexico*, Nueva York / Londres, Wiley and Putnam, 1846.
- Toynbee, Arnaldo, *México y el Occidente*, México, Antigua Librería Robredo, 1955.
- Un Norteamericano, *Contestación al artículo infamatorio contra la República Mexicana* [aparecido en la *Revista Trimestral de Filadelfia*, 1 de diciembre de 1827], México, C. C., Sebring, 1828.
- Visita y reforma de los hospitales de San Juan de Dios de la Nueva España (1772-1774)*, 2 v., México, Archivo de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, 1945.
- Ward, H. G., *Mexico in 1827*, Londres, Henry Colburn, 1828, 2 v.

